

CUENTOS INCONCLUSOS I

J. R. R. TOLKIEN

J. R. R. TOLKIEN

**CUENTOS
INCONCLUSOS**

I

La Primera Edad



MINOTAURO

Título original

Unfinished Tales

1. The First Age

NOTA

La suma variedad de la incidencia de los comentarios hizo necesario que la mano del autor se distinguiera de la del editor de modo diferente en diferentes partes de este libro. El autor aparece en tipo grande a lo largo de todo el texto original; y en la Introducción y en el Apéndice, sangrado al margen.

INTRODUCCIÓN

Los problemas con que se enfrenta quien tiene la responsabilidad de los escritos de un autor fallecido son difíciles de resolver. Puede que en esta situación, algunas personas decidan que no se publique ninguna clase de material, excepto la obra que esté virtualmente acabada a la muerte del autor. En el caso de los trabajos inéditos de J. R. R. Tolkien quizá ésta parezca a primera vista la medida más adecuada; puesto que él mismo, muy riguroso y exigente con su propia obra, ni siquiera hubiera soñado en permitir la publicación de estas narraciones —aun las más acabadas— sin que pasaran antes por un largo proceso de reelaboración.

Por otra parte, me parece que la naturaleza y el alcance de su capacidad inventiva ponen a sus historias, aun las abandonadas, en una posición peculiar. Que *El Silmarillion* no llegara a conocerse es para mí impensable, a pesar de su estado desordenado, y de las conocidas aunque irrealizadas intenciones de transformarlo que tenía mi padre; y en este caso, después de mucho vacilar, me atreví a presentar la obra no en la forma de un estudio histórico, un complejo de textos divergentes eslabonados por comentarios, sino como un cuerpo completo y coherente. Las narraciones comprendidas en este libro, en verdad, pisan un terreno del todo distinto: tomadas en conjunto, no constituyen un todo, y el libro no es nada más que una colección de escritos dispares en forma, intención, acabamiento, y fecha de composición (y también, en el tratamiento que les di), referidos a Númenor y la Tierra Media. Pero el argumento en defensa de su publicación no es por naturaleza distinto, aunque sí de menor fuerza, del que sostuve para justificar la publicación de *El Silmarillion*. Las que nunca hubieran renunciado voluntariamente a ciertas imágenes: Melkor con Ungoliant, cuando juntos contemplan desde la cima de Hyarmentir «los campos y pastos de Yavanna, Oro bajo los altos trigales de los dioses»: las sombras que arroja el ejército de Fingolfin al salir por primera vez la luna en el occidente: Beren, que atisba camuflado en Un lobo bajo el trono de Morgoth; o la luz del Silmaril súbitamente revelada en la oscuridad del Bosque de Neldoreth, comprobarán, según creo, que las imperfecciones de la rima de estos cuentos quedan con mucho compensadas por la voz de Gandalf (que se oye aquí por última vez) cuando se burla del altivo Saruman en la reunión del Concilio Blanco en el año 2851, o cuando cuenta en Minas Tirith, después de terminada la Guerra del Anillo, como llegó a llevar a los Enanos a la celebrada fiesta de Bolsón Cerrado: por la aparición de Ulmo, Señor de las Aguas, al levantarse del mar en Vin-yamar; o por la de Mablung de Doriath escondido «como un ratón de campo» bajo las ruinas del puente en Nargothrond; o por la muerte de Isildur cuando sale luchando del lodo del Anduin.

Muchas de las piezas que componen esta colección son desarrollos de temas contados más brevemente, o al menos mencionados en otros sitios; y hay que decir sin mas demora que muchos lectores de *El Señor de los Anillos* no encontrarían satisfactoria gran parte de este libro, pues consideraría que la estructura histórica de la Tierra Media es un comienzo y no un fin, el modo de la narración y no su objetivo, y tendrán escasos deseos de seguir más adelante la exploración por sí misma; no querrán conocer cómo se organizaron los jinetes de la Marca de Rohan, y de buen grado dejarían en paz a los Hombres Salvajes del Bosque de Drúadan. Mi padre, por cierto, no los consideraría equivocados. Dijo en una carta escrita en marzo de 1955, antes de la publicación del tercer volumen de *El Señor de los Anillos*:

¡Ojalá no hubiera prometido que seguirían unos apéndices! Pues creo que su aparición en forma truncada y comprimida no satisfará a nadie: por cierto, no a mí; es evidente por las cartas que recibo (en cantidad abrumadora), que tampoco satisfará a la gente que gusta de esas cosas —sorprendentemente abundante—; mientras que quienes disfrutan del libro como «historia heroica» solamente, y encuentran en las «perspectivas inexplicadas» parte del efecto literario, con razón no harán caso de los apéndices.

Ya no estoy tan seguro ahora de que la tendencia a tratar toda la obra como una especie de vasto juego sea en verdad acertada; por cierto no para mí, pues esas cosas me resultan fatalmente atractivas. Que tantos clamen por mera «información» o «conocimientos» es quizá un tributo al curioso efecto que tiene una historia fundada en una muy minuciosa elaboración de su geografía, su cronología y su lengua.

En una carta del año siguiente escribió:

...mientras que muchos como usted solicitan mapas, otros desean indicaciones geológicas más que la situación de los lugares; muchos quieren gramáticas, fonologías y especímenes élficos; algunos métricas y prosodias... Los músicos quieren melodías y notaciones musicales; los arqueólogos, cerámicas y metalurgia; los botánicos una más precisa descripción de los mallorn, elanor, niphredil, alfirin, mallos y symbelmyñë; los historiadores desean más detalles acerca de la estructura social y política de Gondor; los curiosos quieren información sobre los Aurigas, los Harad, los orígenes de los Enanos, los Hombres Muertos, los Beórnicas y los dos magos desaparecidos (de los cinco mencionados).

Pero sea cual fuere el punto de vista que se adopte sobre esta cuestión, algunos, como yo, encontrarán un mayor valor que la mera revelación de detalles curiosos en el hecho de saber que Vëantur el Númenóreano llevó su barca Entulesse, «El Regreso», a los Puertos Grises ayudado por los vientos de la primavera del sexcentésimo año de la Segunda Edad; que la tumba de Elendil el de la Alta Talla fue erigida por Isildur su hijo en la cima de la colina del fanal de Halifirien; que el jinete Negro que vieron los hobbits en la neblinosa oscuridad de la ladera lejana de Bucklebury era Khamfil, el jefe de los Espectros de los Anillos de Dol Guldur, o aun que la infancia de Tarannon, décimo Rey de Gondor, que no tuvo hijos (hecho registrado en un apéndice de *El Señor de los Anillos*), tenía relación con los gatos, hasta ahora enteramente misteriosos, de la Reina Berúthiel.

La construcción del libro ha sido difícil, y el resultado obtenido, algo complejo. Las narraciones son todas «inconclusas», pero en distintos grados, y en distintos sentidos de la palabra; por tanto, han exigido un tratamiento diferente; más adelante diré algo sobre cada una de ellas, y aquí sólo llamaré la atención sobre algunos rasgos generales.

El más importante es la cuestión de la «coherencia»: el mejor ejemplo es el texto titulado «La historia de Galadriel y Celeborn». Se trata de un «Cuento inconcluso» en un sentido amplio: no una narración que se interrumpa bruscamente como «De Tuor y su llegada a Gondolin», ni una serie de fragmentos como «Cirion y Eorl», sino una hebra primaria de la historia de la Tierra Media que nunca fue definida con claridad, y que nunca tuvo forma escrita definitiva. La inclusión de las narraciones y esbozos de narraciones inéditas, por tanto, implica la aceptación de la historia no como realidad fija, con existencia independiente que el autor comunica (en el «papel» de traductor y redactor), sino como concepción imaginaria en desarrollo y que cambiaba en su mente. Desde el momento en que el autor dejó de publicar él mismo sus obras, después de someterlas a una minuciosa crítica y a un juicio comparativo, el más avanzado conocimiento de la Tierra Media que pueda encontrarse en sus escritos inéditos entra a menudo en conflicto con lo que ya «se sabe»; y los nuevos elementos incorporados al indicio existente contribuyen menos a la historia del mundo inventado que a la historia de su invención. En este libro he aceptado desde el principio que por fuerza ha de ser así; y salvo en

relación con detalles menores, tales como cambios de nomenclatura (que hubieran creado una confusión desproporcionada, o la necesidad de una dilucidación desproporcionada) no he cambiado nada para que fuera coherente con la obra ya publicada, y en cambio he llamado la atención en todo momento sobre conflictos y variaciones. Por tanto, en esto, *Cuentos inconclusos* es esencialmente diferente de *El Silmarillion*, en el que un objetivo primordial, pero no exclusivo, era lograr cierta cohesión, tanto interna como externa; y, salvo en determinados pocos casos, he tratado en verdad la forma publicada de *El Silmarillion* como un punto de referencia fijo, al igual que los escritos que mi mismo padre publicó, sin tener en cuenta las innumerables decisiones «inautorizadas» que hube de adoptar entre las variantes y versiones rivales.

El contenido del libro es enteramente narrativo (o descriptivo): he excluido todos los escritos acerca de la Tierra Media o Aman de naturaleza primordialmente filosófica o especulativa, y, donde se abordan tales materias, no las he continuado. Di al texto una estructura sencilla, mediante una división en Partes, que corresponden a las primaras Tres Edades del Mundo; hubo inevitablemente algunas superposiciones, como en el caso de la leyenda de Amroth que figura en «La historia de Galadriel y Celeborn».

La cuarta parte es un apéndice, y quizá exija cierta justificación en un libro llamado «*Cuentos inconclusos*», pues los textos que contiene son ensayos de tipo general, discursivos, con muy pocos elementos narrativos o aun con ninguno. La sección de los Drúedain debió por cierto su inclusión original a la historia de «La piedra fiel», de la que es parte; y esta sección me llevó a incorporar las referencias a los Istari y los Palantiri, pues éstas (especialmente las primeras) son asuntos por los que mucha gente manifestó curiosidad, y este libro pareció un lugar conveniente para exponer todo lo que queda por decir.

Puede que las notas resulten en algunas partes excesivamente densas, pero se verá que en los casos extremos (como en «El desastre de los Campos Glaudos») se deben menos al editor que al autor, que en sus obras tardías tendía a componer de este modo, llevando varios temas al mismo tiempo mediante notas entrelazadas. En todo momento he intentado poner en claro qué es lo que pertenece al editor y qué no. Y a causa de esta abundancia de material original, en las notas y los apéndices, me pareció mejor no restringir las referencias a las páginas del índice, sino cubrir con ellas el libro entero excepto la Introducción.

He supuesto en todo momento por parte del lector una familiaridad suficiente con la obra publicada de mi padre (más específicamente con *El Señor de los Anillos*), pues de lo contrario se habrían agrandado en exceso las aclaraciones adicionales, que para algunos ya serán más que suficientes. No obstante, he incluido cortas notas definitorias en casi todos los artículos más importantes del índice, con la esperanza de ahorrarle al lector la consulta constante de otros materiales. Si he dado alguna explicación inadecuada o he sido involuntariamente oscuro, la *Complete Guide to Middle-earth* (*Guía completa de la Tierra Media*) del señor Robert Foster constituye, como pude comprobarlo mediante una frecuente consulta, una admirable obra de referencia.

Sigue a continuación un conjunto de notas primordialmente bibliógrafas sobre los diversos textos.

PRIMERA PARTE

I

De Tuor y su llegada a Gondolin

Mi padre dijo más de una vez que «La caída de Gondolin» era el primero de los cuentos de la Primera Edad, que había compuesto, y no hay pruebas de que no sea así. En una carta de 1964 declaró que lo estuve escribiendo «en mi cabeza» durante una licencia por enfermedad que le permitió dejar el ejército en 1917, y en otras oportunidades dio como fechas 1916 o 1916-7. En una carta que me dirigió en 1944 decía: «Empecé por primera vez a escribir *El Silmarillion* en barracas militares atestadas, llenas de un ruido de gramófonos»; y en verdad algunos versos en los que aparecen los Siete Nombres de Gondolin están garrapateados en el dorso de un pedazo de papel en que se enumera «la cadena de responsabilidades en un batallón». El primer manuscrito existe todavía, y cubre dos pequeños cuadernos de ejercicios escolares; estaba escrito rápidamente con lápiz, y luego reescrito y anotado en parte con tinta. De este texto, mi madre, quizá en 1917, sacó una copia bastante limpia; pero ésta a su vez fue abundantemente corregida en una fecha que me es imposible determinar, pero que puede situarse en 1919-20, cuando mi padre estaba en Oxford, donde participaba en la composición del Diccionario, por entonces inconcluso. En la primavera de 1920, fue invitado a leer una disertación en el Club de Ensayos de su escuela (Exeter), y allí leyó «La caída de Gondolin». Las notas de lo que intentaba decir a modo de introducción a su «ensayo» subsisten todavía. En éstas se disculpaba por no haber podido redactar un artículo crítico, y continuaba: «Por tanto, debo leer algo ya escrito y, movido por la desesperación, he recurrido a este cuento. Por supuesto, nunca había visto antes la luz ... Desde hace algún tiempo un ciclo completo de acontecimientos desarrollados en una tierra feérica de mi propia fantasía viene gestándose (o más bien construyéndose) en mi mente. Algunos de los episodios han sido apuntados ... Este cuento no es el mejor de ellos, pero es el único hasta ahora que ha sido revisado y todo eso; aunque la revisión no ha sido acabada, me atrevo a leerlo en voz alta».

El cuento de Tuor y los Exiliados de Gondolin (como se titulaba «La caída de Gondolin» en los primeros manuscritos) permaneció inalterado durante muchos años, aunque mi padre, en algún momento, probablemente entre 1926 y 1930, escribió una breve versión resumida de la historia para incorporarla a *El Silmarillion* (título que, entre paréntesis, apareció por primera vez en la carta enviada a *The Observer* el 20 de febrero de 1938); y esta versión se cambió luego de acuerdo con otras alteraciones introducidas en otras partes del libro. Mucho más tarde empezó a trabajar en un relato enteramente modificado, titulado «De Tuor y la caída de Gondolin». Es muy probable que fuera escrito en 1951, cuando *El Señor de los Anillos* estaba terminado, pero la publicación era todavía dudosa. Con profundo cambio de estilo y atmósfera, aunque reteniendo gran parte de la historia escrita en su juventud, «De Tuor y la caída de Gondolin» habría contado con todo detalle la leyenda que constituye el breve capítulo 23 de *El Silmarillion*; pero desdichadamente no avanzo más allá de la llegada de Tuor y Voronwë al último portal y la visión de Gondolin en la lejanía, más allá de la llanura de Tumladen. No se sabe por qué abandonó esta narración.

Éste es el texto que se ofrece aquí. Para evitar confusiones lo he retitulado «De Tuor y su llegada a Gondolin», pues nada dice de la caída de la ciudad. Como siempre ocurre con los escritos de mi padre, hay varias lecturas posibles, y en una breve parte (el pasaje en que Tuor y Voronwë se acercan al río Sirion y lo cruzan) varias versiones excluyentes; por tanto, fue necesario cierto trabajo menor de redacción.

Así, pues, es notable el hecho de que la única narración completa escrita nunca por mi padre acerca de la estadía de Tuor en Gondolin, su unión con Idril Celebrindal, el nacimiento de Eärendil, la traición de Maeglin, el saqueo de la ciudad y la huida de los fugitivos —historia que era un elemento fundamental en su concepción de la Primera Edad— fue esta narración juvenil. No cabe duda, sin embargo, que la narración (realmente notable) no se presta a ser incluida en este libro. Está escrita en el estilo extremadamente arcaico que mi padre empleaba en ese tiempo, e inevitablemente incorpora concepciones incompatibles con el mundo de *El Señor de los Anillos* y la versión publicada de *El Silmarillion*. Pertenece a la fase más temprana

na de la mitología «El Libro de los Cuentos Perdidos», una obra sustancial y de sumo interés para quienes se preocupen por los orígenes de la Tierra Media, pero que en todo caso requiere un largo y complejo trabajo preliminar.

II

La Historia de los Hijos de Húrin

El desarrollo de la leyenda de Túrin Turambar es en ciertos aspectos el más enmarañado complejo de elementos narrativos en la historia de la Primera Edad. Como el cuento de Tuor y la caída de Gondolin, retrocede a los comienzos de la Primera Edad, y sobrevive en una temprana narración en prosa (uno de los «Cuentos perdidos») y en un largo poema inconcluso escrito en versos aliterados. Pero mientras la posterior «versión larga de «Tuor» nunca progresó demasiado, mi padre dio a la «versión larga» de Túrin una mayor extensión, y la llevó casi a término. Bautizó ésta por título «Narn i Hîn Húrin»; y es la narración que se ofrece en el presente libro.

Hay sin embargo grandes diferencias en el curso de la larga Narn, y la forma no es siempre definitiva. En la última parte (desde «La Vuelta de Túrin a Dor-Lómin» hasta «La Muerte de Túrin») sólo se ha introducido alguna alteración marginal; mientras que la primera (hasta el final de la estadía de Túrin en Doriath) exigió abundantes revisiones y eliminaciones, y en algunos lugares, un cierto trabajo de condensación, pues los textos originales eran fragmentarios y discontinuos. Pero la parte central de la narración (Túrin entre los proscritos, Mîm el Enano Pequeño, la tierra de Dor-Cúarthol, la muerte de Beleg en manos de Túrin y la vida de Túrin en Nargothrond) planteó un problema de redacción mucho más difícil. La «Narn» se encuentra aquí en su estado menos acabado, y en ciertos pasajes es sólo un esbozo de posibles desarrollos. Mi padre estaba todavía elaborando esta parte cuando decidió abandonar el relato, y no escribiría la versión más breve para *El Silmarillion* hasta que la «Narn» estuvo más desarrollada. En la preparación del texto de *El Silmarillion*, tuve necesariamente que recurrir a este mismo material, cuyas variaciones e interrelaciones son de una complejidad extraordinaria.

Para la primera parte de esta sección central, hasta el comienzo de la estadía de Túrin en la morada de Mîm en Amon Rûdh, he compuesto una narración, en la misma escala que otras partes de la Narn, a partir de los materiales existentes (con una laguna, véase nota 12); pero desde ese punto en adelante (véase página 286), hasta la llegada de Túrin a Ivrin después de la caída de Nargothrond, no me pareció conveniente intentar lo mismo. Las lagunas de la «Narn» son aquí extremadamente grandes, y sólo podían llenarse con el texto publicado de *El Silmarillion*; pero en un Apéndice, cité fragmentos aislados de esta parte de la proyectada ampliación.

En la tercera parte de la «Narn» (que empieza con La Vuelta de Túrin a Dor-Lómin) una comparación con *El Silmarillion* descubre muchas estrechas correspondencias y aun idéntica redacción; mientras que en la primera parte hay dos extensos pasajes que he excluido del presente texto (véanse nota 1 y nota 2), pues son variantes muy parecidas de pasajes que aparecen en otro sitio, y se incluyen en la versión publicada de *El Silmarillion*. Esta sobreposición e interrelación entre una y otra obra puede explicarse de distintos modos, desde distintos puntos de vista. Mi padre se complacía en retomar un relato y contarlo en una escala diferente, pero algunos textos no exigían un tratamiento más extenso, pues eran partes de una versión más amplia, y no era necesario volver a escribirlos. Además, cuando todo era todavía fluido, y nada se sabía aún de la organización definitiva de las distintas narraciones, el mismo pasaje

podía situarse experimentalmente en cualquiera de ellas. Pero en un diferente nivel puede haber otra explicación. Leyendas como la de Túrin Turambar habían tenido forma poética mucho tiempo atrás —en este caso la «Narn i Hîn Húrin» del poeta Dírhavel—, y las que después fueron historias condensadas de los Días Antiguos (como en *El Silmarillion*) preservaron intactas frases o aun pasajes enteros (especialmente en momentos de extrema retórica, como cuando Túrin le habla a su espada antes de morir).

SEGUNDA PARTE

I

Descripción de la Isla de Númenor

Aunque descriptivos más que narrativos, he incluido aquí algunos pasajes sobre Númenor, sobre todo en lo que concierne a la naturaleza física de la Isla, pues clarifica y naturalmente ilustra la historia de Aldarion y Erendis. Este texto existía sin duda en 1965, y fue probablemente escrito poco antes de esa fecha.

He rehecho el mapa a partir de un pequeño y rápido esbozo de mi padre, pues, según parece, es el único que él hizo de Númenor. Sólo los nombres y los accidentes presentes en el original se han incorporado en el nuevo mapa. Además, el original muestra otro puerto en la Bahía de Andúnië, no muy lejos hacia el oeste de la misma Andúnië; el nombre no es fácil de leer, pero casi con toda certeza dice *Almaida*. No tengo conocimiento de que aparezca en otra parte.

II

Aldarion y Erendis

Esta historia es la que se halla menos desarrollada de toda esta colección, y en algunos sitios ha exigido trabajos de redacción tan abundantes, que dudé de la conveniencia de incluirla. No obstante, su gran interés por ser la única historia (fuera de registros y anales) que sobrevivió de las largas edades de Númenor, antes del episodio de su caída (el *Akallabêth*) y como historia única por su contenido entre los escritos de mi padre, me persuadió de que no sería acertado omitirla en esta colección de *Cuentos inconclusos*.

Para apreciar la necesidad de tales trabajos de redacción, hay que explicar que mi padre recurría abundantemente en la composición de sus relatos a «esbozos de argumentos», concediendo escrupulosa atención a la cronología, de modo que dichos esbozos tienen en parte apariencia de anales incluidos en una crónica. En el presente caso hay nada menos que cinco de estos esquemas, que varían constantemente en cuanto a su relativo desarrollo en diferentes momentos, y que con no poca frecuencia se contradicen en general y en los detalles. Pero estos esquemas tendían siempre a convertirse en pura narración, especialmente mediante la introducción de breves pasajes en discurso directo; y en el quinto y último de estos esquemas para la historia de Aldarion y Erendis, el de elemento narrativo es tan pronunciado que el texto alcanza unas sesenta páginas manuscritas.

Este alejamiento del estilo analítico *staccato* en tiempo presente, que luego se transformaba en una escritura auténticamente narrativa, era sin embargo muy gradual a medida que la escritura del esbozo avanzaba; y en la primera parte de la historia he reescrito mucho en el intento de conseguir cierta homogeneidad estilística a lo largo de toda la narración. Esta reescritura es exclusivamente una cuestión de redacción y nunca altera significados ni introduce elementos inauténticos.

El último «esquema», el texto que principalmente se ha seguido, se titulaba *La Sombra de la Sombra: el Cuento de la Esposa del Marinero; y el Cuento de la Reina Pastora*. El manuscrito acaba abruptamente, y no explica con seguridad por qué mi padre lo abandonó. Una copia dactilografiada de enero de 1965 se interrumpe en el mismo punto. Hay también dos páginas dactilografiadas que son quizá los materiales más tardíos del relato. Se trata evidentemente del principio de lo que iba a ser la versión definitiva de la historia, y se reproduce en el segundo volumen de esta obra (donde los esbozos del argumento se muestran menos explícitos). Se titulaba *Indis i Kiryamo «La Esposa del Marinero»: un cuento de la antigua Númenóre en que se escuchan por primera vez rumores de la Sombra*.

Al final de esta narración (*Cuentos inconclusos II. La Segunda Edad*) he dado los escasos datos accesibles sobre el desarrollo posterior de esta historia.

III

La línea de Elros: Reyes de Númenor

Aunque es en su forma un mero registro dinástico, lo he incluido porque constituye un importante documento para la historia de la Segunda Edad, y porque gran parte de los materiales que conciernen a esa Edad aparecen de alguna manera en los textos y comentarios de este libro. Es un magnífico manuscrito, en el que las fechas de los Reyes y las Reinas de Númenor y de sus reinados han sido abundante y a veces oscuramente corregidos: he procurado dar la última redacción. El texto introduce varios acertijos cronológicos menores, pero también permite la clarificación de algunos errores que aparecen en los *Apéndices* de *El Señor de los Anillos*.

El cuadro genealógico de las primeras generaciones de la Línea de Elros ha sido tomada de varios cuadros estrechamente relacionados, que cubren el período de la formulación de las leyes de sucesión en Númenor (*Cuentos inconclusos II*). Hay algunas variantes en nombres menores: así, *Vardilmë* aparece también como *Vardilyë*, y *Yávien* como *Yávië*. Creo que las formas que doy en el cuadro I son posteriores.

IV

La historia de Galadriel y Celeborn

Esta sección del libro difiere de las demás (salvo las de la Cuarta Parte) en que no hay un texto único, sino más bien un ensayo al que se incorporan algunas citas. La naturaleza del material obligó a este tratamiento; como el curso del ensayo lo pone en claro, una historia de Galadriel solo puede ser la historia de las concepciones cambiantes de mi padre, y la naturaleza «inconclusa» del cuento no es en este caso sino la de un escrito particular. Me he limitado a la presentación de escritos inéditos sobre el tema, y me he abstenido de toda exposición acerca de las cuestiones más amplias implicadas en el desarrollo; pues ello habría obligado a reconsiderar toda la relación entre los Valar y los Elfos, después de la decisión inicial (descrita en *El Silmarillion*) de llamar a los Eldar a Valinor y otros numerosos asuntos, Sobre los que mi padre escribió muchas cosas que no se incluyen en este libro.

La leyenda de Galadriel y Celeborn está tan entrelazada con otras leyendas e historias —la de Lothlórien y los Elfos Silvanos, la de Amroth y Nimrodel, la de Celebrimbor y la creación de los Anillos del Poder, la de la guerra contra Sauron y la intervención númenóreana— que no puede tratarse aisladamente, de modo que esta sección del libro, junto con sus cinco apéndices, reúne virtualmente todo el material inédito de la historia de la Segunda Edad en la Tierra Media (y la exposición en ciertos pasajes se extiende inevitablemente hasta la Tercera). Se dice en el cómputo de los años que aparece en el Apéndice B de *El Señor de los Anillos*: «Estos fueron los años oscuros para los Hombres de la Tierra Media, y los días de gloria de Númenor. Los registros de lo acaecido en la Tierra Media son escasos y breves, y su fecha es a menudo incierta». Pero aun lo que sobrevivió de los «años oscuros» fue modificándose, a medida que se desarrollaban y cambiaban las concepciones de mi padre; y no he hecho esfuerzo alguno por evitar incoherencias; al contrario, las he señalado y he llamado la atención sobre ellas.

No es siempre necesario en verdad en el caso de las versiones tratar de establecer siempre cuál fue la original; y mi padre como «autor» o «inventor» no siempre se distingue, en este domino, del «cronista» de antiguas tradiciones, perpetuadas en distintas formas, en distintos pueblos, a lo largo de los años (cuando Frodo encontró a Galadriel en Lórien, habían transcurrido más de seis siglos desde que ella había ido hacia el este por sobre las Montañas Azules, abandonando las ruinas de Beleriand). «De esto se dicen dos cosas, aunque cuál sea la verdadera sólo lo saben los Sabios que ya han partido.»

Durante sus últimos años mi padre se ocupó a menudo de la etimología de los nombres de la Tierra Media. Estos ensayos, de carácter discursivo, incorporan no pocas leyendas e historias; pero como se subordinaban al propósito filológico fundamental, y se las mencionaba como de paso, fue necesario extractarlas. Esa es la razón por la cual esta parte del libro está compuesta en gran medida por citas cortas, y el Apéndice incluye materiales de la misma especie.

TERCERA PARTE

I

El desastre de los Campos Glaudos

Ésta es una narración «tardía», lo que sólo significa que en ausencia de indicios claros, pertenece al último período en que mi padre escribió sobre la Tierra Media, al igual que «Cirion y Eorl», «Las Batallas de los Vados de Isen», «los Drúedain» y los ensayos filológicos cuyos extractos forman «La historia de Galadriel y Celeborn», y no al tiempo de la publicación de *El Señor de los Anillos* y los años que la siguieron. Hay dos versiones: una dactilografiada muy corregida de la totalidad (obviamente la primera etapa de la composición) y otra bien dactilografiada que incorpora numerosos cambios y se interrumpe en el punto en que Elendur insta a Isildur a huir. Aquí la mano correctora tuvo poco que hacer.

II

Cirion y Eorl y la amistad de Gondor y Rohan

Considero que estos fragmentos pertenecen al mismo período que «El desastre de los Campos Glaudos», cuando mi padre estaba sumamente interesado en la historia temprana de Gondor y Rohan; estaban destinados sin duda a constituir una historia sustancial, que desarrollaría en detalle las crónicas sumarias que se ofrecen en el apéndice A de *El Señor de los Anillos*. El material pertenece a una primera etapa de la composición, muy desordenada, plagada de variantes, interrumpida por anotaciones en parte ilegibles.

III

La búsqueda de Erebor

En una carta escrita en 1964 mi padre decía:

Hay, por supuesto, muchos eslabones entre *El hobbit* y *El Señor de los Anillos* que no están bien puestos en claro. Fueron escritos o esbozados, pero eliminados luego para aligerar la carga del bote: tales como los viajes de exploración de Gandalf y sus relaciones con Aragorn y Gondor; todos los movimientos de Gollum hasta que se refugió en Moria, etcétera. Escribí en realidad una crónica cabal de lo que verdaderamente sucedió antes de la visita de Gandalf a Bilbo y la subsiguiente «Fiesta Inesperada» tal como el mismo Gandalf la vio. Hubiera tenido que aparecer durante una conversación retrospectiva mantenida en Minas Tirith; pero hubo que eliminarla, y sólo aparece en forma abreviada en el Apéndice A, aunque allí no se citan las dificultades que Gandalf tuvo con Thorin.

El relato de Gandalf es el que aparece en el volumen tercero de esta obra. La compleja situación textual se describe en el apéndice, donde incorporo sustanciales extractos de una versión anterior.

IV

La búsqueda del Anillo

Hay abundante material escrito en relación con los acontecimientos del año 3018 de la Tercera Edad, acontecimientos que se citan en otras partes, como el cómputo de los años y los informes de Gandalf y otros en el Concilio de Elrond; y estos escritos son sin duda los «esbozados» a que se refiere la carta. Les he dado el título de «La búsqueda del Anillo». Los manuscritos mismos, en grande aunque no excepcional confusión, son descritos en «La Tercera Edad». Pero cabe mencionar aquí la cuestión de la fecha (pues creo que todos pertenecen al mismo período, incluyendo «sobre Gandalf, Saruman y la Comarca», presentados como la tercera parte de esta sección). Fueron escritos después de la publicación de *El Señor de los Anillos*, pues hay referencias a la paginación del texto impreso; como difieren en la fecha que se da a ciertos acontecimientos en el cómputo de los años del Apéndice B. Es obvio que se escribieron después de la publicación del primer volumen, pero antes de la del tercero, que contenía los apéndices.

V

La batalla de los Vados de Isen

Esta, junto con la crónica de la organización militar de los Rohirrim y la historia de Isengard que se da en el apéndice del texto, corresponde al mismo grupo de escritos posteriores,

estrictamente históricos. No presenta ningún problema de orden textual, y sólo está inconclusa en el sentido más directo del término.

CUARTA PARTE

I

Los Drúedain

Hacia el final de su vida, mi padre reveló muchas más cosas acerca de los Hombres Salvajes del Bosque Drúadan y las estatuas de los Hombres Púkel en el camino a Dunharrow. La narración que se ofrece aquí, en la que aparecen Los Drúedain, que vivían en Beleriand durante la Primera Edad, y que contiene la historia de «La piedra Púkel», fue extraída de un largo ensayo discursivo e inconcluso que se reúne sobre todo a las interrelaciones de las lenguas de la Tierra Media. Como se verá, los Drúedain se remontarían a la historia de Edades más tempranas; pero no hay huella de esto en la versión publicada de *El Silmarillion*.

II

Los Istari

Después de decidida la publicación de *El Señor de los Anillos*, se propuso que hubiera un índice al final del tercer volumen, y parece que mi padre empezó a trabajar en él en el verano de 1954, cuando los dos primeros volúmenes estaban en prensa. Escribió sobre el asunto en una carta de 1956: «Se había previsto un índice de nombres cuya interpretación etimológica proporcionaría un amplio vocabulario élfico ... Trabajé en él durante meses e hice un índice de los dos primeros volúmenes «ésa fue la causa principal del retraso del volumen III hasta que fue evidente que el tamaño y el costo serían ruinosos».

Por tanto, no hubo índice para *El Señor de los Anillos* hasta la segunda edición de 1966, pero el borrador original de mi padre había sido preservado. De él extraje el plan para el índice de *El Silmarillion*, con traducción de los nombres y breves notas explicativas, y también, tanto en *El Silmarillion* como en el índice de este libro, ciertas traducciones, y la redacción de «definiciones». De él proviene también el «ensayo sobre los Istari» con que se abre esta sección del libro: una nota que por su longitud escapa a las características del índice original, pero que no es ajena a la manera en que a menudo trabajaba mi padre.

Para otras citas en esta sección, he dado en el texto mismo las indicaciones de fecha disponibles.

III

Los Palantiri

Para la segunda edición de *El Señor de los Anillos* (1966) mi padre hizo correcciones sustanciales a un pasaje de *Las Dos Torres*, III, 11, que concierne a «El Palantir» y algunas otras en el mismo sentido en *El Retorno del Rey*, V, 7, «La Pira de Denethor», aunque estas correcciones no se incorporaron al libro hasta la segunda impresión de la edición revisada (1967). Esta sección del presente libro se basa en los escritos sobre los *palantiri* asociados con esta revisión; no hice más que montarlos en un único texto.

El mapa de la Tierra Media

Mi primera intención fue incluir en este libro el mapa que acompaña a *El Señor de los Anillos*, añadiendo algunos nombres; pero después de reflexionar me pareció mejor copiar el mapa original, y tener así la oportunidad de poner remedio a algunos defectos menores (poner remedio a los mayores estaba fuera de mi alcance). Por tanto, lo he vuelto a dibujar con bastante exactitud, en una escala reducida una vez más a la mitad (es decir, el nuevo mapa es una vez más una reducción a la mitad del primer mapa publicado). La superficie cubierta es más pequeña, pero los únicos puntos que se pierden son los Puertos de Umbar y el Cabo de Forochel*. Esto permitió un tipo de letra diferente y más grande, con lo que se gana mucho en claridad.

Se incluyen en él los nombres geográficos más importantes que se mencionan en este libro, pero no en *El Señor de los Anillos*, tales como *Lond Daer*, *Drúwaith Iaur*, *Edhellond*, *las Curvas* y *Grislin*; y unos pocos más que podrían o tendrían que haber estado en el mapa original, tales como los ríos *Harnen* y *Carnen*, *Annúminas*, *Folde Este*, *Folde Oeste* y las *Montañas de Angmar*. La inclusión errónea de *Rhudaur* sólo se ha corregido mediante la adición de *Cardolan* y *Arthedain*, y he puesto la pequeña isla de *Himling* cerca de la lejana costa noroccidental, que aparece en un boceto trazado por mi padre, y en mi propio primer borrador. *Himling* fue la primera forma de *Himring* (colina sobre la que Maedhros, hijo de Fëanor, tenía su fortaleza en *El Silmarillion*) y aunque el hecho no se menciona en sitio alguno, es evidente que la cima de Himring se levantaba por encima de las aguas que cubrieron a la anegada Belegriand. A cierta distancia hacia el oeste había una isla más grande llamada *Tol Fuin*, sin duda la parte más elevada de *Taur-nu-Fuin*. En general, aunque no en todos los casos, he preferido el nombre sindarin (cuando era conocido), pero de ordinario he dado también la traducción del nombre cuando se lo utiliza muchas veces. Puede observarse que «El Yermo del Norte», seña-

* Poca duda cabe de que el agua señalada en mi mapa original como «La Bahía Helada de Forochel», era en realidad sólo una pequeña parte de la Bahía (descrita en el apéndice A I iii de *El Señor de los Anillos* como comentario) que se extendía mucho más hacia el noroeste: las costas septentrionales u occidentales formaban el gran Cabo de Forochel cuya punta, sin nombre aparece en mi mapa original. En uno de los esbozos trazados por mi padre, la costa septentrional de la Tierra Media se extiende en una gran curva hacia el este-noroeste desde el Cabo; el punto septentrional extremo se encuentra a unas 700 millas al norte de Carn Dûm

lado en el encabezamiento de mi mapa original, parece haber sido un equivalente de *Forodwaith**.

Me pareció conveniente señalar todo el recorrido del Gran Camino que une Arnor y Gondor, aunque el curso entre Edoras y los Vados del Isen es conjetural (como lo es también la situación exacta de Lond Daer y Edhellond).

Por último querría subrayar que la reproducción minuciosa del estilo y los detalles (además de la nomenclatura y la tipografía) del mapa que tracé de prisa hace veinticinco años no significa que la concepción o ejecución hayan sido excelentes. Durante mucho tiempo lamento que mi padre no lo hubiera reemplazado él mismo. No obstante, tal como resultaron las cosas, a pesar de todos sus defectos y rarezas, se convirtió en «el Mapa», y mi mismo padre lo dejó de utilizarlo desde entonces (aunque observaba a menudo sus insuficiencias). Los vastos esbozos de mapas que él llegó a trazar, y en los que se basaba el mío, son ahora parte de la historia de la composición de *El Señor de los Anillos*. Por tanto, me pareció mejor, en la medida en que se extiende el alcance de mi contribución a estos asuntos conservar mi trazado original, pues al menos reproduce con bastante fidelidad la estructura de las concepciones de mi padre.

* Forodwaith aparece sólo una vez en *El Señor de los Anillos* (Apéndice A I iii), y se refiere allí a los antiguos habitantes de las Tierras Septentrionales, de los que los Hombres de las Nieves eran un resto; pero la palabra sindarin (g)waith se utilizaba para designar a la vez una región y a quienes la habitaban (cf. Enedwaith). En uno de los esbozos de mi padre Forodwaith parece equivaler al «Yermo del Norte», y en otro se traduce como «Tierra del Norte».

PRIMERA PARTE

LA PRIMERA EDAD

I

DE TUOR Y SU LLEGADA A GONDOLIN

Rían, esposa de Huor, vivía con el pueblo de la Casa de Hador; pero cuando llegó a Dorlómin supo del rumor de la Nirnaeth Arnoediad, y sin embargo no tuvo nuevas de su señor, empezó a desesperar y echó a andar sola por el descampado. Allí habría perecido, pero los Elfos Grises acudieron a ayudarla. Porque parte de este pueblo tenía su morada en las montañas al oeste del Lago Mithrim; y allí la condujeron y dio allí a luz a un hijo antes que terminara el Año de la Lamentación.

Y Rían dijo a los Elfos:

—Sea llamado *Tuor*, porque ése es el nombre que le dio su padre antes de que la guerra se interpusiera entre nosotros. Y os ruego que lo criéis y lo mantengáis oculto a vuestro cuidado; porque preveo que será ocasión de un gran bien para los Elfos y para los Hombres. Pero yo he de ir en busca de Huor, mi señor.

Entonces los Elfos se apiadaron de ella; pero un tal Annael, el único de entre todos los de ese pueblo que había vuelto de la Nirnaeth, le dijo:

—Ay, señora, se ha sabido que Huor cayó junto a Húrin, su hermano; y yace, según creo, en el gran montón de muertos que los Orcos han levantado en el campo de batalla.

Por tanto, Rían se puso en camino y abandonó la morada de los Elfos y atravesó la tierra de Mithrim y llegó por fin a la Haudh-en-Nelengin en el yermo de Anfauglith, y allí se tendió y murió. Pero los Elfos cuidaron del pequeño hijo de Huor, y Tuor creció entre ellos; y era blanco de cara y de cabellos dorados, como los parientes de su padre, y se hizo fuerte y alto y valiente, y como había sido criado por los Elfos tenía conocimientos y habilidad semejantes a los de los príncipes de los Edain antes de que la ruina asolara el Norte.

Pero con el paso de los años, la vida de los habitantes de Hithlum que quedaban todavía, Elfos u Hombres, fue volviéndose más dura y peligrosa. Porque como en otra parte se cuenta, Morgoth quebrantó la promesa que había hecho a los Hombres del Este, les negó las ricas tierras de Beleriand que habían codiciado, y llevó a este pueblo malvado a Hithlum y les ordenó morar allí. Y aunque ya no amaban a Morgoth, lo servían aún por miedo, y odiaban a todo el pueblo de los Elfos; y despreciaron al resto de la Casa de Hador (ancianos y mujeres y niños en su mayoría) y los oprimieron, y desposaron a las mujeres por la fuerza, y tomaron tierras y bienes y esclavizaron a los niños. Los Orcos iban de un lado a otro por el país y perseguían a los Elfos demorados hasta las fortalezas de las montañas, y se llevaban a muchos cautivos a las minas de Angband para que trabajaran allí como esclavos de Morgoth.

Por tanto, Annael condujo a su pequeño pueblo a las cuevas de Androth, y allí tuvieron una vida dura y fatigosa, hasta que Tuor cumplió quince años y fue hábil en el manejo de las armas, el hacha y el arco de los Elfos Grises; y el corazón se le enardeció al escuchar la historia de las penurias de los suyos y deseó ponerse en camino para vengarse de los Orcos y los Hombres del Este. Pero Annael se lo prohibió.

—Lejos de aquí, según creo, te aguarda la perdición, Tuor, hijo de Huor —dijo—. Y esta tierra no se verá libre de la sombra de Morgoth en tanto la misma Thangorodrim no sea derribada. Por tanto, hemos resuelto abandonarla y partir hacia el sur; y tú vendrás con nosotros.

—Pero ¿cómo escapar a la red de nuestros enemigos? Porque sin duda la marcha de un número tan crecido no pasará inadvertida.

—No avanzaremos al descubierto —dijo Annael—, y si la fortuna nos acompaña, llegaremos al camino secreto que llamamos Annon-in-Gelydh, la Puerta de los Noldor; porque fue construido por la sabiduría de ese pueblo, mucho tiempo atrás, en días de Turgon.

Al oír ese nombre Tuor se sobresaltó, aunque no supo por qué; e interrogó a Annael acerca de Turgon.

—Es un hijo de Fingolfin —dijo Annael— y es ahora considerado Alto Rey de los Noldor desde la caída de Fingon. Porque vive todavía, el más temido de los enemigos de Morgoth, y escapó de la ruina de la Nirnaeth cuando Húrin de Dor-Lómin y Huor, tu padre, defendieron tras él los pasos del Sirion.

—Entonces iré en busca de Turgon —replicó Tuor—; porque sin duda me ayudará en consideración a mi padre.

—No podrás —dijo Annael—. Porque la fortaleza de Turgon está oculta a los ojos de los Elfos y de los Hombres, y no sabemos dónde se encuentra. De entre los Noldor, quizá, algunos conocen el camino, pero nadie habla de eso. No obstante, si quieres hablar con ellos, acompáñame como te dije; porque en los puertos Lejanos del Sur es posible que te topes con viajeros que vengan del Reino Escondido.

Así fue que los Elfos abandonaron las cuevas de Androth, y Tuor los acompañó. Pero el enemigo vigilaba y no tardó en advertir la partida de los Elfos; y no se habían alejado mucho de las colinas cuando fueron atacados por una gran fuerza de Orcos y Hombres del Este, y quedaron esparcidos por todas partes mientras huían hacia la caída de la noche. Pero el corazón de Tuor ardió con el fuego de la batalla y luchó durante mucho tiempo y mató a muchos de los que le atacaron; pero por fin fue superado y hecho cautivo y llevado ante Lorgan el Hombre del Este. Ahora bien, este tal Lorgan era considerado el capitán de los Hombres del Este y pretendía regir toda Dor-Lómin como feudo de Morgoth; e hizo de Tuor su esclavo. Dura y amarga fue entonces la vida de Tuor; porque complacía a Lorgan darle un tratamiento más cruel todavía que el acostumbrado por ser de la parentela de los antiguos señores, y pretendía quebrantar, si podía, el orgullo de la Casa de Hador. Pero Tuor fue prudente, y soportó todos los dolores y contratiempos con vigilante paciencia; de modo que con el tiempo su suerte se alivió un tanto, y al menos no pereció de hambre como les ocurría a tantos desdichados esclavos de Lorgan. Porque tenía habilidad y fuerza y Lorgan alimentaba bien a sus bestias de carga mientras eran jóvenes y podían trabajar.

Pero al cabo de tres años de servidumbre Tuor vio por fin una oportunidad de huir. Había crecido mucho en estatura, y era ahora más alto y más rápido que ninguno de los Hombres del Este; y habiendo sido enviado junto con otros esclavos a hacer un trabajo en los bosques, se volvió de pronto contra los guardias y los mató con una espada y escapó a las colinas. Los Hombres del Este lo persiguieron con perros, pero de nada sirvió; porque casi todos los perros de Lorgan eran amigos de Tuor, y si lo alcanzaban, jugaban con él, y se alejaban cuando él así lo ordenaba. De este modo regresó por fin a las cuevas de Androth y se quedó allí viviendo solo. Y durante cuatro años fue un proscrito en la tierra paterna, torvo y solitario; y era temido, porque salía con frecuencia y mataba a muchos de los Hombres del Este con que se topaba. Entonces se puso un alto precio a su cabeza; pero nadie se atrevía a acercarse a su escondite, aun con fuerzas numerosas, pues temían a los Elfos y esquivaban las cuevas donde habían habitado. Sin embargo, se dice que las expediciones de Tuor no tenían como propósito la venganza, y que buscaba sin cesar la Puerta de los Noldor, de la que hablaban los Anales. Pero no la encontró, porque no sabía dónde buscar, y los pocos Elfos que habitaban aún en las montañas no habían oído hablar de ella.

Ahora bien, Tuor sabía que, aunque la fortuna aún lo favoreciese, los días de un proscrito están contados, y son siempre pocos y sin esperanza. Tampoco estaba dispuesto a vivir siem-

pre como un hombre salvaje en las colinas desnudas, y el corazón lo instaba sin descanso a grandes hazañas. Fue entonces, según se dice, que se manifestó el poder de Ulmo. Porque recogía nuevas de todos los que pasaban por Beleriand, y cada corriente que fluía desde la Tierra Media hacia el Gran Mar era para él un mensajero, tanto de ida como de vuelta; y mantenía también amistad, como antaño, con Círdan y los Carpinteros de Barcos en las Desembocaduras del Sirion¹. Y por ese entonces, Ulmo atendía sobre todo al destino de la Casa de Hador, porque se proponía que ellos desempeñaran un importante papel en la empresa de socorrer a los Exiliados; y conocía perfectamente el infortunio de Tuor, porque en verdad Annael y muchos de los suyos habían logrado huir de Dor-Lómin y habían llegado por fin al encuentro de Círdan en el lejano Sur.

Así fue que un día a principios del año (veintitrés a partir de la Nirnaeth) Tuor estaba sentado junto a un manantial que llegaba hasta las puertas de la cueva donde él vivía; y miraba en el oeste una nubosa puesta de sol. Entonces, de pronto, el corazón le dijo que ya no seguiría esperando, sino que se pondría en pie y partiría.

—¡Abandonaré ahora las tierras grises de mi parentela que ya no existe —exclamó— e iré en busca de mi destino! Pero ¿a dónde encaminarme? Mucho tiempo he buscado la Puerta y no la he encontrado.

Entonces cogió el arpa que siempre llevaba consigo, pues era hábil en el tañido de sus cuerdas, y sin tener en cuenta el peligro de su clara voz solitaria en el yermo, cantó una canción élfica del Norte para animar los corazones. Y mientras cantaba, el pozo a sus pies empezó a bullir con gran incremento de agua, y desbordó, y un riachuelo corrió ruidoso ante él por la rocosa ladera de la colina. Y Tuor tuvo esto por un signo y se puso de pie sin demora y lo siguió. De este modo descendió de las altas colinas de Mithrim y salió a la planicie de Dor-Lómin al norte; y el riacho crecía sin cesar mientras él avanzaba hacia el oeste, hasta que al cabo de tres días pudo divisar en el oeste los prolongados cordones grises de Ered Lómin que en esas regiones se extienden hacia el norte y el sur cercando las lejanas playas de las Costas Occidentales. Hasta esas montañas nunca había llegado Tuor en sus viajes.

La tierra se había vuelto más quebrada y rocosa otra vez al acercarse a las montañas, y pronto empezó a elevarse ante los pies de Tuor, y la corriente descendió por un lecho hendido. Pero a la luz penumbrosa del crepúsculo del tercer día, Tuor encontró ante sí un muro de roca, y había en él una abertura como un gran arco; y la corriente pasó por allí y se perdió. Se afligió entonces Tuor y dijo:

—¡Así pues, mi esperanza me ha engañado! El signo de las colinas sólo me ha traído a un oscuro fin en medio de la tierra de mis enemigos. —Y con desánimo en el corazón se sentó entre las rocas en la alta orilla de la corriente, manteniéndose alerta a lo largo de una amarga noche sin fuego; porque era todavía el mes de Súlimë y ni el menor estremecimiento de primavera había llegado a esa lejana tierra septentrional, y un viento cortante soplaba desde el este.

Pero mientras la luz del sol naciente brillaba pálida en las lejanas nieblas de Mithrim, Tuor oyó voces, y al mirar hacia abajo vio con sorpresa a dos Elfos que vadeaban el agua poco profunda; y cuando subían por los escalones cortados en la orilla rocosa Tuor se puso de pie y los llamó. Ellos en seguida desenvainaron las brillantes espadas y se abalanzaron sobre él. Entonces él vio que llevaban una capa gris, pero debajo iban vestidos de cota de malla; y se maravilló, porque eran más hermosos y fieros, a causa de la luz que tenían en los ojos, que nadie del pueblo de los Elfos que hubiera visto antes. Se irguió en toda su estatura y los esperó; pero cuando ellos vieron que no esgrimía arma alguna, sino que allí, de pie y solo, los saludaba en lengua élfica, envainaron las espadas y le hablaron cortésmente. Y uno de ellos dijo:

—Gelmir y Arminas somos, del pueblo de Finarfin. ¿No eres uno de los Edain de antaño que vivían en estas tierras antes de la Nirnaeth? Y en verdad del linaje de Hador y Húrin me pareces; porque tal te declara el oro de tus cabellos.

Y Tuor respondió:

—Sí, yo soy Tuor, hijo de Huor, hijo de Galdor, hijo de Hador; pero ahora por fin quiero abandonar esta tierra donde soy un proscrito y sin parientes.

—Entonces —dijo Gelmir—, si quieres huir y encontrar los puertos del Sur, ya tus pies te han puesto en el buen camino.

—Así me pareció —dijo Tuor—. Porque seguí a una súbita fuente de agua en las colinas hasta que se unió a esta corriente traidora. Pero ahora no sé a dónde volverme, porque ha desaparecido en la oscuridad.

—A través de la oscuridad es posible llegar a la luz —dijo Gelmir.

—No obstante es preferible andar bajo el sol mientras es posible —dijo Tuor—. Pero como sois de ese pueblo, decidme si podéis dónde se encuentra la Puerta de los Noldor. Porque la he buscado mucho, sin cesar desde que Annael de los Elfos Grises, mi padre adoptivo, me habló de ella.

Entonces los Elfos rieron y dijeron:

—Tu búsqueda ha llegado a su fin; porque nosotros acabamos de pasar esa Puerta. ¡Allí está delante de ti! —Y señalaron el arco por donde fluía el agua.— ¡Ven pues! A través de la oscuridad llegarás a la luz. Pondremos tus pies en el camino, pero no nos es posible conducirte hasta muy lejos; porque se nos ha encomendado un recado urgente y regresamos a la tierra de la que huimos.

—Pero no temas —dijo Gelmir—: tienes escrito en la frente un alto destino, y él te llevará lejos de estas tierras, lejos en verdad de la Tierra Media, según me parece.

Entonces Tuor descendió los escalones tras los Noldor y vadeó el agua fría, hasta que entraron en la oscuridad más allá del arco de piedra. Y entonces Gelmir sacó una de esas lámparas por las que los Noldor tenían renombre; porque se habían hecho antaño en Valinor, y ni el viento ni el agua las apagaban, y cuando se descubrían irradiaban una clara luz azulina desde una llama encerrada en cristal blanco². Ahora, a la luz que Gelmir sostenía por sobre su cabeza, Tuor vio que el río empezaba de pronto a descender por una suave pendiente y entraba en un gran túnel, pero junto al lecho cortado en la roca había largos tramos de peldaños que descendían y se adelantaban hasta una profunda lobreguez más allá de los rayos de la lámpara.

Cuando llegaron al pie de los rápidos, se encontraron bajo una gran bóveda de roca, y allí el río se precipitaba por una abrupta pendiente con un gran ruido que resonaba en la cúpula, y seguía luego bajo otro arco y volvía a desaparecer en un túnel. Junto a la cascada los Noldor se detuvieron y se despidieron de Tuor.

—Ahora debemos volvernos y seguir nuestro camino con la mayor prisa —dijo Gelmir—; porque asuntos de gran peligro se agitan en Beleriand.

—¿Es, pues, la hora en que Turgon ha de salir?—preguntó Tuor.

Entonces los Elfos lo miraron con gran asombro.

—Ese es asunto que concierne a los Noldor más que a los hijos de los Hombres —dijo Arminas—. ¿Qué sabes tú de Turgon?

—Poco —dijo Tuor—, salvo que mi padre lo ayudó a escapar de la Nirnaeth y que en la fortaleza escondida de Turgon vive la esperanza de los Noldor. Sin embargo, no sé por qué, tengo siempre su nombre en el corazón y me sube a los labios. Y si de mí dependiese, iría a buscarlo en vez de seguir este oscuro camino de temor. A no ser, quizá, que esta ruta secreta sea el camino a su morada.

—¿Quién puede decirlo? —respondió el Elfo—. Porque así como se esconde la morada de Turgon se esconden también los caminos que llevan a ella. Yo no los conozco, aunque los he

buscado mucho tiempo. Sin embargo, si los conociera, no te los revelaría a ti ni a ninguno de entre los Hombres.

Pero Gelmir dijo:

—No obstante he oído que tu Casa goza del favor del Señor de las Aguas. Y si sus designios te llevan a Turgon, entonces sin duda llegarás ante él no importa hacia dónde te vuelvas. ¡Sigue ahora el camino por el que las aguas te han traído desde las colinas, y no temas! No andarás mucho tiempo en la oscuridad. ¡Adiós! Y no creas que nuestro encuentro haya sido casual; porque el Habitante del Piélagos mueve muchas cosas en esta tierra quieta. *¡Anar kaluva tielyanna!*³.

Con eso los Noldor se volvieron y ascendieron de vuelta las largas escaleras; Así Tuor permaneció inmóvil hasta que la luz de la lámpara desapareció, y se quedó solo en una oscuridad más profunda que la noche en medio de las cascadas rugientes. Entonces, haciéndose de coraje, apoyó la mano izquierda sobre el muro rocoso y tanteó el camino, lentamente en un comienzo, y luego con mayor rapidez al ir acostumbrándose a la oscuridad y no encontrar nada que lo estorbara. Y al cabo de un largo rato, como le pareció, cuando estaba fatigado, pero sin ganas de descansar en el negro túnel, vio a lo lejos por delante de él una luz; y apresurándose llegó a una alta y estrecha hendidura y siguió la ruidosa corriente entre los muros inclinados hasta salir a una tarde dorada. Porque había llegado a un profundo y escarpado barranco que avanzaba derecho hacia el Oeste; y ante él el sol poniente bajaba por un cielo claro, brillaba en el barranco y le iluminaba los costados con un fuego amarillo, y las aguas del río resplandecían como oro al romper en espumas sobre las piedras refulgentes.

En ese sitio profundo Tuor avanzaba ahora con gran esperanza y deleite, y encontró un sendero bajo el muro austral, donde había una playa larga y estrecha. Y cuando llegó la noche y el río siguió adelante invisible, excepto por el brillo de las estrellas altas que se reflejaban en aguas oscuras, descansó y durmió; porque no sentía temor junto al agua por la que corría el poder de Ulmo.

Con la llegada del día siguió caminando, sin prisa. El sol se levantaba a sus espaldas y se ponía delante de él, y donde el agua se quebraba en espumas entre las piedras o se precipitaba en súbitas caídas, en la mañana y en la tarde se tejían arcos iris por sobre la corriente. Por tanto, le dio al barranco el nombre de Cirith Ninniach.

Así viajó Tuor lentamente tres días bebiendo el agua fría, pero sin deseo de tomar alimento alguno, aunque había muchos peces que resplandecían como el oro y la plata o lucían los colores de los arcos iris en la espuma. Y al cuarto día el canal se ensanchó, y los muros se hicieron más bajos y menos escarpados; pero el río corría más profundo y con más fuerza, porque unas altas colinas avanzaban ahora a cada lado, y unas nuevas aguas se vertían desde ellas en Cirith Ninniach en cascadas de luces trémulas. Allí se quedó Tuor largo rato sentado, contemplando los remolinos de la corriente y escuchando aquella voz interminable hasta que la noche volvió otra vez y las estrellas brillaron frías y blancas en la oscura ruta del cielo. Entonces Tuor levantó la voz y pulsó las cuerdas del arpa, y por sobre el ruido del agua el sonido de la canción y las dulces vibraciones del arpa resonaron en la piedra y se multiplicaron, y avanzaron y se extendieron por las montañas envueltas en noche, hasta que toda la tierra vacía se llenó de música bajo las estrellas. Porque aunque no lo sabía, Tuor había llegado a las Montañas del Eco de Lammoth junto al Estuario de Drengist. Allí había desembarcado Fëanor en otro tiempo, y las voces de sus huestes crecieron hasta convertirse en un poderoso clamor sobre las costas del Norte antes del nacimiento de la Luna⁴.

Entonces Tuor, lleno de asombro, dejó de cantar y lentamente la música murió en las colinas y hubo silencio. Y entonces en medio del silencio oyó arriba en el aire un grito extraño; y no lo reconoció. Ora decía: —Es la voz de un duende. —decía— No, es una bestezuela que se lamenta en el yermo. —Y luego, al oírla otra vez, dijo:— Seguramente es el grito de un ave

nocturna que no conozco. —Y le pareció un sonido luctuoso, y no obstante deseaba escucharlo y seguirlo, porque el sonido lo llamaba, no sabía a dónde.

Por la mañana siguiente oyó la misma voz, y alzando los ojos vio tres grandes aves blancas que avanzaban por el barranco en el viento del oeste, y las alas vigorosas les brillaban al sol recién nacido, y al pasar sobre él gritaron una nota plañidera. Así, por primera vez, Tuor vio las grandes grullas, amadas de los Teleri. Se alzó entonces para seguirlas, y queriendo observar hacia dónde volaban trepó la ladera de la izquierda y se irguió en la cima y sintió contra la cara un fuerte viento venido del Oeste; y los cabellos se le agitaban. Y bebió profundamente ese aire nuevo y dijo: —¡Esto anima el corazón como beber vino fresco! —Pero no sabía que el viento llegaba reciente del Gran Mar.

Ahora bien, Tuor se puso en marcha una vez más en busca de las grullas, altas por sobre el río; y mientras avanzaba los lados del barranco se iban uniendo otra vez, y así llegó a un estrecho canal, lleno del gran estrépito del agua. Y al mirar hacia abajo, vio una gran maravilla, como le pareció; porque una frenética marejada avanzaba por el estrecho y luchaba contra el río, que seguía precipitándose hacia adelante, y una ola como un muro se levantó casi hasta la cima del acantilado, coronada de crestas de espuma que volaban al viento. Entonces el río fue empujado hacia atrás y la marejada avanzó rugiente por el canal anegándolo con aguas profundas, y las piedras pasaban rodando como truenos. Así la llamada de las aves marinas salvó a Tuor de la muerte en la marea alta; y era ésta muy grande por causa de la estación del año y del fuerte viento que soplaba del mar.

Pero la furia de las extrañas aguas desanimó a Tuor, que se volvió y se alejó hacia el sur, de modo que no llegó a las largas costas del Estuario de Drengist, sino que erró aún algunos días por un campo áspero despojado de árboles; y un viento que venía del mar barría este campo, y todo lo que allí crecía, hierba o arbusto, se inclinaba hacia el alba porque prevalecía el viento del Oeste. De este modo Tuor llegó a los bordes de Nevrast, donde otrora había morado Turgon; y por fin, sin advertirlo (porque las cimas del acantilado eran más altas que las cuevas que había por detrás) llegó súbitamente al borde negro de la Tierra Media y vio el Gran Mar, Belegaer Sin Orillas. Y a esa hora el sol descendía más allá de las márgenes del mundo como una llamarada poderosa; y Tuor se irguió sobre el acantilado con los brazos extendidos y una gran nostalgia le ganó el corazón. Se dice que fue el primero de los Hombres en llegar al Gran Mar, y que nadie, salvo los Eldar, sintió nunca tan profundamente el anhelo que él despierta.

Tuor se demoró varios días en Nevrast, y le pareció bien hacerlo porque esa tierra, protegida por montañas del Norte y el Este y próxima al mar, era de clima más dulce y templado que las llanuras de Hithlum. Hacía mucho que estaba acostumbrado a vivir como cazador solitario en el descampado y no le faltó alimento; porque la primavera se afanaba en Nevrast, y el aire vibraba con ruido de pájaros, Los que moraban en multitudes en las costas y los que abundaban en los marjales de Linaewen en medio de las tierras bajas; pero en aquellos días no se oían en todas aquellas soledades voces de Elfos ni de Hombres.

Llegó Tuor hasta los bordes de la gran laguna, pero las vastas ciénagas y los apretados bosques de juncos que se extendían en derredor le impedían alcanzar las aguas; y no tardó en volverse y regresar a las costas, porque el Mar lo atraía, y no estaba dispuesto a quedarse mucho tiempo donde no pudiera oír el sonido de las olas. Y en esas costas Tuor encontró por vez primera huellas de los Noldor de antaño. Porque entre los altos acantilados abiertos por las aguas al sur de Drengist había muchas ensenadas y calas con playas de arena blanca entre las negras piedras resplandecientes, y visitando esos lugares Tuor descubrió a menudo escaleras tortuosas talladas en la piedra viva; y junto al borde del agua había muelles en ruinas contruidos con grandes bloques de piedra, donde antaño habían anclado navíos de los Elfos. En esas regiones Tuor se quedó mucho tiempo contemplando el mar siempre cambiante, mientras el año lento se consumía dejando atrás la primavera y el verano, y la oscuridad crecía en Belegriand, y el otoño de la condenación de Nargothrond estaba acercándose.

Y, quizá, los pájaros vieron desde lejos el fiero invierno que se aproximaba⁵; porque los que acostumbraban migrar hacia el sur se agruparon temprano para partir, y los que solían habitar en el norte volvieron a sus hogares en Nevrast. Y un día, mientras Tuor estaba sentado en la costa, oyó un sibilante batir de grandes alas y miró hacia arriba y vio siete cisnes blancos que volaban en una rápida cuña hacia el sur. Pero cuando estuvieron sobre él, giraron y descendieron de pronto y se dejaron caer ruidosamente salpicando agua.

Ahora bien, Tuor amaba a los cisnes, a los que había conocido en los estanques grises de Mithrim; y el cisne además había sido la señal de Annael y su familia adoptiva. Se puso en pie por tanto para saludar a las aves y las llamó maravillado al ver que eran de mayor tamaño y más orgullosas que ninguna otra de su especie que hubiera visto nunca; pero ellas batieron las alas y emitieron ásperos gritos como si estuvieran enfadadas con él y quisieran echarlo de la costa. Luego, con gran ruido, se alzaron otra vez de las aguas y volaron por encima de la cabeza de Tuor, de modo que el aleteo sopló sobre él como un viento ululante; y girando en un amplio círculo subieron por el aire y se alejaron hacia el sur.

Entonces Tuor exclamó en voz alta: —¡He aquí otro signo de que me he demorado demasiado tiempo! —Y en seguida trepó a la cima del acantilado y allí vio todavía a los cisnes que giraban en las alturas; pero cuando se volvió hacia el sur y empezó a seguirlos, escaparon rápidamente.

Tuor viajó hacia el sur a lo largo de la costa durante siete días completos, y cada día lo despertaba un batir de alas sobre él en el alba, y cada día los cisnes avanzaban volando mientras él los seguía. Y mientras andaba los altos acantilados se hacían más bajos y las cimas se cubrían de hierbas altas y florecidas; y hacia el este había bosques que amarilleaban con el desgaste del año. Pero por delante de él, cada vez más cerca, veía una línea de altas colinas que le cerraban el camino y se extendían hacia el oeste hasta terminar en una alta montaña: una torre oscura y tocada de nubes apoyadas en hombros poderosos sobre un gran cabo verde que se adentraba en el mar.

Esas colinas grises eran en verdad las estribaciones occidentales de Ered Wethrin, el cerco septentrional de Beleriand, y la montaña era el Monte Taras, la más occidental de las torres de esa tierra y lo primero que veía el marino desde millas de mar adentro al acercarse a las costas mortales. Turgon había morado en otro tiempo bajo las prolongadas laderas, en los recintos de Vinyamar, las más antiguas obras de piedra de cuantas levantarán los Noldor en las tierras del exilio. Allí se alzaba todavía, desolada pero perdurable, alta sobre amplias terrazas que miraban al mar. Los años no la habían sacudido, y los servidores de Morgoth no habían pasado por allí sin acercarse; pero el viento y la lluvia y la escarcha la habían esculpido, y sobre la albardilla de los muros y las grandes tejas de la techumbre crecían plantas de un verde grisáceo que, viviendo del aire salino, medraban aun en las hendeduras de la piedra estéril.

Llegó entonces Tuor a las ruinas de un camino perdido, y pasó entre montículos verdes y piedras caídas, y de ese modo y cuando menguaba el día llegó al viejo recinto y los patios altos y barridos por el viento. Ninguna sombra de temor o mal acechaba en estos sitios, pero lo ganó un miedo reverente al pensar en los que habían vivido allí y ahora habían partido nadie sabía a dónde: el pueblo inmortal pero condenado, venido desde mucho más allá del Mar. Y se volvió y miró, como los ojos de ellos habían mirado a menudo, el resplandor de las aguas agitadas que se perdían a lo lejos. Entonces se volvió otra vez y vio que los cisnes se habían posado en la terraza más alta, y se detuvo ante la puerta occidental del recinto; y ellos batieron las alas y le pareció que le hacían señas de que entrase. Entonces Tuor subió por las escaleras ahora medio ocultas entre la hierba y la colleja y pasó bajo el poderoso dintel y penetró en las sombras de la casa de Turgon; y llegó por fin a una sala de altas columnas. Si grande había parecido desde fuera, ahora vasta y magnífica le pareció desde dentro, y por respetuoso temor no quiso despertar los ecos de su vacío. Nada podía ver allí salvo en el extremo oriental, un alto asiento sobre un estrado, y tan quedamente como pudo se acercó a él; pero el

sonido de sus pies resonaba sobre el suelo pavimentado como los pasos del destino, y los ecos corrían delante de él por los pasillos de columnas.

Al llegar delante de la gran silla en la penumbra y ver que estaba tallada en una única piedra y cubierta de signos extraños, el sol poniente llegó al nivel de una alta ventana bajo el gaviote occidental y un haz de luz dio sobre el muro que tenía enfrente y resplandeció como sobre metal pulido. Entonces Tuor, maravillado, vio que en el muro detrás del trono colgaban un escudo y una magnífica cota y un yelmo y una larga espada envainada. La cota resplandecía como labrada en plata sin mácula, y el rayo de sol la doraba con chispas de oro. Pero el escudo le pareció extraño a Tuor, pues era largo y ahusado; y su campo era azul y el emblema grabado en el centro era el ala blanca de un cisne. Entonces Tuor habló, y su voz resonó como un desafío en la techumbre: —Por esta señal tomaré estas armas para mí y sobre mí cargaré el destino que deparen⁶. —Y levantó el escudo y lo encontró más liviano y fácil de manejar de lo que había supuesto; porque parecía que estaba hecho de madera, pero con suma habilidad los Elfos herreros lo habían cubierto de láminas de metal, fuertes y sin embargo delgadas como hojuelas, por lo que se había preservado a pesar del desgaste y el tiempo.

Entonces Tuor se puso la cota y se cubrió la cabeza con el yelmo y se ciñó la espada; negros eran la vaina y el cinturón con hebilla de plata. Así armado salió del recinto de Turgon y se mantuvo erguido en las altas terrazas de Taras a la luz roja del sol. Nadie había allí que lo viera mientras miraba hacia el oeste, resplandeciente de plata y de oro, y no sabía él que en aquel momento lucía como uno de los Poderosos del Oeste, capaz de ser el padre de los reyes de los Reyes de los Hombres más allá del Mar; y ése era en verdad su destino⁷; pero al tomar las armas un cambio había ocurrido en Tuor, hijo de Huor, y el corazón le creció dentro del pecho. Y cuando salió por las puertas los cisnes le rindieron homenaje, y arrancándose cada uno una pluma del ala se la ofrecieron tendiendo los largos cuellos sobre la piedra ante los pies de Tuor; y él tomó las siete plumas y las puso en la cresta del yelmo, y en seguida los cisnes levantaron vuelo y se alejaron hacia el norte a la luz del sol poniente, y Tuor ya no los vio más.

Tuor sintió entonces que sus pies lo llevaban a la playa y descendió las largas escaleras hasta una amplia costa, en el lado septentrional de Taras-ness; y vio que el sol se hundía en una gran nube negra que asomaba sobre el mar oscurecido: y el aire se enfrió y hubo una agitación y un murmullo como de una tormenta que acecha. Y Tuor estaba en la costa y el sol parecía un incendio humeante tras la amenaza del cielo; y le pareció que una gran ola se alzaba en la lejanía y avanzaba hacia tierra, pero el asombro lo retuvo y permaneció allí inmóvil. Y la ola avanzó hacia él y había sobre ella algo semejante a una neblina de sombra. Entonces, de pronto, se encrespó y se quebró y se precipitó hacia adelante en largos brazos de espuma; pero allí donde se había roto se erguía oscura sobre la tormenta una forma viviente de gran altura y majestad.

Entonces Tuor se inclinó reverente, porque le pareció que contemplaba a un rey poderoso. Llevaba una gran corona que parecía de plata y de la que le caían los largos cabellos como una espuma que brillaba pálida en el crepúsculo; y al echar atrás el manto gris que lo cubría como una bruma, ¡oh, maravilla!, estaba vestido con una cota refulgente que se le ajustaba como la piel de un pez poderoso y con una túnica de color verde profundo que resplandecía y titilaba como los fuegos marinos mientras él se adelantaba con paso lento. De esta manera el Habitante de las Profundidades, a quien los Noldor llaman Ulmo, Señor de las Aguas, se manifestó ante Tuor, hijo de Huor, de la casa de Hador bajo Vinyamar.

No puso pie en la costa, y hundido hasta las rodillas en el mar sombrío, le habló a Tuor, y por la luz de sus ojos y el sonido de su voz profunda, el miedo ganó a Tuor, que se arrojó de bruces sobre la arena.

—¡Levántate, Tuor, hijo de Huor! —dijo Ulmo—. No temas mi cólera, aunque mucho tiempo te llamé sin que me escucharas; y habiéndote puesto por fin en camino, te retrasaste en

el viaje hacia aquí. Tenías que haber llegado en primavera; pero ahora un fiero invierno vendrá pronto desde las tierras del Enemigo. Tienes que aprender deprisa, y el camino placentero que tenía designado para ti ha de cambiarse. Porque mis consejos han sido despreciados⁸, y un gran mal se arrastra por el Valle de Sirion y ya una hueste de enemigos se ha interpuesto entre tú y tu meta.

—¿Cuál es mi meta, Señor? —preguntó Tuor.

—La que mi corazón ha acariciado siempre —respondió Ulmo—: encontrar a Turgon y cuidar de la ciudad escondida. Porque te has ataviado de ese modo para ser mi mensajero, con las armas que desde hace mucho tenía dispuestas para ti. Pero ahora has de atravesar el peligro sin que nadie te vea. Envuélvete por tanto en esta capa y no te la quites hasta que hayas llegado al final del viaje.

Entonces le pareció a Tuor que Ulmo partía su manto gris y le arrojaba un trozo como una capa que al caer sobre él lo cubrió por completo desde la cabeza a los pies.

—De ese modo andarás bajo mi sombra —dijo Ulmo—. Pero no te demores; porque la sombra no resistirá en las tierras de Anar y en los fuegos de Melkor. ¿Llevarás mi recado?

—Lo haré, Señor —dijo Tuor.

—Entonces pondré palabras en tu boca que dirás a Turgon —dijo Ulmo—. Pero primero he de enseñarte, y oirás algunas cosas que no ha oído nunca Hombre alguno, no, ni siquiera los poderosos de entre los Eldar. —Y Ulmo le habló a Tuor de Valinor y de su oscurecimiento, y del Exilio de los Noldor y la Maldición de Mandos y del ocultamiento del Reino Bendecido.— Pero ten en cuenta —le dijo— que en la armadura del Hado (como los Hijos de la Tierra lo llaman) hay siempre una hendidura y en los muros del Destino una brecha hasta la plena consumación que vosotros llamáis el Fin. Así será mientras yo persista, una voz secreta que contradice y una luz en el sitio en que se decretó la oscuridad. Por tanto, aunque en los días de esta oscuridad parezca oponerme a la voluntad de mis hermanos, los Señores del Occidente, ésa es la parte que me cabe entre ellos y para la que fui designado antes de la hechura del Mundo. Pero el Destino es fuerte y la sombra del Enemigo se alarga; y yo estoy disminuido; en la Tierra Media soy apenas un secreto susurro. Las aguas que manan hacia el oeste manguan cada día, y las fuentes están envenenadas, y mi poder se retira de las aguas de la tierra; porque los Elfos y los Hombres ya no me ven ni me oyen por causa del poder de Melkor. Y ahora la Maldición de Mandos se precipita hacia su consumación, y todas las obras de los Noldor perecerán, y todas las esperanzas que abrigaron se desmoronarán. Sólo queda la última esperanza, la esperanza que no han previsto ni preparado. Y esa esperanza radica en ti; porque así yo lo he decidido.

—¿Entonces Turgon no se opondrá a Morgoth como todos los Eldar lo esperan todavía? —preguntó Tuor—. ¿Y qué queréis vos de mí, Señor, si llego ahora ante Turgon? Porque aunque estoy en verdad dispuesto a hacer como mi padre, y apoyar a ese rey en su necesidad, no obstante de poco serviré, un mero hombre mortal, entre tantos y tan valientes miembros del Alto Pueblo del Oeste.

—Si decidí enviarte, Tuor, hijo de Huor, no creas que tu espada es indigna de la misión. Porque los Elfos recordarán siempre el valor de los Edain, mientras las edades se prolonguen, maravillados de que prodigaran tanta vida, aunque poco tienen de ella en la tierra. Pero no te envió sólo por tu valor, sino para llevar al mundo una esperanza que tú ahora no alcanzas a ver, y una luz que horadará la oscuridad.

Y mientras Ulmo decía estas cosas, el murmullo de la tormenta creció hasta convertirse en un gran aullido, y el viento se levantó, y el cielo se volvió negro; y el manto del Señor de las Aguas se extendió como una nube flotante. —Vete ahora —le dijo Ulmo—. ¡No sea que el Mar te devore! Porque Ossë obedece la voluntad de Mandos y está irritado, pues es sirviente del Destino.

—Sea como vos mandáis —dijo Tuor—. Pero si escapo del Destino, ¿qué palabras le diré a Turgon?

—Si llegas ante él —respondió Ulmo—, las palabras aparecerán en tu mente, y tu boca hablará como yo quiera. ¡Habla y no temas! Y en adelante haz como tu corazón y tu valor te lo dicten. Lleva siempre mi manto, porque así estarás protegido. Quitaré a uno de la cólera de Ossë, y lo enviaré a ti, y de ese modo tendrás guía: sí, el último marinero del último navío que irá hacia el Occidente, hasta la elevación de la Estrella. ¡Vuelve ahora a tierra!

Entonces estalló un trueno y un relámpago resplandeció sobre el mar; y Tuor vio a Ulmo de pie entre las olas como una torre de plata que titilaba con llamas refulgentes; y gritó contra el viento:

—¡Ya parto, Señor! Pero ahora mi corazón siente nostalgia del Mar.

Y entonces Ulmo alzó un cuerno poderoso y sopló una única gran nota, ante la cual el rugido de la tormenta parecía una ráfaga de viento sobre un lago. Y cuando oyó esa nota, y fue rodeado por ella, y con ella colmado, le pareció a Tuor que las costas de la Tierra Media se desvanecían, y contempló todas las aguas del mundo en una gran visión: desde las venas de las tierras hasta las desembocaduras de los ríos, y desde las playas y los estuarios hasta las profundidades. Al Gran Mar lo vio a través de sus inquietas regiones, habitadas de formas extrañas, aun hasta los abismos privados de luz, en los que en medio de la sempiterna oscuridad resonaban voces terribles para los oídos mortales. Las planicies inconmensurables las contempló con la rápida mirada de los Valar; se extendían inmóviles bajo la mirada de Anar, o resplandecían bajo la Luna cornamentada o se alzaban en montañas de cólera que rompían sobre las Islas Sombrías⁹, hasta que a lo lejos, en el límite de la visión, y más allá de incontables leguas, atisbó una montaña que se levantaba a alturas a las que no alcanzaba su mente, hasta tocar una nube brillante, y debajo refulgía la hierba. Y mientras se esforzaba por oír el sonido de esas olas lejanas, y por ver con mayor claridad esa luz distante, la nota murió, y Tuor se encontró bajo los truenos de la tormenta, y un relámpago de múltiples brazos rasgó los cielos por encima de él. Y Ulmo se había ido, y en el mar tumultuoso las salvajes olas de Ossë chocaban contra los muros de Nevrast.

Entonces Tuor huyó de la furia del mar, y con trabajo consiguió volver por el camino a las altas terrazas; porque el viento lo llevaba contra el acantilado, y cuando llegó a la cima lo hizo caer de rodillas. Por tanto, entró de nuevo al oscuro recinto vacío en busca de protección, y permaneció sentado toda la noche en el asiento de piedra de Turgon. Aun las columnas temblaban por la violencia de la tormenta, y le pareció a Tuor que el viento estaba lleno de lamentos y de gritos frenéticos. No obstante, la fatiga lo venció a ratos, y durmió perturbado por sueños, de los que ningún recuerdo le quedó en la vigilia, salvo uno: la visión de una isla, y en medio de ella había una escarpada montaña, y detrás de ella se ponía el sol, y las sombras cubrían el cielo; pero por encima de la montaña brillaba una única estrella deslumbrante.

Después de este sueño, Tuor durmió profundamente, porque antes de que la noche hubiera terminado, la tormenta se alejó arrastrando consigo los nubarrones negros hacia el Oriente del mundo. Despertó por fin a una luz grisácea, y se levantó y abandonó el alto asiento, y cuando bajó a la sala en penumbras vio que estaba llena de aves marinas ahuyentadas por la tormenta; y salió mientras las últimas estrellas se desvanecían en el Oeste ante la llegada del día. Entonces vio que las grandes olas de la noche habían avanzado mucho tierra adentro, y habían arrojado sus crestas por sobre la cima de los acantilados, y tejas rotas y algas cubrían aun las terrazas delante de las puertas. Y al mirar desde la terraza más baja, Tuor vio, apoyado contra el muro, entre piedras y despojos del mar, a un Elfo que vestía una empapada capa gris. Sentado, en silencio, miraba más allá de la ruina de las playas las largas lomas de las olas. Todo estaba quieto, y no había otro sonido que el de la impetuosa marejada.

Al ver Tuor la silenciosa figura gris, recordó las palabras de Ulmo y le vino a los labios un nombre que nadie le había enseñado, y dijo en alta voz:

—¡Bienvenido, Voronwë! Te esperaba¹⁰.

Entonces el Elfo se volvió y miró hacia arriba, y Tuor se encontró con la penetrante mirada de unos ojos grises como el mar, y supo que pertenecía al alto pueblo de los Noldor. Pero hubo miedo y asombro en la mirada del Elfo cuando vio a Tuor erguido en el muro por encima de él, vestido con una gran capa que era como una sombra, cubriéndole una malla élfica que le resplandecía en el pecho.

Así permanecieron un momento, examinándose las caras, y entonces el Elfo se puso en pie y se inclinó ante Tuor. —¿Quién sois, señor? —preguntó—. Durante mucho tiempo he luchado contra el mar embravecido. Decidme: ¿ha habido grandes nuevas desde que abandoné la tierra? ¿Fue vencida la Sombra? ¿Ha salido el Pueblo Escondido?

—No —respondió Tuor—. La Sombra se alarga, y los Escondidos permanecen escondidos.

Entonces Voronwë se quedó mirándolo largo tiempo en silencio. —Pero ¿quién sois? —volvió a preguntar—. Durante muchos años mi pueblo estuvo ausente de estas tierras, y ninguno de ellos moró aquí desde entonces. Y ahora advierto que a pesar de vuestro atuendo no sois uno de ellos, como lo creí, sino que pertenecéis a la raza de los Hombres.

—Así es en efecto —dijo Tuor—. ¿Y no eres tú el último marinero del último navío en salir hacia Occidente desde los Puertos de Círdan?

—Lo soy, en efecto —dijo el Elfo—. Voronwë, hijo de Aranwë. Pero cómo conocéis mi nombre y mi destino, no lo entiendo.

—Los conozco porque el Señor de las Aguas habló conmigo la víspera —respondió Tuor—, y dijo que te salvaría de la cólera de Ossë, y que te enviaría aquí con el fin de que fueras mi guía.

Entonces con miedo y asombro Voronwë exclamó:

—¿Habéis hablado con Ulmo el Poderoso? ¡Grandes han de ser entonces en verdad vuestro valor y vuestro destino! Pero ¿a dónde habré de guiaros, señor? Porque de seguro sois un rey de Hombres, y muchos han de obedecer vuestra palabra.

—No, soy un esclavo fugado —dijo Tuor—, y soy un proscrito solitario en una tierra desierta. Pero tengo un recado para Turgon, el Rey Escondido. ¿Sabes por qué camino llegar a él?

—Muchos son proscritos y esclavos en estos malhadados días que no nacieron en esa condición —respondió Voronwë—. Un señor de Hombres sois por derecho, según me parece. Pero aun cuando fuerais el más digno de todo vuestro pueblo, no tendríais derecho a ir en busca de Turgon, y vano sería que lo intentaseis. Porque aun cuando yo os condujera hasta sus puertas, no podríais entrar.

—No te pido que me lleves sino hasta esas puertas —dijo Tuor—. Allí el Destino luchará con los Designios de Ulmo. Y si Turgon no me recibe, mi misión habrá acabado, y el Destino será el que prevalezca. Pero en cuanto a mi derecho de ir en busca de Turgon: yo soy Tuor, hijo de Huor y pariente de Húrin, nombre que Turgon no habrá de olvidar. Y lo busco también por orden de Ulmo. ¿Habrá de olvidar Turgon lo que éste le dijo antaño: *Recuerda que la última esperanza de los Noldor ha de llegar del Mar?* O también: *Cuando el peligro esté cerca, uno vendrá de Nevrast para advertírtelo.*¹¹ Yo soy el que había de venir y estoy así investido con las armas que me estaban destinadas.

Tuor se maravilló de oírse a sí mismo hablar de ese modo, porque las palabras que Ulmo le dijo a Turgon al partir de Nevrast no le eran conocidas de antemano, ni a nadie salvo al Pueblo Escondido. Por lo mismo, tanto más asombrado estaba Voronwë; pero se volvió y miró el Mar y suspiró.

—¡Ay! —dijo—. No querría volver nunca. Y a menudo he prometido en las profundidades del mar que si alguna vez pusiera el pie otra vez en tierra, moraría en paz lejos de la Sombra del Norte, o junto a los Puertos de Círdan, o quizá en los bellos prados de Nantathren, donde la primavera es más dulce que los deseos del corazón. Pero si el mal ha crecido desde que

partí de viaje y el peligro definitivo acecha a mi pueblo, entonces debo regresar a él. —Se volvió hacia Tuor.— Os guiaré hasta las puertas escondidas —dijo—, porque los prudentes no han de desoír los consejos de Ulmo.

—Entonces marcharemos juntos como se nos ha aconsejado —dijo Tuor—. Pero ¿no te aflijas, Voronwë! Porque mi corazón me dice que tu largo camino te conducirá lejos de la Sombra, y que tu esperanza volverá al Mar.¹²

—Y también la vuestra —dijo Voronwë—. Pero ahora tenemos que abandonarlo e ir de prisa.

—Sí —dijo Tuor—. Pero ¿a dónde me llevarás y a qué distancia? ¿No hemos de pensar primero cómo viajaremos por las tierras salvajes, o si es el camino largo, cómo pasar el invierno sin abrigo?

Pero Voronwë no dio una respuesta clara acerca del camino. —Vos conocéis la fortaleza de los Hombres —dijo—. En cuanto a mí, pertenezco a los Noldor, y grande ha de ser el hambre y frío el invierno que maten al pariente de los que atravesaron el Hielo. ¿Cómo creéis que pudimos trabajar durante días incontables en los yermos salados del mar? ¿Y no habéis oído del pan de viaje de los Elfos? Y conservo todavía el que todos los marineros guardan hasta el final. —Entonces le mostró bajo la capa un bolsillo sellado sujeto con una hebilla al cinturón.— Ni el agua ni el tiempo lo dañan en tanto esté sellado. Pero hemos de economizarlo hasta que sea mucha la necesidad; y sin duda un proscrito y cazador habrá de encontrar otro alimento antes que el año empeore.

—Quizá —dijo Tuor—. Pero no en todas las tierras es posible cazar sin riesgo, por abundantes que sean las bestias. Y los cazadores se demoran en los caminos.

Entonces Tuor y Voronwë se dispusieron a partir. Tuor llevó consigo el pequeño arco y las flechas que traía además de las armas encontradas en la sala; pero la lanza sobre la que estaba escrito su nombre en runas élficas del Norte la dejó junto al muro en señal de que había pasado por allí. No tenía armas Voronwë, salvo una corta espada.

Antes de que el día hubiera avanzado mucho abandonaron la antigua vivienda de Turgon, y Voronwë guió a Tuor hacia el oeste de las empinadas cuevas de Taras, y a través del gran cabo. Allí en otro tiempo había pasado el camino desde Nevrast a Brithombar, que no era ahora sino una huella verde entre viejos terraplenes cubiertos de hierba. Así llegaron a Beleriand y la región septentrional de las Falas; y volviéndose hacia el este, buscaron las oscuras estribaciones de Ered Wethrin, y allí encontraron refugio y descansaron hasta que el día se desvaneció en el crepúsculo. Porque aunque las antiguas viviendas de Falathrim, Brithombar y Eglarest estaban todavía lejos, allí moraban Orcos ahora, y toda la tierra estaba infestada de espías de Morgoth: temía éste los barcos de Círdan que llegaban a veces patrullando las costas y se unían a las huestes enviadas desde Nargothrond.

Mientras estaban allí sentados envueltos en sus capas como sombras bajo las colinas, Tuor y Voronwë conversaron juntos durante mucho tiempo. Y Tuor interrogó a Voronwë acerca de Turgon, pero poco hablaba Voronwë de tales asuntos; hablaba en cambio de las moradas de la Isla de Balar y de la Lisgardh, la tierra de los juncos en las Desembocaduras del Sirion.

—Allí crece ahora el número de los Eldar —dijo— porque cada vez son más abundantes los que huyen por miedo de Morgoth, cansados de la guerra. Pero no abandoné yo a mi pueblo por propia decisión. Porque después de la Bragollach y el fin del Sitio de Angband, por primera vez abrigó el corazón de Turgon la duda de que quizá Morgoth fuera demasiado fuerte. Ese año envió a unos pocos, los primeros que atravesaron las puertas desde dentro, y llevaban una misión secreta. Fueron Sirion abajo hasta las costas próximas a las Desembocaduras, y allí construyeron barcos. Pero de nada les sirvió, salvo tan sólo para llegar a la gran Isla de Balar y establecer allí viviendas solitarias, lejos del alcance de Morgoth. Porque los Noldor

no dominan el arte de construir barcos que resistan mucho tiempo las olas de Belegaer el grande.¹³

»Pero cuando más tarde Turgon se enteró de los ataques de las Falas y del saqueo de los antiguos Puertos de los Carpinteros de Barcos que se encuentran allá lejos delante de nosotros, y se dijo que Círdan había salvado a unos pocos y navegado con ellos hacia el sur a la Bahía de Balar, volvió a enviar un grupo de mensajeros. Eso fue poco tiempo atrás; no obstante, en mi memoria parece la más larga porción de mi vida. Porque yo fui uno de los que envió, cuando era joven en años entre los Eldar. Nací aquí en la Tierra Media en el país de Nevrast. Mi madre pertenecía a los Elfos Grises de las Falas, y era pariente del mismo Círdan; hubo mucha mezcla de pueblos en Nevrast, durante los primeros años del reinado de Turgon, y yo tengo el corazón marino del pueblo de mi madre. Por tanto, yo estuve entre los escogidos, puesto que nuestro recado era para Círdan, que nos ayudara en la construcción de barcos, con el fin de que algún mensaje y ruego de auxilio pudiera llegar a los Señores del Oeste antes que todo se perdiera. Pero me demoré en el camino. Porque había visto poco de la Tierra Media y llegamos a Nantathren en la primavera del año. Amable al corazón es esa tierra como veréis si alguna vez seguís hacia el sur por el Sirion abajo. Allí se encuentra cura a las nostalgias del mar, salvo para aquellos a quienes no suelta el Destino. Allí Ulmo es sólo el servidor de Yavanna, y la tierra ha dado vida a hermosas criaturas que los corazones de las duras montañas del Norte no pueden imaginar. En esa tierra el Narog se une al Sirion, y ya no se apresuran, sino que fluyen anchos y tranquilos por los prados vivientes; y todo alrededor del río brillante crecen lirios cárdenos como un bosque florecido, y la hierba está llena de flores como gemas, como campanas, como llamas rojas y doradas, como estrellas multicolores en un firmamento verde. Sin embargo, los más bellos de todos son los sauces de Nantathren, de verde pálido, o plateados en el viento, y el murmullo de sus hojas innumerables es un hechizo de música: día y noche resonaban incontables mientras yo me hundía silencioso hasta las rodillas en la hierba y escuchaba. Allí quedé encantado y olvidé el Mar en mi corazón. Por allí erré dando nombre a flores nuevas o yaciendo entre sueños en medio del canto de los pájaros y el zumbido de las abejas, olvidado de todos mis parientes, fueran los barcos de los Teleri o las espadas de los Noldor, pero mi destino no lo permitió. O quizá el mismo Señor de las Aguas; porque era muy fuerte en esa tierra.

»Así me vino al corazón la idea de construir una balsa con ramas de sauce y trasladarme por el brillante seno del Sirion; y así lo hice, y así fui llevado. Porque un día, mientras estaba en medio del río sopló un viento súbito y me atrapó, y me arrastró fuera de la Tierra de los Sauces hacia el Mar. De este modo llegué el último de entre los mensajeros junto a Círdan; y de los siete barcos que construyó a pedido de Turgon todos menos uno estaban plenamente acabados. Y uno por uno se hicieron a la mar hacia el Oeste, y ninguno ha vuelto nunca ni se han tenido noticias de ellos.

»Pero el aire salino del mar agitaba de nuevo el corazón de la parentela de mi madre en mi pecho, y me regocijé en las olas aprendiendo toda la ciencia del mar como si la tuviera ya almacenada en mi mente. De modo que cuando el último barco y el mayor estuvo pronto, yo estaba ansioso por partir y me decía a mí mismo: “Si son ciertas las palabras de los Noldor, hay entonces en el Oeste prados con los que la Tierra de los Sauces no puede compararse. Allí nunca nada se marchita ni tiene fin la primavera. Y quizá aun yo, Voronwë, pueda llegar allí. Y en el peor de los casos errar por las aguas es mucho mejor que la Sombra del Norte”. Y no tenía miedo, porque no hay agua que pueda anegar los barcos de los Teleri.

»Pero el Gran Mar es terrible, Tuor, hijo de Huor; y odia a los Noldor, porque es el Destino de los Valar. Peores cosas guarda que hundirse en el abismo y perecer: hastío y soledad y locura; terror del viento y el tumulto, y silencio y sombras en las que toda esperanza se pierde y todas las formas vivientes se apagan. Y baña muchas costas extrañas y malignas, y lo infestan muchas islas de miedo y peligro. No he de oscurecer tu corazón, hijo de la Tierra Media, con

la historia de mis trabajos durante siete años en el Gran Mar, desde el Norte hasta el Sur, pero nunca hacia el Oeste. Porque éste permanece cerrado para nosotros.

»Por fin, completamente desesperados, fatigados del mundo entero, dimos la vuelta y escapamos del hado que nos había perdonado durante tanto tiempo, sólo para golpearnos más duramente. Porque cuando divisamos una montaña desde lejos y yo exclamé: “¡Mirad! Allí está Taras y la tierra que me vio nacer”, el viento despertó, y grandes nubes cargadas de truenos vinieron desde el Oeste. Entonces las olas nos persiguieron como criaturas vivas llenas de malicia, y los rayos nos hirieron; y cuando estuvimos reducidos a un casco indefenso, los mares saltaron furiosos sobre nosotros. Pero, como veis, yo fui salvado; porque me pareció que a mí acudía una ola, más grande, y sin embargo más calma que todas las otras, y me cogió y me levantó del barco, y me transportó alto sobre sus hombros, y precipitándose a tierra me arrojó sobre la hierba retirándose luego y descendiendo por el acantilado como una gran cascada. Allí estaba desde hacía una hora todavía aturdido por el mar, cuando vinisteis a mi encuentro. Y siento todavía el miedo que produce, y la amarga pérdida de los amigos que me acompañaron tanto tiempo y hasta tan lejos, más allá de la vista de las tierras mortales.

Voronwë suspiró y continuó en voz baja, como si se hablara a sí mismo: —Pero muy brillantes eran las estrellas sobre el margen del mundo cuando a veces las nubes se retiraban del Oeste. No obstante si vimos sólo nubes más remotas, o atisbamos en verdad, como lo han sostenido algunos, las Montañas de las Pelóri en torno a las playas perdidas de nuestra antigua patria, no lo sé. Lejos, muy lejos se levantan, y nadie de las tierras mortales volverá nunca a ellas, según creo. —Entonces Voronwë guardó silencio; porque había llegado la noche y las estrellas brillaban blancas y frías.

Poco después Tuor y Voronwë se levantaron y volvieron sus espaldas al mar, e iniciaron su largo viaje en la oscuridad; del cual hay poco que decir, pues la sombra de Ulmo estaba sobre Tuor, y nadie los vio pasar por bosque o por piedra, por campo o por valle, entre la puesta y la salida del sol. Pero siempre avanzaban precavidos evitando los cazadores de ojos nocturnos de Morgoth y esquivando los caminos transitados de los Elfos y los Hombres. Voronwë escogía el camino y Tuor lo seguía. No hacía éste preguntas vanas, pero no dejaba de advertir que marchaban siempre hacia el este a lo largo de las fronteras de las montañas cada vez más altas, y que nunca se volvían hacia el sur, lo cual lo asombró, porque creía, como la mayor parte de los Hombres y los Elfos, que Turgon moraba lejos de las batallas del Norte.

Lentamente avanzaban en el crepúsculo y en la noche por el descampado sin caminos, y el fiero invierno descendía rápido desde el reino de Morgoth. A pesar del abrigo que procuraban las montañas, los vientos eran fuertes y amargos, y pronto la nieve cubrió espesa las alturas, o giraba en remolinos en los pasos, y caía sobre los bosques de Núath antes de que perdieran del todo sus hojas marchitas.¹⁴ Así, a pesar de haberse puesto en camino antes de Narquelië, llegó Hísimë con su cruel escarcha mientras se acercaban todavía a las Fuentes del Narog.

Allí, al cabo de una noche fatigosa, hicieron alto a la luz gris del alba; y Voronwë estaba desanimado y miraba en torno con aflicción y temor. Donde otrora había estado el hermoso estanque de Ivrin, en su gran cuenco de piedra abierto por la caída de las aguas, y todo alrededor había sido una hondonada cubierta de árboles bajo las colinas, veía ahora una tierra mancillada y desolada. Los árboles estaban quemados y arrancados de raíz; y los bordes de piedra del estanque estaban rotos, de modo que las aguas de Ivrin se extendían en un gran pantano estéril entre las ruinas. Todo era ahora un cenagal de lodo congelado, y un hedor de corrupción cubría el suelo como una niebla inmundada.

—¡Ay! ¿Ha llegado el mal por aquí? —exclamó Voronwë—. Otrora este sitio estaba lejos de la amenaza de Angband; pero los dedos de Morgoth llegan cada vez más lejos.

—Es lo que Ulmo me dijo —recordó Tuor—: «*Las fuentes están envenenadas, y mi poder se retira de las aguas de la tierra*».

—Sí —dijo Voronwë—, un mal ha estado aquí de fuerza más grande que la de los Orcos. El miedo se demora en este sitio. —Y examinó a su alrededor los bordes del lodo hasta que de repente se detuvo y gritó:— ¡Sí, un gran mal! —E hizo señas a Tuor, y Tuor al acercarse vio una gran hendidura, como un surco que avanzaba hacia el sur, y a cada lado, ora borrosas, ora firme y claramente selladas por la nieve, las huellas de unas grandes garras.— ¡Mirad! —dijo Voronwë, la cara pálida de repugnancia y miedo—. ¡Aquí estuvo hace no mucho el Gran Gusano de Angband, la más fiera de todas las criaturas del Enemigo! Mucho se ha retrasado ya el recado que tenemos para Turgon. Es necesario darse prisa.

Mientras así hablaba, oyeron un grito en los bosques, y se quedaron inmóviles como piedras grises, escuchando. Pero la voz era una hermosa voz, aunque apenada, y parecía decir un nombre como quien busca a alguien que se ha perdido. Y mientras aguardaban, una figura surgió de entre los árboles, y vieron que era un hombre alto armado, vestido de negro, con una larga espada desenvainada; y se asombraron, porque la hoja de la espada era también negra, pero el filo brillaba claro y frío. Tenía el dolor grabado en la cara, y cuando vio la ruina de Ivrin clamó en alta voz apenado, diciendo: —¡Ivrin, Faelivrin! ¡Gwindor y Beleg! Aquí una vez fui curado. Pero ahora, nunca más beberé el trago de la paz.

Entonces se volvió rápido hacia el Norte como quien persigue a alguien o tiene un cometido de gran prisa, y lo oyeron gritar ¡*Faelivrin, Finduilas!* hasta que la voz se perdió en los bosques¹⁵. Pero ellos no sabían que Nargothrond había caído y que éste era Túrin, hijo de Húrin, la Espada Negra. Así, sólo por un momento, y nunca otra vez, se cruzaron los caminos de estos dos parientes, Túrin y Tuor.

Cuando la Espada Negra hubo pasado, Tuor y Voronwë siguieron adelante por un rato, aunque ya era de día; porque el recuerdo de la desdicha de Túrin les pesaba, y no podían soportar quedarse junto a la profanación de Ivrin. Pero no tardaron en buscar un sitio donde ocultarse, porque toda la tierra estaba llena ahora de presagios de mal. Durmieron poco e intranquilos, y cuando transcurrió el día y cayeron las sombras, empezó a nevar, y con la noche llegó una mordiente escarcha. En adelante la nieve y el hielo no cedieron nunca y durante cinco meses el Fiero Invierno, mucho tiempo recordado, tuvo sometido el Norte. Ahora el frío atormentaba a Tuor y a Voronwë, y temían que la nieve los revelara a sus enemigos, o que pudieran caer en peligros ocultos traicioneramente enmascarados. Nueve días siguieron adelante, de manera cada vez más lenta y penosa, y Voronwë se desvió algo hacia el norte, hasta que cruzaron los tres brazos del Teiglin; y luego se encaminó otra vez hacia el este abandonando las montañas, y avanzó precavido, hasta que pasaron el Glithul y llegaron a la corriente del Malduin, y estaba cubierto de negra escarcha.¹⁶

Entonces Tuor le dijo a Voronwë: —Fiera es la escarcha y la muerte está cerca de mí, y quizá también de ti. —Pues se encontraban ahora en un verdadero aprieto: hacía ya mucho que no conseguían alimento en el descampado, y el pan de viaje menguaba; y tenían frío y estaban fatigados.— Malo es estar atrapados entre la Maldición de los Valar y la Malicia del Enemigo —dijo Voronwë—. ¿He escapado de las bocas del mar para caer aquí y morir sepultado bajo la nieve?

Pero Tuor dijo: —¿Cuánto tenemos que avanzar todavía? Porque, Voronwë, ya no has de tener secretos para mí. ¿Me llevas por camino directo y a dónde? Pues si tengo que consumir mis últimas fuerzas, quiero saber al menos con qué beneficio.

—Os he conducido tan directamente como me pareció posible —respondió Voronwë—. Sabed pues ahora que Turgon habita aún en el norte de la tierra de los Eldar, aunque pocas gentes lo creen. Ya estamos cerca de él. No obstante, hay todavía muchas leguas que recorrer, aun a vuelo de pájaro; todavía nos espera el Sirion por delante, que hemos de cruzar, y quizá encontremos grandes males en el camino. Porque llegaremos pronto al Camino que otrora

descendía desde las Minas del Rey Finrod hasta Nargothrond.¹⁷ Por allí andan y vigilan los sirvientes del Enemigo.

—Me tenía por el más resistente de los Hombres —dijo Tuor—, y he soportado muchas penurias de invierno en las montañas; pero entonces tenía al menos una cueva para abrigarme, y fuego, y dudo ahora que las fuerzas me alcancen para seguir así mucho más, hambriento y en un tiempo tan fiero. Pero continuemos mientras sea posible, antes que la esperanza se agote.

—No tenemos otra elección —dijo Voronwë—, salvo la de yacer aquí tendidos y aguardar el sueño de la nieve.

Por tanto, todo ese amargo día avanzaron trabajosamente, pensando menos en el peligro del enemigo que en el invierno; pero a medida que seguían adelante no era tanta la nieve con que se topaban, pues iban nuevamente hacia el sur, descendiendo por el Valle del Sirion, y las Montañas de Dor-Lómin quedaron muy atrás. En las primeras sombras del crepúsculo llegaron al Camino al pie de una elevación arbolada. De pronto advirtieron que estaban oyendo voces, y al mirar cautelosos por entre los árboles, vieron abajo una luz roja. Una compañía de Orcos había acampado en medio del camino, amontonados en torno a un fuego de leña.

—*¡Gurth an Glamhoth!* —musitó Tuor—. ¹⁸ ¡La espada saldrá ahora de debajo de la capa! Arriesgaré la vida por apoderarme de ese fuego, y aun la carne de Orcos sería un regalo.

—¡No! —dijo Voronwë—. En esta misión sólo la capa es de utilidad. Tenéis que renunciar al fuego, a Turgon. Esta banda no está sola en el descampado: ¿vuestros ojos mortales no pueden distinguir las llamas distantes de otros puestos al norte y al sur? Un tumulto atraería sobre nosotros a todo un ejército. ¡Escuchadme, Tuor! Es contra la ley del Reino Escondido acercarse a las puertas con enemigos a tus talones; y esa ley no quebrantaré, ni por orden de Ulmo ni por la muerte. Alerta a los Orcos y te abandono.

—Los dejaré estar entonces —dijo Tuor—. Pero viva yo para ver el día en que no haya de esquivar a un puñado de Orcos como perro acobardado.

—¡Ven, pues! —dijo Voronwë—. Ya no discutas más o nos olfatearán. ¡Sígueme!

Se arrastró entonces por entre los árboles, marchando hacia el sur con el viento, seguido por Tuor, hasta que estuvieron a mitad de camino entre el primer fuego de los Orcos y el siguiente. Allí Voronwë se detuvo largo rato, escuchando.

—No oigo a nadie que se mueva en el camino —dijo—, pero no sabemos qué pueda acechar en las sombras. —Atisbó en la penumbra y se estremeció.— Hay un mal en el aire —musitó—. ¡Ay! Más allá se encuentra la tierra de nuestra misión y nuestra esperanza de vida, pero la muerte camina por el medio.

—La muerte nos rodea por todas partes —dijo Tuor—. Pero sólo me quedan fuerzas para el camino más corto. Aquí he de cruzar o perecer. Confiaré en el manto de Ulmo, y también a ti te cubrirá. ¡Ahora seré yo el que conduzca!

Así diciendo, se deslizó hasta el borde del camino, y abrazando allí a Voronwë arrojó sobre ambos los pliegues de la capa gris del Señor de las Aguas, y se adelantó.

Todo estaba en silencio. El viento frío suspiraba barriendo la antigua ruta, y luego también él calló. En la pausa, Tuor advirtió un cambio en el aire, como si el aliento de la tierra de Morgoth hubiera cesado un momento, y una brisa leve que parecía un recuerdo del Mar vino desde el Oeste. Como una neblina gris en el viento cruzaron la calle empedrada y penetraron en la maleza por el borde oriental.

De pronto, desde muy cerca, se oyó un grito frenético, y muchos otros le respondieron a lo largo de los bordes del camino. Un cuerno áspero resonó y se oyó un ruido de pies a la carrera. Pero Tuor no se detuvo. Había aprendido bastante de la lengua de los Orcos durante su cautiverio como para conocer el significado de esos gritos: los guardias los habían olfateado y los habían oído, aunque no podían verlos. Se había desatado la caza. Desesperadamente tropezó y se arrastró junto con Voronwë, trepando por una prolongada cuesta cubierta de una

espesura de tojos y arándanos, entre nudos de serbales y abedules enanos. En la cima de la cuesta se detuvieron escuchando los gritos detrás de ellos, y el ruido de los matorrales aplastados por los Orcos.

Junto a ellos había una piedra que se alzaba sobre una maraña de brezos y zarzas, y por debajo había una guarida como la que habría buscado y anhelado una bestia perseguida para evitar la caza, o por lo menos para vender cara su vida, de espaldas a la piedra. Tuor arrastró a Voronwë hacia abajo a la sombra oscura, y uno junto al otro, cubiertos por la capa gris, yacieron mientras jadeaban como zorros cansados. Ni una palabra hablaron; eran todo oídos.

Los gritos de los cazadores se hicieron más débiles; porque los Orcos nunca se internaban demasiado en tierras salvajes a un lado y otro del camino, y se contentaban con patrullar el camino en una y otra dirección. Poco se cuidaban de los fugitivos perdidos, pero temían a los espías y a los exploradores de las fuerzas enemigas; porque Morgoth había montado una guardia en la ruta no para atrapar a Tuor y a Voronwë (de quienes nada sabía aún), ni a nadie que viniera del Oeste, sino para vigilar a la Espada Negra por temor de que escapara y siguiera a los cautivos de Nargothrond, quizá con la ayuda de Doriath.

Llegó la noche y un triste silencio pesó otra vez sobre las tierras desoladas. Cansado y agotado, Tuor durmió bajo la capa de Ulmo; pero Voronwë se arrastró y se mantuvo erguido como una piedra, silencioso, inmóvil, tratando de ver en las sombras con sus ojos de Elfo. Al romper el día despertó a Tuor, y arrastrándose fuera de la guarida vio que en verdad el tiempo había mejorado un tanto y que las nubes negras se habían retirado. El alba era roja y alcanzaba a ver a lo lejos la cima de unas extrañas montañas que resplandecían al fuego del este.

Entonces Voronwë dijo en voz baja: —*¡Alae! ¡Ered en Echoriath, ered embar nín!*¹⁹ — Porque sabía que estaba contemplando Las Montañas Circundantes y los muros del reino de Turgon. Por debajo de ellos, hacia el este, en un valle profundo y oscuro, corría Sirion el bello, renombrado por su canto; y más allá, envuelta en niebla, ascendía una tierra gris desde el río hasta las colinas quebradas al pie de las montañas.— Allí se encuentra Dimbar —dijo Voronwë—. ¡Ojalá ya hubiéramos llegado! Porque rara vez nuestros enemigos se aventuran hasta allí. O así era al menos cuando el poder de Ulmo dominaba Sirion. Pero puede que haya cambiado ahora;²⁰ salvo el peligro que presenta el río: es profundo y rápido, y peligroso de cruzar aun para los Eldar. Pero te he conducido bien; porque allí, aunque algo hacia el sur, refulge el Vado de Brithiach, donde el Camino del Este, que antaño conducía a Taras en el Oeste, atravesaba el río. Nadie ahora se atreve a utilizarlo, salvo en caso de desesperada necesidad, ni Elfo ni Hombre ni Orco, pues el camino conduce a Dungortheb y la tierra de terror entre el Gorgoroth y el Cinturón de Melian; y desde hace ya mucho se ha confundido con los matorrales, y no es más que una huella cubierta de malezas y hiedras²¹.

Entonces Tuor miró hacia donde señalaba Voronwë, y vio a lo lejos un resplandor de aguas extendidas a la escasa luz del amanecer; pero más allá asomaba el oscuro bosque de Brethil y escalaba hacia el sur las distantes tierras elevadas. Avanzaron con cautela por el extremo del valle, y al fin llegaron al antiguo camino que bajaba hasta los bordes de Brethil, donde cruzaba la ruta de Nargothrond. Entonces Tuor vio que estaban cerca del Sirion. Las orillas estaban quebradas en aquel sitio, y las aguas, interceptadas por grandes desechos de piedras,²² se extendían en amplios bajíos, donde murmuraban unos temblorosos arroyos. Un poco más allá, el río se recogía otra vez y, excavando un nuevo lecho, seguía fluyendo hacia el bosque, y se desvanecía a lo lejos en una niebla profunda que la mirada no podía penetrar; porque allí estaba, aunque él no lo sabía, la frontera septentrional de Doriath, a la sombra del Cinturón de Melian.

Inmediatamente Tuor quiso ir de prisa hacia el vado, pero Voronwë se lo impidió diciendo: —No podemos cruzar el Brithiach en pleno día, mientras haya una posibilidad de que estén persiguiéndonos.

—¿Nos sentaremos entonces aquí hasta pudrirnos? —le dijo Tuor—. Porque esa duda persistirá mientras dure el reino de Morgoth. ¡Ven! Bajo la sombra de la capa de Ulmo tenemos que seguir adelante.

Aún Voronwë vacilaba y miraba atrás hacia el oeste; pero el sendero estaba desierto y todo en derredor había silencio salvo por el murmullo del agua. Miró a lo alto y el cielo estaba gris y vacío, sin pájaros. Y de pronto la cara se le iluminó de alegría y exclamó en alta voz: — ¡Todo está bien! Los enemigos del Enemigo guardan todavía el Brithiach. Los Orcos no nos seguirán hasta aquí; y bajo la capa podemos cruzar ahora, sin esperar mas.

—¿Qué has visto de nuevo? —preguntó Tuor.

—¡Muy corta es la vista de los Hombres Mortales!—dijo Voronwë—. Veo las águilas de las Crissaegrim, y vienen hacia aquí. ¡Observa un momento!

Entonces Tuor se quedó mirando fijamente; y pronto, altas en el aire, vio a tres formas que batían unas fuertes alas y descendían de los picos distantes coronados de nubes. Lentamente bajaban en grandes círculos, y luego se lanzaron de pronto sobre los viajeros, pero antes que Voronwë pudiera llamarlas, giraron veloces y se alejaron volando hacia el norte a lo largo de la línea del río.

—Vayamos ahora —dijo Voronwë—. Si hay un Orco en las cercanías estará acobardado, con las narices aplastadas contra el suelo, hasta que se hayan alejado las águilas.

Descendieron de prisa por una larga cuesta y cruzaron el Brithiach, andando a menudo con los pies secos sobre bancos de piedras, o vadeando los bajíos con el agua no más que hasta las rodillas. Fría y clara era el agua, y había hielo sobre los estanques poco profundos, donde las corrientes errantes habían perdido el camino entre las piedras; pero nunca, ni siquiera en el Fiero Invierno de la Caída de Nargothrond, pudo el mortal aliento del Norte helar el flujo central del Sirion.²³

Al otro extremo del vado, llegaron a una cañada que parecía el lecho de una antigua corriente, y en la que no fluía ahora agua alguna; no obstante, según parecía, un torrente había abierto un profundo canal, descendiendo del norte de las montañas de las Echoriath y transportando desde allí todas las piedras del Brithiach al Sirion.

—¡Por fin la encontramos después de agotada toda esperanza! —exclamó Voronwë—. ¡Mira! Aquí está la desembocadura del Río Seco y éste es el camino que hemos de tomar.²⁴

Entonces entraron en la cañada, de laderas cada vez más altas a medida que giraba hacia el norte, donde el terreno era más empinado. Y Tuor tropezaba en la penumbra, entre las piedras que cubrían el lecho.

—Si esto es un camino —dijo—, no es bondadoso con el viajero fatigado.

—Sin embargo, es el camino que lleva a Turgon —dijo Voronwë.

—Tanto más me maravillo entonces —le dijo Tuor— que el acceso permanezca abierto y sin guardia. Me figuraba que encontraría un gran portal poderosamente guardado.

—Espera y verás —dijo Voronwë—. Este es sólo el comienzo. Lo llamé un camino, sin embargo, nadie lo ha recorrido por más de trescientos años, salvo mensajeros, pocos y en secreto, y todo el arte de los Noldor se ha concentrado en ocultarlo desde que lo tomó el Pueblo Escondido. ¿Permanece abierto, dices? ¿Lo habrías conocido si no hubieras tenido a alguien del Reino Escondido como guía? ¿O habrías pensado que no era sino la obra del viento y de las aguas del desierto? Y no has visto las águilas? Son el pueblo de Thorondor que vivieron otrora en Thangorodrim antes que Morgoth cobrara tanto poder, y viven ahora en las Montañas de Turgon desde la caída de Fingolfin.²⁵ Sólo ellas con excepción de los Noldor conocen el Reino Escondido, y guardan los cielos por sobre él, aunque hasta ahora ningún sirviente del Enemigo se ha atrevido a ascender a las alturas del aire; y llevan al Rey muchas nuevas de todo lo que se mueve en las tierras de fuera. Si hubiéramos sido Orcos, se nos hubieran echado encima y nos habrían arrojado sobre rocas despiadadas.

—No lo dudo —dijo Tuor—. Pero me pregunto también si la noticia de nuestra cercanía no le llegará a Turgon antes que nosotros. Y sólo tú puedes decir si eso es bueno o malo.

—Ni bueno ni malo —dijo Voronwë—. Porque no podemos atravesar las Puertas Guardadas inadvertidos, se nos espere o no; y si llegamos allí, los guardianes no necesitarán que se les advierta que no somos Orcos. Pero para pasar necesitaremos de mejores argumentos. Porque no sabes, Tuor, a qué peligro estaremos expuestos entonces. No me culpes como quien está desprevenido de lo que pueda ocurrir. ¡Que se manifieste en verdad el poder del Señor de las Aguas! Porque sólo por esa esperanza he consentido en ser tu guía, y si falla, con más seguridad moriremos entonces que por todos los peligros del desierto y el invierno.

Pero Tuor le dijo: —¡Déjate de pronósticos! La muerte en el desierto es segura; y la muerte ante las Puertas es para mí dudosa todavía, a pesar de todas tus palabras. ¡Adelante, condúcame!

Muchas millas avanzaron con trabajo por las piedras del Río Seco, hasta que ya no pudieron más, y la noche derramó oscuridad sobre la cañada profunda; treparon entonces a la orilla oriental y llegaron a las colinas derrumbadas al pie de las montañas. Y al mirar arriba, Tuor vio que se elevaban como ninguna otra montaña que hubiera visto nunca; porque las laderas eran como muros escarpados, apilados todo por encima y por detrás del más bajo, como si fueran grandes torres y precipicios escalonados. Pero el día se había desvanecido, y todas las tierras estaban grises y neblinosas, y la sombra amortajaba el Valle del Sirion. Entonces Voronwë lo llevó a una cueva poco profunda, que se abría en la ladera de una colina sobre las solitarias cuestas de Dimbar, y se metieron dentro arrastrándose, y allí se quedaron escondidos; y se comieron los últimos mendrugos de alimento, y tenían frío y estaban cansados, pero no durmieron. Así llegaron Tuor y Voronwë a las torres de las Echoriath y al umbral de Turgon, en el crepúsculo del décimo octavo día de Hísimë, el trigésimo séptimo de su viaje, y por el poder de Ulmo escaparon tanto del Destino como de la Malicia.

Cuando el primer resplandor del día se filtró gris a través de las nieblas de Dimbar, volvieron arrastrándose al Río Seco, y pronto el curso se desvió hacia el este, serpenteando en ascenso por entre los muros mismos de las montañas; y delante de ellos había un gran precipicio escarpado que se levantaba de pronto en una pendiente cubierta de una enmarañada maleza de espinos. En esa maleza penetraba el pétreo canal y allí estaba todavía oscuro como la noche; e hicieron alto, porque los espinos crecían espesos a ambos lados del lecho, y las ramas entrelazadas formaban una densa techumbre, de modo que Tuor y Voronwë a menudo tenían que arrastrarse como bestias que vuelven furtivas a su guarida subterránea.

Pero por último, cuando con gran esfuerzo llegaron al pie mismo del acantilado, encontraron una falla, parecida a la boca de un túnel abierto en la dura roca por aguas que fluyeran del corazón de los montes. Penetraron por ella y dentro no había ninguna luz, pero Voronwë avanzó sin vacilar; Tuor lo seguía con una mano apoyada en el hombro de Voronwë, e inclinándose un poco pues el techo era bajo. Así, por un tiempo anduvieron a ciegas, hasta que sintieron que el suelo se había nivelado y ya no había pedruscos sueltos. Entonces hicieron alto y respiraron profundamente, escuchando. El aire parecía puro y fresco, y tenían la impresión de un gran espacio en derredor y por encima de ellos; pero todo era silencio, y ni siquiera podía oírse el goteo del agua. Le pareció a Tuor que Voronwë estaba perturbado y perplejo, y le susurró: —¿Dónde están las Puertas Guardadas? ¿O es que en verdad las hemos pasado ya?

—No —dijo Voronwë—. Pero me asombra que nadie pueda llegar hasta aquí sin ser estorbado. Me temo un ataque en la oscuridad.

Pero sus susurros despertaron los ecos dormidos y se agrandaron y se multiplicaron y recorrieron el techo y las paredes invisibles siseando y murmurando como el sonido de muchas voces furtivas. Y cuando los ecos morían en la piedra, Tuor oyó desde el corazón de la oscuridad una voz que hablaba en lenguas élficas: primero en la Alta Lengua de los Noldor, que

no conocía; y luego en la lengua de Beleriand, aunque con inflexiones algo extrañas, como las de un pueblo que hace mucho tiempo se separó de sus hermanos.²⁶

—¡Alto! —le decía—. ¡No os mováis! O moriréis, seáis amigos o enemigos.

—Somos amigos —dijo Voronwë.

—Entonces haced lo que se os ordene —les dijo la voz.

El eco de las voces se apagó en el silencio. Voronwë y Tuor permanecieron inmóviles, y le pareció a Tuor que transcurrían muchos lentos minutos, y sintió un miedo en el corazón, como en ningún otro de sus pasados peligros. Entonces se oyó un ruido de pasos, que crecieron hasta parecer casi que unos trolls martilleaban en aquel sitio sonoro. De repente, alguien descubrió una lámpara élfica, y los brillantes rayos enfocaron primero a Voronwë, pero Tuor no pudo ver nada más que una estrella deslumbrante en la sombra; y supo que mientras ese rayo lo iluminara no podría moverse para huir ni avanzar.

Por un momento fueron mantenidos así en el ojo de la luz, y luego la voz volvió a hablar diciendo:

—¡Mostrad vuestras caras! —Y Voronwë echó atrás la capucha y la cara resplandeció en la luz, clara y dura, como grabada en piedra; y su belleza maravilló a Tuor. Entonces habló con orgullo diciendo:— ¿No conoces a quien estás mirando? Soy Voronwë, hijo de Aranwë, de la Casa de Fingolfin. ¿O al cabo de unos pocos años se me ha olvidado en mi propia tierra? Mucho más allá de los confines de la Tierra Media he viajado, pero aún recuerdo tu voz, Elemmakil.

—Entonces recordará también Voronwë las leyes de su tierra —dijo la voz—. Puesto que partió por mandato, tiene derecho a retornar. Pero no a traer aquí a forastero alguno. Por esa acción pierde todo derecho, y ha de ser llevado prisionero ante el juicio del rey. En cuanto al forastero, será muerto o mantenido cautivo según juicio de la Guardia. Traedlo aquí para que yo pueda juzgar.

Entonces Voronwë condujo a Tuor a la luz, y entretanto muchos Noldor vestidos de malla y armados avanzaron de la oscuridad, y los rodearon con espadas desenvainadas. Y Elemmakil, capitán de la Guardia, que portaba la lámpara brillante, los miró larga y detenidamente.

—Esto es extraño en ti, Voronwë —dijo—. Hemos sido amigos durante mucho tiempo. ¿Por qué, entonces, me pones así tan cruelmente entre la ley y la amistad? Si hubieras traído aquí a un intruso de alguna de las otras casas de los Noldor, ya habría sido bastante. Pero has traído al conocimiento del Camino a un Hombre mortal, porque veo en sus ojos a qué linaje pertenece. No obstante jamás podrá partir en libertad, puesto que conoce el secreto; y como a alguien de linaje extraño que ha osado entrar, tendría que matarlo... Aun cuando fuera tu queridísimo amigo.

—En las vastas tierras de fuera, Elemmakil, muchas cosas extrañas pueden acaecerle a uno, y misiones inesperadas pueden imponérsele —contestó Voronwë—. Otro será el viajero al volver que el que partió. Lo que he hecho lo he hecho por un mandato más grande que la ley de la Guardia. El Rey tan sólo ha de juzgarme, y a aquel que viene conmigo.

Entonces habló Tuor y ya no sintió miedo. —Vengo con Voronwë, hijo de Aranwë, porque el Señor de las Aguas lo designó para que me guiara. Con este fin fue librado de la Condena-ción de los Valar y de la cólera del Mar. Porque traigo un recado de Ulmo para el hijo de Fingolfin y con él hablaré.

Entonces Elemmakil miró con asombro a Tuor.

—¿Quién eres, pues? ¿Y de dónde vienes?

—Soy Tuor, hijo de Huor, de la Casa de Hador y de la parentela de Húrin, y estos nombres, se cuenta, no son desconocidos en el Reino Escondido. He pasado desde Nevrast por muchos peligros para encontrarlo.

—¿Desde Nevrast? —preguntó Elemmakil—. Se dice que nadie vive allí desde la partida de nuestro pueblo.

—Se lo dice con verdad —respondió Tuor—. Vacíos y helados están los patios de Vinyamar. No obstante, de allí vengo. Llevadme ahora ante el que construyó esas estancias de antaño.

—En asuntos de tanto monto, no me cabe decidir —dijo Elemmakil—. Por tanto he de llevarte a la luz donde más sea revelado y te entregaré a la Guardia del Gran Portal.

Entonces dio voces de mando y Tuor y Voronwë fueron rodeados de altos guardianes, dos por delante y tres por detrás de ellos; y el capitán los llevó desde la caverna de la Guardia Exterior y entraron, según parecía, a un pasaje recto, y por allí anduvieron largo rato por un suelo nivelado hasta que una pálida luz brilló adelante. Así llegaron por fin a un amplio arco con altas columnas a cada lado, talladas en la roca, y en el medio había un portal de barras de madera cruzadas, maravillosamente talladas y tachonadas con clavos de acero.

Elemmakil lo tocó, y el portal se alzó lentamente y siguieron adelante; y Tuor vio que se encontraban en el extremo de un barranco. Nunca había visto nada igual ni había alcanzado a imaginarlo, aunque tanto había andado por las montañas del desierto del Norte; porque junto al Orfalch Echor, el Cirith Ninniach no era sino una grieta en la roca. Aquí las manos de los mismos Valar, durante las antiguas guerras de los inicios del mundo, habían separado las grandes montañas, y los lados de la hendidura eran escarpados, como si hubieran sido abiertos con un hacha, y se alzaban a alturas incalculables. Allí arriba a lo lejos corría una cinta de cielo, y sobre su profundo azul se recortaban unas cumbres oscuras y unos pináculos dentados, remotos, pero duros, crueles como lanzas. Demasiado altos eran esos muros poderosos para que el sol del invierno llegara a dominarlos, y aunque era ahora pleno día, unas estrellas pálidas titilaban por sobre la cima de las montañas, y abajo todo estaba en penumbra, salvo por la desmayada luz de las lámparas colocadas junto al camino ascendente. Porque el suelo del barranco subía empinado hacia el este, y a la izquierda Tuor vio al lado del lecho de la corriente un ancho camino pavimentado de piedras, que ascendía serpenteando hasta desvanecerse en la sombra.

—Habéis atravesado el Primer Portal, el Portal de Madera —dijo Elemmakil—. Ese es el camino. Tenemos que apresurarnos.

Cuán largo era aquel profundo camino, Tuor no podía saberlo, y mientras miraba fijamente hacia adelante, un gran cansancio lo ganó, como una nube. Un viento helado siseaba sobre la cara de las piedras, y él se envolvió en la capa. —¡Frío sopla el viento del Reino Escondido! —dijo.

—Sí, en verdad —dijo Voronwë—; a un forastero podría parecerle que el orgullo ha vuelto despiadados a los servidores de Turgon. Largas y duras parecen las leguas de las Siete Puertas al hambriento y al cansado del viaje.

—Si nuestra ley fuera menos severa, hace ya mucho que la astucia y el odio nos habrían descubierto y destruido. Eso bien lo sabéis —dijo Elemmakil—. Pero no somos despiadados. Aquí no hay alimentos y el forastero no puede volver a cruzar la puerta, una vez que la ha franqueado. Tened, pues, un poco de paciencia y en la Segunda Puerta encontraréis alivio.

—Bien está —dijo Tuor, y avanzó como se le había dicho. Al cabo de un rato se volvió y vio que sólo Elemmakil junto con Voronwë lo seguían—. No hacen falta más guardianes —dijo Elemmakil leyéndole el pensamiento—. Del Orfaich no se puede escapar y no hay camino de vuelta.

De este modo ascendieron el camino empinado, a veces por largas escaleras, otras por cuevas ondulantes bajo la intimidante sombra del acantilado, hasta que a una media legua poco más o menos de la Puerta de Madera, Tuor vio que el camino estaba bloqueado por un gran muro que cruzaba el barranco de lado a lado, con robustas torres de piedra en cada extremo. En la pared había una gran arcada sobre el camino, pero parecía que los albañiles la habían cerrado con una única poderosa piedra. Cuando se acercaron, la oscura y pulida superficie resplandecía a la luz de una lámpara blanca que colgaba en el medio del arco.

—Aquí se encuentra el Segundo Portal, el Portal de Piedra —dijo Elemmakil y yendo hacia él le dio un ligero empujón. La piedra giró sobre un pivote invisible hasta que los enfrentó de canto, dejando abierto el camino a un lado y a otro; y ellos pasaron y entraron en un patio donde había muchos guardianes armados vestidos de gris. Nadie dijo nada, pero Elemmakil condujo a los que tenía bajo custodia a una cámara bajo la torre septentrional; y allí se les llevó alimentos y vino y se les permitió descansar un momento.

—Escaso puede parecer el alimento —dijo Elemmakil a Tuor—. Pero si lo que pretendes resulta verdadero, se te compensará con creces.

—Es bastante —le dijo Tuor—. Débil sería el corazón que necesitara remedio mejor. —Y en verdad tal alivio recibió de la bebida y la comida de los Noldor, que pronto estuvo dispuesto a partir otra vez.

Al cabo de un corto trecho se toparon con un muro más alto todavía y más fuerte que el anterior, y en él se abría el Tercer Portal, el Portal de Bronce: un gran portal de dos hojas recubiertas de escudos y placas de bronce en los que había grabados muchas figuras y signos extraños. Sobre el muro, por encima del dintel, había tres torres cuadradas, techadas y revestidas de cobre, que (por algún recurso de hábil herrería) brillaba siempre y resplandecía como fuego a los rayos de las lámparas rojas, alineadas como antorchas a lo largo del muro. Otra vez silenciosos cruzaron la puerta y vieron en el patio del otro lado una compañía de guardianes todavía mayor, con trajes de malla que brillaban como fuego opacado; y las hojas de las hachas eran rojas. Del linaje de los Sindar de Nevrast eran la mayoría de los que guardaban esta puerta.

Llegaron entonces a lo más trabajoso del camino, porque en medio del Orfalch la cuesta era empinada como en ningún otro sitio, y mientras subían Tuor vio unos muros todavía más altos, que se levantaban oscuros sobre él. Así, por fin, se acercaron al Cuarto Portal, el Portal de Hierro Retorcido. Alto y negro era el muro y ninguna lámpara lo iluminaba. Sobre él había cuatro torres de hierro, y entre las dos del medio asomaba la figura de un águila enorme labrada en hierro, a semejanza del Rey Thorondor cuando bajando de los cielos más altos se posa sobre la cima de una montaña. Pero cuando Tuor estuvo frente a la puerta, asombrado, tuvo la impresión de que estaba mirando a través de las ramas y los troncos de unos árboles imperecederos un pálido valle de la Luna. Porque una luz venía a través de las tracerías de la puerta, forjadas y batidas en forma de árboles, con raíces retorcidas y ramas entretejidas cargadas de hojas y de flores. Y al pasar al otro lado, vio cómo esto era posible; porque la puerta era de un grosor considerable, y no había un solo enrejado, sino tres en sucesión, puestos de tal modo que para quien venía por medio del camino eran parte del conjunto; pero la luz de más allá era la luz del día.

Porque habían subido ahora hasta una gran altura por sobre las tierras bajas donde habían iniciado el camino, y más allá del Portal de Hierro el camino era casi llano. Además, habían atravesado la corona y el corazón de las Echoriath, y las tórreas montañas se precipitaban ahora bajando y transformándose en colinas, y el desfiladero se ensanchaba y los lados se volvían menos escarpados. Las amplias laderas estaban cubiertas de nieve, y la luz del cielo reflejada en la nieve llegaba como la luz de la luna a través de la neblina clara que flotaba en el aire.

Pasaron entonces por medio de las filas de la Guardia de Hierro que estaba detrás del Portal; de mantos, mallas y largos escudos negros; y las viseras de pico de águila de los cascos les cubrían las caras. Entonces Elemmakil fue hacia ellos y ellos lo siguieron hasta la pálida luz; y Tuor vio junto al camino hierba en la que resplandecían como estrellas las blancas flores de *uilos*, la siempreviva que no conoce estaciones y que jamás se marchita;²⁷ y así, maravillado y con el corazón aliviado, fue conducido al Portal de Plata.

El muro del Quinto Portal estaba construido de mármol blanco, y era bajo y macizo, y el parapeto era un enrejado de plata entre cinco grandes globos de mármol; y había allí muchos

arqueros vestidos de blanco. La puerta tenía la forma de tres arcos de círculo, y estaba hecha de plata y de perlas de Nevrast a semejanza de la Luna; pero sobre el Portal, en medio del globo, se levantaba la imagen del Árbol Blanco de Telperion, de plata y malaquita, con flores hechas con las grandes perlas de Balar.²⁸ Y más allá del Portal, en un amplio patio pavimentado de mármol verde y blanco, había arqueros con malla de plata y yelmos de cresta blanca, un centenar de ellos a cada lado. Entonces Elemmakil condujo a Tuor y a Voronwë a través de las filas silenciosas y entraron en un largo camino blanco que llevaba derecho al Sexto Portal; y mientras avanzaban, las veredas de hierba a la vera del camino se hacían más anchas, y entre las blancas estrellas de *uilos*, se abrían muchas flores menudas, como ojos de oro.

Así llegaron al Portal Dorado, el último de los antiguos portales de Turgon construidos antes de la Nirnaeth; y era muy semejante al Portal de Plata, salvo que el muro estaba hecho de mármol amarillo y los globos y el parapeto eran de oro rojo; y había seis globos, y en medio, sobre una pirámide dorada, se levantaba la imagen de Laurelin, el Árbol del Sol, con flores de topacio labradas en largos racimos, engarzados en cadenas de oro. Y el Portal mismo estaba adornado con discos de oro de múltiples rayos, a semejanza del Sol, engarzados en medio de figuras de granate y topacio y diamantes amarillos. En el patio del otro lado había trescientos arqueros con largos arcos, y las cotas de malla eran doradas, y unas largas plumas doradas les coronaban los yelmos; y los grandes escudos redondos eran rojos como llamas de fuego.

Ahora el sol bañaba el camino que tenían por delante, porque los muros de las colinas eran bajos a cada lado, y verdes, salvo por la nieve que cubría las cimas; y Elemmakil avanzó de prisa porque se acercaban al Séptimo Portal, llamado el Grande, el Portal de Acero que Mae-glin labró después de volver de la Nirnaeth, a través de la amplia entrada al Orfalch Echor.

No había allí ningún muro, pero a cada lado se levantaban dos torres redondas de gran altura, con múltiples ventanas escalonadas en siete plantas que culminaban en una torrecilla de acero brillante, y entre las torres había un poderoso cerco de acero que no se oxidaba, y resplandecía frío y pulido. Había siete grandes columnas de acero, con la altura y la circunferencia de fuertes árboles jóvenes, pero terminadas en una punta cruel afilada como una aguja; y entre las columnas había siete travesaños de acero, y en cada espacio siete veces siete varas de acero verticales, coronadas de láminas largas como lanzas. Pero en el centro, sobre la columna central y la más grande, se levantaba una poderosa imagen del yelmo real de Turgon: la Corona del Reino Escondido, toda engarzada de diamantes.

No veía Tuor puerta ni portal en este poderoso seto de acero, pero al acercarse a través de los espacios entre las barras, le pareció que una luz deslumbrante venía hacia él, y tuvo que escudarse los ojos y detenerse inmóvil de miedo y maravilla. Pero Elemmakil avanzó y ninguna puerta se abrió; pero golpeó una barra y el cerco resonó como un arpa de múltiples cuerdas que emitió unas claras notas armónicas que fueron repitiéndose de torre en torre.

En seguida surgieron jinetes de las torres, pero delante de los de la torre septentrional venía uno montado en un caballo blanco; y desmontó y avanzó hacia ellos. Y alto y noble como era Elemmakil, más alto y más señorial todavía era Ecthelion, Señor de las Fuentes, por ese tiempo Guardián de la Gran puerta.²⁹ Vestía todo de plata, y sobre el yelmo resplandeciente llevaba un dardo de acero terminado en un diamante; y cuando el escudero le tomó el escudo, éste brilló como cubierto de gotas de lluvia, que eran en verdad un millar de tachones de cristal.

Elemmakil lo saludó y dijo: —He traído aquí a Voronwë Aranwion, que vuelve de Balar; y he aquí el extranjero que él ha conducido y que demanda ver al Rey.

Entonces Ecthelion se volvió hacia Tuor, pero éste se envolvió en su capa y guardó silencio frente a él; y le pareció a Voronwë que una neblina cubría a Tuor y que había crecido en esta-tura, de modo que el extremo de la capucha sobrepasaba el yelmo del señor élfico, como si fuera la cresta gris de una ola marina que se precipita a tierra. Pero Ecthelion posó su brillante mirada sobre Tuor y al cabo de un silencio habló gravemente diciendo:³⁰ — Has llegado hasta

el Último Portal. Entérate pues que ningún extranjero que lo atravesase volverá a salir otra vez, salvo por la puerta de la muerte.

—¡No pronuncies augurios ominosos! Si el mensajero del Señor de las Aguas pasa por esa puerta, todos los que aquí moran han de ir tras él. Señor de las Fuentes: ¡no estorbes al mensajero del Señor de las Aguas!

Entonces Voronwë y todos los que estaban cerca volvieron a mirar a Tuor con asombro, maravillados de sus palabras y su voz. Y a Voronwë le pareció como si oyera una gran voz, pero como de alguien que clama desde lejos. Pero Tuor tuvo la impresión de que se oía a sí mismo como si otro hablara por su boca.

Por un tiempo Ecthelion se mantuvo en silencio mirando a Tuor, y poco a poco un temor reverente le asomó a la cara, como si en la sombra gris de la capa de Tuor viera visiones distantes. Luego se inclinó ante él y fue hacia el cerco y puso sus manos sobre él, y las puertas se abrieron hacia adentro a ambos lados de la columna de la Corona. Entonces Tuor pasó entre ellas, y llegando a un elevado prado que daba sobre el valle, contempló Gondolin en medio de la nieve blanca. Y tan maravillado quedó que durante largo rato no pudo mirar nada más; porque tenía ante él por fin la visión de su deseo, nacido de sueños de nostalgia.

Así se mantuvo erguido sin pronunciar palabra. Silenciosas a ambos lados formaban las huestes del ejército de Gondolin; todas las siete clases de las Siete Puertas estaban representadas en él; pero los capitanes jineteaban caballos blancos y grises. Entonces, mientras miraban a Tuor asombrados, a éste se le cayó la capa, y apareció ante ellos vestido con la poderosa librea de Nevrast. Y muchos había allí que habían visto al mismo Turgon poner esos adornos sobre la pared, detrás del Alto Asiento de Vinyamar.

Entonces Ecthelion dijo por fin: —Ya no hace falta otra prueba; y aun el nombre que reivindica, como hijo de Huor, importa menos que esta clara verdad: es el mismo Ulmo quien lo envía.³¹

NOTAS

¹ En *El Silmarillion* se dice que cuando los Puertos de Brithombar y Eglarest fueron destruidos en el año que siguió a la Nirnaeth Arnoediad, los Elfos de la Falas que escaparon fueron con Círdan a la Isla de Balar, «y construyeron un refugio para todo aquel que pudiera llegar hasta allí; porque se establecieron también en las Desembocaduras del Sirion, y allí muchas naves livianas y rápidas estaban escondidas en arroyos y aguas donde los juncos eran densos como un bosque».

² Hay en otro sitio referencia a las lámparas de brillo azul de los Elfos Noldorin, aunque no se las menciona en el texto publicado de *El Silmarillion*. En las versiones tempranas del cuento de Túrin, Gwindor, el Elfo de Nargothrond que escapó de Angband y fue encontrado por Beleg en el bosque de Taur-nu-Fuin, poseía una de estas lámparas (puede vérsela en la pintura que mi padre hizo de ese encuentro; véase *Pictures by J. R. R. Tolkien*, 1979, n. 37); y fue la luz de la lámpara de Gwindor la que le mostró a Túrin la cara de Beleg, a quien acababa de matar. En una nota sobre la historia de Gwindor se las llama «lámparas Fëanorianas», de las que ni los Noldor siquiera tenían el secreto; y se las describe allí como «cristales colgados de una fina red de cadenillas que brillan constantemente con una azul irradiación interior».

³ «El sol iluminará tu sendero.» En la historia mucho más breve que se cuenta en *El Silmarillion* no se dice cómo Tuor encontró la Puerta de los Noldor ni se hace mención de los Elfos Gelmir y Arminas. Aparecen sin embargo en el cuento de Túrin (*El Silmarillion*), como los mensajeros que llevaron a Nargothrond la advertencia de Ulmo; y se dice que pertenecieron al pueblo de Angrod, hijo de Finarfin, que después de la Dagor Bragollach vivió en el sur con Círdan el Carpintero de Barcos. En una versión más larga de la historia de su llegada a Nargothrond, Arminas, que compara a Túrin desfavorablemente con su pariente, dice haber encontrado a Tuor «en los yermos de Dor-lómin»; véase *Cuentos inconclusos II. La Segunda Edad*.

⁴ En *El Silmarillion*, se dice que cuando Morgoth y Ungoliant lucharon en esta región por la posesión de las Silmarils, Morgoth lanzó un grito terrible cuyos ecos resonaron en las montañas. Fue así que esa región se llamó Lammoth; porque esos ecos la habitaron después para siempre; y despertaban cada vez que alguien gritaba allí, y todas las tierras yermas entre las colinas y el mar se llenaban de un clamor de voces angustiadas. Aquí, por otra parte, parece entenderse que cualquier sonido emitido allí se magnificaba de por sí; y esta idea está también claramente presente en el capítulo 1 de *El Silmarillion*, donde (en un pasaje muy similar a éste) «Y al poner pie los Noldor en la playa, sus gritos chocaron con las colinas y se multiplicaron, de modo que un clamor de incontables voces poderosas llegó a todas las costas del Norte». Parece que de acuerdo con una de estas «tradiciones», Lammoth y Ered Lómin (Montañas del Eco) se llamaron así por retener el eco del espantoso grito de Morgoth, enredado en las telas de Ungoliant; mientras que, según otros, los nombres describen sencillamente la naturaleza de los sonidos en esa región.

⁵ *El Silmarillion*: «Y Túrin se apresuraba por los senderos que llevan al norte, a través de las tierras ahora desoladas entre el Narog y el Teiglin, y el Fiero Invierno le salió al encuentro; porque ese año nevó antes de que terminara el otoño, y la primavera llegó tardía y fría».

⁶ En *El Silmarillion* se dice que cuando Ulmo se le apareció a Turgon en Vinyamar y le ordenó que fuera a Gondolin, le dijo: «“Puede que el Hado de los Noldor te alcance también a ti antes del fin, y que la traición despierte dentro de tus muros. Habrá entonces peligro de fuego. Pero si este peligro acecha en verdad, entonces vendrá a alertarte uno de Nevrast, y de él, más allá de la ruina y del fuego, recibiréis esperanzas los Elfos y los Hombres. Por tanto, deja en esta casa una armadura y una espada para que él las encuentre, y de ese modo lo conocerás y no serás engañado.” Y Ulmo le declaró a Turgon de qué especie y tamaño tenían que ser el yelmo y la cota de malla y la espada que dejaría en la ciudad».

⁷ Tuor fue el padre de Eärendil, padre a su vez de Elros Tar-Minyatur, el primer Rey de Númenor.

⁸ Esto debe de referirse a la advertencia de Ulmo llevada a Nargothrond por Gelmir y Arminas.

⁹ Las Islas Sombrías son probablemente las Islas Encantadas descritas al final del cáp. iv de *El Silmarillion*, que «se extendieron como una red por los Mares Sombríos desde el norte hasta el sur» en tiempos del Ocultamiento de Valinor.

¹⁰ Cf. *El Silmarillion*: «A pedido de Turgon, Círdan construyó siete rápidos barcos, y navegaron hacia el Occidente; pero no hubo nunca noticias de ellos en Balar, salvo de uno, y fue la última. Los marineros de ese barco se esforzaron largo tiempo en el mar, y por último, al volver desesperados, naufragaron en una gran tormenta a la vista de las costas de la Tierra Media; pero uno de ellos fue salvado por Ulmo de la ira de Ossë, y las olas lo sostuvieron y lo arrojaron a las costas de Nevrast. Se llamaba Voronwë; y era uno de los mensajeros que Turgon había enviado desde Gondolin».

¹¹ Las palabras que Ulmo dirige a Turgon aparecen en *El Silmarillion*, Cáp. 15, en la siguiente forma: «Recuerda que la verdadera esperanza de los Noldor está en el Occidente y viene del Mar» y «Pero si este peligro acecha en verdad, entonces vendrá a alertarte uno de Nevrast».

¹² Nada se dice en *El Silmarillion* de la posterior suerte de Voronwë después de volver a Gondolin con Tuor; pero en la historia original («De Tuor y los exiliados de Gondolin») él era uno de los que escaparon del saqueo de la ciudad, como lo implican Las palabras que Tuor pronuncia aquí.

¹³ Cf. *El Silmarillion*: «Turgon creía también que el fin del Sitio era también el principio de la caída de los Noldor, a no ser que llegara ayuda; y envió compañías de los Gondolindrim en secreto a las Desembocaduras del Sirion y a la Isla de Balar. Allí construyeron embarcaciones y navegaron al extremo Occidente en cumplimiento del cometido de Turgon, en busca de Valinor, para pedir el perdón y la ayuda de los Valar; y rogaron a las aves del mar que los guiasen. Pero los mares eran bravos y vastos, y la sombra y el hechizo flotaban sobre ellos; y Valinor estaba Oculta. Por tanto, ninguno de los mensajeros de Turgon llegó al Occidente, y muchos se perdieron y pocos regresaron».

En uno de los «textos constitutivos» de *El Silmarillion* se dice que aunque los Noldor «no dominaban el arte de la construcción de barcos y todos los navíos que construían naufragaban o eran repelidos por los vientos», no obstante después de la Dagor Bragollach «Turgon mantuvo un refugio secreto en la Isla de Balar», y cuando después de la Nirnaeth Arnoediad, Círdan y el resto de su pueblo huyeron de Brithombar y Eglarest a Balar, «se mezclaron allí con los del puesto de avanzada de Turgon». Pero este elemento de la historia fue eliminado y, de este modo, en el texto publicado de *El Silmarillion* no hay referencia a que los Elfos de Gondolin se hubieran establecido en Balar.

¹⁴ Los bosques de Núath no se mencionan en *El Silmarillion*, y tampoco están señalados en el mapa que lo acompaña. Se extendían hacia el oeste desde el curso superior del Narog hasta las fuentes del río Nenning.

¹⁵ Cf. *El Silmarillion*: «Finduilas, hija del Rey Orodreth, reconoció a Gwindor y le dio la bienvenida, pues lo había amado antes de la Nirnaeth, y muy grande fue el amor que la belleza de Finduilas despertó en Gwindor, y la llamó Faelivrin: la luz del sol sobre los Estanques de Ivrin».

¹⁶ El río Glithul no se menciona en *El Silmarillion* y no lleva nombre aunque aparezca en el mapa: un afluente del Teiglin que desemboca en ese río algo al norte del sitio en que desemboca el Malduin.

¹⁷ Hay referencia a este camino en *El Silmarillion*: «El antiguo pasaje ... que atraviesa el largo desfiladero del Sirion, más allá de la isla donde se había levantado Minas Tirith de Finrod, y por la tierra que se extiende entre el Malduin y el Sirion, y de las orillas de Brethil hasta los Cruces del Teiglin».

¹⁸ «¡Muerte a los *Glamhoth!*» Este nombre, aunque no aparece en *El Silmarillion* ni en *El Señor de los Anillos* era un término general con el que se designaba en Sindarin a los Orcos. La significación es «horda estruendosa», «hueste en tumulto»; cf. la espada de Gandalf *Glamdring*, y *Tol-in-Gaurhoth*, la Isla de (la hueste de los) Licántropos.

¹⁹ *Echoriath*: las Montañas Circundantes en torno a la llanura de Gondolin; *ered embar nín*: las montañas de mi patria.

²⁰ En *El Silmarillion*, Beleg de Doriath dijo a Túrin (unos años antes del transcurso de la presente historia) que los Orcos habían abierto un camino a través del Paso de Anach, y Dimbar, que solía vivir en paz, «cae ahora bajo la Mano Negra».

²¹ Por este camino Maeglin y Aredhel huyeron a Gondolin perseguidos por Eöl (*El Silmarillion*, Cáp. 16); y más tarde Celegorn y Curufin lo apresaron cuando fueron expulsados de Nargothrond (*ibid.*) Sólo en el presente texto se menciona que se prolongaba hacia el oeste hasta la antigua morada de Turgon en Vinyamar bajo el Monte Taras; y su curso deja de señalarse en el mapa a partir de su unión con el viejo camino del sur a Nargothrond al borde noroeste de Brethil.

²² El nombre *Brithiach* contiene el elemento *brith*, «grava», como también en el río *Brithon* y el puerto de *Brithombar*.

²³ En una versión paralela de este texto a esta altura de la historia, casi sin duda rechazada en favor de la impresa, los viajeros no cruzaban el Sirion por el Vado de Brithiach, sino que llegaban al río varias leguas más al norte. «Avanzaron un fatigoso camino hasta orillas del río y allí exclamó Voronwë: —¡Mira una maravilla! El bien y el mal pronostica a la vez. El Sirion está congelado, aunque no hay historia que cuente cosa semejante desde la llegada de los Eldar desde el este. Así podremos pasar y ahorrarnos muchas leguas fatigosas, demasiado prolongadas para nuestras fuerzas. No obstante, así también otros habrán pasado o podrán hacerlo.» Cruzaron el río sobre el hielo sin estorbo y «de este modo los designios de Ulmo obtuvieron provecho de la malicia del Enemigo, pues se acortó el camino, y cuando ya estaban sin esperanza y sin fuerzas Tuor y Voronwë llegaron por fin al Río Seco, donde parte de las faldas de las montañas».

²⁴ Cf. *El Silmarillion*: «Pero había un camino profundo bajo las montañas excavado en la oscuridad del mundo por las aguas que iban a unirse a las corrientes del Sirion; y este camino encontró Turgon, y así llegó a la llanura verde en medio de las montañas, y vio la colina-isla que se levantaba allí de piedra lisa y dura; porque el valle había sido un gran lago en días antiguos».

²⁵ No se dice en *El Silmarillion* que las grandes águilas hubieran morado nunca en Thangorodrim. En el capítulo de Manwë «había enviado a la raza de las Águilas con la orden de habitar en los riscos del norte y vigilar a Morgoth»: mientras que en el capítulo 18 Thorondor «se precipitó desde su nido sobre las cumbres de las Crissae-grim» para rescatar el cuerpo de Fingolfin ante las puertas de Angband. Cf. también *El Retorno del Rey*, VI, 4: «El viejo Thorondor, aquel que en tiempos que la Tierra Media era joven, construía sus nidos en los picos inaccesibles de las Montañas Circundantes». Es muy probable que la idea de que Thorondor hubiera habitado antes en Thangorodrim, como aparece también en un texto temprano de *El Silmarillion*, fuera luego abandonada.

²⁶ En *El Silmarillion* no se dice nada específico acerca del lenguaje de los elfos de Gondolin: pero este pasaje sugiere que para algunos de ellos la Alta Lengua Élfica era de uso corriente. Se afirma en el ensayo lingüístico posterior que el quenya se utilizaba diariamente en la casa de Turgon, y era la lengua de infancia de Eärendil pero que «para la mayor parte del pueblo de Gondolin se había convertido en una lengua libresca, y, como los otros Noldor, utilizaban el Sindarin como lengua cotidiana». Cf. *El Silmarillion*: Después del edicto de Thingol «los Exiliados adoptaron la lengua Sindarin en la vida cotidiana, y la Alta Lengua del occidente sólo fue hablada por los Señores de los Noldor y entre sí. No obstante, esa lengua sobrevivió siempre como el lenguaje del conocimiento, en cualquier lugar en que habitara algún Noldor».

²⁷ Estas eran las flores que crecían en abundancia en los túmulos sepulcrales de los Reyes de Rohan bajo Edoras, y que Gandalf llamó en la lengua de los Rohirrim *simbelmynë* (en su traducción al inglés antiguo), esto es, «siempreviva», «pues florecen en todas las estaciones del año y crecen donde descansan los muertos» (*El Señor de los Anillos III, Las Dos Torres*, III, 6). El nombre élfico *uilos* sólo aparece en este pasaje, pero la palabra se encuentra también en *Amon Uilos*, como el nombre quenya *Oiolossë* «Blanca-nieve-eterna», la «Montaña de Manwë» se traducía al Sindarin. En «Cirion y Eorl» a la flor se le da otro nombre élfico: *alfirin*.

²⁸ En *El Silmarillion* se dice que Thingol recompensó a los Enanos de Belegost con profusión de perlas: «Estas se las había dado Círdan, pues se recogían en abundancia en los vados de la Isla de Balar».

²⁹ Ecthelion de la Fuente se menciona en *El Silmarillion* como uno de los capitanes de Turgon. Fue quien después de la Nirnaeth Arnoediad guardó los flancos del ejército de Gondolin en su retirada a lo largo del Sirion, y tornó en matador de Gothmog, Señor de los Balrogs, quien lo mató a su vez durante el ataque de la ciudadela.

³⁰ En este punto cesa el manuscrito cuidadosamente escrito, aunque muy corregido, y el resto de la narración está garrapateado de prisa en un pedazo de papel.

³¹ Aquí finalmente la narración llega a su término, y sólo restan algunos apuntes apresurados que señalan el curso de la historia.

Tuor pregunta el nombre de la Ciudad y se le dan sus Siete nombres. (Es notable, y sin duda intencional, que el nombre de Gondolin no se utilice una sola vez hasta el final de la historia siendo que se la llama el Reino Escondido o la Ciudad Escondida.) Ecthelion da órdenes de que se dé la señal, y en las torres del gran portal se soplan unas trompetas que resuenan en las colinas. Al cabo de un silencio, se escuchan las trompetas que respondían desde los muros de la ciudad. Se traen caballos, con un gran caballo para Tuor y cabalgan hacia Gondolin.

Tenia que seguir una descripción de Gondolin, de las escaleras hasta la alta plataforma y del gran portal de los túmulos (la lectura de esta palabra no es segura), los *mallorns*, los abedules y los árboles de hoja perenne; del palacio de la Fuente, la torre del Rey montada sobre un arco sostenido por columnas, la casa del Rey y el estandarte de Fingolfin. Entonces aparecerá el mismo Turgon, «el más alto de los Hijos del Mundo, salvo Thingol», con una espada blanca y dorada en una vaina de marfil y daría la bienvenida a Tuor. Se vería a Maeglin de pie a la derecha del trono, y a Idril, la hija del Rey, sentada a la izquierda; y Tuor pronunciaría el mensaje de Ulmo ya «a oídos de todos» o «en la cámara del consejo»

Otras notas dispersas indican que habría una descripción de Gondolin tal como Tuor lo vio desde lejos; que la capa de Ulmo se desvanecería cuando Tuor diera su mensaje a Turgon; que se explicaría por que no había reina en Gondolin; y que se pondría de relieve cuando Tuor viera por primera vez a Idril o en algún punto anterior de la historia, que aquél había visto a pocas mujeres en su vida. La mayor parte de las mujeres y todos los niños de la compañía de Annael en Mithrim habían sido enviados al sur; durante el cautiverio Tuor había visto sólo a las mujeres orgullosas y bárbaras de los Hombres del Este, que lo trataban como a un animal, o a las desdichadas esclavas obligadas a trabajar desde la infancia, por las que por las sentía sino piedad.

Ha de observarse que las posteriores menciones de los *mallorns* en Númenor, Lindon y Lothlórien no sugieren, aunque tampoco niegan, que esos árboles crecieran en Gondolin en los Días Antiguos, y que la esposa de Turgon, Elenwë, hubiese sucumbido mucho antes en el cruce del Helcaraxë por las huestes de Fingolfin (véase *El Silmarillion*).

II

NARN I HÎN HÚRIN

LA HISTORIA DE LOS HIJOS DE HÚRIN

La infancia de Túrin

Hador Cabeza Dorada era señor de los Edain y amado de los Eldar. Vivió mientras duraron sus días al servicio del señorío de Fingolfin, que le concedió vastas tierras en la región de Hithlum llamada Dor-Lómin. Su hija Glóredhel se casó con Haldir, hijo de Halmir, señor de los Hombres de Brethil; y en la misma fiesta su hijo Galdor el de Alta Talla se casó con Hareth, hija de Halmir.

Galdor y Hareth tuvieron dos hijos: Húrin y Huor. Húrin era tres años mayor, pero de menor talla que otros hombres de su estirpe; en esto salió al pueblo de su madre, pero en todo lo demás era como Hador, su abuelo, claro de cara y de cabellos dorados, fuerte de cuerpo y de ánimo orgulloso. Pero el fuego de él ardía sin pausa, y era firme de voluntad. De todos los Hombres del Norte, nadie conocía como él los designios de los Noldor. Huor, su hermano, era alto, el más alto de todos los Edain, salvo su propio hijo Tuor, y muy veloz en la carrera; pero si la carrera era dura y prolongada, Húrin era quien primero llegaba a la meta, porque tanto se esforzaba al final como al principio. Había un gran amor entre los dos hermanos y rara vez se separaron en su juventud.

Húrin se caso con Morwen, la hija de Baragund, hijo de Bregolas, de La Casa de Bëor; y era por tanto pariente cercana de Beren el Manco. Morwen, alta, de cabellos oscuros, tenía tanta luz en la mirada y un rostro tan hermoso que los Hombres la llamaban Eledhwen, la de élfica belleza; pero era de temple algo severo y orgullosa. Los pesares de la Casa de Bëor le entristecieron el corazón; porque como exiliada a Dor-Lómin desde Dorthonion después del desastre de la Bragollach.

Túrin fue el nombre del hijo mayor de Húrin y Morwen, y nació en el año en que Beren llegó a Doriath y encontró a Lúthien Tinúviel, hija de Thingol. Morwen le dio a Húrin también una hija, y la llamó Urwen; pero todos los que la conocieron en los pocos años que vivió le dieron el nombre de Lalaith, que significa Risa.

Huor se casó con Rían, la prima de Morwen; era la hija de Belegund, hijo de Bregolas. El duro destino hizo que naciera en esos días de aflicción, porque era gentil de ánimo y no le gustaba la caza ni la guerra. Amaba en cambio los árboles y las flores del desierto, y era cantante y hacedora de cantos. Había estado casada con Huor, sólo dos meses cuando él partió con su hermano a la Nirnaeth Arnoediad, y ella nunca más lo vio.¹

En los años que siguieron a la Dagor Bragollach y la caída de Fingolfin, la sombra del miedo de Morgoth se hizo más larga. Pero en el año cuatrocientos noventa y seis después del retorno de los Noldor a la Tierra Media hubo una nueva esperanza entre los Elfos y los Hombres; porque corrió el rumor entre ellos de las hazañas de Beren y Lúthien y de la vergüenza sufrida por Morgoth, instalado todavía en el trono de Angband, y algunos decían que Beren y Lúthien vivían aún, o que habían regresado de entre los Muertos. En aquel mismo año los

grandes designios de Maedhros estaban casi acabados, y con la renovación de la fuerza de los Eldar y los Edain, el avance de Morgoth se detuvo, y los Orcos fueron expulsados de Belegriand. Entonces algunos empezaron a hablar de las victorias por venir y de una revancha inminente de la batalla de Bragollach cuando Maedhros condujera las huestes unidas, y expulsara a Morgoth bajo tierra, y sellara las Puertas de Angband.

Pero los más juiciosos estaban aún intranquilos temiendo que Maedhros no revelara sus fuerzas crecientes demasiado pronto y que se le diera tiempo a Morgoth de armarse contra él. —Siempre se habrá de incubir algún nuevo mal en Angband más allá de las sospechas de los Elfos y de los Hombres —decían. Y en el otoño de ese año, como para corroborar estas palabras, vino un viento maligno desde el norte bajo cielos cargados. El Mal Aliento se lo llamó, porque era pestilente; y muchos enfermaron y murieron en el otoño del año en las tierras septentrionales que bordeaban la Anfauglith, y eran en su mayoría los niños o los jóvenes que crecían en las casas de los Hombres.

En ese año Túrin, hijo de Húrin, tenía tan sólo cinco años, y Urwen, su hermana, tenía tres años al empezar la primavera. Cuando corría por los campos, sus cabellos eran como los lirios amarillos en la hierba, y su risa era como el canto dichoso del arroyo que bajaba de las colinas y pasaba junto a la casa de su padre. Nen Lalaith se llamaba, y por él toda la gente de los alrededores llamó Lalaith a la niña, que les alegró los corazones mientras estuvo entre ellos.

Pero a Túrin no lo amaban tanto. Era de cabellos oscuros, como la madre, y prometía tener la misma disposición de ánimo; porque no era alegre y hablaba poco, aunque había aprendido a hablar muy temprano, y pareció siempre ser mayor de lo que era. Tardaba Túrin en olvidar la injusticia o la burla; pero también ardía en él el fuego de su padre, y podía ser brusco y violento. No obstante era compasivo, y el dolor o la tristeza de las criaturas vivientes lo movían a las lágrimas; y también en esto era como su padre, porque Morwen era severa con los demás tanto como consigo misma. Amaba a su madre porque ella le hablaba de un modo directo y sencillo; pero a su padre lo veía poco, pues Húrin pasaba a menudo largas temporadas fuera de su hogar, con el ejército de Fingon que guardaba las fronteras orientales de Hithlum, y cuando volvía, sus abruptos parlamentos, salpicados de bromas y de palabras extrañas y de doble sentido, lo desconcertaban y lo inquietaban. En ese tiempo todo el calor de su corazón lo volcaba en Lalaith, su hermana; pero rara vez jugaba con ella y prefería observarla sin que ella se diera cuenta, y vigilarla mientras la niña corría por la hierba o bajo los árboles, y cantaba las canciones que los niños de los Edain inventaran mucho tiempo atrás cuando todavía la lengua de los Elfos era nueva en sus labios.

—Lalaith es bella como una niña Elfo —decía Húrin a Morwen—; pero más efímera ¡ay! Y por ello más bella, quizá, o más cara. —Y Túrin, al escuchar esas palabras, meditaba en ellas, pero no las entendía. Porque no había visto nunca a un niño Elfo. Ninguno de los Eldar vivía en ese tiempo en las tierras de su padre, y sólo en una ocasión los había visto, cuando el Rey Fingon y muchos de sus señores habían cabalgado por Dor-Lómin y habían cruzado el puente de Nen Lalaith, resplandecientes en blanco y plata.

Pero antes que transcurriera el año, se reveló la verdad de las palabras de su padre; porque el Mal Aliento llegó a Dor-Lómin, y Túrin enfermó, y yació largo tiempo afiebrado y perseguido por un sueño tenebroso. Y cuando curó, porque tal era su destino y la fuerza de vida que había en él, preguntó por Lalaith. Pero el aya le respondió: —No hables ya de Lalaith, hijo de Húrin; pero de tu hermana Urwen debes pedir nuevas a tu madre.

Y cuando Morwen vino a verlo, Túrin le dijo:

—Ya no estoy enfermo y deseo ver a Urwen; pero ¿por qué no debo decir nunca más Lalaith?

—Porque Urwen está muerta y no hay risa en esta casa —respondió ella—. Pero tú vives, hijo de Morwen; y también el Enemigo que nos ha hecho esto.

No intentó darle más consuelo que el que ella misma se daba; porque guardaba el dolor en el silencio y la frialdad de su corazón. Pero Húrin se lamentó abiertamente, y tomó el arpa y habría querido componer una endecha; pero no pudo y quebró el arpa, y saliendo fuera extendió las manos hacia el Norte, gritando: —¡Oh, tú, que desfiguras la Tierra Media, querría toparme cara a cara contigo y desfigurarte como lo hizo mi señor Fingolfin!

Y Túrin lloró amargamente solo por la noche aunque nunca más pronunció ante Morwen el nombre de su hermana. A un solo amigo se volvió por entonces, y a él le habló de su dolor y del vacío de la casa. Este amigo se llamaba Sador, un criado al servicio de Húrin; era tullido y se lo tenía en poco. Había sido leñador y por mala suerte o torpeza el hacha le había rebanado el pie derecho y la pierna sin pie se le había marchitado; y Túrin lo llamaba Labadal, que significa «Paticajo», aunque el nombre no disgustaba a Sador, pues le era atribuido por piedad y no por desprecio. Sador trabajaba en las casas anexas, construyendo o componiendo cosas de escaso valor que se precisaban en la casa central, porque tenía cierta habilidad para trabajar la madera; y Túrin le buscaba lo que le hacía falta, para ahorrarle esfuerzos a su pierna; y a veces se llevaba en secreto alguna herramienta o trozo de madera que encontraba abandonada, si pensaba que podría serle de utilidad a su amigo. Entonces Sador sonreía y le pedía que devolviera los regalos. —Da con prodigalidad, pero da sólo lo tuyo —decía. Recompensaba en la medida de sus fuerzas la bondad del niño, y tallaba para él figuras de hombres y de animales; pero Túrin se deleitaba sobre todo con las historias de Sador, que había sido joven en los días de la Bragollach y gustaba de recordar los breves días en que había sido un hombre entero, antes de convertirse en un estropeado.

—Esa fue una gran batalla, según dicen, hijo de Húrin. Fui convocado en el apremio de aquel año y abandoné mis tareas en el bosque; pero no estuve en la Bragollach; o hubiese podido ganarme mi herida con más honor. Porque llegamos demasiado tarde, salvo para cargar de regreso el catafalco del viejo señor Hador, que cayó entre los de la guardia del Rey Fingolfin. Fui soldado después, y estuve en Eithel Sirion, el gran fuerte de los reyes élficos, durante muchos años; o así parece ahora, pues los opacos años transcurridos desde entonces poco tienen que los destaque. En Eithel Sirion estaba yo cuando el Rey Negro lo atacó, y Galdor, el padre de tu padre, era allí el capitán en sustitución del Rey. Fue muerto en ese ataque; y vi a tu padre tomar para sí el señorío y el mando, aunque apenas había alcanzado la edad viril. Había un fuego en él que le calentaba la espada en la mano, según dicen. Tras él revolcamos a los Orcos en la arena; y desde entonces nunca se han atrevido a ponerse al alcance de la vista de los muros. Pero, ¡ay!, mi amor por la guerra se había saciado, pues había visto bastantes heridas y sangre derramada; y obtuve permiso para volver a los bosques que tanto echaba de menos. Y allí recibí mi herida; porque un hombre que huye de lo que teme a menudo comprueba que sólo ha tomado un atajo para salirle al encuentro.

De este modo le hablaba Sador a Túrin a medida que éste iba creciendo; y Túrin empezó a hacer muchas preguntas que a Sador le era difícil responder, pensando que otros más afines podían instruirlo. Y un día Túrin le preguntó: —¿Se asemejaba Lalaith en verdad a una niña Elfo como mi padre decía? Y ¿a qué se refería cuando afirmó que era más efímera?

—Es muy probable —dijo Sador—, porque en su primera juventud los hijos de los Hombres y los de los Elfos se parecen mucho. Pero los hijos de los Hombres crecen más deprisa, y su juventud pasa pronto; tal es nuestro destino.

Entonces Túrin le preguntó: —¿Qué es el destino?

—En cuanto al destino de los Hombres —dijo Sador— tienes que preguntar a los que son más sabios que Labadal. Pero como todos pueden ver, nos cansamos pronto, y morimos; y por desgracia muchos encuentran la muerte todavía más pronto. Pero los Elfos no se fatigan, y no mueren, salvo a causa de una gran herida. De lastimaduras y penas que matarían a los hombres, ellos suelen curar; y aun cuando pierdan alguna parte del cuerpo, llegan a recobrase, dicen algunos. No sucede lo mismo con nosotros.

—¿Entonces Lalaith no ha de retornar? —preguntó Túrin—. ¿A dónde ha ido?

—No ha de retornar —dijo Sador—. Pero a dónde ha ido, ningún hombre lo sabe; o yo no lo sé.

—¿Ha sido siempre así? ¿O somos víctimas del Rey Malvado, quizá, como el Mal Aliento?

—No lo sé. Una oscuridad hay por detrás de nosotros, y de ella nos han llegado muy pocos Cuentos. Puede que los padres de nuestros padres hayan tenido cosas que decir, pero no dijeron nada. Aun sus nombres están olvidados. Las Montañas se interponen entre nosotros y la vida de donde vinieron, huyendo nadie sabe de qué.

—¿Tenían miedo?

—Puede ser —dijo Sador—. Puede ser que hayamos huido del temor de la Oscuridad sólo para hallarla delante de nosotros, y no tengamos otro sitio a donde huir, salvo el Mar.

—Nosotros ya no tenemos miedo —dijo Túrin—, no todos. Mi padre no tiene miedo y yo tampoco lo tendré; o, cuando menos, como mi madre, tendré miedo, pero no dejaré que se note.

Le pareció entonces a Sador que los ojos de Túrin no eran los ojos de un niño y pensó: «El dolor es una piedra de afilar para un temple duro». Pero en voz alta, dijo: —Hijo de Húrin y de Morwen, qué será de tu corazón, Labadal no puede adivinarlo; pero rara vez y a muy pocos mostrarás lo que hay en él.

Entonces Túrin dijo: —Quizá sea mejor no decir lo que se desea, si no se lo puede obtener. Pero yo deseo, Labadal, ser uno de los Eldar. Entonces Lalaith podría regresar y yo estaría aquí todavía aunque ella hubiera recorrido un largo camino. Marcharé como soldado del rey Elfo tan pronto como pueda, al igual que tú, Labadal.

—Puedes aprender mucho de ellos —dijo Sador, y suspiró—. Son un pueblo bello y maravilloso, y tienen poder sobre el corazón de los Hombres. Y sin embargo a veces me parece que habría sido mejor que nunca nos hubiéramos topado con ellos, y que hubiéramos transitado caminos más humildes. Porque tienen un conocimiento que se remonta a tiempos muy antiguos; y son orgullosos y resistentes. A la Luz de los Elfos parecemos gente apagada, o ardemos con una llama demasiado viva que se consume con rapidez, y el peso de nuestro destino nos abrumba todavía más.

—Pero mi padre les ama —dijo Túrin— y no es feliz sin ellos. Dice que hemos aprendido de ellos casi todo cuanto sabemos, y que así nos hemos convertido en un pueblo más noble; y dice que los Hombres que han cruzado últimamente las Montañas apenas son mejores que los Orcos.

—Eso es verdad —respondió Sador—; verdad, al menos de algunos de nosotros. Pero el ascenso es penoso, y de la cima es fácil caer a lo más bajo.

Por este tiempo Túrin tenía casi ocho años, en el mes de Gwaeron según cómputo de los Edain, en el año que no puede olvidarse. Había ya rumores entre los mayores y se hablaba de una concentración de armas y reclutamientos de fuerzas, de los que nada supo Túrin; y Húrin, que conocía el coraje y la lengua prudente de Morwen, le hablaba a menudo de los designios de los reyes élficos y de lo que podría acaecer, para bien o para mal. Tenía esperanza en el corazón, y poco temía los resultados de la batalla; porque no le parecía que fuerza alguna de La Tierra Media pudiese superar el poder y el esplendor de los Eldar. —Han visto La Luz Del Oeste —decía— y al final la oscuridad ha de desaparecer de sus rostros.

Morwen no lo contradecía; porque en compañía de Húrin el fruto de la esperanza siempre parecía lo más probable. Pero también en su estirpe había gentes que conocían la tradición élfica, y a sí misma se decía: —Y sin embargo, ¿no han abandonado la Luz acaso? ¿No han sido apartados de la Luz? Quizá Los Señores del Oeste no piensan más en ellos, y si es así, ¿cómo los Primeros Nacidos podrían vencer a uno de los Poderes?

Ni la sombra de una duda semejante parecía perturbar a Húrin Thalion; no obstante una mañana de la primavera de ese año despertó como de un sueño agitado y una nube apagaba el

brillo del día; y al anochecer dijo de pronto: —Cuando sea convocado, Morwen Eledhwen, dejaré a tu cuidado al heredero de la Casa de Hador. La vida de los Hombres es corta, y en ella suele haber múltiples infortunios, aun en tiempos de paz.

—Eso ha sido así siempre —respondió ella—. Pero ¿qué hay en tus palabras?

—Prudencia, no duda —dijo Húrin; no obstante, parecía perturbado—. Pero quien mira adelante, ha de ver esto: que las cosas no han de permanecer siempre así. Será ésta una gran conmoción, y una de las partes caerá muy bajo, más de lo que está ahora. Si son los reyes de los Elfos los que caen, no ha de irles bien a los Edain; y nosotros somos los que vivimos más cerca del Enemigo. Pero si van mal las cosas, no te diré: ¡No tengas miedo! Porque tú temes lo que ha de ser temido, y sólo eso; y el miedo no arredra. Pero te digo: ¡No esperes! Yo volveré a ti como pueda, pero ¡no esperes! Ve al sur tan deprisa como te sea posible; yo iré detrás y te encontraré aunque tenga que registrar toda Beleriand.

—Beleriand es grande y no hay hogar en ella para los exiliados —dijo Morwen—. ¿A dónde he de huir con pocos o con muchos?

Entonces Húrin meditó un rato en silencio.

—En Brethil están los parientes de mi madre —dijo—. Eso está a unas treinta leguas a vuelo de águila.

—Si ese infortunado momento llega en verdad, ¿qué ayuda podría esperarse de los Hombres? —dijo Morwen—. La Casa de Bëor ha caído. Si cae la gran Casa de Hador, ¿a qué agujeros se arrastrará el pequeño pueblo de Haleth?

—Son pocos y sin muchas luces, pero no dudo de su valor —dijo Húrin—. ¿En qué, si no, tener esperanzas?

—No hablas de Gondolin —dijo Morwen.

—No, porque ese nombre nunca ha pasado por mis labios —dijo Húrin—. No obstante es cierto lo que has oído: he estado allí. Pero te digo ahora con verdad lo que nunca le dije a nadie ni le diré a nadie en el futuro: no sé dónde se encuentra.

—Pero lo supones y lo que supones no está lejos de la verdad, según creo —dijo Morwen.

—Puede que así sea —dijo Húrin—. Pero a menos que el mismo Turgon me libre de mi juramento, no puedo decir lo que supongo, ni siquiera a ti; y por tanto tu búsqueda resultaría inútil. Pero si hablara para mi vergüenza, en el mejor de los casos sólo llegarías ante una puerta cerrada; porque a no ser que Turgon salga a la guerra (y de eso nada se ha oído hasta ahora, ni hay esperanzas de que así ocurra), nadie podrá entrar.

—Entonces, si no hay esperanzas en tus parientes y tus amigos te niegan —dijo Morwen—, he de concebir mis propios designios; y a mí me viene la idea de Doriath. De todas las defensas, el Cinturón de Melian ha de ser la última en romperse, según creo; y la Casa de Bëor no ha de ser despreciada en Doriath. ¿No soy ahora pariente del rey? Porque Beren, hijo de Barahir, era nieto de Bregor, como lo era también mi padre.

—Mi corazón no se inclina a Thingol —dijo Húrin—. Ninguna ayuda ha de tener de él el Rey Fingon; y no sé qué sombra me oscurece el espíritu cuando se nombra a Doriath.

—Al nombre de Brethil también mi corazón se oscurece —dijo Morwen.

Entonces de súbito Húrin se echó a reír, y dijo:

—Aquí nos estamos sentados discutiendo cosas que están fuera de nuestro alcance, y sombras alimentadas en sueños. No irán tan mal las cosas; pero si así ocurre en verdad, a tu coraje y tu juicio todo queda encomendado. Haz entonces lo que tu corazón te indique; pero hazlo pronto. Y si alcanzamos nuestra meta, los reyes de los Elfos están decididos a devolver todos los feudos de la casa de Bëor a sus herederos; y nuestro hijo recibirá una gran herencia.

Esa noche Túrin despertó a medias, y le pareció que su padre y su madre estaban junto a él y lo miraban a la luz de las candelas que llevaban consigo; pero no pudo verles la cara.

La mañana del día del cumpleaños de Túrin, Húrin le dio a su hijo un regalo, un cuchillo labrado por los Elfos, y la empuñadura y la vaina eran negras y de plata; y le dijo: —Heredero

de la Casa de Hador, he aquí un regalo por tu día. Pero ¡ten cuidado! Es una hoja amarga y el acero sirve sólo a quienes pueden esgrimirlo. Es tan capaz de cortarte la mano como otra cosa cualquiera. —Y poniendo a Túrin sobre una mesa, besó a su hijo y dijo:— Ya me sobrepasas, hijo de Morwen; pronto serás igualmente alto sobre tus propios pies. Ese día muchos serán los que teman tu hoja.

Entonces Túrin salió corriendo de la estancia y se fue solo, y en su corazón había un calor como el del sol sobre la tierra fría, que pone en movimiento todo lo que crece. Se repitió a sí mismo las palabras de su padre, Heredero de la Casa de Hador; pero otras palabras le vinieron también a la mente: Da con prodigalidad, pero da sólo lo tuyo. Y fue al encuentro de Sador, y exclamó: —¡Labadal, es mi cumpleaños, el cumpleaños del heredero de La Casa de Hador! Y te he traído un regalo para señalar el día. He aquí un cuchillo como el que tú necesitas; cortará lo que quieras, tan delgado como un cabello.

Entonces Sador se sintió turbado, porque sabía muy bien que Túrin había recibido él mismo el cuchillo ese día. Le habló gravemente: —Vienes de una estirpe generosa, Túrin, hijo de Húrin. No he hecho nada para merecer tu cuchillo, ni espero hacerlo en los días que me restan; pero lo que pueda hacer, lo haré. —Y cuando Sador sacó el cuchillo de la vaina, dijo:— Es éste un regalo, en verdad: una hoja de acero élfico. Mucho tiempo he echado en falta tocarla.

Húrin no tardó en notar que Túrin no llevaba el cuchillo, y le preguntó si su advertencia lo había asustado. Entonces Túrin contestó: —No, le di el cuchillo a Sador el carpintero.

—¿Desprecias pues el regalo de tu padre? —preguntó Morwen; entonces respondió Túrin—: No; pero amo a Sador y siento piedad por él.

Entonces Húrin dijo: —Tres regalos tenías para dar, Túrin: amor, piedad, y el cuchillo, de todos el menos valioso.

—Empero, dudo que Sador los merezca —dijo Morwen—. Se ha mutilado a sí mismo por torpeza y es lento en el trabajo, porque gasta gran parte del tiempo en bagatelas innecesarias.

—Concédele piedad, sin embargo —dijo Húrin—. Una mano honesta y un corazón sincero pueden equivocarse; y el daño recibido puede ser más duro de sobrellevar que la obra de un enemigo.

—Pero ahora tendrás que esperar un tiempo, antes de tener una nueva hoja —dijo Morwen—. De ese modo el regalo será un verdadero regalo y a tus propias expensas.

No obstante, Túrin vio que Sador fue tratado con más benevolencia desde entonces, y se le encomendó la hechura de una gran silla para que el señor se sentara en ella en la sala.

Llegó una brillante mañana del mes de Lothron en que Túrin fue despertado por súbitas trompetas; y corriendo a las puertas, vio en el patio a muchos hombres de a pie o a caballo, y todos plenamente armados como si fueran a partir a la guerra. Allí también estaba Húrin, y les hablaba a los hombres y les daba órdenes; y Túrin se enteró de que ese día partían para Barad Eithel. Éstos eran los guardias y los hombres de la casa de Húrin; pero todos los hombres de sus tierras habían sido convocados. Algunos habían partido ya con Huor, hermano de su padre; y muchos otros se unirían al Señor de Dor-Lómin en el camino e irían tras su estandarte a la gran congregación del Rey.

Entonces Morwen se despidió de Húrin sin derramar lágrimas; y dijo: —Guardaré lo que me dejas en custodia, tanto lo que es, como lo que será.

Y Húrin le respondió: —Adiós, Señora de Dor-Lómin; cabalgamos ahora con más esperanzas que hayamos conocido nunca antes. ¡Pensemos que en medio del invierno la fiesta será más alegre que todas cuantas hayamos gozado en todos nuestros años de vida, a la que seguirá una primavera libre de temores! —Luego puso a Túrin sobre sus hombros y gritó a sus gentes:— ¡Que el heredero de la Casa de Hador vea la luz de vuestras espadas! —Y el sol resplandeció sobre cincuenta hojas, y en el patio resonó el grito de guerra de los Edain del Norte:— ¡Lacho calad! ¡Drego morn! ¡Llamee el Día! ¡Huya la Noche!

Entonces por fin Húrin montó de un salto, y el estandarte dorado se desplegó en el aire, y las trompetas cantaron nuevamente en la mañana; y así partió Húrin Thalion a la carrera hacia la Nirnaeth Arnoediad.

Pero Morwen y Túrin se quedaron inmóviles ante las puertas hasta que a lo lejos oyeron la débil llamada de un único cuerno en el viento: Húrin estaba más allá de la cima de la colina, desde donde ya no era posible ver la casa.

Las palabras de Húrin y de Morgoth

Muchos cantos cantan los Elfos, y muchas historias cuentan de la Nirnaeth Arnoediad, la Batalla de las Lágrimas Innumerables, en la que cayó Fingon, y se marchitó la flor de los Eldar. Si todo se contara, la vida de un hombre no bastaría para escucharlo;² pero ahora ha de contarse solamente lo que le acaeció a Húrin, hijo de Galdor, Señor de Dor-Lómin, cuando junto al arroyo de Rivil fue por último atrapado vivo por orden de Morgoth, y conducido a Angband.

Húrin fue llevado ante Morgoth, porque Morgoth sabía, por sus artes y sus espías, que Húrin tenía amistad con el Rey de Gondolin; e intentó intimidarlo con su mirada. Pero no era posible todavía intimidar a Húrin, y desafió a Morgoth. Por tanto Morgoth lo hizo encadenar y le dio lento tormento; pero al cabo de un tiempo le ofreció la posibilidad de optar entre la libertad de ir donde le placiera o recibir poder y rango como el mayor de los capitanes de Morgoth, con que sólo quisiera revelarles dónde tenía Turgon su fortaleza y todo lo que supiese sobre los designios del Rey. Pero Húrin el Firme se mofó de él diciendo: —Eres ciego Morgoth Bauglir, y ciego serás siempre, pues ves tan sólo la oscuridad. No conoces lo que rige el corazón de los Hombres, y si lo conocieras, no podrías darlo. Pero necio es quien acepta lo que ofrece Morgoth. Primero te quedarías con el precio y luego faltarías a tu promesa; y yo sólo recibiría la muerte si te dijera lo que pides.

Entonces Morgoth rió y dijo: —Todavía puede que anheles la muerte como una merced. — Entonces llevó a Húrin a la Haudh-en-Nirnaeth, que por entonces estaba recién construida, y en la que se respiraba el hedor de la muerte; y Morgoth lo puso en lo más alto de la torre y le ordenó que mirara al Oeste, hacia Hithlum, y que pensara en su esposa y en su hijo y en el resto de los suyos. —Porque moran ahora en mi reino —dijo Morgoth—, y están a mi merced.

—No lo están —respondió Húrin—. Y no llegarás por ellos a Turgon; porque ellos no conocen sus secretos.

La cólera domino a Morgoth, y dijo: —Todavía he de tenerte a ti y a los de tu maldita casa; y te quebrantaré mi voluntad aunque estuvieras hecho de acero. —Y alzó una larga espada que allí había y la quebró ante los ojos de Húrin, y un fragmento le hirió la cara; pero Húrin no cejó. Entonces Morgoth, extendiendo sus largos brazos hacia Dor-Lómin maldijo a Húrin y a Morwen y a su prole diciendo:— ¡Mira! La sombra de mi pensamiento estará dondequiera que vayan, y mi odio los perseguirá hasta los confines del mundo.

Pero Húrin dijo: —Hablas en vano. Porque no puedes verlos ni gobernarlos desde lejos: no mientras conserves estas formas y desees aún ser un Rey visible en la tierra.

Entonces Morgoth se volvió a Húrin y dijo: —¡Necio, pequeño entre los Hombres, que son lo ínfimo entre todos cuantos hablan! ¿Has visto a los Valar o medido el poder de Manwë y Varda? ¿Conoces el alcance de lo que piensan? O crees, quizá, que su pensamiento puede llegar a ti y que han de escudarte desde lejos?

—No lo sé —dijo Húrin—. Pero bien pudiera ser así, si ellos lo quisieran. Porque el Rey Mayor no ha de ser destronado mientras Arda perdure.

—Tú lo has dicho —dijo Morgoth—. Yo soy el Rey Mayor: Melkor, el primero y más poderoso de los Valar, que fue antes que el mundo, y que hizo el mundo. La sombra de mi propósito se extiende sobre Arda, y todo lo que hay en ella cede lenta e inflexiblemente a mi voluntad. Pero sobre todos los que tú ames mi pensamiento pesará como una nube fatídica, y los envolverá en oscuridad y desesperanza. Dondequiera que vayan, se levantará el mal. Toda vez que hablen, sus palabras tendrán designios torcidos. Todo lo que hagan se volverá contra ellos. Morirán sin esperanza, maldiciendo a la vez la vida y la muerte.

Pero Húrin respondió: —¿Olvidas con quién hablas? Las mismas cosas dijiste hace mucho a nuestros padres; pero escapamos de tu sombra. Y ahora tenemos conocimiento de ti, porque hemos contemplado las caras de los que han visto la Luz, y hemos escuchado las voces de los que han hablado con Manwë. Antes que Arda fuiste, pero otros también; y tú no hiciste Arda. Ni tampoco eres el más poderoso; porque has malgastado tu fuerza en ti mismo y la has prodigado en tu propio vacío. No eres más que un esclavo de Valar, un esclavo fugitivo, y las cadenas todavía te esperan.

—Te has aprendido las lecciones de tus amos de memoria —dijo Morgoth—. Pero de nada te servirá un conocimiento tan infantil ahora que todos han huido.

—Esto último te diré entonces, esclavo Morgoth —dijo Húrin—, y no proviene de la ciencia de los Eldar, sino que me aparece en el corazón en esta hora. No eres el Señor de los Hombres y no lo serás, aunque toda Arda y el Menel caigan bajo tu dominio. No perseguirás a los que te rechazan más allá de los Círculos del Mundo.

—Más allá de los Círculos del Mundo no los perseguiré —dijo Morgoth— porque nada hay allí. Pero dentro de ellos no se me escaparán en tanto no entren en la Nada.

—Mientes —dijo Húrin.

—Ya lo verás, y confesarás que no miento —dijo Morgoth. Y llevando a Húrin de nuevo a Angband, lo sentó en una silla de piedra sobre un sitio elevado de Thangorodrim, desde donde podía ver a lo lejos la tierra de Hithlum al oeste y las tierras de Beleriand al sur. Allí quedó sujeto por el poder de Morgoth; y Morgoth, de pie al lado de él, lo maldijo otra vez y le impuso su poder de manera que Húrin no podía ni moverse ni morir, en tanto Morgoth no lo liberara.

—Ahora quédate ahí sentado —dijo Morgoth—, y contempla las tierras donde aquellos que me has entregado conocerán el mal y la desesperación. Porque has osado burlarte de mí y has cuestionado el poder de Melkor, Amo de los destinos de Arda. Por tanto, con mis ojos verás y con mis oídos oirás, y nada te será ocultado.

La partida de Túrin

Tres hombres solamente encontraron por fin el camino de regreso a Brethil, a través de Taur-nu-Fuin, una ruta peligrosa; y cuando Glóredhel, hija de Hador, supo de la caída de Haldir, se apenó y murió.

A Dor-Lómin no llegaban nuevas. Rían, esposa de Huor, huyó perturbada a las tierras salvajes; pero recibió la ayuda de los Elfos Grises de las colinas de Mithrim, y cuando Tuor nació, ellos lo criaron. Pero Rían fue al Haudh-en-Nirnaeth, y allí se tendió en el suelo y murió.

Morwen Eledhwen permaneció en Hithlum, silenciosa y entristecida. Su hijo Túrin sólo había alcanzado el noveno año de vida, y ella estaba de nuevo encinta. Eran los suyos días de pesadumbre. Los Hombres del Este habían invadido la tierra en crecido número, y trataron cruelmente al pueblo de Hador, y les quitaron todo cuanto tenían, y los sometieron a esclavitud. Se llevaron consigo a toda la gente de la tierra patria de Húrin que podía trabajar o servir a algún propósito, aun a las niñas y los niños, y a los viejos los mataron o los abandonaron para que murieran de hambre. Pero no se atrevieron a poner manos sobre la Señora de Dor-

Lómin o a arrojarla de la casa; porque la voz corría entre ellos de que era peligrosa, y una bruja que tenía trato con los demonios blancos: porque así llamaban ellos a los Elfos, a quienes odiaban, pero a quienes todavía más temían.³ Por esta razón también temían y evitaban las montañas, en las que muchos de los Eldar se habían refugiado, especialmente al sur de la tierra; y después de saquear y expoliar, los Hombres del Este se retiraron al norte. Porque la casa de Húrin se levantaba en el sureste de Dor-Lómin y las montañas estaban cerca de ella; Nen Lalaith en verdad descendía de una fuente bajo la sombra de Amon Dearthir, que estaba recorrida por un desfiladero de escarpadas paredes. Por este desfiladero los osados podían cruzar Ered Wethrin, y descender por la vertiente del Glithul a Beleriand. Pero esto no lo sabían los Hombres del Este, ni tampoco Morgoth; porque todo ese país, mientras duró La Casa de Fingolfin, estaba a salvo de Morgoth, y nunca ninguno de sus sirvientes iba allí. Pensaba que Ered Wethrin era un muro inexpugnable, tanto para los que pretendieran escapar desde el norte como para quienes quisieran atacar desde el sur; y no había en verdad otro pasaje para los que no tuvieran alas entre Serech y el lejano oeste donde Dor-Lómin limitaba con Nevrast.

Así sucedió que después de las primeras correrías, Morwen fue dejada en paz, aunque había hombres que acechaban en los bosques, y era peligroso arriesgarse muy lejos. Todavía estaban bajo la protección de Morwen, Sador el carpintero y unos pocos viejos y viejas, y Túrin, a quien no dejaba salir del patio enclaustrado. Pero la casa de Húrin no tardó en empezar a deteriorarse, y aunque Morwen trabajaba duro, estaba reducida a la pobreza y habría pasado hambre si no hubiera sido por la ayuda que le enviaba en secreto Aerin, pariente de Húrin; porque un tal Brodda, uno de los Hombres del Este, la había convertido en su esposa por la fuerza. La limosna le era amarga a Morwen, pero aceptaba esta ayuda por Túrin y el vástago no nacido aún, y porque, como decía ella, le venía de lo que le pertenecía. Porque era este tal Brodda quien se había apoderado de la gente, los bienes y el ganado de la tierra de Húrin, y se los había llevado a sus propias posesiones. Era un hombre audaz, pero poco considerado entre los suyos antes de llegar a Hithlum; y así, ávido de riqueza, estaba dispuesto a hacerse de tierras que otros de su especie no codiciaban. A Morwen la había visto una vez cuando en una correría había cabalgado hasta la casa de ella; pero un gran temor lo había dominado. Le pareció que había visto los ojos de un demonio blanco; tuvo miedo de que un gran mal le ocurriera, y no saqueó la casa ni descubrió a Túrin; de no haber sido así, corta habría sido la vida del heredero del legítimo señor.

Brodda convirtió en esclavos a los Cabezas de Paja, como llamaba al pueblo de Hador, e hizo que le construyeran un palacio de madera en las tierras que se extendían al norte de la casa de Húrin; y guardaba los esclavos detrás de una empalizada, pero mal protegida. Entre ellos había algunos que aun no se habían acobardado, y estaban dispuestos a ayudar a La Señora de Dor-Lómin incluso hasta arriesgar la vida, y de ellos llegaban en secreto nuevas de la tierra a Morwen, aunque había pocas esperanzas en esas noticias. Pero Brodda tomó a Aerin como esposa y no como esclava, porque había pocas mujeres entre los de su propia comitiva, y ninguna que pudiera compararse con las hijas de los Edain; y tenía esperanzas de convertirse en un señor de esa tierra y tener un heredero que le sucediera.

De lo que había acaecido o lo que podría acaecer en los días por venir, Morwen le debía poco a Túrin; y él temía importunarla con preguntas. Cuando los Hombres del Este llegaron por primera vez a Dor-Lómin, le había preguntado: —¿Cuándo volverá mi padre a arrojar de aquí a estos feos ladrones? ¿Por qué no vuelve?

Y Morwen le había respondido: —No lo sé. Puede que lo hayan matado, o que lo tengan cautivo; o también puede que haya sido arrastrado lejos, y que no pueda abrirse paso hasta nosotros, entre los enemigos que nos rodean.

—Entonces creo que está muerto —dijo Túrin, y ante su madre contuvo las lágrimas—; porque nadie podría impedirle que volviera a ayudarnos, si estuviera vivo.

—No creo que ninguna de esas dos cosas sea cierta, hijo mío —dijo Morwen.

Con el paso del tiempo el temor por su hijo Túrin, heredero de Dor-Lómin, oscurecía el corazón de Morwen; porque no veía otra esperanza para él que la de que se convirtiera en esclavo de los Hombres del Este. Por tanto, recordó las palabras intercambiadas con Húrin y su pensamiento se volvió otra vez hacia Doriath; y resolvió por fin enviar a Túrin allí en secreto, si le era posible, y rogarle al Rey Thingol que le diera albergue. Y mientras se estaba sentada y cavilaba cómo hacerlo, oyó claramente en su pensamiento la voz de Húrin que le decía: —*¡Ve de prisa! ¡No me esperes!* —Pero ya el parto se avecinaba, y el camino sería duro y peligroso; cuantos más fueran, menores serían las posibilidades de escapar. Y el corazón la engañaba todavía con esperanzas inconfesadas; y dentro de ella una voz le decía que Húrin no estaba muerto, y aguardaba el sonido de sus pasos en la insomne vela de la noche, o despertaba creyendo que había oído en el patio el relincho de Arroch, el caballo de Húrin. Además, aunque estaba dispuesta a que su hijo se criara en recintos ajenos, según la costumbre de la época, era una humillación para su orgullo vivir de la limosna aunque fuera la de un rey. Por tanto, la voz de Húrin, o el recuerdo de su voz, no fue escuchada, y así se tejó la primera hebra del destino de Túrin.

Ya terminaba el otoño del Año de la Lamentación antes que Morwen se resolviera, y entonces tuvo prisa; porque el tiempo en que era posible viajar era breve, pero temía que Túrin fuera atrapado si esperaba a que el invierno acabara. Los Hombres del Este merodeaban en derredor del patio enclaustrado y espían la casa. Por tanto, le dijo repentinamente a Túrin: —Tu padre no viene. De modo que has de partir, y de prisa. Así lo habría deseado él.

—¿Partir? —exclamó Túrin—. ¿A dónde partiremos? ¿Por sobre las montañas?

—Sí —dijo Morwen—, por sobre las montañas, hacia el sur. El sur... Quizá haya allí alguna esperanza. Pero no hablé de *nosotros*, hijo mío. Tú has de partir; yo me quedaré.

—¿No puedo partir solo! —dijo Túrin—. No te dejaré. ¿Por qué no podemos irnos juntos?

—Yo no puedo ir —dijo Morwen—. Pero no partirás solo. Enviaré a Gethron contigo, y también a Grithnir quizá.

—¿No enviarás a Labadal? —preguntó Túrin.

—No, pues Sador es cojo —dijo Morwen—, y el camino será duro. Y como eres mi hijo y éstos son días sombríos, hablaré sin rodeos: puede que mueras en el camino. El año ya está avanzado. Pero si te quedas, tu fin será peor todavía: te convertirás en esclavo. Si deseas ser un hombre, ahora que estás cerca de serlo, harás lo que te digo con valor.

—Pero ¿te dejaré sola con Sador y Ragnir el ciego y las viejas? —dijo Túrin—. ¿No dijo mi padre que era yo el heredero de Hador? El heredero ha de quedarse en La Casa de Hador, y defenderla. ¡Ojalá tuviera ahora mi cuchillo!

—El heredero tendría que quedarse, pero no puede hacerlo —dijo Morwen—. Pero puede retornar un día. Ahora ¡ánimo! Yo te seguiré si las cosas empeoran; si puedo.

—Pero ¿cómo me encontrarás, perdido en el desierto? —dijo Túrin; y de pronto el corazón le flaqueó y se echó a llorar abiertamente.

—Cuanto más lloriquees, más pronto te encontrarán —dijo Morwen—. Pero yo sé a dónde vas, y si llegas allí y allí te quedas, te encontraré, si puedo. Porque te envió al Rey Thingol de Doriath. ¿No prefieres ser huésped de un rey antes que un esclavo?

—No lo sé —respondió Túrin—. No sé qué es un esclavo.

—Te envió lejos para que no tengas que aprenderlo —respondió Morwen. Entonces puso a Túrin delante de ella y le miró los ojos como si estuviera tratando de leer en ellos un acierto—. Es duro, Túrin, hijo mío —dijo por fin—. No para ti solamente. Me es difícil en días tan sombríos decidir lo que más conviene. Pero hago lo que me parece bien; pues ¿por qué he de separarme de lo más caro de cuanto me queda?

Ya no hablaron más de esto, y Túrin estaba afligido y desconcertado. A la mañana fue en busca de Sador, que había estado cortando maderos para el fuego, pues no se atrevían a errar

por los bosques, y tenían poca leña. Estaba ahora inclinado sobre la muleta y miraba la gran silla de Húrin, que había sido arrojada a un rincón, sin terminar. —Tendré que destruirla —dijo—, pues en estos días sólo pueden atenderse las más extremas necesidades.

—No la rompas todavía —dijo Túrin—. Quizá vuelva a casa y le gustará ver lo que hiciste para él en su ausencia.

—Las falsas esperanzas son más peligrosas que el miedo —dijo Sador—, y no nos mantendrán abrigados en los días invernales. —Acarició las molduras de la madera y suspiró.— He perdido tiempo —dijo—, aunque las horas transcurrieron placenteras. Pero estas cosas tienen corta vida; y la alegría de hacerlas es su único fin verdadero, supongo. Y ahora daría igual que te devolviera tu regalo.

Túrin extendió la mano, pero la retiró de prisa.

—Los hombres no recuperan lo que regalan —dijo.

—Pero si es mío, ¿no puedo darlo a quien yo quiera? —dijo Sador.

—Sí —dijo Túrin—, salvo a mí. Pero ¿por qué querrías darlo?

—No tengo esperanzas de utilizarlo en tareas dignas —le dijo Sador—. No hay otro trabajo para Labadal, en los días por venir, que el trabajo de esclavo.

—¿Qué es un esclavo? —preguntó Túrin.

—Un hombre que fue un hombre, pero que es tratado como una bestia —respondió Sador—. Que es alimentado sólo para que se mantenga vivo, que es mantenido vivo sólo para trabajar, que trabaja sólo por miedo al dolor o a la muerte. Y de estos bandidos puede recibir el dolor y la muerte sólo por diversión. He oído que escogen a algunos de los más ligeros de pies y les dan caza con perros. Han aprendido más deprisa de los Orcos que nosotros de la Hermosa Gente.

—Ahora entiendo mejor las cosas —dijo Túrin.

—Es una lástima que tengas que entenderlas tan temprano —dijo Sador; luego, viendo la extraña mirada de Túrin—: ¿Qué es lo que entiendes ahora?

—Por qué quiere alejarme mi madre —dijo Túrin con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Ah! —exclamó Sador, y musitó para sí—: ¿Por qué con tanto retraso? —Luego, volviéndose hacia Túrin, dijo: —No me parece ésa una noticia para derramar lágrimas. Pero no has de hablar en alta voz de los designios de tu madre con Labadal ni con nadie. Todas las paredes y los cercados tienen orejas en este tiempo, orejas que no crecen en nobles cabezas.

—¡Pero yo tengo que hablar con alguien! —dijo Túrin—. Siempre te he contado cosas. No quiero dejarte, Labadal. No quiero dejar esta casa ni a mi madre.

—Pero si no lo haces —dijo Sador—, pronto La Casa de Hador habrá llegado a su fin para siempre, como tienes que entenderlo ahora. Labadal no quiere que te vayas; pero Sador, servidor de Húrin, se sentirá más feliz cuando el hijo de Húrin esté fuera del alcance de los Hombres del Este. Bien, bien, es imposible evitarlo: tenemos que decirnos adiós. ¿No quieres tomar mi cuchillo como regalo de despedida?

—¡No! —dijo Túrin—. Voy con los Elfos, con el Rey de Doriath, dice mi madre. Allí tendré cosas como esa. Pero no podré enviarte regalos, Labadal. Estaré lejos y completamente solo. —Entonces Túrin lloró; pero Sador le dijo:— ¡Vaya, pues! ¿Dónde está el hijo de Húrin? Porque no hace mucho le oí decir: *Iré de soldado con un rey de los Elfos no bien pueda.*

Entonces Túrin contuvo las lágrimas y dijo:

—Muy bien, si ésas fueron las palabras del hijo de Húrin he de ser fiel a ellas y me iré. Pero cada vez que digo que haré esto o lo otro, resulta muy diferente llegado el momento. Ahora me voy de mala gana. He de tener cuidado y no decir esas cosas.

—Sería mejor, en verdad —dijo Sador—. Así la mayoría de los hombres lo enseñan y pocos lo aprenden. Déjense en paz los días que aún no se ven. El de hoy es más que suficiente.

Ahora bien, Túrin se aprontó para el viaje y se despidió de su madre y partió en secreto con sus dos compañeros. Pero cuando éstos le dijeron que se volviera a contemplar la casa paterna, la angustia de la separación lo hirió como una espada, y gritó:

—¡Morwen, Morwen! ¿Cuándo te volveré a ver?

Pero Morwen, de pie en el umbral, oyó el eco de ese grito en las colinas boscosas y se aferró al pilar de la puerta hasta que los dedos se le desgarraron. Éste fue el primero de los dolores de Túrin.

A principios del año que siguió a la partida de Túrin, Morwen dio a luz a una niña y la llamó Nienor, que significa Luto; pero Túrin estaba ya lejos cuando ella nació. Largo y penoso fue el camino de Túrin, porque el poder de Morgoth se había acrecentado; pero tenía como guías a Gethron y Grithnir, que habían sido jóvenes en los días de Hador, y aunque ahora eran viejos, eran valientes y conocían bien las tierras, porque habían viajado a menudo por Belegriand en otros tiempos. Así, ayudados por el destino y su propio coraje, cruzaron las Montañas Sombrías, y llegados al Valle del Sirion, penetraron en el Bosque de Brethil; y por fin, cansados y macilentos, llegaron a los confines de Doriath. Pero allí se desconcertaron, y se enredaron en los Laberintos de la Reina, y erraron perdidos entre los árboles sin senderos hasta que ya no tuvieron nada para comer. Allí no estuvieron lejos de la muerte, porque el invierno descendía frío desde el Norte; pero no era tan leve el destino de Túrin. Mientras yacían sumidos en la desesperación, oyeron el sonido de un cuerno. Beleg Arco Firme cazaba en esa región, porque vivía cerca de la frontera de Doriath, y era quien mejor conocía los bosques en aquel tiempo. Oyó sus gritos y acudió a ellos, y cuando les hubo dado de comer y de beber, se enteró de sus nombres y de dónde venían, y se llenó de asombro y de piedad. Y contempló con agrado a Túrin, porque tenía la belleza de su madre y los ojos de su padre, y era lozano y fuerte.

—¿Qué don querrías del Rey Thingol? —Le preguntó Beleg al muchacho.

—Ser uno de sus caballeros para cabalgar contra Morgoth y vengar a mi padre —dijo Túrin.

—Eso bien puede ser cuando los años te hayan fortificado —dijo Beleg—. Porque aunque eres todavía pequeño, tienes la actitud de un hombre valiente, digno hijo de Húrin el Inmutable, si ello fuera posible. —Porque el nombre de Húrin era honrado en toda la tierra de los Elfos. Por tanto, de buen grado Beleg sirvió de guía a los viajeros, y los llevó a la morada que compartía por entonces con otros cazadores, y allí recibieron albergue mientras un mensajero se encaminaba a Menegroth. Y cuando llegó la noticia de que Thingol y Melian recibirían al hijo de Húrin y a sus custodios, Beleg los condujo por caminos secretos al Reino Escondido.

Así llegó Túrin al gran puente que cruzaba el Esgalduin, y pasó por los portales de las estancias de Thingol; y, niño aún, contempló las maravillas de Menegroth que ningún Hombre mortal había visto antes, salvo Beren solamente. Entonces Gethron comunicó el mensaje de Morwen a Thingol y Melian; y Thingol los recibió con bondad y puso a Túrin sobre su rodilla en honor a Húrin, el más poderoso de entre los Hombres, y de Beren, su pariente. Y todos los que estaban presentes se maravillaron, porque era signo de que Thingol aceptaba a Túrin como hijo adoptivo; y eso no era cosa que hicieran los reyes por aquel entonces, ni lo hizo nunca otra vez un señor Elfo con Hombre alguno. Entonces Thingol le dijo: —Aquí, hijo de Húrin, estará tu hogar; y toda mi vida te tendré por hijo, aunque seas Hombre. Se te impartirá una sabiduría mucho mayor que la de los Hombres mortales, y las armas de los Elfos estarán en tus manos. Quizá llegue el tiempo que reconquistes las tierras de tu padre en Hithlum; pero reside ahora aquí en el amor de todos nosotros.

Así empezó la estadía de Túrin en Doriath. Durante un tiempo se quedaron con él Gethron y Grithnir, sus custodios, aunque anhelaban volver otra vez con su señora en Dor-Lómin. Entonces la vejez y la enfermedad ganaron a Grithnir, y se quedó junto a Túrin hasta que murió;

pero Gethron partió, y Thingol envió con él a una escolta que lo guiara y protegiera, y llevaban unas palabras de Thingol para Morwen. Llegaron por fin a la casa de Húrin, y cuando Morwen supo que Túrin había sido recibido con honor en las estancias de Thingol, tuvo menos pena; y los Elfos llevaban también ricos regalos de Melian, y un mensaje por el que se la invitaba a volver con el pueblo de Thingol a Doriath. Porque Melian era sabia y previsora, y esperaba de ese modo evitar el mal que se preparaba en el pensamiento de Morgoth. Pero Morwen no quiso abandonar su casa, porque su corazón no había cambiado, y conservaba todo su orgullo; además Nienor era una niña de pecho. Por tanto, despidió a los Elfos de Doriath con agradecimiento, y les dio como regalo las últimas pequeñas cosas de oro que aún conservaba, ocultando la pobreza que la afligía; y les pidió que le llevaran a Thingol el Yelmo de Hador. Pero Túrin esperaba ansioso el regreso de los mensajeros de Thingol; y cuando éstos volvieron solos, huyó a los bosques y lloró, porque conocía la invitación de Melian, y había tenido grandes esperanzas de que Morwen viniera. Éste fue el segundo dolor de Túrin.

Cuando los mensajeros le comunicaron la respuesta de Morwen, Melian comprendió y se apiadó de ella; y vio que no era fácil evitar el hado que ella presentía.

El Yelmo de Hador fue puesto en manos de Thingol. Ese yelmo estaba hecho de acero gris y adornado de oro, y en él habían grabado las runas de la victoria. Tenía un poder que protegía a quien lo llevara de heridas y de muerte, porque la espada que en él diera se quebraría, y el dardo que le golpeará caería a un lado. Había sido hecho por Telchar, el renombrado herrero de Nogrod. Tenía una visera (como las que los Enanos usan en sus fraguas para cuidarse los ojos), y la cara de quien lo llevase metería miedo en el corazón de cuantos la vieran, pero en cambio estaría protegida del dardo y del fuego. En la cresta tenía montada la imagen dorada y desafiante de la cabeza de Glaurung el dragón; porque el yelmo había sido hecho poco después de que Glaurung saliera por primera vez de las puertas de Morgoth. A menudo Hador, y Galdor después de él, lo habían llevado en la guerra; y los corazones de las huestes de Hithlum se enardecían cuando lo veían sobresalir en medio de la batalla, y gritaban: —¡De más valor es el Dragón de Dor-Lómin que el gusano dorado de Angband!

Pero en verdad este yelmo no había sido hecho para Hombres, sino para Azaghâl, Señor de Belegost, que fue muerto por Glaurung en el Año de la Lamentación.⁴ Azaghâl se lo dio a Maedhros como galardón por haberle salvado la vida y por el tesoro que había guardado cuando los Orcos lo atacaron en el Camino de los Enanos en Beleriand Oriental.⁵ Maedhros lo envió luego como regalo a Fingon, con quien intercambiaba a menudo señales de amistad, al recordar cómo Fingon había hecho que Glaurung volviera rechazado a Angband. Pero en toda Hithlum no había cabeza ni hombros bastante robustos como para soportar el yelmo de los Enanos, salvo los de Hador y su hijo Galdor. Fingon, por tanto, se lo dio a Hador cuando éste recibió el señorío de Dor-Lómin. Por mala suerte Galdor no lo llevaba cuando defendía Eithel Sirion, porque el ataque fue repentino y acudió con la cabeza descubierta a los muros y una flecha disparada por los Orcos le atravesó un ojo. Pero Húrin no podía soportar el yelmo con facilidad, y de cualquier modo desdeñaba llevarlo, pues decía: —Prefiero mirar a mis enemigos con mi propio rostro. —No obstante, consideraba el yelmo entre las mayores heredades de su casa.

Ahora bien, Thingol tenía en Menegroth inmensas armerías, repletas de una gran riqueza en armas: mallas labradas en metal como escamas de peces, y brillantes como el agua a la luz de la luna; espadas y hachas, escudos y yelmos forjados por el mismo Telchar o por su maestro Gamil Zirak el viejo, o por herreros Elfos todavía más hábiles. Porque algunas cosas las había recibido como regalos traídos de Valinor, y eran obra de Fëanor, el maestro herrero, cuyo arte nunca ha sido igualado desde que el mundo es mundo. No obstante, Thingol sostuvo el Yelmo de Hador como si sus propios tesoros fueran escasos, y habló con palabras corteses diciendo: —Orgullosa era la cabeza que soportó este yelmo, que los mayores de Húrin soportaron.

Entonces se le ocurrió una idea, y llamó a Túrin y le dijo que Morwen le había enviado a su hijo una cosa de gran poder, la heredad de sus padres. —Recibe ahora La Cabeza del Dragón del Norte —dijo—, y cuando llegue el día, llévala para bien. —Pero Túrin era demasiado pequeño todavía para levantar el yelmo, y no hizo caso de él por la pena que tenía en el corazón.

Túrin en Doriath

En sus años de infancia pasados en Doriath, Túrin era vigilado por Melian, aunque rara vez la veía. Pero había una doncella llamada Nellas que vivía en los bosques; y a pedido de Melian, seguía los pasos de Túrin por si se extraviaba en el bosque, y a menudo lo encontraba allí como si fuera por casualidad. De Nellas, Túrin aprendió mucho sobre las costumbres y las criaturas silvestres de Doriath, y ella le enseñó a hablar la lengua Sindarin según la manera del viejo reino, más antigua, más cortés y más rica en hermosas palabras.⁶ Así, por un breve tiempo, se le aligeró el ánimo, hasta que la sombra lo oprimió otra vez, y esa amistad se desvaneció como una mañana de primavera. Porque Nellas no iba a Menegroth, y no estaba nunca dispuesta a andar bajo techos de piedra; de modo que cuando la niñez de Túrin quedó atrás, y dedicó sus pensamientos a los asuntos de los hombres, la vio cada vez con menor frecuencia, y por último dejó de buscarla. Pero ella lo vigilaba todavía, aunque ahora se mantenía oculta.⁷

Nueve años vivió Túrin en las estancias de Menegroth. Tenía el corazón y los pensamientos puestos siempre en los suyos, y de vez en cuando le traían alguna noticia, que lo consolaba. Porque Thingol enviaba mensajeros a Morwen con tanta frecuencia como le era posible, y ella enviaba palabra para su hijo; así supo Túrin que su hermana Nienor crecía en belleza, una flor en el gris del Norte, y la pesadumbre de Morwen se aliviaba. Y Túrin creció en estatura hasta que fue alto entre los Hombres, y su fuerza y temeridad alcanzaron renombre en el reino de Thingol. En esos años aprendió mucha ciencia, y escuchaba con ansia las historias de los días antiguos; y se volvió pensativo y parco en palabras. A menudo Beleg Arco Firme iba a Menegroth en su busca, y lo conducía lejos por el campo enseñándole los caminos del bosque y el manejo del arco y (lo que a él más le gustaba) la esgrima de la espada; pero en las artesanías de la fabricación no era tan hábil, pues no medía bien sus propias fuerzas, y con frecuencia estropeaba lo que hacía con algún golpe súbito. En otros asuntos tampoco la fortuna le era propicia, de modo que lo que se proponía a menudo no llegaba a buen término, y no obtenía lo que deseaba; tampoco se hacía de amigos fácilmente, pues no era alegre y rara vez reía, y una sombra envolvía su juventud. No obstante, era amado y estimado por quienes lo conocían bien, y recibía todos los honores de hijo adoptivo del Rey.

Empero, había uno que le envidiaba este honor, cada vez más a medida que Túrin se hacía hombre: Saeros, hijo de Ithilbor, lo llamaban. Era uno de los Noldor que se habían refugiado en Doriath después de la caída del señor Denethor en Amon Ereb, en la primera batalla de Beleriand. Estos Elfos vivían casi todos en Arthórien, entre Aros y Celon, en el este de Doriath, errando a veces más allá del Celon por las tierras desiertas; y no eran amigos de los Edain desde que éstos atravesaron Ossiriand y se establecieron en Estolad. Pero Saeros moraba sobre todo en Menegroth, y se ganó la estima del rey; y era orgulloso, y trataba con altivez a los que consideraba de menor condición y valor que él. Se hizo amigo de Daeron el trovador,⁸ porque también él era hábil para el canto; y no sentía amor alguno por los Hombres, y menos todavía por cualquiera que fuese pariente de Beren Erchamion.

—¿No es extraño —decía— que esta tierra acoja a otro miembro de esa desdichada raza? ¿No hizo el otro ya bastante daño a Doriath? —Por tanto, miraba de través a Túrin, criticando lo que hacía cada vez que se presentaba la ocasión. Si se encontraba con Túrin a solas, le hablaba con altivez y le mostraba claramente su desprecio; y Túrin estaba cansándose de él,

aunque por mucho tiempo contestó con el silencio a sus torcidas palabras, porque Saeros era grande entre los del pueblo de Doriath y consejero del Rey. Pero el silencio de Túrin displacía a Saeros tanto como lo que decía.

En el año que Túrin cumplió los diecisiete años, se le reavivó la pena; porque en ese tiempo dejó de recibir noticias de su hogar. Año a año había crecido el poder de Morgoth, y toda Hithlum estaba ahora bajo su sombra. Sin duda sabía mucho de lo que hacía la parentela de Húrin, y no los molestó por un tiempo, a la espera de la consumación de sus designios; pero ahora, había apostado una estrecha vigilancia en todos los pasos de las Montañas Sombrías, para que nadie pudiera salir de Hithlum ni entrar en ella, salvo con gran peligro, y los Orcos pululaban alrededor de las fuentes del Narog y del Teiglin, y por el curso superior de las aguas del Sirion. Así, llegó un momento en que los mensajeros de Thingol ya no volvieron, y él no estuvo dispuesto a enviar a ningún otro. Siempre le había disgustado que alguien se alejara más allá de las fronteras protegidas, y en nada había demostrado mejor voluntad a Húrin y a su parentela que en el hecho de haber enviado a gentes de su pueblo por los peligrosos caminos que conducían a Morwen en Dor-Lómin.

Pues bien, el corazón de Túrin se llenó de pesadumbre al no saber qué nuevo mal acechaba, y temiendo que un hado desdichado se cerniera sobre Morwen y Nienor; y por muchos días permaneció sentado en silencio, pensando en la caída de la Casa de Hador y de los Hombres del Norte. Luego se puso en pie y fue al encuentro de Thingol; y lo encontró sentado junto con Melian bajo Hírilorn, la gran haya de Menegroth.

Thingol miró a Túrin asombrado al ver de pronto frente a él, en lugar de su niño adoptivo, a un Hombre y a un extraño, alto, de oscuros cabellos, que lo miraba con ojos profundos en una cara blanca. Entonces Túrin le pidió a Thingol cota de malla, espada y escudo, y reclamó el Yelmo del Dragón de Dor-Lómin; y el rey le concedió lo que pedía diciendo: —Te asignaré un lugar entre mis caballeros de la espada; porque la espada será siempre tu arma. Con ellos puedes aprender a guerrear en las fronteras, si tal es tu deseo.

Pero Túrin dijo: —Mi corazón me insta a ir mas allá de las fronteras de Doriath; antes prefiero atacar las fuerzas del Enemigo, que defender los confines de la tierra.

—Entonces has de partir solo —dijo Thingol—. El papel que desempeñe mi pueblo en la guerra con Angband, lo dicto según mi mejor parecer, Túrin, hijo de Húrin. No he de enviar ahora fuerzas de armas de Doriath; ni en tiempo alguno que pueda prever todavía.

—Pero eres libre de ir donde te plazca, hijo de Morwen —dijo Melian—. El Cinturón de Melian no estorba la partida de los que entraron en él con nuestro permiso.

—A no ser que un buen consejo te retenga —Le dijo Thingol.

—¿Cuál es vuestro consejo, señor? —preguntó Túrin.

—En estatura pareces un Hombre —respondió Thingol—, pero sin embargo no has alcanzado todavía la plenitud de la edad. Cuando ese momento llegue, entonces quizá puedas recordar a los tuyos; pero hay poca esperanza de que un Hombre solo pueda hacer más contra el Señor Oscuro que ayudar a la defensa de los señores Elfos, en tanto ella pueda durar.

Entonces Túrin dijo: —Beren, mi pariente, hizo mas.

—Beren y Lúthien —dijo Melian—. Pero eres en exceso audaz al hablarle así al padre de Lúthien. No es tan alto tu destino, según creo, Túrin, hijo de Morwen, aunque tu hado esté entretejido con el del pueblo de los Elfos, para bien o para mal. Ten cuidado de que no sea para mal. —Luego, al cabo de un silencio, habló otra vez diciendo:— Vete ahora, hijo adoptivo; y escucha el consejo del rey. No obstante, no creo que permanezcas mucho con nosotros en Doriath después de que seas un verdadero hombre. En días por venir, recuerda las palabras de Melian, será para tu bien: teme a la vez el calor y la frialdad de tu corazón.

Entonces Túrin hizo una reverencia y se despidió. Y poco después se puso el Yelmo del Dragón, y se armó, y se dirigió a las fronteras septentrionales a unirse con los guerreros Elfos,

trenzados en guerra incesante con los Orcos y todos los sirvientes y las criaturas de Morgoth. Así, aún apenas salido de la niñez, su fuerza y su coraje fueron puestos a prueba; y recordando los males sufridos por los suyos, era siempre el primero en hechos de atrevimiento, y recibió muchas heridas de lanza y de flecha y de las retorcidas espadas de los Orcos. Pero su hado lo libró de la muerte; y la nueva corrió entre los bosques y se oyó más allá de Doriath: el Yelmo del Dragón de Dor-Lómin había vuelto a verse. Entonces muchos se asombraron diciendo: — ¿Es posible que el espíritu de Hador o de Galdor el de Alta Talla haya vuelto de entre los muertos? ¿O en verdad Húrin de Hithlum ha escapado de los fosos de Angband?

En ese tiempo sólo uno era más poderoso que Túrin entre los guardianes de la frontera de Thingol, y ése era Beleg Cúthalion; y Beleg y Túrin eran compañeros en todos los peligros; y juntos se alejaban internándose a lo largo y a lo ancho de los vastos bosques.

Así transcurrieron tres años, y en ese tiempo Túrin iba rara vez a las estancias de Thingol; y ya no cuidaba la apariencia ni las vestiduras, y llevaba los cabellos desgreñados, y la cota de malla cubierta de una capa gris y desgastada por la intemperie. Pero sucedió en el tercer verano, cuando Túrin tenía veinte años, que deseando descansar y necesitado de ciertos trabajos de herrería para la reparación de sus armas, llegó inesperadamente a Menegroth al caer la tarde; y entró en la sala. Thingol no se encontraba allí, porque había salido a la floresta en compañía de Melian, como le gustaba hacerlo a veces en pleno verano. Túrin se dirigió a un asiento inadvertidamente, porque estaba fatigado por el viaje y ensimismado en sus pensamientos; y por mala suerte se acercó a una mesa entre los mayores del reino y se sentó precisamente en el sitio que acostumbraba ocupar Saeros. Saeros, que llegó tarde, se enfadó creyendo que Túrin lo había hecho por orgullo y con intención de ofenderlo; y no disminuyó su enfado el hecho de que los que había allí sentados no rechazaran a Túrin, sino que le dieran la bienvenida.

Por un rato Saeros fingió un igual talante y ocupó otro asiento a la mesa frente al de Túrin. —Rara vez el guardián de la frontera nos favorece con su compañía —dijo—, y de buen grado le cedo mi asiento de costumbre, por la oportunidad de conversar con él. —Y muchas otras cosas le dijo a Túrin, pidiéndole nuevas sobre la frontera, y que le contara sus hazañas en el descampado; pero aunque sus palabras parecían amables, el tono de burla era evidente. Entonces Túrin se cansó y miró alrededor y conoció la amargura del exilio; y a pesar de la luz y las risas de las estancias élficas, sus pensamientos se volvieron a Beleg y a la vida que con él llevaba en los bosques, y de allí, más lejos todavía, a Morwen en Dor-Lómin en casa de su padre; y frunció el entrecejo, tan negros eran entonces sus pensamientos, y nada contestó a Saeros. Y éste, creyendo que el mal gesto le estaba dirigido, ya no reprimió su enfado; y tomó un peine de oro y lo arrojó delante de Túrin diciendo:— Sin duda, Hombre de Hithlum, viniste de prisa a esta mesa y es posible disculpar el mal estado de tu capa; pero no es necesario que dejes tus cabellos desatendidos como un matorral de malezas. Y quizá, si tuvieras los oídos destapados, oirías mejor lo que se te dice.

Túrin no dijo nada, pero volvió los ojos a Saeros y había una chispa en su negrura. Pero Saeros no hizo caso de la advertencia y devolvió la mirada con desprecio, diciendo de modo que todos pudieran oírlo: —Si los Hombres de Hithlum son tan salvajes y fieros, ¿cómo serán las mujeres de esa tierra? ¿Corren como los ciervos vestidas sólo con sus cabellos?

Entonces Túrin alzó una copa y la arrojó a la cara de Saeros, que cayó hacia atrás con gran daño; y Túrin desenvainó la espada y lo habría atacado si Mablung el Cazador, que estaba junto a él, no lo hubiese retenido. Entonces Saeros, poniéndose en pie, escupió sangre sobre la mesa, y habló desde una boca quebrada: —¿Cuánto tiempo daremos albergue a este hombre salvaje de los bosques?⁹ ¿Quién tiene mando aquí esta noche? La ley del Rey es dura para quien hiere a sus súbditos en las salas del palacio; y para quienes desnudan la espada la proscripción es la menor condena. ¡Fuera de la sala podría responderte, hombre salvaje de los bosques!

Pero cuando Túrin vio la sangre sobre la mesa, el ánimo se le enfrió; y librándose de Mablung, abandonó la sala sin decir una palabra.

Entonces Mablung dijo a Saeros: —¿Qué mosca te ha picado esta noche? Por este mal te hago responsable; y puede que la ley del Rey juzgue que una boca quebrada es una justa retribución por tus provocaciones.

—Si el cachorro ha recibido ofensa, que la esponga al juicio del Rey —contestó Saeros—. Pero aquí es inexcusable desenvainar espadas. Fuera de la sala, si el salvaje me desafía, lo mataré.

—Eso me parece menos probable —replicó Mablung—, pero será una mala cosa que alguien muera, más propia de Angband que de Doriath, y mayor será el mal que de ella se engendre. En verdad creo que parte de la sombra del Norte nos ha alcanzado hoy. Ten cuidado, Saeros, hijo de Ithilbor, no sea que la voluntad de Morgoth obre en tu orgullo, y recuerda que perteneces a los Eldar.

—No lo olvido —dijo Saeros; pero no se apaciguó, y a medida que pasaba la noche, su rencor crecía, alimentando deseos de venganza.

Por la mañana, cuando Túrin se disponía a abandonar Menegroth para volver a las fronteras septentrionales, Saeros lo abordó corriendo tras él, esgrimiendo una espada y con un escudo en el brazo. Pero Túrin, alerta, entrenado en la vida de las tierras salvajes, lo vio con el rabillo del ojo, y saltando a un lado, desenvainó con prontitud y se volvió hacia su enemigo.

—¡Morwen —gritó—, quien se haya burlado de ti pagará su escarnio! —Y hendió el escudo de Saeros y entonces lucharon juntos con rápidas espadas. Pero Túrin había pasado largo tiempo en dura escuela, y se había vuelto tan ágil como cualquier Elfo, pero más fuerte. Pronto dominó el lance, e hiriendo el brazo con que Saeros sostenía la espada, lo tuvo a su merced. Entonces puso el pie sobre la espada que Saeros había dejado caer.— Saeros —dijo—, tienes una larga carrera por delante, y tus ropas serán un estorbo; el pelo te bastará. —Y arrojándolo por tierra, lo desnudó, y Saeros sintió la gran fuerza de Túrin, y tuvo miedo. Pero Túrin dejó que se pusiera en pie:—¡Corre! —le gritó— ¡Corre! Y a no ser que seas tan veloz como el ciervo, te ensartaré por detrás. —Y Saeros corrió internándose en el bosque, pidiendo frenéticamente socorro; pero Túrin lo perseguía como un sabueso, y como quiera que Saeros corriera o girara, tenía siempre la espada detrás de él, urgiéndolo a seguir adelante.

Los gritos de Saeros atrajeron a muchos otros a la cacería, pero sólo los más rápidos de entre ellos podían mantenerse a la par de los corredores. Mablung era quien iba adelante, y tenía la mente turbada, porque aunque la provocación le había parecido mal, «malicia que despierta a la mañana, es regocijo para Morgoth antes que caiga la tarde»; y se tenía además por ofensa avergonzar a nadie del pueblo de los Elfos sin que el asunto fuera sometido a juicio. Nadie sabía todavía entonces que Saeros había sido el primero en atacar a Túrin y que lo habría matado de haberle sido posible.

—¡Detente, detente, Túrin! —gritó—. Ésta es acción de Orcos en los bosques! —Pero Túrin le contestó:— ¡Acción de Orcos en los bosques por palabras de Orcos en la sala! —Y corrió otra vez en pos de Saeros; y éste, desesperando de recibir ayuda y creyendo que la muerte lo seguía de cerca por detrás, continuó corriendo hasta que llegó de pronto a la orilla donde una corriente que alimentaba al Esgalduin fluía a través de unas rocas afiladas por una hendidura demasiado ancha para atravesarla de un salto. Allí Saeros, empujado por un gran temor, intentó saltar; pero el pie le resbaló en la orilla opuesta y cayó lanzando un grito penetrante, y se estrelló contra una gran piedra que había en el agua. Así terminó su vida en Doriath; y Mandos lo retendría durante mucho tiempo.

Túrin miró el cuerpo que yacía en la corriente y pensó: —¡Desdichado necio! Desde aquí lo habría dejado volver andando a Menegroth. Ha puesto ahora sobre mí una culpa innecesaria. —Y se volvió y miró sombrío a Mablung y sus compañeros que ahora llegaban y se detenían

junto a él en la orilla. Luego, al cabo de un silencio, Mablung dijo:— ¡Ay! Pero vuelve ahora con nosotros, Túrin, que el Rey ha de juzgar estos hechos.

Pero Túrin dijo: —Si el Rey fuera justo, me juzgaría inocente. Pero, ¿no era éste uno de sus consejeros? ¿Por qué un rey justo habría de tener por amigo un corazón malicioso? Abjuro de su Ley y de su juicio.

—Tus palabras son insensatas —dijo Mablung, aunque en su corazón sentía piedad por Túrin—. No querrás ocultarte en los bosques. Te ruego que nos acompañes de regreso, como amigo. Y habrá otros testimonios. Cuando el Rey sepa la verdad, puedes esperar su perdón.

Pero Túrin estaba cansado de las estancias de los Elfos y temía ser retenido en cautiverio; y le dijo a Mablung: —Me niego a lo que me pides. No he de buscar el perdón de Thingol por nada; e iré ahora donde su justicia no pueda alcanzarme. No tienes sino dos opciones: dejarme ir en libertad o matarme, si eso conviene a tu ley. Porque sois muy pocos para atraparme vivo.

Vieron en sus ojos que lo que decía era verdad, y lo dejaron partir; y Mablung dijo: —Una muerte ya es bastante.

—Yo no la quise, pero no guardo duelo por ella —dijo Túrin—. Que Mandos le haga justicia; y si alguna vez vuelve a las tierras de los vivos, ojalá tenga más tino. ¡Adiós!

—Vete en libertad —dijo Mablung—, pues tal es tu deseo. Pero no tengo esperanzas de nada bueno si te vas de este modo. Tienes una sombra en el corazón. Que no se haya oscurecido todavía más cuando volvamos a vernos.

No contestó Túrin a eso, sino que los dejó y se fue de prisa nadie supo a dónde.

Se dice que cuando Túrin no regresó a las fronteras septentrionales de Doriath, y no se tenía de él noticia alguna, Beleg Arco Firme fue él mismo a Menegroth a buscarlo; y con pesadumbre en el corazón escuchó la historia de la huida de Túrin. Poco después Thingol y Melian volvieron a sus estancias, porque ya menguaba el verano; y cuando el Rey se enteró de lo que había sucedido, se sentó en su gran trono en la sala de Menegroth y a su alrededor estaban todos los señores y los consejeros de Doriath.

Entonces todo se investigó y se dijo, hasta las palabras de despedida de Túrin; y por último Thingol suspiró y dijo: —¡Ay! ¿Cómo se ha infiltrado esta sombra en mi reino? Tenía a Saeros por fiel y prudente; pero si viviera conocería mi cólera, pues fue maligna su provocación, y lo culpo de todo lo que sucedió en la sala. En esto tiene Túrin mi perdón. Pero haber avergonzado a Saeros y haberlo perseguido hasta su muerte son males mayores que la ofensa, y estos hechos no puedo pasarlos por alto. Son señal de un corazón duro y orgulloso. —Entonces Thingol guardó silencio, pero por fin volvió a hablar con tristeza. No hay gratitud en éste, mi hijo adoptivo, y es Hombre en exceso orgulloso para su condición. ¿Cómo he de albergar a alguien que me desprecia y desprecia a mi ley, o perdonar a quien no se arrepiente? Por tanto, he de desterrar a Túrin, hijo de Húrin, del reino de Doriath. Si intenta volver, me será traído para que lo juzgue; y hasta que no pida perdón a mis pies, no será ya hijo mío. Si alguien considera esto injusto, que hable.

Hubo silencio en la sala, y Thingol levantó la mano para pronunciar su sentencia. Pero en ese momento Beleg entró de prisa y gritó: —¡Señor! ¿Puedo hablar?

—Llegas tarde —dijo Thingol—. ¿No fuiste invitado con los demás?

—Es cierto, señor —respondió Beleg—, pero me retrasé; buscaba a alguien que conocía. Traigo ahora por fin un testigo que debe ser escuchado antes que dictéis vuestra sentencia.

—Todos los que tenían algo que decir fueron convocados —dijo el Rey—. ¿Qué puede decir él ahora que tenga más peso?

—Vos juzgaréis cuando lo hayáis oído —dijo Beleg—. Concededme esto, si he merecido alguna vez vuestra gracia.

—Te está concedido —dijo Thingol.

Entonces Beleg salió, y trajo de la mano a la doncella Nellas, que vivía en los bosques y jamás iba a Menegroth; y ella tenía miedo, tanto de la gran sala con columnas como del techo

de piedra, y también de los muchos ojos que la miraban. Y cuando Thingol le pidió que hablase, dijo: —Señor, estaba yo sentada en un árbol —pero luego vaciló en respetuoso temor ante el Rey, y no le fue posible decir nada más.

Se sonrió el Rey entonces y dijo: —Otros han hecho lo mismo, pero no sintieron necesidad de venir a decírmelo.

—Otros lo han hecho en verdad —dijo ella, animada por la sonrisa—. ¡Aun Lúthien! En ella estaba pensando esa mañana, y en Beren, el Hombre.

A eso Thingol no contestó y no siguió sonriendo, sino que esperó a que Nellas continuara hablando.

—Porque Túrin me recordó a Beren —dijo por fin—. Son parientes, según se me ha dicho, y algunos pueden ver este parentesco: los que miran de cerca.

Entonces Thingol se impacientó. —Es posible que así sea —dijo—. Pero Túrin, hijo de Húrin, se ha ido menospreciando el respeto que me debe, y ya no lo verás para leer en él el parentesco. Porque ahora pronunciaré mi sentencia.

—¡Señor Rey! —exclamó ella entonces—. Tened paciencia conmigo y dejadme hablar primero. Estaba sentada en un árbol para ver partir a Túrin; y vi a Saeros salir del bosque con espada y escudo y saltar sobre Túrin que estaba desprevenido.

Hubo entonces un murmullo en la sala; y el Rey levantó la mano diciendo: —Traes a mis oídos nuevas más graves que lo que parecía probable. Presta atención ahora a todo lo que dices; porque ésta es una corte de justicia.

—Así me lo ha dicho Beleg —respondió ella—, y sólo por eso me he atrevido a venir aquí, para que Túrin no fuera juzgado mal. Es valiente, pero también piadoso. Lucharon, señor, esos dos, hasta que Túrin despojó a Saeros de espada y escudo; pero no lo mató. Por tanto, no creo que quisiera finalmente su muerte. Si Saeros fue sometido a la vergüenza, era una vergüenza que se había ganado.

—A mí me corresponde juzgar —dijo Thingol—. Pero lo que has dicho gobernará mi juicio. —Entonces interrogó a Nellas con detalle; y por fin se volvió a Mablung diciendo:— Me extraña que Túrin no te haya dicho nada de esto.

—Pues no lo hizo —dijo Mablung—. Y si hubiera hablado de ello, otras habrían sido mis palabras de despedida.

—Y otra será mi sentencia ahora —dijo Thingol—. ¡Escuchadme! La falta que pudo haber en Túrin la perdono, pues ha sido ofendido y provocado. Y dado que fue en verdad, como él lo dijo, uno de los miembros de mi consejo el que lo maltrató, no ha de buscar él este perdón, sino que yo se lo enviaré dondequiera pueda encontrárselo; y lo traeré de nuevo con honores a mis estancias.

Pero cuando esta sentencia fue pronunciada, Nellas de pronto se echó a llorar. —¿Dónde podrá encontrárselo? —dijo—. Ha abandonado nuestra tierra y el mundo es vasto.

—Será buscado —dijo Thingol. Entonces se puso en pie, y Beleg se llevó a Nellas de Menegroth; y le dijo—: No llores; porque si Túrin vive todavía y anda por las tierras salvajes, lo encontraré aunque fracasen todos los demás.

Al día siguiente Beleg fue ante Thingol y Melian y el Rey le dijo: —Aconséjame, Beleg; porque estoy apenado. Recibí al hijo de Húrin como hijo propio, y así ha de seguir siendo, a no ser que el mismo Húrin vuelva de las sombras a reclamar lo suyo. No quiero que nadie diga que Túrin fuera echado con injusticia al desierto y de buen grado lo recibiría de nuevo; porque lo quise bien.

Y Beleg respondió: —Buscaré a Túrin hasta que lo encuentre, y lo traeré de nuevo si puedo; porque también yo lo quiero. —Luego partió y a través de Beleriand buscó en vano noticias de Túrin con desdén de múltiples peligros; y pasó ese invierno y también la primavera que lo siguió.

Túrin entre los proscritos

Aquí continúa la historia de Túrin. Éste, creyéndose un proscrito perseguido por el rey, no volvió con Beleg a las fronteras septentrionales de Doriath, sino que partió hacia el oeste, y abandonando en secreto el Reino Guardado, se dirigió a los bosques al sur del Teiglin. Allí, antes de la Nirnaeth, muchos Hombres habían morado en viviendas aisladas; eran en su mayoría del pueblo de Haleth, pero no tenían señor alguno y vivían de la caza y también de la agricultura, criando cerdos con bellotas y despejando terrenos en los bosques, que luego cercaban contra la flora silvestre. Pero la mayor parte había sido por entonces aniquilada o había huido a Brethil, y toda esa región vivía en el temor de los Orcos y los proscritos. Porque en ese tiempo de ruina Hombres sin casa y desesperados, despojos de batallas y derrotas en tierras devastadas, extraviaron la buena senda, y algunos eran Hombres que habían huido al descampado, perseguidos por sus malas acciones. Cazaban y recolectaban los alimentos que podían; pero en invierno, cuando los acosaba el hambre, eran tan temibles como los Lobos, y Gaurwaith, los licántropos, los llamaban aquellos que todavía defendían sus casas. Unos cincuenta de esos Hombres se habían unido en una banda, y erraban en los bosques más allá de las fronteras occidentales de Doriath; y apenas eran menos odiados que los Orcos, porque había entre ellos gente descastada, dura de corazón, que guardaban rencor contra los de su propia especie. El más torvo entre ellos era uno llamado Andróg, que había sido perseguido en Dor-Lómin por haber dado muerte a una mujer; y otros también provenían de esa tierra: el viejo Algund, el de más edad de la banda, que había huido de la Nirnaeth, y Forweg, como se llamada a sí mismo, el capitán de la banda, un hombre de cabellos rubios y ojos brillantes de mirada huidiza, corpulento y audaz, pero muy apartado de las leyes de los Edain y del pueblo de Hador. Se habían vuelto muy cautelosos y ponían exploradores o guardianes a su alrededor, avanzaran o se mantuvieran quietos en un sitio; y de ese modo no tardaron en conocer que Túrin se encontraba en aquellos parajes. Le siguieron el rastro y lo rodearon; y de pronto, al salir a un claro junto a un arroyo, Túrin se encontró dentro de un círculo de hombres con arcos tensos y espadas desenvainadas.

Entonces Túrin se detuvo, pero no mostró ningún temor. —¿Quiénes sois? —preguntó—. Creí que sólo los Orcos asaltaban a los Hombres; pero veo que estaba equivocado.

—Quizá tengas que lamentar el error —le dijo Forweg—, porque ésta es nuestra guarida, y no permitimos que otros Hombres entren en ella. Les cobramos la vida como prenda, a no ser que lleguen a pagar un rescate.

Entonces Túrin rió. —No obtendréis un rescate de mí —dijo—, descastado y proscrito. Podréis registrarme cuando esté muerto, pero os costará caro comprobar la verdad de mis palabras.

No obstante, su muerte parecía cercana, porque muchas flechas se apoyaban en las cuerdas a la espera de la orden del capitán; y ninguno de sus enemigos estaba al alcance de un salto con la espada esgrimida. Pero Túrin, que vio unas piedras a sus pies junto a la orilla del arroyo, se inclinó repentinamente; y en ese instante uno de los hombres, enfadado por sus palabras, le disparó un venablo. Pero éste pasó volando sobre Túrin, que irguiéndose como un resorte, arrojó una piedra con gran fuerza y puntería, y el arquero cayó con el cráneo roto.

—Vivo podría seros de mayor utilidad en lugar de ese desdichado —dijo Túrin; y volviéndose a Forweg, dijo—: Si eres el capitán, tus hombres no deberían disparar sin que se les dé la orden.

—No lo permito —dijo Forweg—; pero la reprimenda no se ha hecho esperar. Te aceptaré en su lugar si haces más caso de mis palabras.

Entonces dos de los proscritos clamaron contra Túrin, y uno era un amigo del hombre caído. Ulrad se llamaba. —Extraño modo de ingresar en un grupo de compañeros —dijo—, mandando a uno de sus mejores hombres.

—No sin desafío —le dijo Túrin—. Pero ¡venid, pues! Os haré frente a los dos juntos, con armas o la sola fuerza; y entonces veréis si no soy apto para reemplazar a uno de vuestros mejores hombres.

Entonces avanzó hacia ellos; pero Hurlad se retiró y no quiso pelear. El otro arrojó su arco y miró a Túrin de arriba abajo; y este hombre era Andróg de Dor-Lómin. —No puedo rivalizar contigo —dijo por fin sacudiendo la cabeza—. No creo que haya nadie aquí que pueda. Por mi parte, puedes unirme a nosotros. Pero hay algo de extraño en tu apariencia; eres un hombre peligroso. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Neithan el Ofendido —dijo Túrin, y Neithan lo llamaron en adelante los proscritos; pero aunque les dijo que había sufrido una injusticia (y a cualquiera que declarara lo mismo, prestaban un oído demasiado atento), no reveló nada más acerca de su vida y su patria. No obstante, ellos advirtieron que había caído de una situación elevada, y que aunque no tenía otra cosa que sus armas, éstas eran de hechura élfica. Pronto se ganó el aprecio de todos, porque era fuerte y valiente, y tenía más conocimiento que ellos de los bosques, y confiaban en él, porque no era codicioso y pensaba poco en sí mismo; pero le tenían miedo por causa de sus súbitas cóleras, que rara vez entendían. A Doriath, Túrin no podía volver, o su orgullo no se lo permitía; nadie era admitido en Nargothrond desde la caída de Felagund. Al pueblo menor de Haleth en Brethil, no se dignaba ir; y a Dor-Lómin no se atrevía, pues estaba estrechamente vigilado, y un hombre solo en aquel tiempo, pensaba, no podía atravesar los pasos de las Montañas de la Sombra. Por tanto, Túrin se quedó con los proscritos, pues la compañía de cualquier hombre hacía más soportables las asperezas de las tierras salvajes y como deseaba vivir y no podía estar luchando siempre con ellos, no se empeñó demasiado en impedirles sus malas acciones. No obstante a veces la piedad y la vergüenza despertaban en él, y estallaba entonces en una cólera peligrosa.

Así vivió hasta el final de ese año, y soportó las privaciones y el hambre del invierno, hasta que la animación llegó, y después una hermosa primavera.

Ahora bien, en los bosques del sur del Teiglin, como se dijo, vivían todavía algunos hombres, resistentes y cautelosos, aunque en número escaso. A pesar de que no querían a los Gaurwaith, y no sentían por ellos ninguna piedad, en el crudo invierno ponían los alimentos que les sobraban donde los Gaurwaith pudieran encontrarlos; y así esperaban evitar el ataque de la banda de hambrientos. Pero obtenían menos gratitud de los proscritos que de las bestias y las aves, y eran sobre todo los perros y las cercas los que los defendían. Porque cada vivienda tenía grandes setos alrededor de terrenos despejados, y en torno de las casas había una zanja y un vallado; y había senderos de vivienda a vivienda, y los hombres podían pedir ayuda en momentos de necesidad haciendo sonar un cuerno.

Pero cuando llegaba la primavera, era peligroso para los Gaurwaith demorarse cerca de las casas de los Hombres del Bosque, que solían reunirse para perseguirlos; y por tanto a Túrin le extrañaba que Forweg no diera orden de alejarse. Había más caza y alimento y menos peligro en el Sur, donde ya no quedaban Hombres. Entonces un día Túrin echó en falta a Forweg y también a Andróg, su amigo; y preguntó dónde estaban, pero sus compañeros se rieron.

—Se ocupan de sus propios asuntos, supongo —dijo Ulrad—. Volverán pronto, y entonces nos pondremos en marcha. De prisa, quizá; porque seremos afortunados si no traen tras ellos las abejas de las colmenas.

El sol brillaba y las jóvenes hojas verdeaban; y Túrin se cansó del sórdido campamento de los proscritos, y se alejó a solas por el bosque. A pesar de sí mismo recordaba el Reino Escondido, y le parecía oír el nombre de las flores de Doriath como ecos de una vieja lengua

casi olvidada. Pero de pronto oyó gritos, y de una espesura de avellanos salió corriendo una joven; tenía la ropa desgarrada por los espinos, y estaba muy asustada, y tropezó y cayó al suelo jadeando. Entonces Túrin saltó hacia la espesura con la espada desenvainada, y derribó a un hombre que salía de ella a la carrera; y sólo en el momento mismo de asestar el golpe, vio que era Forweg.

Pero mientras miraba asombrado la sangre sobre la hierba, apareció Andróg y se detuvo también, atónito. —¡Una mala obra, Neithan! —exclamó y desenvainó la espada; pero el ánimo de Túrin se había enfriado, y dijo a Andróg—: ¿Dónde están pues los Orcos? ¿Los habéis dejado atrás para socorrerla?

—¿Orcos? —le dijo Andróg—. ¡Necio! Y te llamas un proscrito. Los proscritos no conocen otra ley que la de la necesidad. Cuídate de las tuyas, Neithan, y deja que nosotros cuide-mos de las nuestras.

—Así lo haré —dijo Túrin—. Pero hoy nuestros caminos se han cruzado. Me dejarás a mí esta mujer, o te unirás a Forweg.

Andróg rió. —Si así está la cosa, haz como quieras —dijo—. No pretendo medirme a solas contigo, pero puede que nuestros compañeros tomen a mal esta muerte.

Entonces la mujer se puso en pie y puso una mano sobre el brazo de Túrin. Miró la sangre y miró a Túrin, y había alegría en sus ojos. —¡Matadlo, señor! ¡Matadlo también a él! Y luego venid conmigo. Si traéis sus cabezas, Larnach, mi padre, no se sentirá disgustado. Por dos «cabezas de lobo» ha recompensado bien a los hombres.

Pero Túrin le preguntó a Andróg: —¿Queda lejos su casa?

—A una milla, poco más o menos —respondió—, en una casa cercada en aquella dirección. Ella se estaba paseando fuera.

—Vuelve, pues, de prisa —dijo Túrin volviéndose a la mujer—. Dile a tu padre que te guarde mejor. Pero no cortaré las cabezas de mis compañeros para comprar su favor ni el de nadie.

Entonces envainó la espada. —¡Ven! —le dijo a Andróg—. Volveremos. Pero si quieres dar sepultura a tu capitán, tendrás que hacerlo solo. Date prisa, pues puede cundir la alarma. ¡Trae sus armas!

Entonces Túrin siguió su camino sin decir ya nada más, y Andróg lo miró partir, y frunció el entrecejo como quien trata de resolver un acertijo.

Cuando Túrin volvió al campamento de los proscritos, los encontró inquietos e incómodos; porque habían permanecido ya mucho tiempo en un mismo sitio, cerca de casas bien guardadas, y murmuraban en contra de Forweg. —Corre riesgos a nuestras expensas —decían—; y otros pueden tener que pagar por sus placeres.

—Entonces escoged un nuevo capitán —dijo Túrin irguiéndose delante de ellos—. Forweg ya no puede conducirlos porque está muerto.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Ulrad—. ¿Buscaste miel en la misma colmena? ¿Lo picaron las abejas?

—No —dijo Túrin—. Una picadura bastó. Yo lo maté. Pero perdoné a Andróg y pronto volverá.

—Entonces contó todo lo acaecido, reprochando a los que cometían tales acciones; y mientras todavía estaba hablando, volvió Andróg cargando las armas de Forweg. —¡Mira, Neithan! —exclamó—. No ha cundido la alarma. Quizá ella tiene esperanzas de volver a encontrarte.

—Si me haces bromas —dijo Túrin—, lamentaré haberle escatimado tu cabeza. Cuenta ahora tu historia, y sé breve.

Entonces Andróg contó sin faltar demasiado a la verdad todo cuanto había sucedido. —Me pregunto qué tendría que hacer Neithan allí —dijo—. No lo que nosotros, parece. Porque cuando yo aparecí ya había matado a Forweg. A la mujer eso la alegró, y le ofreció ir con él

pidiéndole nuestras cabezas como precio nupcial. Pero él no la quiso y la despidió; de modo que no sé adivinar qué tendría en contra del capitán. Me dejó la cabeza sobre los hombros, lo cual le agradezco, aunque me intriga.

—Niego entonces tu pretensión de pertenecer al Pueblo de Hador —dijo Túrin—. A Uldor el Maldito perteneces más bien, y tendrías que prestar servicios en Angband. Pero ¡escuchadme ahora! —exclamó dirigiéndose a todos—. Os doy dos opciones. Me escogeréis como capitán en lugar de Forweg, o de lo contrario tendréis que dejarme partir. Yo gobernaré ahora esta comunidad, o la abandonaré. Pero si deseáis matarme, ¡intentadlo! Lucharé con todos vosotros hasta que esté muerto... O estéis muertos vosotros.

Entonces muchos hombres cogieron sus armas, pero Andróg gritó: —¡No! La cabeza que él no rebanó no carece de juicio. Si luchamos, más de uno morirá innecesariamente antes de que matemos al mejor hombre que hay entre nosotros. —Entonces se echó a reír.— Como sucedió cuando se nos unió, sucede ahora otra vez; y puede conducirnos a una mejor fortuna que el mero merodear por estercoleros ajenos.

Y el viejo Algund dijo: —El mejor de entre nosotros. Tiempo hubo que habríamos hecho lo mismo si nos hubiéramos atrevido; pero hemos olvidado mucho. Quizá al final nos conduzca a casa.

Se le ocurrió entonces a Túrin que a partir de esa pequeña banda, podría conquistar un libre señorío propio. Pero miró a Algund y Andróg y dijo: —¿A casa, dices? Altas y frías se interponen las Montañas de la Sombra. Detrás de ellas está el pueblo de Uldor, y en derredor las legiones de Angband. Si tales cosas no os amilanan, siete veces siete hombres, puede que entonces os conduzca a casa. Pero, ¿hasta dónde, antes de morir?

Todos guardaron silencio. Entonces Túrin habló otra vez. —¿Me escogéis como vuestro capitán? Entonces os conduciré primero a las tierras salvajes, lejos de las casas de los Hombres. Quizá allí encontremos mejor fortuna, quizá no; pero al menos no nos ganaremos el odio de los de nuestra propia especie.

Entonces todos los que pertenecían al Pueblo de Hador lo rodearon y lo escogieron como capitán; y los demás, no de tan buen grado, los imitaron. E inmediatamente se los llevó lejos de ese país.¹⁰

Muchos mensajeros había enviado Thingol en busca de Túrin dentro de Doriath y en las tierras cercanas a las fronteras; pero en el año que siguió a su huida lo buscaron en vano, porque nadie sabía ni podía adivinar que estuviera con los proscritos y los enemigos de los Hombres. Cuando llegó el invierno, volvieron ante el rey, todos excepto Beleg. Pues cuando todos los demás hubieron partido, continuó buscando, solo.

Pero en Dimbar, y a lo largo de las fronteras septentrionales de Doriath, nada marchaba bien. El Yelmo del Dragón ya no se veía en la batalla, y también se echaba en falta a Arco Firme; y los sirvientes de Morgoth se envalentonaron, y crecían de continuo en número y atrevimiento. El invierno llegó y pasó, y con la primavera se renovaron los ataques: Dimbar fue invadida y los Hombres de Brethil tenían miedo, porque el mal rondaba ahora en todas las fronteras, salvo en la del sur.

Había transcurrido ya casi un año desde la huida de Túrin, y todavía Beleg lo buscaba, con esperanzas cada vez más escasas. Fue hacia el norte en el curso de sus viajes, a los Cruces del Teiglin, y allí, al oír malas nuevas de una nueva incursión de Orcos venidos de Taur-nu-Fuin, se volvió y llegó por casualidad a las casas de los Hombres de los Bosques poco después que Túrin abandonara esa región. Allí escuchó una extraña historia que circulaba entre ellos. Un hombre alto y de noble porte, o un guerrero Elfo según algunos, había aparecido en los bosques y había matado a uno de los Gaurwaith y rescatado a la hija de Larnach, a quien perseguían.

—Era un hombre orgulloso —dijo la hija de Larnach a Beleg—, con ojos muy brillantes que apenas se dignaron mirarme. No obstante llamaba a los Hombres Lobo sus compañeros, y

no dio muerte a otro que allí se encontraba, y éste lo conocía por su nombre. Neithan, lo llamó.

—¿Puedes descifrar este acertijo? —preguntó Larnach al Elfo.

—Sí, puedo, desdichadamente —dijo Beleg—. El Hombre de quien me habláis es uno que yo busco.

Nada más les dijo de Túrin, pero les advirtió del mal que crecía en el Norte.— Pronto los Orcos asolarán esta región con fuerzas demasiado grandes como para que podáis resistiros —dijo—. Ha llegado el año en que tendréis que sacrificar vuestra libertad o vuestras vidas. ¡Id a Brethil mientras todavía hay tiempo!

Entonces Beleg siguió de prisa su camino, y buscó la guarida de los proscritos y los signos que pudieran indicarle a dónde iban. No tardó en encontrar estos signos; pero Túrin llevaba varios días de ventaja y marchaba muy rápido temiendo la persecución de los Hombres de los Bosques, y utilizaba todas las artes de que disponía para derrotar o desorientar a cualquiera que intentase seguirlos. Rara vez permanecían dos noches en el mismo campamento, y dejaban pocas huellas. Así fue que aun Beleg los buscó en vano. Guiado por signos que podía leer, o por lo que le decían las criaturas silvestres con las que podía hablar, se acercaba a menudo a ellos, pero cuando llegaba la guarida estaba siempre desierta; porque mantenían una guardia alrededor, de día y de noche, y al menor rumor de que alguien se aproximaba levantaban campamento de prisa y se iban.

—¡Ay! —exclamó— ¡Demasiado bien enseñé a este hijo de Hombres las artes de los bosques y los campos! Casi podría pensarse que es ésta una banda de Elfos. —Pero ellos sabían que un infatigable perseguidor al que no podían ver les seguía la pista, y no podían esquivarlo, y se inquietaron.¹¹

No mucho después, como Beleg había temido, los Orcos atravesaron el Brithiach, y resistidos con todas las fuerzas de que pudo disponer Handir de Brethil, se encaminaron hacia el sur por los Cruces del Teiglin en busca de botín. Muchos de los Hombres de los Bosques habían seguido el consejo de Beleg y habían enviado a sus mujeres y a sus hijos a pedir refugio en Brethil. Éstos y sus escoltas escaparon atravesando a tiempo los Cruces; pero los hombres armados que iban detrás fueron alcanzados por los Orcos y cayeron derrotados. Unos pocos se abrieron camino luchando, y llegaron a Brethil, pero muchos fueron muertos o hechos prisioneros; y los Orcos asaltaron las casas y las saquearon y las incendiaron. Después se volvieron hacia el oeste en busca del Camino, porque deseaban ahora regresar al Norte tan pronto como pudieran junto con los cautivos y el botín.

Pero los exploradores de los proscritos no tardaron en enterarse de la presencia de Beleg; y aunque poco se cuidaban de los cautivos, codiciaban el botín tomado a los Hombres de los Bosques. A Túrin le parecía peligroso manifestarse a los Orcos en tanto no supiesen cuántos eran; pero los proscritos no le hicieron caso, porque tenían necesidad de muchas cosas en tierras desiertas, y algunos empezaban a lamentar que estuviera al mando. Por tanto, escogiendo a un tal Orleg como único compañero, Túrin fue a espionar a los Orcos; y dejando el mando de la banda a Andróg, le encomendó que se mantuviera cerca y bien escondido.

Ahora bien, la hueste de los Orcos era mucho más numerosa que la banda de los proscritos, pero se encontraban en tierras que muy pocas veces habían osado invadir, y sabían también que más allá del camino estaba la Talath Dirnen, la Planicie Guardada, en la que vigilaban los exploradores y los espías de Nargothrond; y presintiendo el peligro, avanzaban con precaución, y los exploradores se deslizaban de árbol en árbol, a ambos lados de las líneas de la frontera. Así fue que Túrin y Orleg fueron descubiertos, porque tres exploradores tropezaron con ellos mientras yacían escondidos; y aunque mataron a dos, el tercero escapó gritando: —*¡Golug! ¡Golug!* —Ahora bien, ése era el nombre con que designaban a los Noldor. Inmediatamente el bosque se llenó de Orcos que se adelantaban en silencio y lo registraban a todo lo

largo y todo lo ancho. Entonces Túrin, viendo que había pocas esperanzas de escapar, pensó cuando menos en engañarlos y alejarlos del escondite de sus hombres; y dándose cuenta por el grito de ¡*Golug!* que tenían miedo de los espías de Nargothrond, huyó con Orleg hacia el oeste. No tardaron en perseguirlos, y por más que giraron y esquivaron al fin tuvieron que salir del bosque; y allí los Orcos los vieron, y cuando trataban de cruzar el Camino, Orleg fue alcanzado por muchas flechas. Pero a Túrin lo salvó la malla élfica y consiguió escapar, y por su rapidez y habilidad eludió a sus enemigos internándose en tierras lejanas y extrañas. Entonces los Orcos, temiendo que los Elfos de Nargothrond no fuesen advertidos, dieron muerte a los cautivos y se dirigieron rápidamente al Norte.

Ahora bien, cuando tres días hubieron transcurrido, y Túrin y Orleg no regresaban, algunos de los proscritos quisieron abandonar la caverna en la que se escondían; pero Andróg se opuso. Y mientras estaban en medio de este debate, de pronto una figura gris se irguió ante ellos. Beleg los había encontrado por fin. Avanzó sin arma alguna en las manos y mostrando las palmas; pero ellos dieron un salto de miedo, y Andróg, acercándosele por detrás, le echó un lazo corredizo y tiró de él amarrándole fuertemente los brazos.

—Si no queréis huéspedes, tendríais que mantener una mejor vigilancia —dijo Beleg—. ¿Por qué me dais esta bienvenida? Vengo como amigo y sólo busco a un amigo. Sé que lo llamáis Neithan.

—No se encuentra aquí —dijo Ulrad—, pero a menos que nos espíes desde hace tiempo, ¿cómo sabes su nombre?

—Esta es la sombra que nos viene siguiendo los pasos —dijo Andróg—. Ahora quizá nos enteremos de sus verdaderos propósitos. —Y ordenó que ataran a Beleg a un árbol junto a la caverna; y cuando estuvo bien amarrado de manos y de pies, lo interrogaron. Pero a todas sus preguntas Beleg daba sólo una respuesta:— He sido amigo de este Neithan desde que por primera vez lo encontré en los bosques, y no era entonces más que un niño. Sólo lo busco por cariño y para darle buenas nuevas.

—Matémosle y librémonos del espía —dijo Andróg, colérico, y miró con codicia el arco de Beleg, porque él mismo era un arquero. Pero otros menos duros de corazón hablaron contra él, y Algund le dijo:— El capitán todavía puede volver, y te arrepentirás si se entera de que le has robado un amigo junto con buenas nuevas.

—No doy crédito a las palabras de este Elfo —dijo Andróg—. Es un espía del Rey de Doriath. Pero si tiene en verdad nuevas, que nos las diga; y juzgaremos si ellas justifican que lo dejemos vivir.

—Esperaré a vuestro capitán —dijo Beleg.

—Te quedarás ahí hasta que hables —le dijo Andróg.

Entonces, a instancias de Andróg, dejaron a Beleg atado al árbol sin alimentos ni agua; y se sentaron cerca comiendo y bebiendo; pero él ya no les habló más. Cuando dos días y dos noches hubieron pasado de este modo, sintieron enfado y temor, y estaban ansiosos por partir; y la mayoría estaba ahora dispuesta a dar muerte al Elfo. Así que avanzó la noche, se reunieron a su alrededor, y Ulrad trajo un tizón del pequeño fuego que ardía junto a la boca de la caverna. Pero en ese mismo momento regresó Túrin. Llegando en silencio, como era su costumbre, se detuvo en las sombras más allá del anillo de hombres, y vio la cara macilenta de Beleg a la luz del tizón.

Entonces se sintió como herido por una flecha, y como el súbito descongelamiento de la escarcha, lágrimas por mucho tiempo retenidas le llenaron los ojos. Dio un salto y se acercó corriendo al árbol.

—¡Beleg, Beleg! —gritó—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Y por qué te encuentras de ese modo?

Sin demora cortó las ligaduras de su amigo y Beleg cayó hacia adelante en sus brazos.

Cuando Túrin hubo escuchado todo lo que los hombres estuvieron dispuestos a decir, sintió enfado y pena; pero en un principio sólo prestó atención a Beleg. Mientras lo atendía con toda la habilidad de que era capaz, pensó en la vida que llevaba en el bosque, y su enfado se volvió contra él mismo. Porque muchos forasteros habían muerto cuando se los sorprendía cerca de la guarida de los proscritos, o habían sido asaltados por ellos, y él no lo había impedido; y a menudo él mismo había hablado mal del Rey Thingol y de los Elfos Grises, de modo que tenía que compartir la culpa si se los trataba como a enemigos. Entonces con amargura se volvió a los hombres. —Fuisteis crueles —dijo—, y lo fuisteis sin necesidad. Nunca hasta ahora hemos dado tormento a un prisionero; pero a tal obra de Orco nos ha llevado la vida que arrastramos. Sin ley y sin fruto han sido todos nuestros hechos; sólo a nosotros nos han servido y han puesto odio en nuestros corazones.

Pero Andróg dijo: —¿A quién hemos de servir sino a nosotros mismos? ¿A quién hemos de amar cuando todos nos odian?

—Cuando menos mis manos no se levantarán otra vez contra Elfos u Hombres —dijo Túrin—. Angband ya tiene bastantes sirvientes. Si otros no hacen este voto conmigo, partiré solo.

Entonces Beleg abrió los ojos y levantó la cabeza.

—Solo no —dijo—. Ahora por fin puedo comunicarte las nuevas que te traigo. No eres un proscrito, y Neithan no es nombre que te cuadre. La falta que se vio en ti está perdonada. Un año has sido buscado para devolvarte el honor y al servicio del rey. Durante demasiado tiempo se ha echado de menos el Yelmo del Dragón.

Pero Túrin no dio muestras de alegría al escuchar las nuevas, y se quedó sentado largo tiempo en silencio; porque al escuchar las palabras de Beleg una sombra había caído otra vez sobre él. —Dejemos que transcurra esta noche —dijo por fin—. Luego decidiré. Sea como fuere, hemos de abandonar mañana esta guarida; porque no todos los que nos siguen nos desean el bien.

—No, ninguno —dijo Andróg, y echó a Beleg una mirada torcida.

A la mañana, Beleg, que se había curado pronto de las heridas como sucedía a los Elfos de antaño, habló aparte con Túrin.

—Esperaba más alegría de mis nuevas —dijo—. ¿Volverás sin duda a Doriath? —Y rogó a Túrin que lo hiciera; pero cuanto más insistía, más se oponía Túrin. No obstante interrogó a Beleg con detalle acerca de la sentencia de Thingol. Entonces Beleg le dijo todo lo que sabía y por fin Túrin dijo:— entonces Mablung demostró que era mi amigo, como lo pareció una vez.

—Amigo de la verdad, sobre todo —dijo Beleg—, y eso fue lo mejor al fin y al cabo. Pero ¿por qué, Túrin, no le dijiste que Saeros te había atacado? Muy diferentes habrían sido las cosas entonces. Y —dijo mirando a los hombres que yacían tendidos frente a la caverna— mantendrías el yelmo todavía en alto, y no habrías caído en esto.

—Es posible, si lo llamas caída —dijo Túrin—. Puede ser. Pero así sucedió todo; y las palabras se me trabaron en la garganta. Me miraba con aire de reprobación, sin hacerme preguntas, por un hecho que yo no había cometido. Mi corazón de Hombre era orgulloso, como lo dijo el rey Elfo. Y todavía lo es, Beleg Cúthalion. No soporto la idea de regresar a Menegroth y ser mirado con piedad y perdón como un niño descarriado que ha vuelto a la buena senda. Yo tendría que conceder el perdón, en lugar de recibirlo. Y no soy ya un niño, sino un hombre, según ocurre con mi especie; y un hombre endurecido por el destino.

Entonces Beleg se sintió perturbado.

—¿Qué harás entonces? —preguntó.

—Ir en libertad —dijo Túrin—, como me deseó Mablung al despedirnos. La gracia de Thingol no se extenderá hasta abarcar a los compañeros de mi caída; pero no me separaré de

ellos ahora, si ellos no quieren separarse de mí. Les amo a mi manera, aun a los peores de entre ellos, un poco. Son de mi propia especie, y en cada uno de ellos hay un cierto bien que podría fructificar. Creo que se quedarán conmigo.

—Ves con ojos diferentes de los míos —dijo Beleg—. Si tratas de separarlos del mal, te abandonarán. Dudo de ellos, de uno sobre todo.

—¿Cómo ha de juzgar un Elfo a los Hombres?—dijo Túrin.

—Como juzga todos los hechos, no importa quien los ejecute —respondió Beleg, pero ya no dijo más, y no habló de la malicia de Andróg, principal responsable del maltrato a que había sido sometido; pues al advertir el estado de ánimo de Túrin temió que no le creyera y dañar así la vieja amistad que había entre ellos, empujándolo a recaer en malas acciones.

—Ir en libertad, Túrin, mi amigo —dijo—, ¿qué quiere decir?

—Conduciré a mis propios hombres y haré la guerra a mi propio modo —respondió Túrin—. Pero en esto, cuando menos, ha cambiado mi corazón: me arrepiento de todos los golpes que hemos dado, salvo los asestados contra el Enemigo de los Hombres y de los Elfos. Y, sobre todo, querría tenerte junto a mí. ¡Quédate conmigo!

—Si me quedara contigo, el amor sería mi guía, no el tino —dijo Beleg—. El corazón me advierte que deberíamos volver a Doriath.

—No obstante, no iré allí —dijo Túrin.

Entonces Beleg intentó una vez más persuadirlo a que volviera a ponerse al servicio del Rey Thingol, diciendo que había una gran necesidad de fuerza y valor en las fronteras septentrionales de Doriath, y le habló de las nuevas incursiones de los Orcos, que descendían a Dimbar desde Taur-nu-Fuin por el Paso de Anach. Pero de nada sirvieron sus palabras, y por fin dijo: —Te has llamado a ti mismo un hombre endurecido, Túrin. Eres duro en verdad, y terco. A mí me toca ahora. Si quieres en verdad tener al Arco Firme junto a ti, búscame en Dimbar; porque allí estaré.

Entonces Túrin se quedó sentado en silencio y luchó con su orgullo, que no le permitía volver; y meditó en los años que habían quedado atrás. Pero saliendo de pronto de sus pensamientos dijo a Beleg:

—La doncella Elfo a la que te referiste: le estoy en deuda por su oportuno testimonio; sin embargo, no la recuerdo. ¿Por qué vigilaba mis idas y venidas?

Entonces Beleg lo miró de un modo extraño.

—¿Por qué, en verdad! —dijo—. Túrin, ¿has vivido siempre con tu corazón y la mitad de la mente ausentes? Andabas con Nellas por los bosques de Doriath cuando eras un niño.

—Eso fue hace mucho —dijo Túrin—. O así de distante me parece mi infancia ahora, y una neblina envuelve todo, salvo el recuerdo de la casa de mi padre en Dor-Lómin. Pero ¿por qué habría yo andado con una doncella Elfo?

—Para aprender lo que ella pudiera enseñarte, quizá —dijo Beleg—. ¡Ay, hijo de los Hombres, hay otras penas en la Tierra Media que las tuyas, y hay heridas que no abren las armas! En verdad, empiezo a pensar que los Elfos y los Hombres no deberían conocerse ni mezclarse.

Túrin no dijo nada, pero miró largo tiempo la cara de Beleg como si quisiera leer el enigma de sus palabras. Pero Nellas de Doriath no volvió a verlo, y la sombra de Túrin para siempre se alejó.¹²

De Mîm el Enano

Después de la partida de Beleg (en el segundo verano después de huir Túrin de Doriath),¹³ no les fue bien a los proscritos. Hubo lluvias fuera de estación, y los Orcos, en números más crecidos que nunca, venían desde el Norte y a lo largo del viejo Camino del Sur por sobre el Teiglin, e infestaban todos los bosques sobre las fronteras occidentales de Doriath. No había para ellos seguridad ni descanso, y la banda de Túrin era más veces perseguida que perseguidora.

Una noche, mientras acechaban en medio de la oscuridad sin fuego, Túrin pensó en la vida que había tenido hasta entonces, y le pareció que podía mejorarse. «He de encontrar algún refugio seguro —pensó— y reunir provisiones contra el invierno y el hambre.» Y al día siguiente condujo lejos a sus hombres, más lejos de lo que habían estado nunca del Teiglin y de las fronteras de Doriath. Al cabo de tres días de viaje, se detuvieron en la linde occidental de los bosques del Valle del Sirion. Allí la tierra se hacía más seca y más desnuda a medida que empezaba a ascender hacia los páramos.

Poco después, un día de lluvia en que la luz grisácea menguaba, Túrin y sus hombres hallaron refugio en un matorral de acebos; y en derredor se extendía un espacio vacío de árboles, en el que había muchas grandes piedras erguidas unas contra otras o derribadas. Todo estaba en silencio, excepto por las gotas que caían de las hojas. De pronto un hombre que estaba de guardia dio la alarma, y saliendo del refugio vieron a tres figuras embozadas, vestidas de gris, que andaban furtivas entre las piedras. Cada uno cargaba un gran saco, pero, a pesar de ello, iban deprisa.

Túrin les dio la voz de alto, y los hombres corrieron detrás como perros; pero los encapuchados continuaron su camino, y aunque Andróg les disparaba flechas, dos de ellos se desvanecieron en el crepúsculo. Uno quedó atrás, pues era más lento o cargaba un peso mayor; y pronto fue alcanzado y derribado y sujetado por muchas manos, aunque se debatía y mordía como una bestia. Pero llegó Túrin y reprendió a sus hombres. —¿Qué tenéis ahí? ¿Qué necesidad hay de ser tan feroces? Es viejo y pequeño. ¿Qué mal hay en él?

—Muerde —dijo Andróg mostrándole una mano que sangraba—. Es un Orco o de la especie de los Orcos. ¿Lo matamos?

—No se merece menos por engañar nuestras esperanzas —dijo otro, que se había apoderado del saco—. No hay aquí nada más que raíces y piedrecitas.

—No —replicó Túrin—, tiene barba. Es sólo un Enano, me parece. Dejadlo que se ponga en pie y que hable.

Así fue que Mîm entró en la Historia de los Hijos de Húrin. Porque se irguió con dificultad sobre sus rodillas a los pies de Túrin y suplicó que le perdonaran la vida. —Soy viejo —dijo— y pobre. Sólo un enano como decís, y no un Orco. Mîm es mi nombre. No dejéis que me maten, señor, sin causa alguna, como lo harían los Orcos.

Entonces Túrin se apiadó de él en su corazón, pero dijo: —Pareces pobre, Mîm, en efecto, aunque esto es extraño en un Enano; pero nosotros lo somos más todavía, me parece: Hombres sin casa ni amigos. Si dijera que no te perdonamos por piedad solamente, pues muy grande es la necesidad que padecemos, ¿qué rescate ofrecerías?

—No sé qué deseáis, señor —dijo Mîm precavido.

—En este momento, bastante poco —dijo Túrin mirando amargamente alrededor con los ojos nublados de lluvia—. Un sitio seguro donde dormir al abrigo de los húmedos bosques. Sin duda cuentas con eso para ti.

—Así es —dijo Mîm—; pero no puedo darlo en rescate. Soy demasiado viejo para vivir bajo el cielo.

—No es necesario que envejezcas más —dijo Andróg, avanzando con un cuchillo en la mano que no tenía herida—. Yo puedo prevenirlo.

—Señor —gritó Mîm muy asustado—. Si yo pierdo la vida, vosotros perderéis la vivienda; porque no la encontraréis sin Mîm. No puedo dárosela, pero la compartiré. Hay más espacio en ella que el que hubo otrora: tantos son los que se han ido para siempre —y se echó a llorar.

—Se te perdona la vida, Mîm —dijo Túrin.

—Hasta que llegemos a su guarida al menos —dijo Andróg.

Pero Túrin se volvió hacia él y dijo: —Si Mîm nos lleva a su morada sin engaño y la morada es buena, habrá pagado rescate por su vida, y ningún hombre de los que me siguen lo matará, lo juro.

Entonces Mîm enlazó con sus brazos las rodillas de Túrin diciendo: —Mîm será vuestro amigo, señor. Al principio creí que erais un Elfo por vuestra lengua y vuestra voz; pero si sois un Hombre, mejor. A Mîm no le gustan los Elfos.

—¿Dónde se encuentra esa casa tuya? —preguntó Andróg—. Tendrá que ser buena, en verdad, si Andróg ha de compartirla con un Enano. Porque a Andróg no le gustan los Enanos. No hay mucho de bueno en las historias de esa raza que vino del Este.

—Juzga mi casa cuando la veas —dijo Mîm—. Pero necesitaréis luz para el camino, Hombrs vacilantes. Volveré pronto y os guiaré.

—¡No, no! —dijo Andróg—. No permitirás esto ¿no es cierto, capitán? Nunca volverías a ver al viejo bribón.

—Está oscureciendo —dijo Túrin—. Que nos deje alguna prenda. ¿Te guardaremos el saco con su contenido, Mîm?

Pero entonces el Enano cayó de rodillas, otra vez muy perturbado. —Si Mîm no tuviera intención de volver, no volvería por un viejo saco de raíces —dijo—. Volveré. ¡Dejadme partir!

—No lo haré —dijo Túrin—. Si no quieres separarte de tu saco, has de permanecer con él. Una noche pasada bajo las hojas quizá haga que te apiades de nosotros. —Pero observó, y también los demás, que Mîm daba más importancia a su cargamento que lo que éste parecía valer a simple vista.

Condujeron al viejo Enano al miserable campamento, y mientras él andaba, murmuraba en una lengua extraña que un antiguo odio volvía áspera; pero cuando le amarraron las piernas, se calló de repente. Y los que estaban de guardia lo vieron sentado toda la noche, silencioso e inmóvil como una piedra, salvo sus ojos insomnes que resplandecían mientras escrutaban la oscuridad.

Antes de la mañana amainó la lluvia, y un viento agitó los árboles. El alba llegó más brillante que en los últimos días, y los aires ligeros del Sur despejaron el cielo, pálido y claro en torno al sol naciente. Mîm seguía sentado sin moverse y parecía como muerto; porque ahora tenía cerrados los pesados párpados, y la luz de la mañana lo mostraba marchito y arrugado de vejez. Túrin se levantó y lo miró. —Hay luz bastante ahora —dijo.

Entonces Mîm abrió los ojos y señaló sus ligaduras; y cuando lo hubieran desatado, habló con fiereza: —¡Enteraos de esto, necios! —dijo—. ¡No amarréis jamás a un Enano! No podrá perdonarlo. No deseo morir, pero el corazón me arde por lo que habéis hecho. Me arrepiento de lo que os he prometido.

—Pero yo no —dijo Túrin—. Me conducirás a tu casa. Hasta entonces, no hablaremos de muerte. Ésa es mi voluntad. —Miró fijamente los ojos del Enano, y Mîm no pudo soportarlo; pocos eran en verdad los que podían desafiar la mirada de Túrin cuando había en ella decisión o cólera. No tardó en volver la cabeza y se puso en pie.— ¡Seguidme, señor! —dijo.

—Bien —dijo Túrin—. Pero ahora añadiré esto: comprendo tu orgullo. Puede que mueras, pero no volveré a amarrarte.

Entonces Mîm los llevó de nuevo al lugar donde lo habían capturado y señaló hacia el oeste. —¡Allí está mi casa! —dijo—. La habréis visto a menudo, supongo, porque es elevada. Sharbhund la llamábamos antes que los Elfos cambiaran todos los nombres. —Entonces vieron que estaba señalando Amon Rûdh, la Colina Calva, cuya cabeza monda dominaba muchas leguas de descampado.

—La hemos visto, pero nunca de cerca —dijo Andróg—. Porque ¿qué guarida segura puede haber allí, o agua o cualquier otra cosa que necesitemos? Adiviné que habría alguna trampa. ¿Acaso los hombres se esconden en la cima de las montañas?

—Una vista amplia puede resultar más segura que acechar en las sombras —dijo Túrin—. Amon Rûdh domina grandes distancias. Bien, Mîm, iré a ver qué puedes ofrecer. ¿Cuánto nos llevará a nosotros, Hombres vacilantes, llegar allí?

—Todo este día hasta que anochezca —respondió Mîm.

La compañía se puso en camino hacia el oeste, y Túrin iba a la cabeza con Mîm a su lado. Caminaban cautelosos cuando abandonaron el bosque, pero toda la tierra estaba desierta y en silencio. Pasaron por sobre las rocas tumbadas y comenzaron a escalar; porque Amon Rûdh estaba en el extremo oeste de los altos páramos, entre los valles del Sirion y el Narog, y la cima se levantaba sobre el baldío pedregoso a más de mil pies de altura. Sobre la ladera oriental un terreno quebrantado ascendía lentamente entre abedules y serbales y viejos árboles de espinos arraigados en la roca. En lo más bajo de las cuestas de Amon Rûdh, crecían malezas de *aeglos*; pero la escarpada cabeza gris estaba desnuda, salvo por el *seregon* rojo que cubría la piedra.¹⁴

Cuando caía la tarde, los proscritos se acercaron al pie de la montaña. Llegaban ahora desde el norte porque por ese camino los había conducido Mîm, y la luz del sol poniente daba sobre la cima de Amon Rûdh y el *seregon* estaba plenamente florecido.

—¡Mirad! Hay sangre en la cima de la montaña —dijo Andróg.

—Aún no —dijo Túrin.

El sol se ponía y la luz declinaba en las hondonadas. La montaña se levantaba ahora por delante y por encima de ellos, y se preguntaban qué necesidad había de guía para llegar a una meta tan evidente. Pero mientras Mîm los conducía y empezaron a ascender las últimas cuestas empinadas, advirtieron que Mîm seguía algún sendero por signos secretos o por una muy vieja costumbre. El sendero serpenteaba de continuo, y si miraban de costado veían unos valles oscuros, que se abrían a un lado y a otro, o que la tierra descendía a baldíos de piedra gris con aberturas o pendientes ocultas por arbustos y espinos. Allí, sin guía, habrían tenido que esforzarse y trepar durante muchos días para encontrar un camino.

Al fin llegaron a un terreno más empinado, pero menos irregular. Pasaron bajo la sombra de unos viejos serbales a avenidas de altos *aeglos*: y la penumbra exhalaba un dulce aroma.¹⁵ Entonces, de repente, encontraron ante ellos un muro de piedra, liso y escarpado, que se alzaba como una torre en el crepúsculo.

—¿Es ésta la puerta de tu casa? —preguntó Túrin—. A los Enanos les encanta la piedra, según dicen. —Se acercó a Mîm por temor de que éste les hiciese, a último momento, alguna jugarreta.

—No la puerta de la casa, sino el portón del patio —dijo Mîm. Entonces se volvió a la derecha a lo largo del pie del acantilado, y al cabo de veinte pasos se detuvo de súbito; y Túrin vio que por obra de manos o del tiempo había una falla en la piedra, donde las dos caras del muro se superponían, y entre ellas, a la izquierda, había una abertura. Unas plantas colgantes arraigadas en grietas que había en lo alto disimulaban la entrada, y dentro había un empinado sendero de piedra que ascendía en la oscuridad. De él brotaba agua, y todo estaba muy húmedo. Uno por uno fueron entrando en fila. En la cima el sendero doblaba a la derecha, y otra vez al sur, y a través de una maleza de espinos llegaba a una planicie verde, y desaparecía

luego en las sombras. Habían llegado a la casa de Mîm, Bar-en-Nibin-noeg,¹⁶ que sólo se recuerda en las antiguas historias de Doriath y Nargothrond, y que ningún Hombre había visto. Pero caía la noche, y el este estaba iluminado de estrellas, y no podían ver todavía la forma de ese extraño lugar.

Amon Rûdh tenía una corona: una gran masa rocallosa, parecida a una escarpada gorra de piedra, con una cima chata y desnuda. Sobre el lado norte había una terraza nivelada y casi cuadrada, que no podía verse desde abajo; porque detrás de ella se levantaba la corona de la montaña como un muro, y las vertientes este y oeste eran unos riscos escarpados. Sólo desde el norte, por donde ellos habían venido, aquellos que conocieran el camino¹⁷ podían llegar allí. Desde la hendidura salía una senda hacia un bosquecillo de abedules enanos, que crecían en torno a un límpido estanque en una cuenca abierta en la roca. A este estanque lo alimentaba una fuente, que manaba al pie del muro que tenía por detrás, y por un arroyuelo se vertía como una hebra blanca sobre el borde occidental de la terraza. Detrás de la pantalla de árboles, entre dos altas estribaciones de roca, había una cueva. No parecía más que una gruta poco profunda, con un arco bajo y quebrado; pero había sido excavada y horadada profundamente en la montaña por las manos lentas de los Enanos Pequeños, en el curso de los largos años que allí habían vivido, sin que los Elfos Grises de los bosques vinieran a perturbarlos.

A través de la profunda penumbra Mîm los condujo más allá del estanque, donde ahora se espejaban las pálidas estrellas entre las sombras de los abedules. A la entrada de la cueva, se volvió e hizo una reverencia a Túrin. —Entrad —dijo— a Bar-en-Danwedh, la Casa del Rescate; porque ése será su nombre.

—Puede que así sea —dijo Túrin—. Miraré primero. —Entonces entró con Mîm, y los otros, al ver que no mostraba ningún temor, lo siguieron, aun Andróg, el que más desconfiaba del Enano. Pronto se encontraron en una negra oscuridad; pero Mîm batió palmas y una lucecita apareció de súbito en un rincón; y desde un pasaje en el fondo de la gruta exterior, avanzó otro Enano que llevaba una pequeña antorcha.

—¡Ja! ¡Erré tal como lo temía! —dijo Andróg. Pero Mîm habló con el otro de prisa en su propia áspera lengua, y perturbado o enfadado por lo que estaba oyendo, se precipitó en el pasaje y desapareció. Entonces Andróg quiso tomar la delantera—. ¡Ataquemos primero! —dijo—. Puede haber todo un enjambre, pero son pequeños.

—Tres solamente, me parece —dijo Túrin; y emprendió la marcha, mientras detrás de él los proscritos avanzaban vacilando, palpando las rugosas paredes.

Muchas veces el pasaje doblaba abruptamente a un lado y a otro; pero por fin, una luz tenue brilló delante, y llegaron a una estancia pequeña pero alta iluminada pálidamente por unas lámparas que colgaban de delgadas cadenas desde el techo en sombras. Mîm no se encontraba allí, pero era posible oír su voz, y guiado por ella, Túrin llegó a la puerta de una habitación que se abría al fondo de la estancia. Miró dentro y vio a Mîm arrodillado en el suelo. Junto a él estaba en silencio el Enano con la antorcha; pero sobre un lecho de piedra junto a la pared más lejana, yacía otro.

—¡Khîm, Khîm, Khîm! —gemía el viejo Enano mesándose la barba.

—No todas tus flechas volaron en vano —dijo Túrin a Andróg—. Pero es probable que de ésta te arrepientas. Se te van las flechas demasiado a la ligera; pero también es probable que no vivas lo suficiente como para corregirte. —Luego, entrando lentamente, Túrin se estuvo a espaldas de Mîm y le habló.— ¿Qué ocurre, Mîm? —dijo—. Conozco algunas artes curativas. ¿Puedo ayudarte?

Mîm volvió la cabeza y había una luz roja en sus ojos. —No, a no ser que puedas volver el tiempo atrás, y cortar luego las crueles manos de tus hombres —respondió—. Este es mi hijo atravesado por una flecha. Está ahora más allá de toda palabra. Murió al ponerse el sol. Tus ligaduras me impidieron curarlo.

Otra vez la piedad demasiado tiempo petrificada inundó el corazón de Túrin como agua brotada de una roca. —¡Ay! —dijo—. Haría volver atrás esa flecha si pudiera. Ahora Bar-en-Danwedh, Casa del Rescate, se llamará ésta en verdad. Porque vivamos en ella o no, me tendré por tu deudor; y si alguna vez llego a poseer alguna fortuna, te pagaré un rescate en oro macizo por tu hijo, en señal de dolor aunque eso no devolverá la alegría que ha perdido tu corazón.

Entonces Mîm se puso en pie y miró largo tiempo a Túrin. —Te escucho —dijo—. Hablas como los señores Enanos de antaño, y eso me maravilla. Mi corazón está ahora más sereno, aunque no complacido. Por tanto, pagaré mi propio rescate: puedes vivir aquí si quieres. Pero esto agregaré: el que disparó ese tiro ha de romper su arco y sus flechas y las ha de poner a los pies de mi hijo; y nunca más ha de cargar arco ni flechas. Si lo hace, morirá. De este modo lo maldigo.

Andróg tuvo miedo cuando oyó esa maldición; y aunque lo hizo de muy mala gana, quebró su arco y sus flechas y las puso a los pies del Enano muerto. Pero cuando salió de la cámara, miró con malignidad a Mîm y murmuro: —Dicen que la maldición de un Enano no cesa jamás; pero la de un Hombre también puede llegar a destino. ¡Que muera con la garganta atravesada por un dardo!¹⁸

Esa noche yacieron en la estancia, y tardaron en dormirse a causa de los lamentos de Mîm y de Ibun, el otro hijo de Mîm. Pero cuando despertaron, los enanos se habían ido, y una piedra cerraba la cámara. El día estaba nuevamente hermoso, y al sol de la mañana los proscritos se lavaron en el estanque y se prepararon los alimentos de que disponían; y mientras estaban comiendo Mîm se apareció delante de ellos.

Hizo una reverencia ante Túrin. —Se ha ido y todo está terminado —dijo—. Yace con sus padres. Volvemos ahora a la vida que nos queda, aunque los días que tengamos por delante sean breves. ¿Te complace la casa de Mîm? ¿Está pagado y aceptado el rescate?

—Lo está —dijo Túrin.

—Entonces todo te pertenece y puedes ordenar tu vivienda a tu antojo, salvo la cámara que está cerrada: nadie la abrirá salvo yo.

—Te escuchamos —dijo Túrin—. En cuanto a nuestra vida aquí, está segura, o así lo parece al menos; pero tenemos que conseguir alimentos y otras cosas. ¿Cómo saldremos? O, mejor aún, ¿cómo hemos de volver?

Esta inquietud hizo reír a Mîm.

—¿Temes haber seguido a una araña hasta el centro de la tela? —dijo—. ¡Mîm no devora Hombres! Y mal se las vería una araña con treinta avispa al mismo tiempo. Vosotros estáis armados, tenedlo en cuenta, y yo estoy aquí desnudo. No; tenemos mucho que compartir, vosotros y yo: casa, alimento y fuego, y quizá otras ganancias. La casa, creo, la guardaréis y la mantendréis en secreto por vuestro propio bien, aun cuando conozcáis el camino por el que se sale y se vuelve. Lo conoceréis cuando sea oportuno. Pero entretanto Mîm debe guiaros, o Ibun, su hijo.

Lo aceptó así Túrin y dio las gracias a Mîm, y la mayor parte de sus hombres estuvieron conformes; porque al sol de la mañana, todavía alto en el cielo, el sitio parecía hermoso para vivir en él. Sólo Andróg no estaba satisfecho.

—Cuanto más pronto seamos dueños de nuestras entradas y salidas, mejor que mejor —dijo—. Nunca habíamos puesto nuestra ventura en manos de un prisionero ofendido.

Ese día descansaron y limpiaron las armas y compusieron sus enseres; porque tenían alimentos que les durarían un día o dos todavía, y Mîm sumaba lo suyo a lo que poseían. Les prestó tres grandes ollas y también fuego; y trajo un saco. —Basura —dijo—. Indigna de robo. Sólo raíces silvestres.

Pero una vez cocinadas, esas raíces resultaron muy buenas, algo semejantes al pan; y los proscritos se alegraron, porque durante mucho tiempo carecieron de pan, salvo cuando podían

robarlo. —Los Elfos Salvajes no las conocen; los Elfos Grises no las han encontrado; los orgullosos de allende el Mar son demasiado orgullosos para cavar —dijo Mîm.

—¿Cómo se llaman? —preguntó Túrin.

Mîm lo miró de soslayo. —No tienen nombre, salvo en la lengua de los Enanos, que mantenemos en secreto —dijo—. Y no enseñamos a los Hombres a encontrarlas, porque los Hombres son codiciosos y derrochadores y acabarían con todas las plantas; en cambio ahora pasan junto a ellas mientras andan a tropiezos por el descampado. No sabréis más por mí; pero podéis hacer uso de mi liberalidad en tanto habléis con dulzura y no espiéis ni robéis. —Entonces volvió a reír para sí.— Tienen un gran valor —dijo—. Más que el oro en el hambre del invierno, porque pueden atesorarse como las nueces de una ardilla y ya empezábamos su almacenaje con las primeras maduras. Pero sois tontos si creéis que no habría estado dispuesto a perder una pequeña cantidad ni siquiera por salvar la vida.

—Te escucho —dijo Ulrad, que había examinado el saco cuando capturaran a Mîm—. No obstante, no quisiste separarte de él, y tus palabras me intrigan más todavía.

Mîm se volvió y lo miró sombrío. —Tú eres uno de los tontos que la primavera no lloraría si murieras en invierno —dijo—. Había dado mi palabra, y por tanto habría vuelto, lo quisiera o no, con saco o sin él. ¡Que un hombre sin ley ni fe piense lo que quiera! Pero no me agrada que unos malvados me quiten por la fuerza lo que es mío, aunque sólo fuera una tirilla de calzado. ¿No recuerdo acaso que tus manos estaban entre las de los que me amarraron y me impidieron volver a hablar con mi hijo? Cuando saque el pan de la tierra de mi almacén, a ti no te daré nada, y si lo comes, será por la generosidad de tus compañeros, no la mía.

Entonces Mîm se apartó; pero Ulrad, que se había amilanado ante su ira, habló a sus espaldas: —¡Altivas palabras! Pero el viejo bribón tenía otras cosas en el saco, de forma parecida, sólo que más duras y pesadas. Quizá haya otras cosas en el descampado además del pan de la tierra que los Elfos no han encontrado y los Hombres no conocen.¹⁹

—Quizá sea así —dijo Túrin—. No obstante, el Enano dijo la verdad sobre un punto al menos: cuando te llamó tonto. ¿Por qué has de dar voz a tus pensamientos? El silencio, si las buenas palabras se te atragantan, serviría mejor a nuestros fines.

Ese día transcurrió en paz, y ninguno de los proscritos tuvo deseos de salir. Túrin se paseó largo tiempo por el verde césped de la terraza de un extremo al otro; y miró hacia el este y el oeste y el norte, y se asombró al ver cuán distante se extendía la vista en el aire claro. Miró hacia el norte y divisó el Bosque de Brethil, que verdeaba en las laderas de Amon Obel, y hacia allí volvía la mirada una y otra vez, no sabía por qué; porque el corazón hacía que mirara hacia el noroeste, donde al cabo de una legua tras otra, sobre los bordes del cielo, le parecía poder divisar las Montañas de la Sombra, los muros de su hogar. Pero al caer la tarde Túrin miró en el oeste el cielo del crepúsculo, mientras el sol rojo atravesaba las nieblas por encima de las costas distantes, y el Valle del Narog yacía profundo en las sombras.

Así empezó la estadía de Túrin, hijo de Húrin, en los recintos de Mím, en Bar-en-Danwedh, la Casa del Rescate.

Para la historia de Túrin, desde su llegada a Bar-en-Danwedh hasta la caída de Nargothrond, véase El Silmarillion, y más adelante el Apéndice de «Narn i hîn Húrin».

La vuelta de Túrin a Dor-Lómin

Por fin, fatigado por la prisa y el largo camino (porque durante más de cuarenta leguas había viajado sin descanso), Túrin llegó junto con los primeros hielos del invierno a los estanques de Ivrin, donde antes había conseguido curarse. Pero no eran ahora más que lodo congelado, y ya no le fue posible beber allí.

Llegó luego a los pasos por los que se accedía a Dor-Lómin;²⁰ y la nieve venía amarga desde el Norte, y los caminos eran fríos y peligrosos. Aunque habían transcurrido veintitrés años desde que había pisado esa senda, la tenía grabada en el corazón, tanto había sido el dolor de cada paso que lo separaba de Morwen. Así, por fin, volvió a la tierra de su infancia. Estaba lóbrega y vacía; y la gente era allí escasa e intratable, y hablaba el lenguaje áspero de los Hombres del Este, y la vieja lengua se había convertido en la lengua de los siervos o de los enemigos.

Por tanto Túrin avanzó cauteloso, embozado y en silencio, y llegó por fin a la casa que buscaba. Se alzaba vacía y oscura, y nada viviente había cerca; porque Morwen había partido, y Brodda, el Intruso (el que había desposado por la fuerza a Aerin, pariente de Húrin), había saqueado la casa y se había llevado bienes y sirvientes. La casa de Brodda era la que quedaba más cerca de la vieja casa de Húrin, y hacia allí se encaminó Túrin, agotado por el viaje y la pena, para pedir albergue; y le fue concedido, porque Aerin todavía conservaba allí algunas de las bondadosas prácticas de antaño. Se le dio un asiento junto al fuego entre los sirvientes y unos pocos vagabundos casi tan tristes y cansados como él; y pidió noticias de la tierra.

Entonces los allí reunidos guardaron silencio, y algunos se alejaron y miraron con desconfianza al forastero. Pero un viejo vagabundo con una muleta, dijo: —Si por fuerza tienes que hablar en la vieja lengua, hazlo más despacio y no pidas noticias. ¿Quieres que te azoten por bribón o te cuelguen por espía? Porque bien puede que seas alguna de las dos cosas por tu aspecto. Lo que quiere decir —y acercándose le habló al oído a Túrin— una de las buenas gentes de antaño que vino con Hador en los días dorados, antes que las cabezas tuvieran pelo de lobo. Algunos aquí son de esa especie, aunque convertidos en esclavos y mendigos, y si no fuera por la Señora Aerin no estarían junto a este fuego ni recibirían este caldo. ¿De dónde eres y que nuevas traes?

—Hubo una Señora llamada Morwen —contestó Túrin—, y hace mucho tiempo viví en su casa. Allí fui, después de haber viajado muy lejos, en busca de bienvenida, pero no hubo gente ni fuego que me recibieran.

—Ni los ha habido durante todo este largo año y todavía más —respondió el viejo—. Aunque ya desde la guerra mortal no abundaron en esa casa la gente y el fuego. Porque ella era de la gente de antaño; como sin duda sabes, la viuda de nuestro señor, Húrin, hijo de Galdor. No obstante, no se atrevieron a tocarla, porque le tenían miedo; orgullosa y bella como una reina antes que el dolor la marcara. Bruja la llamaban, y la evitaban. Bruja: no significa sino «amiga de los Elfos» en la nueva lengua. Sin embargo, la despojaron de todo. A menudo ella y su hija habrían pasado hambre si no hubiera sido por la Señora Aerin. Las ayudaba en secreto, se dice, y por eso el palurdo Brodda, su marido por necesidad, la golpeaba a menudo.

—¿Y todo este largo año y más? —preguntó Túrin—. ¿Están muertas o han sido convertidas en esclavas? ¿O han sido atacadas por los Orcos?

—No se sabe de cierto —dijo el viejo—. Pero se ha ido con su hija; y este tal Brodda ha saqueado la casa y se ha apoderado del resto de los bienes. Ni un perro queda siquiera, y los hombres que quedaban fueron convertidos en esclavos; salvo algunos que se han vuelto mendigos, como yo. Yo, Sador el Cojo, la serví muchos años, y al gran Amo antes: un hacha maldita intervino en los bosques hace ya mucho tiempo; de no haber sido así yacería ahora en el Gran Túmulo. Bien recuerdo el día en que el hijo de Húrin fue enviado lejos, y cómo lloraba; y ella, después que el niño se hubo marchado. Fue al Reino Escondido, según dijeron.

De pronto el viejo calló y miró a Túrin con aire dubitativo.

—Soy viejo y un charlatán —dijo—. ¡No me hagas caso! Pero es agradable hablar la vieja lengua con alguien que la habla tan bien como en tiempos pasados; son duros estos días y es necesario tener cautela. No todos los que hablan la noble lengua tienen noble el corazón.

—En verdad —dijo Túrin—. Mi corazón está lóbrego. Pero si temes que sea un espía del Norte o del Este, tienes ahora menos sabiduría que la que tuviste hace mucho, ¡Sador Labadal!

El viejo lo miró boquiabierto; luego, temblando, habló: —¡Ven afuera! Hace más frío, pero hay menos peligro. Tú hablas muy alto y yo demasiado para estar en casa de un Hombre del Este.

Cuando los dos hubieron salido al patio, aferró la capa de Túrin. —Hace mucho viviste en esa casa, dices. Señor Túrin, hijo de Húrin, ¿por qué has regresado? Mis ojos se han abierto, y mis oídos, por fin; tienes la voz de tu padre. Pero sólo el joven Túrin me dio siempre ese nombre: Labadal. No lo hacía con malicia: éramos amigos felices en esos días. ¿Qué busca él aquí ahora? Pocos somos los que quedamos; y somos viejos e inermes. Más felices son los que yacen en el Gran Túmulo.

—No he venido aquí con pensamientos de batalla —dijo Túrin—, aunque tus palabras los hayan despertado ahora, Labadal. Pero es necesario esperar. Vine en busca de la Señora Morwen y de Nienor. ¿Qué puedes decirme, y deprimas?

—Poco, señor —dijo Sador—. Partieron en secreto. Se rumoreaba entre nosotros que el Señor Túrin las había llamado; porque no dudábamos por entonces de que se hubiera vuelto grande, un rey o un señor en algún país del sur. Pero parece que no es así.

—No es así —respondió Túrin—. Un señor fui en un país del sur, aunque ahora soy un vagabundo. Pero yo no las llamé.

—Entonces no sé qué puedo decirte —replicó Sador—. Pero seguramente la Señora Aerin lo sabrá, no tengo ninguna duda. Ella conocía todos los designios de tu madre.

—¿Cómo puedo llegar a ella?

—Eso no lo sé. Le costaría gran pena si se la sorprendiera susurrando a la puerta con un desdichado vagabundo del pueblo derrotado, si fuera posible hacerlo llegar un mensaje. Y un mendigo como tú no podrá acercarse mucho por la sala hasta la mesa encumbrada antes que los Hombres del Este lo atrapen y lo echen a golpes o algo todavía peor.

Entonces Túrin gritó encolerizado: —¿No puedo yo andar por la sala de Brodda sin que me golpeen? ¡Ven y lo verás!

Entró entonces en la sala, echó hacia atrás el capuchón, y arrojando a un lado todo lo que encontró al paso avanzó a grandes zancadas hacia la mesa a la que estaban sentados el amo de la casa y su esposa y otros señores del Este. En seguida algunos acudieron para atraparlo, pero él los arrojó al suelo y gritó:

—¿Nadie gobierna esta casa o es un habitáculo de Orcos? ¿Dónde está el amo?

Entonces Brodda se puso en pie iracundo: —Yo gobierno esta casa —dijo.

Pero antes de que pudiera decir más, dijo Túrin:

—Entonces no has aprendido la cortesía que había en esta tierra antes que tú llegaras. ¿Se estila ahora que los hombres permitan que los lacayos maltraten a los parientes de sus esposas? Eso soy, y tengo un recado para la Señora Aerin. ¿Me acercaré sin trabas o lo haré a mi manera?

—¡Acércate! —dijo Brodda y frunció el entrecejo; pero Aerin palideció.

Entonces con largos pasos Túrin se acercó a la mesa encumbrada y se mantuvo erguido ante ella e hizo luego una reverencia. —Perdón, Señora Aerin —dijo—, que irrumpa de este modo ante vos; pero el cometido que tengo es urgente y con él vengo de lejos. Busco a Morwen, Señora de Dor-Lómin, y a Nienor, su hija. Pero la casa de Morwen está vacía y ha sido saqueada. ¿Qué podéis decirme?

—Nada —dijo Aerin con gran temor, porque Brodda la vigilaba de cerca—. Nada, salvo que se ha ido.

—Eso no lo creo —dijo Túrin.

Entonces Brodda se adelantó de un salto, y una ira de embriaguez le enrojecía la cara. —¡Basta!—gritó—. ¿He de oír cómo contradice a mi esposa un mendigo que habla una lengua de siervos? No existe una Señora de Dor-Lómin. En cuanto a Morwen, era del pueblo de los esclavos, y huyó como una esclava. ¡Haz tú lo mismo y en seguida, o te haré colgar de un árbol!

Entonces Túrin saltó sobre él y desenvainó la espada negra, y tomó a Brodda por los cabellos y le echó la cabeza hacia atrás. —¡Que nadie se mueva —dijo— o esta cabeza abandonará sus hombros! Señora Aerin, os pediría perdón una vez más si no pensara que este patán no os ha hecho nada más que daño. Pero ¡hablad ahora y no me lo neguéis! ¿No soy acaso Túrin, señor de Dor-Lómin? ¿No tengo mando sobre vos?

—Lo tenéis —respondió ella.

—¿Quién ha saqueado la casa de Morwen?

—Brodda.

—¿Cuándo partió ella y hacia dónde?

—Hace un año y tres meses —dijo Aerin—. El Amo Brodda y otros venidos del Este la oprimían con crueldad. Hace mucho había sido invitada al Reino Escondido, y allí fue por fin. Porque por un tiempo las tierras intermedias quedaron libres de mal, gracias a las proezas de la Espada Negra en el sur del país, según se dice; pero eso ahora ha acabado. Esperaba encontrar allí a su hijo, aguardándola. Pero si vos sois él, me temo que todo ha salido torcido.

Entonces Túrin rió con amargura. —¿Torcido, torcido? —gritó—. Sí, siempre torcido: ¡encorvado como Morgoth! —Y repentinamente una cólera negra lo sacudió; y se le abrieron los ojos, y las últimas hebras del hechizo de Glaurung se rompieron al fin, y conoció las mentiras con que había sido engañado.— ¿He sido embaucado para que viniera aquí a morir con deshonra en lugar de terminar con valentía ante las Puertas de Nargothrond? —Y le pareció oír los gritos de Finduilas en la noche de más allá de la sala.

—¡No seré yo quien muera primero aquí! —exclamó. Y sujetó a Brodda, y con la fuerza de una gran angustia y una ira terrible, lo levantó en alto y lo sacudió como si fuera un perro—. ¿Morwen del pueblo de esclavos, has dicho? ¡Tú, hijo de la vileza, ladrón, esclavo de esclavos! —Entonces arrojó a Brodda de cabeza por sobre su propia mesa, a la cara de un Hombre del Este que se levantaba para atacarlo.

En esa caída el cuello de Brodda se quebró; y Túrin saltó detrás de él y mató a tres más que habían retrocedido, porque no tenían armas. Hubo un tumulto en la sala. Los Hombres del Este sentados a la mesa habrían atacado a Túrin, pero había allí muchos otros, del viejo pueblo de Dor-Lómin: durante mucho tiempo habían sido sirvientes domesticados, pero ahora se ponían de pie con gritos de rebeldía. No tardó en estallar una gran pelea en la sala, y aunque los esclavos sólo disponían de cuchillos de mesa y otras cosas semejantes contra las dagas y

las espadas, muchos de ambos bandos murieron en seguida, antes que Túrin saltara entre ellos y matara al último de los Hombres del Este que quedaba en la sala.

Entonces descansó, apoyándose contra una columna y el fuego de la cólera quedó en cenizas. Pero el viejo Sador se arrastró hacia él y lo asió por las rodillas, porque estaba herido de muerte. —Tres veces siete años y más todavía fue mucho tiempo a la espera de esta hora —dijo—. ¡Pero ahora vete, vete, señor! Vete y no vuelvas, si no traes contigo fuerzas poderosas. Levantarán la tierra contra ti. Muchos han huido de la sala. Vete o tendrás aquí tu fin. ¡Adiós! —Y Sador resbaló al suelo y murió.

—Habla con la verdad de la muerte —dijo Aerin—. Os enterasteis de lo que queráis. ¡Ahora, marchaos, de prisa! Pero id primero ante Morwen y consoladla; de lo contrario, me será difícil perdonaros toda la tempestad que habéis levantado aquí. Porque aunque mala era mi vida, me habéis traído la muerte con vuestra violencia. Los Hombres del Este se vengarán esta noche en todos los que estaban aquí. Precipitadas son vuestras acciones, hijo de Húrin, como si fuerais todavía el niño que conocí en otro tiempo.

—Y débil corazón es el vuestro, Aerin, hija de Indor, como lo era cuando os llamaba tía, y un perro alborotador os asustó —dijo Túrin—. Fuisteis hecha para un mundo más dulce. Pero ¡venid! Os llevaré a Morwen.

—La nieve cubre el país, pero es más espesa todavía sobre mi cabeza —respondió ella—. En el desierto moriría tan pronto como con los brutales Hombres del Este. No podéis componer lo que habéis hecho. ¡Marchaos! Quedaros lo empeoraría todo y Morwen os perdería sin objeto alguno. ¡Marchaos, os lo ruego!

Entonces Túrin le hizo una profunda reverencia, y se volvió, y abandonó la sala de Brodda; y los rebeldes que aún tenían fuerzas lo siguieron. Huyeron hacia las montañas, porque algunos de entre ellos conocían bien los caminos, y bendijeron la nieve que caía detrás y borraba sus huellas. Así, aunque pronto se organizó la persecución, con muchos hombres y perros y relinchos de caballos, escaparon hacia el sur, entre las colinas. Entonces, al mirar atrás, vieron una luz roja a lo lejos en la tierra que acababan de abandonar.

—Han pegado fuego a la sala —dijo Túrin—. ¿Con qué fin?

—¿«Han»? No, señor, «ha»: ella lo ha hecho, según creo —dijo uno de nombre Asgon—. Muchos hombres de armas interpretan mal la paciencia y la quietud. Ella hizo mucho bien entre nosotros pero a un alto precio. No era débil de corazón, y la paciencia un día se acaba.

Ahora bien, algunos de los más resistentes, capaces de soportar el invierno, se quedaron con Túrin, y lo condujeron por extraños senderos a un refugio en las montañas, una caverna conocida de los proscritos y los vagabundos; y había allí escondidos algunos alimentos. Esperaron dentro de la caverna hasta que cesó la nieve, y luego le dieron comida y lo llevaron a un paso poco transitado que conducía hacia el sur, al Valle del Sirion, donde aún no había nieve. En el camino de descenso se separaron.

—Adiós, Señor de Dor-Lómin —le dijo Asgon—. Pero no nos olvidéis. Ahora seremos hombres perseguidos; y el Pueblo de los Lobos será más cruel por causa de vuestra venida. Por tanto, marchaos, y no volváis si no traéis fuerzas para liberarnos. ¡Adiós!

La llegada de Túrin a Brethil

Entonces Túrin descendió hacia el Sirion, con la mente desgarrada. Porque le parecía que mientras antes había tenido por delante dos amargas opciones, ahora tenía tres, y su pueblo oprimido, al que sólo había traído más dolor, clamaba por él. Sólo un consuelo le quedaba: que más allá de toda duda, Morwen y Nienor, hacía ya mucho tiempo, habían llegado a Doriath, y sólo por las proezas de la Espada Negra de Nargothrond, que había librado de peligros el camino. Y dijo en sus pensamientos: «¿A qué sitio mejor podría haberlas llevado si yo

hubiera venido más pronto? Si el Cinturón de Melian se rompe, entonces todo está perdido. No, es mejor así; porque por causa de mi cólera y mis acciones precipitadas, arrojé una sombra donde quiera que voy. ¡Que Melian las ayude! Y las dejaré en paz, sin que la sombra las alcance por un tiempo».

Pero demasiado tarde buscó Túrin a Finduilas, rondando los bosques bajo las crestas de Ered Wethrin, salvaje y cauteloso como una bestia; y registró todos los caminos que conducían hacia el norte al Paso del Sirion. Demasiado tarde. Porque todas las sendas habían sido borradas por las lluvias y las nieves. Pero así fue que Túrin, al descender por el Teiglin, se topó con algunos del Pueblo de Haleth, que vivían en el Bosque de Brethil. A causa de la guerra eran ahora un pueblo poco numeroso, y vivían casi todos en secreto, dentro de un vallado sobre Amon Obel, en lo profundo del bosque. Ephel Brandir se llamaba ese sitio; porque Brandir, hijo de Handir, era ahora el señor del lugar, desde que mataran a su padre. Y Brandir no era hombre de guerra, pues cojeaba de una pierna que se le había roto por accidente en la infancia; y era además de ánimo gentil, y amaba más la madera que el metal, y el conocimiento de las cosas que crecen en la tierra más que el de otra ciencia alguna.

Pero algunos de los hombres del bosque perseguían todavía a los Orcos en los confines, y así fue que Túrin, al llegar allí, oyó el ruido de una refriega. Se apresuró hacia él, y al acercarse cauteloso entre los árboles vio a unos pocos hombres rodeados de Orcos. Se defendían desesperadamente de espaldas a un grupo de árboles que crecía en un claro, pero el número de Orcos era crecido, y los hombres tenían pocas esperanzas de escapar, a no ser que los socorrieran. Por tanto, invisible entre los matorrales, Túrin hizo un gran ruido de pisadas y desgarramiento de ramas, y gritó luego con grandes voces, como si condujera a toda una compañía: —¡Ja! ¡Pues aquí están! ¡Seguidme todos! ¡Adelante y a matar!

Entonces muchos Orcos miraron atrás, amilanados, y Túrin emergió de un salto haciendo señas, como si otros hombres lo siguiesen, y esgrimiendo a Gurthang, cuyos bordes chisporroteaban como llamas. Demasiado bien conocían los Orcos esa hoja, y aun antes que Túrin saltara entre ellos, muchos se dispersaron y escaparon. Entonces los hombres del bosque corrieron al encuentro de Túrin, y juntos persiguieron a los Orcos hasta el río: pocos lo cruzaron.

Por último se detuvieron en la orilla, y Dorlas, conductor de los hombres del bosque, dijo: —Rápido sois en la persecución, señor; pero vuestros hombres son lentos en seguirlos.

—No —dijo Túrin—, todos corremos a una como un único hombre y jamás nos separamos.

Entonces los Hombres de Brethil se echaron a reír, y dijeron:

—Bien, uno solo de esta especie vale por muchos. Tenemos una gran deuda de agradecimiento con vos. Pero ¿quién sois y qué hacéis aquí?

—No hago sino ejercer mi oficio, que es el de matar Orcos —dijo Túrin—. Y vivo donde mi oficio me lo exige. Soy el Hombre Salvaje de los Bosques.

—Entonces venid y vivid con nosotros —dijeron—. Porque nosotros vivimos en los bosques y necesitamos un artesano como vos. ¡Seríais bienvenido!

Entonces Túrin los miró de manera extraña y dijo: —¿Hay, pues, quien soporte todavía que ensombrezca sus puertas? Pero, amigos, tengo aún por delante un penoso cometido: encontrar a Finduilas, hija de Orodreth de Nargothrond, o, al menos, saber nuevas de ella. ¡Ay! Muchas semanas han transcurrido desde que fue llevada desde Nargothrond, pero todavía he de ir en su busca.

Entonces los hombres de Brethil lo miraron apiadados, y Dorlas dijo: —Ya no la buscas. Porque una hueste de orcos vino de Nargothrond hacia los Cruces del Teiglin, y nosotros estábamos advertidos desde hacía ya mucho: marchaban lentamente a causa del número de cautivos que escoltaban. Entonces pensamos en tener nuestra pequeña participación en la guerra, y tendimos una emboscada a los Orcos con todos los arqueros que pudimos reunir, esperando poder salvar a algunos prisioneros. Pero, ¡ay!, no bien fueron atacados, los inmundos

Orcos mataron primero a las mujeres cautivas; y a la hija de Orodreth la clavaron en un árbol con una lanza.

Túrin quedó como herido de muerte.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Porque ella me habló antes de morir —dijo Dorlas—. Nos miró como si buscara a uno que esperara ver, y dijo: «Mormegil. Decid a Mormegil que Finduilas está aquí». No dijo más. Pero por causa de sus últimas palabras le dimos sepultura donde murió. Yace en un túmulo junto al Teiglin. Fue un mes atrás.

—Llebadme allí —dijo Túrin; y lo llevaron a un montículo junto a los Cruces del Teiglin. Allí él se tendió en el suelo, y una oscuridad cayó sobre él, de modo que los demás creyeron que había muerto. Pero Dorlas lo miró de cerca y se volvió hacia sus hombres y dijo—: ¡Demasiado tarde! Es ésta una lamentable ocasión. Pero ¡mirad!: aquí yace el mismo Mormegil, el gran capitán de Nargothrond. Por su espada tuvimos que haberlo conocido, como lo conocieron los Orcos. —Porque la fama de la Espada Negra del Sur había viajado lejos a lo largo y a lo ancho, aun hasta las profundidades del bosque.

Entonces lo alzaron con reverencia y lo llevaron hasta Ephel Brandir; y Brandir salió a encontrarlos y se asombró al ver el féretro que cargaban. Entonces, retirando el paño que lo cubría, examinó la cara de Túrin, hijo de Húrin; y una oscura sombra le ganó el corazón.

—¡Oh, crueles Hombres de Haleth! —exclamó—. ¿Por qué arrebatasteis a este hombre de la muerte? Con gran trabajo trajisteis aquí la causa final de nuestra ruina.

—Por el contrario, es el Mormegil de Nargothrond,²¹ un poderoso matador de Orcos, y nos será de gran ayuda si vive. Y si así no fuera, ¿habríamos de dejar a un hombre caído de dolor yacer como carroña a la vera del camino?

—No, en verdad —dijo Brandir—. El destino no lo quiso así. —Y llevó a Túrin a su casa y lo atendió con cuidado.

Pero cuando Túrin salió al fin de la oscuridad, la primavera había vuelto; y despertó y vio el sol sobre los capullos verdes. Entonces el coraje de la Casa de Hador despertó también en él, y se levantó y dijo de corazón: —Todos mis hechos y mis días pasados fueron oscuros y llenos de maldad. Pero un nuevo día ha llegado. Aquí me quedaré, y renuncio a mi nombre y mi parentela; y así me libraré quizá de mi sombra, o al menos no caerá sobre los que amo.

Por tanto, tomó un nuevo nombre, y se llamó a sí mismo Turambar, que en la Lengua Alta de los Elfos significa Amo del Destino; y vivió entre los hombres del bosque y fue amado por ellos, y les pidió que olvidaran su nombre de antes, y lo consideraran nacido en Brethil. No obstante, el cambio de nombre no pudo cambiar del todo su temperamento, ni hacerle olvidar las penas provocadas por los sirvientes de Morgoth; e iba a perseguir a los Orcos en compañía de aquellos que compartían sus sentimientos, aunque esto disgustaba a Brandir. Pues esperaba proteger a su pueblo con el silencio y el secreto.

—Ya no existe el Mormegil —decía—, pero tened cuidado, no sea que el valor de Turambar provoque la venganza contra Brethil.

Por tanto Turambar guardó la espada negra y no la llevó más a la batalla, y prefirió la lanza y la flecha. Pero no soportaba que los Orcos utilizaran los Cruces del Teiglin o se acercaran al montículo donde yacía Finduilas. Haudh-en-Elleth se llamaba, el Montículo de la Doncella Elfo, y pronto los Orcos aprendieron a temer ese sitio, y lo evitaban. Y Dorlas dijo a Turambar: —Has renunciado a tu nombre, pero eres todavía la Espada Negra; y ¿no dice el rumor que era en verdad el hijo de Húrin de Dor-Lómin, señor de la Casa de Hador?

Y Turambar contestó: —Así he oído decir. Pero no lo difundas, te ruego, si te tienes por mi amigo.

Cuando el Fiero Invierno acabó, nuevas noticias de Nargothrond llegaron a Doriath. Porque algunos que escaparon del saqueo y habían sobrevivido al invierno en el descampado, llegaron por fin en busca de refugio junto con Thingol, y los guardianes de la frontera los condujeron ante el Rey. Y algunos dijeron que todos los enemigos se habían retirado hacia el norte, y otros que Glaurung moraba todavía en las estancias de Felagund; y algunos decían que el Mormegil había muerto, y otros, que estaba sometido a un hechizo del Dragón, y que se encontraba allí todavía, tieso como una estatua. Pero todos declararon que ya se sabía en Nargothrond, antes del fin, que la Espada Negra no era otro que Túrin, hijo de Húrin de Dor-Lómin.

Grandes fueron entonces el miedo y la pena de Morwen y de Nienor; y Morwen dijo: — ¡Esta duda es obra del mismo Morgoth! ¿No podemos saber la verdad y conocer claramente lo peor que tendremos que soportar?

Ahora bien, el mismo Thingol tenía grandes deseos de saber más acerca del hado de Nargothrond, y tenía ya en mente la intención de enviar a algunos que fueran allí y averiguaran qué había ocurrido, pero él estaba convencido de que Túrin había muerto, o que era imposible rescatarlo, y temía la hora en que Morwen lo supiera con toda certeza. Por tanto, le dijo: — Este es un asunto peligroso, Señora de Dor-Lómin, y requiere un tiempo de reflexión. Puede ser en verdad obra de Morgoth, para arrastrarnos a la precipitación.

Pero Morwen, enloquecida, gritó: — ¡Precipitación, señor! Si mi hijo yerra hambriento por los bosques, si vive encadenado, si su cuerpo yace insepulto, me precipitaría. No perdería ni una hora en ir a buscarlo.

—Señora de Dor-Lómin —dijo Thingol—, ése por cierto no sería el deseo del hijo de Húrin. Pensaría que os encontraréis mejor aquí que en cualquier otro sitio: en la protección de Melian. Por consideración a Húrin y por la que le tengo a Túrin, no permitiré que vayáis por ahí errante en estos días de extremo peligro.

—No apartasteis a Túrin del peligro, pero a mí queréis apartarme de Túrin —gritó Morwen—. ¡En la protección de Melian! Sí, prisionera del Cinturón. Mucho tiempo dudé antes de entrar en él, y ahora lo deploro.

—No, puesto que así habláis, Señora de Dor-Lómin —dijo Thingol—, sabed esto: el Cinturón está abierto. Libre vinisteis aquí; libre os quedaréis... O partiréis.

Entonces Melian, que había permanecido en silencio, habló: —No te vayas de aquí, Morwen. Una verdad dijiste: esta duda viene de Morgoth. Si te vas, te vas por voluntad suya.

—El miedo de Morgoth no me impedirá acudir al llamado de mi raza —respondió Morwen—. Pero si teméis por mí, señor, prestadme entonces a algunos de los vuestros.

—Yo no mando en vos —dijo Thingol—. Pero mi gente me pertenece y mando en ella. Los enviaré según lo crea conveniente.

Entonces Morwen ya no dijo nada y se echó a llorar; y se apartó de la presencia del Rey. Thingol tenía un peso en el corazón, porque le parecía que el ánimo de Morwen era aciago; y le preguntó a Melian si no la retendría con su poder.

—Contra un mal que viene mucho puedo hacer —respondió ella—. Pero no contra la partida de los que quieren marcharse. Esa parte te incumbe. Si ha de ser retenida aquí, tendrás que hacerlo por la fuerza. No obstante, de ese modo corres el peligro de que pierda la razón.

Entonces Morwen fue al encuentro de Nienor y le dijo: —Adiós, hija de Húrin. Parto en busca de mi hijo, o de noticias ciertas sobre él, pues aquí nadie hará nada, hasta que sea demasiado tarde. Aguárdame aquí por si regreso.

Entonces Nienor, asustada y afligida, quiso retenerla, pero Morwen no contestó, y fue a su cámara; y cuando llegó la mañana, había montado a caballo y se había ido.

Ahora bien, Thingol había ordenado que nadie la detuviera, y que no pareciese que estaban vigilándola. Pero tan pronto como ella se marchó, reunió una compañía de los más audaces y hábiles de entre los guardianes de las fronteras, y puso a Mablung al mando.

—Ahora seguidla velozmente —dijo—, pero no permitáis que ella lo note. Y cuando llegue a las tierras salvajes, si el peligro amenaza, entonces mostraos; y si se resiste a volver, protegédla como podáis. Pero quiero que algunos de vosotros os adelantéis tanto como sea posible, y averigüéis lo más que esté a vuestro alcance.

Así fue que Thingol envió a una compañía más numerosa que la que él había previsto, y había diez jinetes entre ellos con caballos de reserva. Fueron en pos de Morwen y ella se encaminó hacia el sur a través de Region, y así llegó a orillas del Sirion sobre el Lago del Crepúsculo; allí se detuvo, porque el Sirion era ancho y precipitado, y ella no conocía el camino. Por tanto, los guardias tuvieron por fuerza que mostrarse; y Morwen dijo: —¿Quiere Thingol retenerme? ¿O me envía retrasada la ayuda que me negó?

—Ambas cosas —le respondió Mablung—. ¿No queréis regresar?

—¡No! —dijo ella.

—Entonces he de ayudaros —dijo Mablung—, aunque sea en contra de mi propia voluntad. Amplio y profundo es aquí el Sirion, y es peligroso atravesarlo a nado, para hombres o para bestias.

—Entonces llevadme por donde lo cruzan los Elfos —dijo Morwen—; de lo contrario, lo intentaré nadando.

Por tanto, Mablung la condujo al Lago del Crepúsculo. Allí, entre los arroyos y los juncos de la orilla oriental, se guardaban unas balsas escondidas; porque de ese modo los mensajeros iban y venían entre Thingol y la gente de Nargothrond.²² Entonces esperaron un tiempo bajo el cielo estrellado, y cruzaron por entre las blancas neblinas antes del amanecer. Y cuando el sol se alzó rojo más allá de las Montañas Azules, y un fuerte viento matinal sopló y dispersó la neblina, los guardias llegaron a la costa occidental y abandonaron el Cinturón de Melian. Eran altos Elfos de Doriath, vestidos de gris, y una capa les cubría la cota de malla. Morwen los observaba desde la balsa, mientras ellos avanzaban en silencio, y entonces, de pronto, lanzó un grito, y señaló al último de la compañía.

—¿De dónde viene él? —preguntó—. Tres veces tres vinisteis a mí. ¡Tres veces tres y una más bajáis a tierra!

Entonces los otros se volvieron y vieron que el sol resplandecía sobre una cabeza de oro: porque era Nienor, y el viento le había volado el capuchón. Así se reveló que había venido siguiendo a la compañía y se había unido a ellos en la oscuridad, antes de que cruzaran el río. Estaban consternados y ninguno más que Morwen.

—¡Vuelve, vuelve! ¡Te lo ordeno! —gritó.

—Si la esposa de Húrin puede acudir contra todo consejo a la llamada de la sangre —dijo Nienor—, también puede hacerlo su hija. Luto me llamaste; pero no guardaré luto sola, por padre, hermano y madre. Y de los tres sólo a ti he conocido, y por sobre todos te amo. Y nada que tú no temas, temo yo.

En verdad, poco temor se le veía, en la cara o la actitud. Parecía alta y fuerte, porque los de la Casa de Hador eran de gran estatura, y así vestida con el traje de los Elfos no deslucía junto a los guardias, siendo sólo más pequeña que los más altos de entre ellos.

—¿Qué pretendes? —preguntó Morwen.

—Ir donde tú vayas —dijo Nienor—. Esta decisión te ofrezco en verdad. Llevarme de regreso y entregarme a la protección de Melian; porque no es atinado desatender su consejo. O saber que iré a enfrentar el peligro si tú lo haces. —Porque en verdad Nienor había ido allí, sobre todo, con la esperanza de que por temor y amor hacia ella, su madre regresaría; y la mente de Morwen estaba en verdad desgarrada.

—Una cosa es rechazar consejos —dijo—. Otra desobedecer la orden de tu madre. ¡Vuelve inmediatamente!

—No —dijo Nienor—. Hace ya mucho que dejé de ser una niña. Tengo voluntad y juicio propios, aunque hasta ahora no se hayan opuesto a los tuyos. Voy contigo. Con preferencia a Doriath, por veneración a los que la gobiernan; pero si no, entonces al oeste. En verdad, si alguna de las dos debe ir allí, soy yo, en la plenitud de mis fuerzas.

Entonces Morwen vio en los ojos grises de Nienor la firmeza de Húrin; y vaciló; pero no pudo doblegar el orgullo de su hija, y no quiso parecer (aun tras aquellas hermosas palabras) ser conducida de regreso por ella, como una persona vieja e incapaz.

—Seguiré mi camino, como me lo había propuesto —dijo—. Ven tú también, pero en contra de mi voluntad.

—Así sea —dijo Nienor.

Entonces Mablung dijo a su compañía: —En verdad, es por falta de tino, no de coraje, que la gente de Húrin lleva la aflicción a los demás. Lo mismo sucede con Túrin; sin embargo, no con sus antecesores. Pero ahora son todos gente aciaga, y no me gusta. Más temo esta misión que el Rey nos encomienda que ir a la caza del lobo. ¿Qué hacer?

Pero Morwen, que había ido a tierra y estaba ahora cerca oyó sus últimas palabras. —Haz lo que el Rey te ordena —le dijo—. Busca noticias de Nargothrond y de Túrin. Con ese fin estamos aquí todos juntos.

—Hay mucho que andar todavía y es peligroso —dijo Mablung—. Si habéis de seguir adelante, ambas montaréis e iréis entre los jinetes, sin apartaros de ellos.

Así fue que en la plenitud del día se pusieron en marcha, y abandonaron lenta y cautelosamente la región de juncos y de sauces bajos, y llegaron a los bosques grises que cubrían gran parte de la planicie austral antes de llegar a Nargothrond. Todo el día se dirigieron hacia el oeste, y no vieron sino desolación, y no oyeron nada; porque las tierras estaban en silencio, y le parecía a Mablung que un peligro los amenazaba en aquellos parajes. Ese mismo camino había recorrido Beren años atrás, y entonces en los bosques habían acechado los ojos de los perseguidores; pero ahora todo el pueblo de Narog había partido, y los Orcos, según parecía, no habían llegado aún tan al sur. Esa noche acamparon en el bosque gris sin luz ni fuego.

Los dos días siguientes continuaron avanzando, y al caer la tarde del tercer día, después de abandonado el Sirion, llegaron al fin de la planicie, y se acercaron a las orillas orientales del Narog. Entonces tanta fue la intranquilidad de Mablung, que le rogó a Morwen que no siguieran adelante. Pero ella se rió y dijo: —Ya pronto tendrás el placer de librarte de nosotras, como es bastante probable. Pero has de soportarnos todavía un poco más. Estamos demasiado cerca ahora para que el miedo nos haga retroceder.

Entonces Mablung gritó: —¡Aciagas sois las dos, y temerarias! No ayudáis en la búsqueda de noticias, sino que al contrario, la entorpecéis. ¡Escuchadme ahora! Se me ordenó no reteneros por la fuerza; pero se me ordenó también protegeros, como fuera posible. En este trance sólo una cosa puedo hacer. Y os protegeré. Mañana os conduciré a Amon Ethir, la Colina de los Espías, que se encuentra cerca; y allí estaréis custodiadas, y no seguiréis avanzando, en tanto yo mande aquí.

Ahora bien, Amon Ethir era un monte de la altura de una colina que mucho tiempo atrás Felagund había hecho levantar con gran esfuerzo en la planicie, delante de sus Puertas, una legua al este de Narog. Estaba sembrada de árboles, salvo en la cima, desde donde se alcanzaba a ver el lejano horizonte, y todos los caminos que conducían al gran puente de Nargothrond, y las tierras del entorno. A esta colina llegaron ya avanzada la mañana, y la escalaron desde el este. Entonces, al mirar hacia las Altas Faroth, pardas y desnudas más allá del río,²³ Mablung vio, con la vista penetrante de los Elfos, las terrazas de Nargothrond sobre la empinada orilla occidental, y como un pequeño boquete negro en los muros formados por las colinas, las Puertas abiertas de Felagund. Pero no oyó sonido alguno y no vio signos del enemigo

ni señales del Dragón, salvo del incendio del día del saqueo, junto a las Puertas. Todo yacía en silencio bajo un sol pálido.

Ahora bien, Mablung, como había dicho, ordenó a sus diez jinetes que mantuvieran a Morwen y a Nienor en la cima de la colina, y no moverse de allí en tanto él no regresara, a no ser que se presentara un gran peligro: y si eso ocurría, los jinetes tenían que poner a Morwen y Nienor en medio de ellos y huir tan deprisa como les fuera posible, hacia el este, a Doriath, enviando por delante a uno de ellos para que llevara las nuevas y buscar ayuda.

Entonces Mablung reunió a los otros veinte, y descendieron la colina; y luego llegando a los campos hacia el este donde los árboles eran escasos, se dispersaron, y cada cual siguió su propio camino, atrevidos, pero cautelosos, hacia las orillas del Narog. Mablung tomó el camino medio que se dirigía al puente, y así llegó a su extremo más alto, y lo encontró derrumbado; y el río profundo, que corría frenético después de las lluvias, se alejaba hacia al norte, espumoso y rugiente entre las piedras caídas.

Pero Glaurung estaba allí echado, a la sombra del gran pasaje que conducía al interior desde las puertas derribadas, y hacía ya mucho que había advertido la presencia de los espías, aunque muy pocos ojos en la Tierra Media habrían sido capaces de divisarlos. Pero la mirada de sus ojos fieros era más aguda que la de las águilas, y superaba el largo alcance de la vista de los Elfos; y en verdad sabía también que algunos habían quedado atrás, y que esperaban sobre la cima desnuda de Amon Ethir.

Así pues, mientras Mablung se deslizaba entre las rocas, tratando de ver si podría cruzar el río que corría alborotado entre las piedras caídas del puente, Glaurung avanzó de pronto con una gran bocanada de fuego, y descendió arrastrándose a la corriente. Hubo entonces un prolongado siseo, y se levantaron unos vastos vapores, y Mablung y los que lo seguían quedaron envueltos en una nube y un hedor inmundos; y la mayoría huyó a tientas hacia la Colina de los Espías. Pero mientras Glaurung estaba cruzando el Narog, Mablung se hizo a un lado y se ocultó bajo una roca, y allí se quedó; pero pensó que aún tenía un cometido que cumplir. Sabía ahora con certeza que Glaurung moraba en Nargothrond, pero se le había pedido también que averiguara la verdad acerca del hijo de Húrin, si le era posible; y por tanto, con firmeza de corazón, se proponía cruzar el río no bien Glaurung se hubiera ido, y registrar las estancias de Felagund. Porque pensaba que todo lo que podía hacerse para la protección de Morwen y Nienor, ya había sido hecho: seguramente habrían advertido la aparición de Glaurung, y los jinetes debían de estar ya a toda carrera camino de Doriath.

Glaurung, por tanto, pasó junto a Mablung como una vasta forma en la niebla; y avanzó rápidamente, porque aunque era un poderoso Gusano, también era ágil. Entonces Mablung vadeó tras él el Narog con gran riesgo; pero los guardianes apostados en Amon Ethir vieron al Dragón y quedaron consternados. Inmediatamente ordenaron a Morwen y a Nienor que montaran sin discusión alguna, y se dispusieron a huir hacia el este. Pero cuando descendieron de la colina a la planicie, un mal viento sopló los vastos vapores sobre ellos, trayendo un hedor que los caballos no soportaron. Cegados por la niebla, y despavoridos por el inmundos olor del Dragón, los caballos se volvieron ingobernables y se precipitaron frenéticos de aquí para allí; y los guardianes se dispersaron y fueron lanzados contra los árboles, y cayeron malheridos, y se buscaban en vano unos a otros. El relincho de los caballos y los gritos de los jinetes llegaron a oídos de Glaurung; y se sintió complacido.

Uno de los jinetes Elfos, que luchaba con su caballo en la niebla, vio pasar cerca a la Señora Morwen, un espectro gris sobre un corcel enloquecido; pero ella se desvaneció en la niebla gritando Nienor, y ya no volvieron a verla.

Pero cuando el terror ciego ganó a los jinetes, el caballo desbocado de Nienor tropezó de pronto, y la echó por tierra. Cayó suavemente sobre la hierba y no se lastimó; pero cuando se puso de pie, estaba sola: perdida en la neblina sin caballo ni compañía.

No le flaqueó el corazón, y reflexionó un momento y le pareció inútil acudir a esta llamada o aquella otra, porque los gritos la rodeaban por todas partes, aunque cada vez más débiles. Le pareció mejor entonces buscar otra vez la colina: allí sin duda iría Mablung antes de partir, aunque sólo fuera para asegurarse de que ninguno de los suyos quedaba abandonado.

Por tanto, andando a la ventura, encontró la colina, que en verdad estaba cerca; y lentamente trepó por el sendero del este. Y a medida que trepaba, la niebla se hacía menos densa, hasta que llegó por fin hasta la cima desnuda a pleno sol. Entonces avanzó un paso y miró hacia el oeste. Y allí, delante de ella, se alzaba la gran cabeza de Glaurung, que había trepado al mismo tiempo por el otro lado; y antes de darse cuenta sus ojos miraron los del Gusano, y eran ojos terribles en los que moraba el fiero espíritu de Morgoth, su amo.

Entonces Nienor luchó contra Glaurung, pues era de voluntad firme, pero él dirigió sus poderes contra ella.

—¿Qué buscas aquí? —preguntó.

Y obligada a responder, ella contestó: —Busco a un tal Túrin que vivió aquí un tiempo. Pero está muerto, quizá.

—No lo sé —dijo Glaurung—. Quedó aquí para defender a las mujeres y a los débiles; pero cuando yo llegué, él desertó y huyó. Jactancioso, aunque cobarde, según parece. ¿Por qué buscas a alguien de esa especie?

—Mientes —dijo Nienor—. Los hijos de Húrin no son cobardes. No te tememos.

Entonces Glaurung rió, porque así se reveló la hija de Húrin a su malicia.

—Entonces sois tontos tú y tu hermano —dijo—. Y tu jactancia será vana. Porque ¡yo soy Glaurung!

Entonces atrajo la mirada de ella a la suya, y la voluntad de Nienor desmayó. Y le pareció que el sol enfermaba, y que todo se hacía opaco en torno; y lentamente una gran oscuridad fue rodeándola, y en esa oscuridad se abría el vacío; no supo nada, y no oyó nada, y no recordaba nada.

Largo tiempo exploró Mablung las estancias de Nargothrond, tan bien como pudo en medio de la oscuridad y el hedor; pero no encontró allí ningún ser viviente: nada se movía entre los huesos, y nadie respondía a sus llamadas. Por fin, abatido por el horror del sitio, y temiendo el regreso de Glaurung, volvió a las Puertas. El sol se ponía por el occidente, y las negras sombras de las Faroth cubrían por detrás las terrazas y el río que se precipitaba allá abajo; pero a lo lejos, junto a Amon Ethir, creyó divisar la forma maligna del Dragón. Más duro y más peligroso fue volver a cruzar el Narog de prisa y con miedo; y apenas había alcanzado la orilla oriental, y se había ocultado arrastrándose junto a la ribera, cuando Glaurung se acercó. Pero avanzaba lento ahora, y sigiloso; porque había consumido sus fuegos; había prodigado un gran poder y ahora necesitaba descansar y dormir en la oscuridad. Así, serpenteó en el agua, y se escurrió por las Puertas como una víbora de color ceniciento, enlodando el suelo con el vientre.

Pero se volvió antes de entrar, y miró atrás hacia el este, y emitió la risa de Morgoth, débil, pero horrible, como un eco de malicia llegado de las negras profundidades lejanas. Y esta voz, fría y baja, le llegó entonces al Elfo: —¡Ahí estás como rata de agua en la ribera, Mablung el poderoso! Mal cumples con los cometidos de Thingol. ¡Ve de prisa ahora a la colina y verás lo que ha sido de las que tenías a tu cargo!

En seguida Glaurung entró en la guarida, y el sol se ocultó, y la tarde gris se enfrió sobre los campos. Pero Mablung fue de prisa a Amon Ethir; y cuando llegó a la cima, las estrellas brillaban en el este. Contra ellas vio una figura oscura y erguida, inmóvil como una estatua de piedra. Así estaba Nienor, y no oyó nada de lo que él le dijo, ni le respondió. Pero cuando por fin él le tomó la mano, se puso en movimiento, y permitió que él la condujera; y mientras la conducía, ella caminaba, pero si la soltaba, se detenía.

Muy grandes fueron entonces el dolor y el desconcierto de Mablung; pero no tenía otro remedio que conducir de ese modo a Nienor por el largo camino hacia el este, sin ayuda ni compañía. Así avanzaron andando como sonámbulos por la planicie en las sombras de la noche. Y cuando volvió la mañana, Nienor tropezó y cayó, y quedó allí tendida inmóvil; y Mablung, desesperado, se sentó junto a ella.

—No por nada tenía yo miedo de este cometido —dijo—. Porque será el último para mí, según parece. Con esta desdichada hija de los Hombres pereceré en el descampado, y mi nombre será despreciado en Doriath: si alguna vez en verdad llega alguna nueva de nuestra suerte. Todos los demás han muerto, sin duda, y sólo ella fue perdonada, pero no por piedad.

Así fueron encontrados por tres de la compañía que habían huido del Narog a la llegada de Glaurung. Después de mucho errar, cuando se aligeró la niebla, habían vuelto a la colina; y encontrándola vacía, habían decidido retomar el camino de Doriath. A Mablung le había vuelto la esperanza; y se pusieron en marcha ahora todos juntos, hacia el norte y el este; porque no había camino de regreso a Doriath en el sur, y desde la caída de Nargothrond, se les había prohibido a los guardianes de la balsa que cruzaran a nadie, salvo los que vinieran desde dentro.

Lento era el viaje, como gentes que arrastran tras ellos un niño cansado. Pero a medida que se alejaban de Nargothrond y se acercaban a Doriath, Nienor iba recuperando poco a poco las fuerzas, y caminaba hora tras hora, sumisa, llevada de la mano. No obstante, sus grandes ojos no veían nada, y sus oídos no oían ninguna palabra, y sus labios no pronunciaban ninguna palabra.

Y entonces, por fin, al cabo de muchos días, llegaron cerca de la frontera occidental de Doriath, algo al sur del Teiglin; porque tenían intención de cruzar los cercos de la pequeña tierra de Thingol más allá del Sirion, y llegar así al puente protegido, cerca de la desembocadura del Esgalduin. Allí se detuvieron un tiempo; e hicieron que Nienor se acostase sobre un lecho de hierbas, y ella cerró los ojos como no lo había hecho hasta entonces, y pareció que dormía. Entonces los Elfos descansaron también, y la fatiga los volvió imprudentes. Y una banda de Orcos cazadores, de las que por entonces merodeaban en esa región, tan cerca de los vallados de Doriath como osaban hacerlo, los sorprendió desprevenidos. De pronto, en medio de la refriega, Nienor se incorporó de un salto, como quien despierta por una alarma en la noche, y lanzando un grito, se internó corriendo entre los árboles. Entonces los Orcos se volvieron y la persiguieron, y los Elfos fueron detrás. Pero Nienor había sufrido un extraño cambio y los superaba ahora a todos en la carrera, precipitándose como un ciervo en la espesura, con los cabellos llameantes al viento. Mablung y sus compañeros alcanzaron en seguida a los Orcos, y los mataron a todos, y siguieron adelante. Pero para entonces Nienor había desaparecido como un espectro; y ni rastros de ella encontraron, aunque estuvieron buscándola durante muchos días.

Entonces, por fin, Mablung volvió a Doriath abrumado de dolor y de vergüenza. —Escoged a otro jefe para vuestros cazadores, señor —le dijo al Rey—. Porque yo estoy deshonrado.

Pero Melian dijo: —No es así, Mablung. Hiciste lo que pudiste, y ningún otro de entre los servidores del Rey habría hecho tanto. Pero por mala suerte tuviste que enfrentar un poder excesivo para ti; excesivo en verdad para todos los que ahora habitan en la Tierra Media.

—Te he enviado en busca de noticias y las has traído —dijo Thingol—. No es tu culpa que aquellos a quienes las noticias tocan más de cerca no estén aquí para escucharlas. Doloroso es en verdad este fin de toda la parentela de Húrin, pero nadie podría atribuírtelo.

Porque no sólo Nienor se había internado enloquecida en los bosques; también Morwen se había perdido. Nunca entonces ni después, ni en Doriath ni en Dor-Lómin, se sabría algo cierto de las dos. No obstante, Mablung no se dio descanso, y con una pequeña compañía se en-

caminó al desierto, y durante tres años erró por allí hasta muy lejos, desde Ered Wethrin hasta las Desembocaduras del Sirion, en busca de huellas, o noticias de las desaparecidas.

Nienor en Brethil

Pero Nienor había corrido por el bosque oyendo a sus espaldas gritos de persecución; y la ropa se le desgarró, e iba librándose de ella a medida que huía, hasta que corrió desnuda; y todo ese día siguió corriendo, como una bestia perseguida a punto de desfallecer, y que no se atreve a detenerse a recobrar el aliento. Pero de pronto, al atardecer, pareció que recobraba el juicio. Se detuvo un instante, como asombrada, y en seguida, en un desmayo de completo agotamiento, cayó sobre una profunda maleza de helechos como si un golpe la hubiera derribado. Y allí, en medio del viejo helechal y las frescas frondas de la primavera, yació y durmió olvidada de todo.

A la mañana despertó y se regocijó en la luz como quien por primera vez es llamado a la vida; y todas las cosas que veía le parecían nuevas y extrañas, y no tenían nombre. Porque detrás de ella sólo había un oscuro vacío, a través del cual no le llegaba ningún recuerdo de lo que había sabido en todo tiempo, ni el eco de una palabra. Sólo recordaba una sombra de miedo y por tanto era precavida, y buscaba siempre escondites; subía a los árboles o se deslizaba entre las malezas, rápida como una ardilla o un zorro, si algún sonido o una sombra la asustaban; y desde allí espiaba largo rato entre las hojas antes de partir.

Así, siguiendo por el camino por el que había corrido antes, llegó al río Teiglin y calmó su sed: pero no encontró alimento, ni sabía cómo buscarlo, y tenía hambre y frío. Y como los árboles del otro lado de la corriente parecían más densos y más oscuros (como lo eran en realidad, pues se trataba del Bosque de Brethil), cruzó por fin las aguas y llegó a un montículo verde sobre el que se dejó caer: porque estaba agotada, y le parecía que la oscuridad que había dejado atrás estaba envolviéndola de nuevo, y que el sol se oscurecía.

Pero en realidad era una negra tormenta que venía del sur, cargada de relámpagos y de grandes lluvias; y Nienor estaba allí, acurrucada, aterrorizada por los truenos, y la oscura lluvia hería su desnudez.

Ahora bien, sucedió que algunos hombres del Bosque de Brethil volvían a esa hora de una incursión contra los Orcos, apresurándose por los Cruces del Teiglin hacia un albergue de las cercanías; y hubo el resplandor de un relámpago, de modo que la Haud-en-Elleth quedó iluminada por una llamarada blanca. Entonces Turambar, que conducía a los hombres, se sobresaltó y se cubrió los ojos, y se echó a temblar; porque le pareció que había visto el espectro de una doncella asesinada sobre la tumba de Finduilas.

Pero uno de los hombres corrió hacia el montículo y lo llamó: —¡Acudid, señor! ¡Hay una joven tendida aquí, y está viva! —Y Turambar acudió y la alzó, y el agua caía de los cabellos empapados de Nienor, pero ella cerró los ojos, y se estremeció, y dejó de resistirse. Entonces Turambar, maravillándose de verla así desnuda, la envolvió en su capa y la condujo a la morada de los cazadores en los bosques. Allí encendieron un fuego y la cubrieron con mantas, y ella abrió los ojos y los miró; y cuando su mirada se posó en Turambar, una luz le iluminó la cara, y tendió una mano hacia él, porque le pareció que por fin había encontrado algo que venía buscando en la oscuridad, y se sintió consolada. Pero Turambar le tomó la mano y se sonrió y dijo: —Pues bien, señora, ¿no nos diréis vuestro nombre y vuestra parentela y qué mal os ha acaecido?

Entonces ella sacudió la cabeza y no dijo nada, pero se echó a llorar; y ellos ya no la molestaron hasta que hubo comido los alimentos que pudieron procurarle. Y cuando hubo comido, suspiró, y puso su mano otra vez en la de Turambar; y él dijo: —Con nosotros no corréis peligro. Aquí podéis descansar esta noche, y a la mañana os conduciremos a nuestras casas, en

medio del bosque. Pero queríamos conocer vuestro nombre, para que así quizá podamos encontrar a vuestros padres, y llevarles noticias de vos. ¿No queréis decírnoslo?

Pero ella tampoco respondió esta vez, y lloró.

—¡Tranquilizaos! —dijo Turambar—. Quizá la historia es demasiado triste para contarla ahora. Pero os daré un nombre y os llamaré Níniel, Doncella de las Lágrimas. —Y al oír ese nombre ella alzó los ojos y sacudió la cabeza, pero dijo:— Níniel. —Y esa fue la primera palabra que pronunció después de hundirse en la oscuridad, y desde entonces ése fue su nombre entre los hombres del bosque.

A la mañana llevaron a Níniel a Ephel Brandir, y el camino ascendía empinado hacia Amon Obel, hasta que llegaba a un sitio en que cruzaba la precipitada corriente del Celebros. Allí se había construido un puente de madera, y debajo el torrente avanzaba sobre un suelo de piedras desgastadas, y descendía espumoso varios peldaños, y más allá caía en cascada en un cuenco rocoso; y todo el aire estaba lleno de un rocío que era como una llovizna. Había un amplio prado en la parte superior de las cascadas, y a su alrededor crecían unos abedules, pero desde el puente se alcanzaban a ver en el horizonte las hondonadas del Teiglin, a unas dos millas hacia el oeste. Allí el aire era fresco, y los viajeros descansaban en verano, y bebían agua fría. Dimrost, la Escalera de las lluvias, se llamaban esas cascadas, pero después de ese día se llamaron Nen Girith, las Aguas Estremecedoras; porque cuando Turambar y sus hombres se detuvieron allí, Níniel tuvo frío, y se puso a temblar, y no pudieron darle calor ni consuelo.²⁴ Por tanto, emprendieron otra vez la marcha, precipitadamente, pero antes de llegar a Ephel Brandir, Níniel tenía fiebre, y deliraba.

Mucho tiempo yació enferma, y Brandir recurrió a toda su habilidad para curarla, y las mujeres de los leñadores la vigilaban de noche y de día. Pero sólo cuando Turambar estaba cerca de ella, daba muestras de paz o dormía sin quejarse; y esto observaron todos los que la cuidaban: durante todo el tiempo que le duró la fiebre, aunque a menudo se la veía muy perturbada, nunca murmuró una palabra en la lengua de los Elfos o la de los Hombres. Y cuando lentamente recobró la salud, y empezó a andar y comer nuevamente, las mujeres de Brethil tuvieron que enseñarle a hablar como a un niño, palabra por palabra. Pero en este aprendizaje era rápida, y se deleitaba en él, como quien vuelve a encontrar grandes y pequeños tesoros que se habían perdido; y cuando hubo aprendido bastante como para conversar con sus amigos, decía: —¿Cuál es el nombre de esa cosa? Porque en mi oscuridad lo he perdido. —Y cuando fue capaz de andar otra vez, buscaba la casa de Brandir; porque quería aprender en seguida los nombres de todas las criaturas vivientes, y él sabía mucho de esos asuntos; y solían ir juntos de paseo por los jardines y los valles.

Entonces Brandir la amó; y cuando ella se recuperó le ofrecía el brazo para ayudarlo a caminar, pues él cojeaba, y lo llamaba hermano. Pero su corazón estaba entregado a Turambar, y sólo sonreía cuando lo veía llegar, y sólo reía cuando él hablaba alegremente.

Un atardecer de aquel otoño dorado estaban sentados juntos, y el sol fulguraba sobre la ladera de la colina y las casas de Ephel Brandir, y había una profunda quietud. Entonces Níniel le dijo: —De todas las cosas he preguntado el nombre, salvo el tuyo. ¿Cómo te llamas?

—Turambar —respondió él.

Entonces ella hizo una pausa, como si escuchara un Ceo; pero dijo: —¿Y qué significa ese nombre? ¿O es sólo tu nombre?

—Significa —dijo él— Amo de la Sombra Oscura. Porque yo también, Níniel, tuve mi oscuridad, en la que se perdieron mis cosas queridas; pero ahora creo haberla vencido.

—¿Y también huiste de ella corriendo hasta llegar a estos hermosos bosques? —preguntó ella—. ¿Y cuándo escapaste, Turambar?

—Sí —respondió él—, huí durante muchos años. Y escapé cuando tú escapaste. Porque estaba oscuro cuando viniste, Níniel, pero desde entonces hubo luz. Y me parece que lo que he buscado durante tanto tiempo, en vano, ha venido a mí. —Y cuando regresaba a su casa en el

crepúsculo, se dijo a sí mismo:— ¡Haudh-en-Elleth! Vino desde el montículo verde. ¿Es ése un signo? Y ¿cómo he de interpretarlo?

Ahora bien, el año dorado se desvaneció al fin, y dio paso a un gentil invierno, y luego siguió otro año brillante. Hubo paz en Brethil, y los hombres del bosque se mantenían tranquilos, y no se alejaban, y no tenían noticias de las tierras de alrededor. Porque en ese tiempo los Orcos avanzaban hacia el sur, hasta el oscuro reino de Glaurung, o eran enviados a espiar las fronteras de Doriath, evitando los Cruces del Teiglin, e iban hacia el oeste mucho más allá del río.

Y ahora Níniel estaba del todo recuperada y eran muchas sus fuerzas y su belleza; y Turambar ya no se contuvo y la pidió en matrimonio. Entonces Níniel sintió alegría; pero cuando Brandir lo supo, se le sobrecogió el corazón, y le dijo: —¡No te apresures! No pienses que es falta de bondad de mi parte si te aconsejo esperar.

—Nada de lo que haces es hecho sin bondad —dijo ella—. Pero ¿por qué entonces me das ese consejo, sabio hermano mío?

—¿Sabio hermano? —respondió él—. Hermano cojo más bien, ni amado ni amable. Y apenas sé por qué. No obstante, hay una sombra en ese hombre y tengo miedo.

—Hubo una sombra —dijo Níniel—, porque él así me lo dijo. Pero escapó de ella, al igual que yo. Y ¿no es acaso digno de amor? Y aunque ahora sea hombre de paz, ¿no fue uno de los más grandes capitanes, de quien todos nuestros enemigos huían al verlo?

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Brandir.

—Dorlas —dijo ella—. ¿No dice la verdad?

—La dice, por cierto —dijo Brandir, pero estaba descontento, porque Dorlas encabezaba el partido que deseaba hacer la guerra a los Orcos. Y, no obstante, buscaba todavía razones para demorar a Níniel; y dijo, por tanto—: La verdad, pero no toda la verdad; porque fue capitán de Nargothrond, y llegó antes del Norte, y era (se dice) hijo de Húrin de Dor-Lómin, de la guerrera Casa de Hador. —Y Brandir, al ver la sombra que pasó por la cara de Níniel al oír ese nombre, la interpretó mal, y continuó:— Por cierto, Níniel, bien puedes creer que alguien semejante no tardará en volver a la guerra, lejos de esta tierra quizá. Y si es así, ¿lo soportarás? Ten cuidado, porque pronostico que si Turambar va de nuevo a la batalla, no él entonces, sino la Sombra será la vencedora.

—Mal lo soportaría —respondió ella—, pero soltera no mejor que casada. Y una esposa, quizá, sería más capaz de retenerlo, y mantener alejada la sombra. —No obstante, las palabras de Brandir la perturbaron, y le pidió a Turambar que aguardara todavía un tiempo. Y él quedó asombrado y abatido; pero cuando supo por Níniel que Brandir le había aconsejado esperar, se sintió disgustado.

Pero cuando llegó la primavera siguiente, le dijo a Níniel: —El tiempo pasa. Hemos esperado, y ahora ya no seguiré esperando. Haz lo que tu corazón te dicte, mi muy cara Níniel, pero ten en cuenta: ésta es la elección que tengo por delante. Volveré ahora a hacer la guerra en el desierto; o me casaré contigo y ya no volveré a guerrear, salvo sólo en tu defensa, si algún mal irrumpe en nuestra casa.

Y la alegría de Níniel fue grande en verdad, y empeñó su palabra de casamiento, y en mitad del verano se casaron; y los hombres del bosque celebraron una gran fiesta y les dieron una hermosa casa que levantaron para ellos en Amon Obel. Allí vivieron felices, pero Brandir se sentía perturbado, y la sombra le pesó aún más en el corazón.

Ahora bien, el poder y la malicia de Glaurung crecieron deprisa, y se hinchó y reunió Orcos a su alrededor, y gobernó como Rey Dragón, y todo el reino devastado de Nargothrond le estaba sometido. Y antes de que ese año terminara, el tercero de la estadía de Turambar entre los hombres del bosque, empezó a atacar aquellas tierras, que durante un tiempo habían tenido paz; porque por cierto era bien conocido de Glaurung y de su Amo que en Brethil habitaban todavía unos pocos hombres libres, los últimos de las Tres Casas que habían desafiado el poder del Norte. Y esto no lo toleraban; porque era propósito de Morgoth someter a toda Beleriand, y registrar hasta el último de sus rincones, de modo que no hubiera nadie que viviera en algún agujero o escondite que no fuera su esclavo. Así, pues, poco importaba que Glaurung adivinara dónde estaba escondido Túrin, o que (como sostienen algunos) hubiera logrado por entonces escapar a la mirada del Mal. Porque en última instancia los consejos de Brandir fueron vanos, y sólo dos opciones tenía Turambar por delante: permanecer inactivo hasta que fuese encontrado y acosado como una rata; o salir pronto a la batalla y mostrarse tal como era.

Pero cuando por primera vez llegaron a Ephel Brandir las nuevas de la llegada de los Orcos, Turambar no salió al campo de batalla e hizo caso de los ruegos de Níniel. Porque ella dijo: —No han atacado todavía nuestras casas, como tú mismo dijiste. Se cuenta que los Orcos no son muchos. Y Dorlas me dijo que antes que tú llegaras, esas refriegas no eran infrecuentes, y que los hombres del bosque los mantenían a raya.

Pero los hombres del bosque fueron derrotados, porque estos Orcos eran de una raza maligna, feroces y astutos; y venían en verdad con el propósito de invadir el Bosque de Brethil, no como en ocasiones anteriores, cuando pasaban por sus orillas con otros cometidos, o iban de cacería en grupos pequeños. Por tanto, Dorlas y sus hombres fueron rechazados con muchas pérdidas, y los Orcos cruzaron el Teiglin y se internaron profundamente en los bosques. Y Dorlas se presentó ante Turambar y le mostró sus heridas, y dijo: —Ved, señor, el tiempo de la necesidad nos ha llegado, después de una falsa paz, como yo lo tenía predicho. ¿No pedisteis ser considerado uno de nuestro pueblo y no un forastero? ¿No es este peligro el vuestro también? Porque nuestras casas no permanecerán ocultas si los Orcos se adentran más en nuestras tierras.

Por tanto, Turambar se puso de pie y esgrimió de nuevo su espada Gurthang, y fue a la guerra; y cuando los hombres del bosque lo supieron, cobraron nuevos ánimos y acudieron a él, hasta que contó con la fuerza de muchos centenares. Entonces avanzaron por los bosques y mataron a todos los Orcos que allí se agazapaban, y los colgaron de los árboles que crecían cerca de los Cruces de Teiglin. Y cuando llegó una nueva hueste de Orcos, les tendieron una trampa, y sorprendidos a la vez por el número de hombres del bosque y por el terror de la Espada Negra, se dispersaron con desorden y fueron muertos en gran cantidad. Entonces los hombres del bosque levantaron grandes piras y quemaron los cuerpos de los soldados de Morgoth en montones, y el humo de la venganza se alzó negro por el cielo, y el viento lo arrastró hacia el oeste. Pero sólo unos pocos sobrevivientes regresaron a Nargothrond con estas nuevas.

Entonces Glaurung se encolerizó realmente; pero por un tiempo permaneció inmóvil, y reflexionó sobre lo que había escuchado. Así, el invierno transcurrió en paz, y los hombres decían: —Grande es la Espada Negra de Brethil, porque todos nuestros enemigos están derrotados. —Y Níniel se consoló y regocijó con el renombre de Turambar; pero él continuaba encerrado en sus propios pensamientos, y decía en su corazón:— La suerte está echada. Viene ahora la prueba en que se dará razón a mi jactancia, o en la que tendrá un completo mentís. Ya no he de huir. Turambar seré en verdad, y por mi propia voluntad y mis proezas superaré mi destino... O caeré. Pero caído o a caballo, cuando menos mataré a Glaurung.

No obstante, estaba intranquilo, y envió lejos a hombres osados, como exploradores. Porque en verdad, aunque ninguna palabra había sido dicha, ordenaba ahora las cosas a su antojo, como si él fuera el señor de Brethil, y nadie hacía caso de Brandir.

La primavera llegó cargada de esperanzas, y los hombres cantaban en sus faenas. Pero en esa primavera Níniel concibió, y palideció, y se marchitó, y unas sombras apagaron su felicidad. Y no tardaron en llegar extrañas nuevas de los hombres que habían ido más allá del Teiglin: había un gran incendio a lo lejos en los bosques de la planicie de Nargothrond, y los hombres se preguntaban qué podría significar.

Poco después llegaron nuevos mensajes: que los fuegos se dirigían siempre hacia el norte, y que en verdad Glaurung era el que los hacía arder. Porque había abandonado Nargothrond con algún propósito. Entonces los más tontos o los más esperanzados decían: —Su ejército está destruido y ahora por fin recobra el tino y vuelve al sitio del que salió. —Y otros decían:— Esperemos que pase de largo junto a nosotros. —Pero Turambar no tenía esa esperanza, y sabía que Glaurung venía a buscarlo. Por tanto, aunque ocultaba su preocupación a Níniel, reflexionaba día y noche sobre la decisión que tendría que tomar; y la primavera se hizo verano.

Un día, dos hombres volvieron aterrados a Ephel Brandir, porque habían visto al mismísimo Gran Gusano. —En verdad, señor —dijeron a Turambar—, se acerca ahora al Teiglin, y no se desvía. Yace en medio de un gran incendio y los árboles echan humo alrededor. Exhala un hedor que apenas puede soportarse. Y su paso inmundo ha desolado todas las largas leguas que recorrió desde Nargothrond, en una línea que no se tuerce, nos parece, sino que se dirige directamente hacia nosotros. ¿Qué hemos de hacer?

—Poco —dijo Turambar—, pero sobre ese poco he reflexionado mucho tiempo. Las nuevas que me traéis antes son de esperanza porque si en verdad se acerca recto, como decís, y no tuerce el camino, tengo preparado un consejo para vuestros bravos corazones. —Los hombres quedaron intrigados, porque Turambar no dijo nada más. Pero, en ese momento, la firmeza de su actitud²⁵ animó los corazones de todos.

Ahora bien, éste era el curso del Teiglin. Descendía desde Ered Wethrin, rápido como el Narog, pero en un principio entre orillas bajas, hasta que después de los Cruces, fortalecido por la afluencia de otras corrientes, se abría camino al pie de las tierras altas del Bosque de Brethil. En seguida corría entre profundas hondonadas, cuyos altos costados eran como muros de roca; y confinadas en el fondo, las aguas se adelantaban con gran fuerza y estruendo. Y en el camino de Glaurung se abría una de esas gargantas, de ningún modo la más profunda, pero sí la más estrecha, al norte de la afluencia del Celebros. Por tanto Turambar escogió a tres hombres atrevidos para que desde la orilla vigilaran los movimientos del Dragón; y él se dirigió a caballo a las altas cataratas de Nen Girith, donde las noticias podían llegarle de prisa, y desde donde era posible ver a gran distancia.

Pero primero reunió a los hombres del bosque en Ephel Brandir y les habló diciendo:

—Hombres de Brethil, un peligro mortal nos acecha que sólo con gran osadía puede evitarse. Pero en este asunto el número de nada nos vale; tenemos que recurrir a la astucia y esperar lo mejor. Si atacáramos al Dragón con todas nuestras fuerzas, como si se tratara de una banda de Orcos, no haríamos más que entregarnos todos a la muerte, y dejar sin defensa a nuestras esposas y nuestros hijos. Por tanto, digo que tenéis que quedaros aquí y prepararos para la huida. Porque si Glaurung llega, abandonaréis este sitio y os dispersaréis a lo largo y a lo ancho; y de ese modo algunos podrán escapar y vivir. Porque por cierto, si puede, vendrá a nuestra fortaleza, y a nuestras casas, y las destruirá, y destruirá todo lo que vea; pero no se quedará aquí. Tiene su tesoro en Nargothrond, y allí están las profundas estancias en las que puede yacer con seguridad, y medrar.

Entonces los hombres quedaron consternados y completamente abatidos, pues confiaban en Turambar, y habían esperado palabras más animosas. Pero él dijo: —Eso sólo en el peor de los casos. Y no ocurrirá si mi decisión y mi fortuna me responden. Porque por cierto no creo

que este Dragón sea invencible, aunque crezca con los años en fuerza y malicia. Sé algo de él. Su poder depende más del mal espíritu que lo habita que de la fuerza de su cuerpo, por grande que ésta sea. Porque, escuchad ahora esta historia que me contó uno que fue testigo en el año de la Nirnaeth, cuando yo y la mayor parte de los que me escuchan éramos todavía niños. En ese campo los Enanos le opusieron resistencia, y Azaghâl de Belegost lo hirió tan profundamente que el Dragón escapó de regreso a Angband. Pero ésta es una espina más aguda y más larga que el cuchillo de Azaghâl.

Y Turambar desenvainó Gurthang y la blandió por sobre su cabeza, y les pareció a los que miraban que una llama surgía de la mano de Turambar y se elevaba muchos pies en el aire. Entonces todos se unieron en un grito: ¡La Espina Negra de Brethil!

—La Espina Negra de Brethil —dijo Turambar—: bien puede temerla. Porque sabed esto: es el destino de este Dragón (y de toda su especie, según se dice) que por dura que sea su armadura de cuerno, más todavía que el hierro, tiene por debajo el vientre de una serpiente. Por tanto, Hombres de Brethil, voy ahora en busca del vientre de Glaurung, por los medios de que pueda disponer. ¿Quiénes serán mis compañeros? Sólo necesito a unos pocos de brazo fuerte y corazón todavía más fuerte.

Entonces Dorlas se adelantó y dijo: —Iré con vos, señor; porque siempre prefiero salirle al encuentro al enemigo que esperarle.

Pero ningún otro respondió tan deprisa a la llamada, porque les pesaba el temor a Glaurung, y la historia de los exploradores que lo habían visto se había difundido y había crecido en el camino. Entonces Dorlas exclamó: —Escuchad, Hombres de Brethil, es ahora manifiesto que para el mal de los tiempos que corren los designios de Brandir eran vanos. No hay modo de escapar escondiéndose. ¿Ninguno de vosotros ocupará el lugar del hijo de Handir para que la Casa de Haleth no quede reducida a la vergüenza? —Entonces Brandir, que estaba sentado en el alto asiento del señor de la asamblea, pero a quien ningún caso se hacía, fue despreciado, y sintió amargura en el corazón; porque Turambar no reprimió a Dorlas. Pero un tal Hunthor, pariente de Brandir, se puso en pie y dijo:— Haces mal, Dorlas, en hablar así para vergüenza de nuestro señor, cuyos miembros por mala fortuna no pueden hacer lo que él tanto querría. ¡Cuidado, no sea que lo contrario te ocurra a ti, venida la ocasión! Y ¿cómo puede decirse que sus designios fueran vanos cuando nunca se siguieron? Tú, su vasallo, siempre los tuviste en nada. Te digo que Glaurung viene a nosotros, como antes a Nargothrond, porque nuestros hechos nos han traicionado, tal como él lo temía. Pero como la desdicha nos ha llegado ahora, con vuestra venia, hijo de Handir, iré yo en nombre de la casa de Haleth.

Entonces Turambar dijo: —¡Tres son bastantes! A vosotros dos llevo conmigo. Señor, no es menosprecio. Pero hemos de acudir con gran prisa y nuestra misión requiere miembros fuertes. Considero que vuestro lugar está con vuestro pueblo. Porque sois sabio y sabéis curarlo; y es posible que haya gran necesidad de sabiduría y curaciones antes de no mucho. —Pero estas palabras, aunque dichas con cortesía, no consiguieron otra cosa que amargar a Brandir todavía más, y dijo a Hunthor:— Ve, pues, pero no con mi venia. Porque en este hombre hay una sombra, y te conducirá a la perdición.

Ahora bien, Turambar tenía prisa por partir; pero cuando fue a Níniel para despedirse, ella se aferró a él con fuerza llorando desesperadamente. —¡No te vayas, Turambar, te lo ruego! —dijo—. ¡No desafíes a la sombra de la que huiste! ¡No, no, sigue huyendo todavía, y llévame lejos contigo!

—Níniel, mi muy amada —respondió él—, no podemos seguir huyendo, tú y yo. Estamos confinados en esta tierra. Y aun si me fuera, abandonando al pueblo que nos dio su amistad, sólo podría llevarte al desierto, sin protección, y eso significaría tu muerte y la muerte de nuestro hijo. Un centenar de leguas nos separan de cualquier tierra que esté fuera del alcance de la Sombra. Pero, reanima tu corazón, Níniel. Porque esto te digo: ni tú ni yo seremos muertos por el Dragón, ni por ningún enemigo del Norte.

—Entonces Níniel dejó de llorar y guardó silencio, pero su beso fue frío cuando se separaron.

Entonces Turambar, junto con Dorlas y Hunthor, se puso rápidamente en marcha hacia Nen Girith, y cuando llegaron allí, el sol ya se ponía, y se habían alargado las sombras; y los dos últimos exploradores los aguardaban en el sitio.

—No venís demasiado pronto, señor —dijeron—. Porque el Dragón ha llegado, y cuando nos íbamos ya había alcanzado las orillas del Teiglin, y sus ojos miraban relumbrantes por encima del agua. Avanza de noche, y hemos de intentar algún golpe antes de que amanezca.

Turambar miró por sobre las cascadas del Celebros y vio el sol que llegaba a su ocaso; unas negras espirales de humo se levantaban de los bordes del río. —No hay tiempo que perder —dijo—; no obstante, éstas son buenas noticias. Porque mi temor era que se desviara; y si se dirigiera al norte y llegara a los Cruces, y así al viejo camino de las tierras bajas, nuestra esperanza habría acabado. Pero alguna furia de orgullo y malicia lo impulsa a avanzar en línea recta. —Pero mientras hablaba, se sintió intrigado y se dijo:— ¿O será quizá que aun uno tan maligno y feroz evite los Cruces al igual que los Orcos? ¡Haudh-en-Elleth! ¿Todavía se interpone Finduilas a mi destino?

Entonces se volvió hacia sus compañeros y dijo:

—Esta tarea tenemos ahora por delante. Hemos de esperar un poco todavía; porque adelantarnos sería en este caso tan malo como la excesiva tardanza. Pero llega el crepúsculo, y es hora de descender con todo sigilo hacia el Teiglin. Pero, ¡cuidado!, porque los oídos de Glaurung son tan agudos como su mirada, y pueden ser fatales para nosotros. Si llegamos al río sin ser advertidos, hemos de bajar a la hondonada y cruzar las aguas, y así llegar al camino que él tomará al ponerse en movimiento.

—Pero ¿cómo puede avanzar de ese modo? —dijo Dorlas—. Ágil, quizá lo sea, pero es también un gran Dragón, y ¿cómo ha de descender por un acantilado y ascender del otro lado, cuando una parte tendrá que estar ascendiendo antes que la otra haya descendido del todo? Y si es capaz de hacerlo, ¿de qué nos servirá a nosotros estar abajo en las aguas corrientes?

—Quizá pueda hacerlo —respondió Turambar— y si en verdad lo hace, será para nuestra desdicha. Pero es mi esperanza por lo que de él sabemos, y por el sitio en que ahora se encuentra, que su propósito sea otro. Ha llegado al borde de Cabed-en-Aras, el abismo que un ciervo, como tú contaste, franqueó una vez de un salto huyendo de los cazadores de Haleth. Tan grande es ahora, que creo que intentará lo mismo. Ésa es nuestra esperanza, y hemos de confiar en ella.

El corazón de Dorlas se sobrecogió al oír estas palabras; porque conocía mejor que nadie toda la tierra de Brethil, y Cabed-en-Aras era por cierto un sitio lóbrego. El lado este era un acantilado escarpado de unos cuarenta pies, desnudo, pero coronado de árboles en la cima; del otro lado, la orilla era algo menos escarpada y de menor altura, cubierta de árboles colgantes y de malezas, pero entre ambas orillas el agua se precipita con furia sobre las rocas, y aunque un hombre audaz y de pie seguro podría vadearla de día, era peligroso intentarlo de noche. Pero ése era el designio de Turambar, y era inútil contradecirlo.

Por tanto, se pusieron en camino en el crepúsculo, y no fueron directamente al encuentro del Dragón, y tomaron primero por el camino a los Cruces; entonces, antes de llegar hasta allí, se volvieron hacia el sur por una senda estrecha, y penetraron en la penumbra de los bosques por sobre el Teiglin.²⁶ Y mientras se acercaban paso a paso a Cabed-en-Aras, deteniéndose a menudo para escuchar, el olor de un incendio los alcanzó, y un hedor les hizo daño. Pero todo estaba mortalmente silencioso, y no había un movimiento en el aire. Las primeras estrellas brillaban en el Este detrás de ellos, y unas tenues espirales de humo ascendían derechas y sin vacilación sobre las últimas luces del Oeste.

Ahora bien, después que Turambar hubo partido, Níniel permaneció de pie, callada como una piedra; pero Brandir se le acercó y dijo: —Níniel, no temas lo peor hasta que sea preciso. Pero ¿no te había aconsejado esperar?

—Lo hiciste —respondió ella—. No obstante, ¿de qué me habría servido ahora? Porque el amor puede aguardar y sufrir sin matrimonio.

—Eso lo sé —dijo Brandir—. Pero el matrimonio no es por nada.

—Llevo dos meses preñada de su hijo —dijo Níniel—. Pero no me parece que mi temor a perderlo sea mi carga más pesada. No te entiendo.

—Tampoco yo me entiendo —dijo él—. Pero tengo miedo.

—¡Vaya el consuelo que me das! —exclamó ella—. Pero Brandir, amigo: soltera o casada, madre o doncella, el miedo que siento es insoportable. El Amo del Destino ha ido a desafiar a su destino, lejos de aquí, y ¿cómo podría quedarme esperando la lenta llegada de las noticias, buenas o malas? Esta noche, quizá, se encuentre con el Dragón, y ¿cómo he de pasar, de pie o sentada, estas horas espantosas?

—No lo sé —dijo él—, pero de algún modo las horas tienen que pasar, para ti y para las esposas de los que fueron él.

—¡Hagan ellas lo que su corazón les dicte! —gritó Níniel—. En cuanto a mí, partiré. No se interpondrán las leguas entre mí y el peligro de mi señor. ¡Partiré al encuentro de las noticias!

Entonces el miedo de Brandir se ennegreció al oír estas palabras, y exclamó: —No lo harás si puedo evitarlo. Porque así pondrás a todos en peligro. Las millas que se interponen pueden dar tiempo a escapar, si algo malo ocurre.

—Si algo malo ocurre, no querré escapar —dijo ella—. Y ahora tu sabiduría resulta vana, y no estorbarás mi camino. —Y se irguió ante el pueblo que estaba todavía reunido en el sitio abierto, y gritó:— ¡Hombres de Brethil! No esperaré aquí. Si mi señor fracasa, es vana toda esperanza. Vuestros campos y bosques serán quemados por completo, y todas vuestras casas quedarán reducidas a cenizas, y ninguno, ninguno escapará. Por tanto, ¿para qué demorarnos aquí? Ahora parto al encuentro de las noticias, y lo que fuere que el destino me depare. ¡Que los que piensen igual vengán conmigo!

En seguida muchos estuvieron dispuestos a ir con ella: las esposas de Dorlas y de Hunthor, porque aquellos a los que amaban habían partido con Turambar; otros por piedad a Níniel y el deseo de ayudarla; y otros muchos (temerarios e inconscientes y poco familiarizados con el mal) seducidos por la fama del Dragón, con la esperanza de ver hechos extraños y gloriosos. Porque en verdad, tanta era la grandeza que para ellos tenía la Espada Negra, que pocos creían que Glaurung pudiera derrotarla. Por tanto, no tardaron en ponerse en camino, una gran compañía, e ir al encuentro de un peligro del que no sabían nada; y avanzando sin darse mucho descanso, por fin llegaron, fatigados, a Nen Girith, a la caída de la noche, aunque algo después de que Turambar abandonara el sitio. Pero la noche es un frío consejero, y muchos ahora se asombraban de su propia precipitación; y cuando se enteraron por los exploradores que allí habían quedado que Glaurung estaba tan cerca, y el desesperado propósito de Turambar, sus corazones desfallecieron y no se atrevieron a seguir avanzando. Algunos miraban hacia Cabed-en-Aras con ojos ansiosos, pero nada podían ver, ni oír, salvo las voces frías de las cascadas. Y Níniel se sentó apartada, y un gran estremecimiento la sobrecogió.

Cuando Níniel y su compañía hubieron partido, Brandir dijo a los que quedaban: —¡Mirad cómo se me menosprecia, y cómo se desdeñan mis pareceres! Que sea Turambar vuestro señor, puesto que ya me ha arrebatado toda autoridad. Porque aquí renuncio tanto a mi señorío como a mi pueblo. ¡Que en adelante nadie me pida nunca consejo, ni que lo cure! —Y rompió el báculo. A sí mismo se dijo: «Ahora nada me queda, salvo el amor que siento por Níniel: por tanto a donde vaya, con tino o locura, ahí he de ir yo. En esta hora oscura nada puede preverse; pero quizá yo pueda evitarle algún mal, si me encuentro cerca».

Se ciñó por tanto una corta espada, como rara vez lo había hecho antes, y cogió su muleta, y avanzó tan deprisa como le fue posible, dejando atrás las puertas del Ephel, y renqueando en pos de los demás por el largo sendero que llegaba a la frontera occidental de Brethil.

La muerte de Glaurung

Por fin, cuando la noche ya se cerraba sobre la tierra, Turambar y sus compañeros llegaron a Cabed-en-Aras, y se alegraron del gran estruendo que hacían las aguas; porque si prometía un descenso peligroso, acallaba también todo otro ruido. Entonces Dorlas los condujo un tanto hacia el sur, y descendieron por una hendidura hasta el pie del acantilado; pero allí el corazón le flaqueó, porque en el río había muchas rocas y grandes piedras, y el agua se precipitaba en desorden rechinando los dientes.

—Este es un camino seguro a la muerte —dijo Dorlas.

—Es el único camino, a la muerte o a la vida —dijo Turambar—, y la demora no lo volverá más esperanzado. Por tanto, ¡seguidme! —Y avanzó delante de ellos, y por habilidad y osadía, o por suerte, llegó al otro extremo, y en la profunda oscuridad se volvió para ver quién venía detrás. Una forma oscura estaba a su lado.— ¿Dorlas? —pregunto.

—No, soy yo —dijo Hunthor—. Dorlas no se atrevió a intentar la travesía. Porque un hombre puede amar la guerra, y sin embargo tener miedo de muchas cosas. Está sentado temblando en la orilla, supongo; y que la vergüenza lo gane por las palabras que dirigió a mis parientes.

Entonces Turambar y Hunthor descansaron un momento, pero pronto los mordió el frío de la noche, porque ambos estaban empapados, y empezaron a buscar un camino al norte de la corriente, que los llevara a Glaurung. Allí la hondonada se volvía más oscura y estrecha, y mientras avanzaban a tientas, vieron arriba una luz temblorosa, como de llamas bajas, y oyeron el ronquido del Gran Gusano, que dormía vigilante. Entonces buscaron un camino de ascenso que los acercara al borde; porque ésa era la única esperanza que tenían; sorprender al enemigo. Pero tan inmundado era ahora el hedor, que se sintieron marcados, y resbalaban al trepar, y se aferraban de las ramas de los árboles, y vomitaban, olvidados en su miseria de todo temor, salvo el de caer entre los dientes del Teiglin.

Entonces Turambar dijo a Hunthor: —Gastamos en vano las fuerzas que ya se nos agotan. Porque en tanto no estemos seguros de por dónde cruzará el Dragón, de nada nos sirve trepar.

—Pero cuando lo sepamos —dijo Hunthor—, no tendremos tiempo de buscar cómo salir del abismo.

—Es cierto —dijo Turambar—. Pero donde todo depende de la suerte, en la suerte hemos de confiar.

—Se detuvieron, por tanto, y esperaron, y desde la oscura hondonada vieron una estrella blanca que se deslizaba a través de la estrecha franja de cielo; y entonces, lentamente, Turambar se hundió en un sueño en el que tenía un único cuidado: aferrarse a las ramas más próximas, aunque una negra corriente lo absorbía y le roía los miembros.

De pronto hubo un gran estruendo, y las paredes del abismo se estremecieron y resonaron. Turambar despertó y dijo a Hunthor: —Se mueve. Ha llegado la hora. ¡Hiere hondo, porque somos sólo dos, y tenemos que herir por tres!

Y así empezó el ataque de Glaurung a Brethil; y todo sucedió en gran parte como lo había esperado Turambar. Porque ahora el Dragón se arrastraba pesadamente hacia el borde del acantilado, y no se volvió, sino que se preparó a saltar por encima del abismo apoyándose en las grandes patas delanteras. El terror llegó con él, porque no empezó a cruzar justo por encima de los hombres, sino algo hacia el norte, y los que lo miraban desde abajo podían ver la enorme sombra de su cabeza recortada sobre las estrellas; y abría las mandíbulas, y tenía siete

lenguas de fuego. De pronto emitió una llameante bocanada, de modo que toda la hondonada se iluminó de rojo, y unas sombras negras volaron entre las rocas; pero los árboles delante de él se marchitaron, y se desvanecieron en humo, y las piedras cayeron al río. Y entonces se lanzó hacia adelante, y se aferró al acantilado del otro extremo con sus garras poderosas, y empezó a arrastrarse a través del abismo.

Ahora era necesario ser audaz y rápido, porque aunque Turambar y Hunthor no se encontraban en el paso de Glaurung, y habían escapado a la bocanada de fuego, tenían que alcanzarlo antes de que terminara de cruzar, de lo contrario todo habría sido en vano. Sin hacer caso del peligro, Turambar trepó a gatas a lo largo del borde del agua hasta quedar por debajo del Dragón; pero el calor y el hedor eran allí tan horribles que se tambaleó, y habría caído si Hunthor, que lo había seguido valientemente por detrás, no lo hubiera tomado por el brazo, ayudándolo a recobrar el equilibrio.

—¡Gran corazón! —le dijo Turambar—. ¡Feliz la elección que te hizo mi compañero! — Pero mientras hablaba, una gran piedra que se había desprendido allá arriba cayó y golpeó a Hunthor en la cabeza, precipitándolo a las aguas que corrían debajo, y así llegó a su fin quien no era el menos valiente de la Casa de Haleth. Entonces Turambar gritó:— ¡Ay! ¡Es fatal andar a mi sombra! ¿Por qué busqué ayuda? Porque ahora te encuentras solo, ¡oh, Amo del Destino!, como sabías sin duda que ocurriría. Ahora ¡solo a la lucha!

Entonces recurrió a toda su voluntad y a todo el odio que sentía por el Dragón y su Amo, y le pareció que de pronto tenía una fuerza de corazón y de cuerpo que no había conocido antes; y trepó el acantilado piedra por piedra y raíz por raíz, hasta que se aferró por fin a un árbol delgado que crecía bajo el borde del abismo, y aunque la copa estaba chamuscada, aún se mantenía firme sobre sus raíces. Y mientras Turambar intentaba afirmarse en la horqueta de las ramas, la parte media del Dragón pasó sobre él, y descendió hasta casi tocarle la cabeza. Pálido y rugoso era el vientre, cubierto por un humor viscoso y gris, al que se habían adherido toda clase de inmundicias; y hedía a muerte. Entonces Turambar desenvainó la Espada Negra de Beleg, y arremetió con ella hacia arriba, con todo el poder de su brazo y de su odio, y la hoja mortal, larga y codiciosa, penetró en el vientre hasta la empuñadura.

Entonces Glaurung, sintiéndose tocado de muerte, lanzó un grito que sacudió todos los bosques, y los guardianes de Nen Girith se espantaron. Turambar quedó aturdido, como si le hubieran asestado un golpe, y resbaló, y tuvo que soltar la espada, que quedó clavada en el vientre del Dragón. Porque Glaurung, en un poderoso espasmo, curvó todo el cuerpo estremecido y lo lanzó sobre el abismo, y allí, sobre la otra orilla, se retorció en convulsiones agónicas, aullando, azotando el aire hasta que abrió un espacio de estragos alrededor, y yació allí por fin en medio del humo y de la ruina, y quedó inmóvil.

Ahora bien, Turambar se había aferrado a las raíces del árbol, aturdido y casi desvanecido. Pero luchó contra sí mismo y se sostuvo, y a medias deslizándose y a medias sujetándose, descendió al río e intentó otra vez el peligroso cruce, arrastrándose a veces sobre las manos y los pies, enceguecido por la espuma, hasta que estuvo al fin del otro lado y ascendió trabajosamente a lo largo de la hendidura por la que habían bajado antes. Así llegó por fin al sitio en que agonizaba el Dragón, y contempló implacable al enemigo herido de muerte, y se sintió complacido.

Allí yacía Glaurung con las fauces abiertas; pero todos sus fuegos estaban agotados, y tenía cerrados los ojos malignos. Estaba extendido a todo lo largo sobre uno de sus flancos, y la empuñadura de Gurthang le sobresalía en el vientre. Entonces Turambar sintió que el corazón se le animaba en el pecho, y aunque el Dragón respiraba todavía, quiso recobrar la espada, pues si antes le había sido un arma preciosa, valía ahora para él más que todo el tesoro de Nargothrond. Ciertas resultaron las palabras que se dijeron cuando fue forjada: nadie, ni grande ni pequeño, sobreviviría después que ella hubiera mordido.

Por tanto, yendo hacia su enemigo, le apoyó el pie en el vientre, y tomando a Gurthang por la empuñadura, tiró con todas sus fuerzas. Y gritó burlándose de las palabras de Glaurung en Nargothrond:

—¡Salve, Gusano de Morgoth! ¡Feliz es este nuevo encuentro! ¡Muere ahora, y que la oscuridad sea contigo! Así se venga Túrin, hijo de Húrin. —Entonces arrancó la espada, y un chorro de sangre negra brotó y le bañó la mano, y el veneno le quemó la carne, y lanzó un grito de dolor. Entonces Glaurung se movió y abrió los ojos ominosos, y miró a Turambar con tal malicia que le pareció a éste que una flecha lo había traspasado de parte a parte, y por eso y por el dolor de su mano, cayó desvanecido, y yació como muerto junto al Dragón, tendido sobre la espada.

Ahora bien, los gritos de Glaurung habían llegado a Nen Girith, y el pánico cundió entre todos; y cuando los guardianes vieron desde lejos las devastaciones y quemaduras producidas por el Dragón en su agonía, creyeron que estaba pisoteando y destruyendo a los que lo habían atacado. Entonces en verdad desearon que las millas que los separaban de aquel sitio fueran más largas; pero no se atrevían a abandonar el lugar elevado en que se habían reunido, porque recordaban las palabras de Turambar: si Glaurung vencía, iría primero a Ephel Brandir. Por tanto esperaban aterrados algún signo de que se hubiera puesto en movimiento; pero nadie era bastante osado como para descender e ir en busca de noticias al lugar de la batalla. Y Níniel estaba sentada y no se movía, aunque temblaba de pies a cabeza. Pero cuando oyó la voz de Glaurung, el corazón le murió por dentro, y sintió que la oscuridad volvía a invadirla.

Así la encontró Brandir. Porque llegó finalmente al puente del Celebros, lento y fatigado; todo el camino había avanzado solo, cojeando con su muleta, y se encontraba a cinco leguas cuando menos de su casa. El temor por Níniel lo había impulsado, y ahora las noticias que escuchaba no eran peores que las que había temido. «El Dragón ha cruzado el río —le dijeron los hombres—, y parece que la Espada Negra ha muerto, y también los que fueron con ella.» Entonces Brandir, junto a Níniel, adivinó su desdicha y la compadeció; pero pensó sin embargo: «La Espada Negra está muerta y Níniel vive». Y se estremeció, porque de pronto le pareció que hacía frío junto a las aguas de Nen Girith; y envolvió a Níniel con su capa. Pero no supo qué decirle, y ella no hablaba.

El tiempo transcurría, y todavía Brandir guardaba silencio junto a Níniel, atisbando la noche y escuchando, pero no podía ver nada ni oír nada, salvo el ruido de las aguas de Nen Girith, y pensó: «Seguramente Glaurung habrá avanzado sobre Brethil». Pero ya no sentía lástima por su pueblo, necios todos, que habían desdeñado los consejos que él les daba, y lo habían menospreciado. «Que vaya el Dragón a Amon Obel, y habría tiempo entonces de escapar, de llevarse a Níniel lejos.» A dónde, no lo sabía, porque nunca había abandonado Brethil.

Por fin se inclinó y tocó el brazo de Níniel, y le dijo: —¡El tiempo pasa, Níniel! ¡Ven! Es tiempo de partir. Si quieres, yo te llevaré.

Entonces, en silencio, ella se levantó, y le tomó la mano, y cruzaron el puente y fueron por el sendero que conducía a los Cruces del Teiglin. Pero los que los vieron moverse como sombras en la oscuridad, no sabían quiénes eran, ni se cuidaban de saberlo. Y cuando hubieron avanzado un tanto por entre los árboles silenciosos, la luna se alzó más allá de Amon Obel, y una luz gris iluminó los claros del bosque. Entonces Níniel se detuvo y preguntó a Brandir:

—¿Es éste el camino?

Y él respondió: —¿Cuál es el camino? Porque todas nuestras esperanzas en Brethil han terminado. No hay ningún camino, excepto aquel que nos lleve a alejarnos de prisa del Dragón, y escapar mientras haya todavía tiempo.

Níniel lo miró asombrada y dijo: —¿No me ofreciste llevarme hasta él? ¿O pretendes engañarme? La Espada Negra era mi amado y mi marido, y sólo para encontrarlo he venido

aquí. ¿Cómo se te puede ocurrir otra cosa? Haz ahora lo que quieras, pero yo he de darme prisa.

Y como Brandir quedó por un momento desconcertado, ella se alejó de él rápidamente, y él gritó llamándola: —¡Espera, Níniel! No vayas sola! No sabes qué podrás encontrar. ¡Iré contigo! —Pero ella no le hizo caso, y avanzaba como si le ardiera la sangre, que poco antes tenía helada; y aunque él se apresuraba tanto como podía, ella no tardó en alejarse y desaparecer. Entonces él maldijo su destino y su debilidad; pero no se volvió.

Ahora la luna se alzaba blanca en el cielo, y estaba casi llena, y mientras Níniel descendía de las tierras altas hacia las tierras junto al río, le pareció que recordaba el lugar, y sintió miedo. Porque había llegado a los Cruces del Teiglin, y allí, delante de ella, se levantaba Haudh-en-Elleth, pálido a la luz de la luna, echando una negra sombra oblicua; y un gran temor emanaba del montículo.

Entonces se volvió con un grito y huyó hacia el sur a lo largo del río, y arrojó lejos la capa mientras corría, como si se deshiciera de una sombra que se le adhería al cuerpo, y debajo estaba toda vestida de blanco y resplandecía a la luz de la luna mientras escapaba entre los árboles. Así la vio Brandir desde la ladera de la colina, y se volvió para cruzársele en el camino, si le era posible; y encontrando por suerte el estrecho sendero que había utilizado Turambar, y que se alejaba del camino más transitado descendiendo por la cuesta escarpada hacia el sur, al encuentro del río, llegó muy cerca de ella por detrás. Pero aunque la llamó, ella no le hizo caso, ni lo oyó siquiera, y pronto desapareció otra vez; y así se acercaron a los bosques junto a Cabed-en-Aras y al sitio de la agonía de Glaurung.

La luna se movía entonces hacia el sur, despojada de nubes, y la luz era fría y clara. Al llegar al borde de la devastación producida por Glaurung, Níniel vio el cuerpo yacente del Dragón, y su vientre gris al resplandor de la luna pero junto a él estaba tendido un hombre. Entonces, olvidando el miedo, corrió entre los vestigios humeantes y así llegó junto a Turambar. Estaba caído de lado, sobre la espada, pero su cara tenía la palidez de la muerte a la luz blanquecina. Entonces ella se arrojó junto a él, llorando, y lo besó; y le pareció que respiraba débilmente, pero creyó que eso era una jugarreta de una falsa esperanza, porque estaba frío, y no se movía, ni le respondía. Y mientras lo acariciaba, vio que tenía la mano negra como si se la hubiera chamuscado, y se la bañó con lágrimas; y arrancándose una tira del vestido le vendó la mano. Pero él siguió sin moverse, y Níniel lo besó otra vez y clamó en alta voz: —¡Turambar, Turambar, vuelve! ¡Escúchame! ¡Despierta! Porque soy Níniel. El Dragón está muerto, muerto, y yo estoy sola aquí a tu lado. —Pero él no respondió.

Brandir oyó los gritos, porque había llegado al borde de la devastación; pero mientras avanzaba hacia Níniel, se detuvo y permaneció inmóvil. Porque al grito de Níniel, Glaurung se movió por última vez, y un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo; y entreabrió los ojos espantosos en los que brillaba una luz de luna, y dijo con voz jadeante:

—¡Salve, Nienor, hija de Húrin! Volvemos a encontrarnos antes del final. Te doy la alegre nueva de que por fin has encontrado a tu hermano. Y lo conocerás ahora: ¡es quien apuñala en la noche, traiciona a sus enemigos, no guarda fidelidad a sus amigos, y es una maldición para los de su casa, Túrin, hijo de Húrin! Pero el peor de sus hechos lo sentirás en ti misma.

Entonces Nienor se quedó allí como aturdida, pero Glaurung murió; y con su muerte el velo de su malicia se desprendió de ella. Y ella recordó claramente todo su pasado, de día en día, y las cosas que le habían ocurrido desde que yaciera en Haudh-en-Elleth. Y el cuerpo se le estremeció de horror y de angustia. Pero Brandir, que lo había oído todo, se sintió sobrecogido y se apoyó en un árbol.

Entonces, súbitamente, Nienor se puso en pie de un salto, y se irguió pálida como un espectro a la luz de la luna, y mirando a Túrin, gritó: ¡Adiós, oh, dos veces amado! *A Túrin Turambar turún amhartanen*: ¡Amo del destino, por el destino dominado! ¡Dichoso de ti, que estás

muerto! —En seguida, enloquecida de dolor y de espanto, se alejó frenética de aquel Sitio y Brandir tropezaba tras ella gritando:— ¡Espera! ¡Espera, Níniel!

Ella se detuvo un momento mirando atrás con ojos fijos. —¿Esperar? gritó—. ¿Esperar? Ese fue siempre tu consejo. ¡Ojalá lo hubiera seguido! Pero ahora es demasiado tarde. Y ahora ya no esperaré en La Tierra Media. —Y siguió corriendo por delante de él.²⁷

Rápidamente llegó al borde de Cabed-en-Aras, y allí se detuvo y contempló las estruendosas aguas gritando: —¡Aguas, aguas! Recibid ahora a Níniel Nienor, hija de Húrin! ¡Luto, Luto, hija de Morwen! ¡Recibidme y llevadme al Mar! —Entonces se arrojó desde lo alto de la orilla: un blanco resplandor se hundió en el torbellino oscuro, y un grito se perdió entre los rugidos del río.

Las aguas del río siguieron fluyendo, pero Cabed-en-Aras dejó de existir: Cabed Naeramarth la llamaron los hombres; porque los ciervos ya no volvieron a saltar allí, y toda criatura viviente la evitaba, y los hombres no se acercaban a sus orillas. El último de los hombres que escrutó su oscuridad fue Brandir, hijo de Handir; y se apartó horrorizado, porque le flaqueó el corazón, y aunque ahora odiaba su vida, no pudo recibir la muerte que deseaba.²⁸ Entonces sus pensamientos volvieron a Túrin Turambar, y exclamó: —¿Siento por ti odio o siento piedad? Pero estás muerto. No te debo las gracias, depredador de todo lo que tuve o deseé haber tenido. Pero mi pueblo está endeudado contigo. Es conveniente que por mí lo sepan.

Y así inició el camino de regreso a Nen Girith, renqueando, y evitó el sitio en que yacía el Dragón con un escalofrío; y mientras ascendía el empinado camino de regreso, vio a un hombre que atisbaba entre los árboles, y retrocedió. Pero pudo verle la cara a la luz de la luna que se ponía.

—¡Ja, Dorlas! —exclamó—. ¿Qué nuevas tienes? ¿Cómo saliste con vida? Y ¿qué es de mi pariente?

—No lo sé —respondió Dorlas con hosquedad.

—Pues eso es raro —dijo Brandir.

—Si quieres saberlo —dijo Dorlas—, la Espada Negra pretendía que vadeáramos los rápidos del Teiglin en la oscuridad. ¿Es raro que no me fuera posible hacerlo? En el manejo del hacha no soy peor que otros muchos pero no tengo patas de cabra.

—Entonces, ¿fueron al encuentro del Dragón sin ti? —preguntó Brandir—. Pero ¿y cuándo cruzó? Al menos tendrías que haberte quedado cerca para ver lo que sucedía.

Pero Dorlas no respondió, y se quedó mirando a Brandir con ojos de odio. Entonces Brandir comprendió, al fin, dándose cuenta de que este hombre había abandonado a sus compañeros, y que, humillado y avergonzado, se había escondido en los bosques. —¡Que la vergüenza caiga sobre ti, Dorlas!—dijo—. Eres el instigador de nuestros males: incitaste a La Espada Negra, atrajiste al Dragón sobre nosotros, fuiste causa de que se me menospreciara y llevaste a Hunthor a la muerte para luego huir y esconderte en el bosque. —Y mientras hablaba, se le ocurrió otro pensamiento, y dijo con gran cólera:— ¿Por qué no trajiste noticias? Hubiera sido tu penitencia menor. Si lo hubieras hecho, la Señora Níniel no tendría que haber ido a buscarlas. No habría sido necesario que nunca viera al Dragón. Ahora estaría con vida. Dorlas, ¡te odio!

—¡Guárdate tu odio! —dijo Dorlas—. Es tan débil como todos tus designios. Si no hubiera sido por mí, los Orcos te habrían colgado como un espantajo en tu propio huerto. ¡Conserva para ti la costumbre de huir y esconderte! —Y entonces, la vergüenza se le convirtió en ira, y amagó un golpe a Brandir con su gran puño, y así terminó su vida antes que una mirada de perplejidad abandonara sus ojos: porque Brandir desenvainó la espada, y le dio con ella una estocada de muerte. Por un momento, se quedó allí, temblando, mirando la sangre; y luego dejó caer la espada, se volvió, y siguió su camino, curvado sobre la muleta.

Cuando Brandir llegó a Nen Girith, la luna pálida había partido y ya se desvanecía la noche; la mañana se abría en el Este. La gente que estaba allí todavía encogida junto al puente,

lo vio llegar como una sombra gris en el alba, y algunos le gritaron desde lejos, asombrados: —¿Dónde has estado? ¿La has visto? Porque la Señora Níniel se ha ido.

—Sí, se ha ido —dijo—. ¡Se ha ido, se ha ido para nunca más volver! Pero he venido para traeros noticias. ¡Escuchad ahora, pueblo de Brethil, y decid si hubo jamás una historia como la historia que os cuento! El Dragón está muerto, pero muerto está también Turambar, a su lado. Y ésas son buenas noticias: sí, ambas son buenas, en verdad.

Entonces la gente murmuró, asombrada con estas palabras, y algunos dijeron que se había vuelto loco; pero Brandir gritó: —¡Escuchadme hasta el fin! Níniel también está muerta, Níniel, la bella, a la que todos amabais, a la que yo amaba más que a nadie. Saltó desde el borde del Salto del Ciervo,²⁹ y los dientes del Teiglin la atraparon. Se ha ido aborreciendo la luz del día. Porque de esto se enteró antes de huir: hijos de Húrin eran ambos, hermana y hermano. El Mormegil era su nombre, Turambar se llamó a sí mismo ocultando el pasado: Túrin, hijo de Húrin. Níniel la llamamos nosotros desconociendo el pasado: Nienor era hija de Húrin. A Brethil trajeron la sombra de un destino oscuro. Y el destino de ambos se cumplió aquí, y esta tierra no volverá nunca a estar libre de dolor. ¡No la llaméis Brethil, no la llaméis la tierra de los Halethrim, sino *Sach nia Hîn Húrin*, Sepulcro de los Hijos de Túrin!

Entonces, aunque no entendía todavía cómo este mal había ocurrido, la gente se echó a llorar allí donde se encontraba, y algunos decían: —Un sepulcro hay en el Teiglin para Níniel la bien amada, un sepulcro habrá para Turambar, el más valiente de los hombres. No dejaremos que nuestro libertador yazga bajo el cielo. Vayamos en su busca.

La muerte de Túrin

Ahora bien, mientras Níniel huía, Túrin se movió, y en la profunda oscuridad le pareció que ella lo llamaba a lo lejos; pero cuando Glaurung murió, salió del negro desmayo y volvió a respirar profundamente, y luego suspiró y cayó en un sueño de gran fatiga. Pero antes de amanecer hizo mucho frío, y se volvió en sueños, y la empuñadura de Gurthang se le hundió en un costado, y de pronto despertó. Ya se iba la noche, y en el aire había un hálito de la mañana; y se puso en pie de un salto recordando su victoria y el veneno quemante en la mano. La levantó, y se la miró y quedó maravillado. Porque la tenía envuelta en un trozo de tela blanca todavía húmeda y ya no le dolía; y dijo para sí: «¿Por qué alguien habría de atenderme de este modo, y sin embargo me dejaría abandonado en el frío en medio de las devastaciones, y el hedor del Dragón? ¿Qué cosas extrañas han ocurrido?».

Entonces dio voces, pero no hubo respuesta. Todo estaba sumido en la oscuridad y la lóbreguez de alrededor, y una emanación de muerte flotaba en el aire. Se agachó y levantó la espada, y estaba intacta, y la luz del filo no había declinado.

—¡Tu mundo era el veneno de Glaurung —dijo—, pero tú eres más fuerte que yo, Gurthang! Te bebes toda la sangre. Tuya es la victoria. Pero ¡ven! He de ir en busca de ayuda. Mi cuerpo está cansado y Siento frío en los huesos.

Entonces volvió la espalda a Glaurung, dejando que se pudriera allí; pero a medida que se alejaba, cada paso se le hacía más pesado, y pensó: «En Nen Girith quizá encuentre a algún explorador que me esté esperando. Pero querría llegar pronto a mi casa y sentir las gentiles manos de Níniel y recibir los hábiles cuidados de Brandir». Y así, por fin, andando con fatiga, apoyado en Gurthang, a través de la luz gris de las primeras horas de la mañana, llegó a Nen Girith, y cuando los hombres se ponían en camino en busca de su cuerpo, se les presentó delante erguido.

Entonces ellos retrocedieron aterrados, creyendo que era el espíritu de Túrin, que no tenía descanso, y las mujeres gimieron y se cubrieron el rostro. Pero él dijo: —¡No, no lloréis, por

el contrario, alegraos! ¡Mirad! ¿Acaso no estoy vivo? Y he dado muerte al Dragón que tanto temíais.

Entonces ellos se volvieron a Brandir y exclamaron: —¡Tú y tus falsas historias! ¡Decirnos que estaba muerto! ¿No dijimos acaso que te habías vuelto loco? —Pero Brandir estaba espantado y miraba con miedo en los ojos, y no decía nada.

Pero Túrin le dijo: —¿Eras tú el que estuvo allí y me atendió la mano? Te lo agradezco. Pero tu habilidad te está faltando si no te es posible distinguir el desmayo de la muerte. — Entonces se volvió a la gente:— No le habléis así, necios de vosotros. ¿Quién podría haberlo hecho mejor? Al menos, él tuvo el ánimo de acudir al sitio de la batalla, mientras vosotros os lamentabais.

»Pero ahora, hijo de Handir, ¡ven! Hay más cosas de las que quiero enterarme. ¿Por qué estáis aquí tú y toda esta gente que dejé en Ephel? Si yo enfrento un peligro de muerte por vosotros, ¿no he de ser obedecido cuando parto? Y ¿dónde está Níniel? Cuando menos espero que no la hayáis traído, y que la hayáis dejado en mi casa, encomendada al cuidado de hombres fieles.

Y como nadie le respondiera: —¡Vamos, decid! ¿Dónde está Níniel? —gritó—. Porque a ella quiero ver primero; y a ella primero le contaré la historia de los hechos de esta noche.

Pero todos apartaban la cara, y Brandir dijo por fin: —Níniel no está aquí.

—Mejor así —dijo él—. Entonces iré a mi casa. ¿Hay un caballo que me lleve? O una litera sería más apropiada. Mis trabajos me han agotado.

—¡No, no! —dijo Brandir lleno de angustia—. Tu casa está vacía. Níniel no está allí. Ha muerto.

Pero una de las mujeres, la esposa de Dorlas, que sentía poco cariño por Brandir, gritó con voz aguda:

—¡No le hagáis caso, señor! Porque está loco. Llegó gritando que vos habíais muerto y llamó a eso una buena noticia. Pero vivís. ¿Por qué entonces habría de ser cierta esta historia de que Níniel ha muerto y cosas peores aún?

Entonces Túrin avanzó a grandes zancadas sobre Brandir. —¿De modo que mi muerte era una buena noticia? —gritó—. Sí, tú siempre me guardaste rencor por ella, lo sé. Ahora está muerta, dices. ¿cosas peores aún? ¿Qué mentira has concebido en tu malicia, Pata Coja? ¿Querías matarnos con tu lengua inmundada ya que no puedes blandir otra arma?

Entonces la ira ahogó la piedad en el corazón de Brandir, y gritó: —¿Loco? No, tú eres el loco, Espada Negra del negro destino! ¡Y toda esta gente es necia! ¡Yo no miento! ¡Níniel está muerta, muerta, muerta! ¡Búscala en el Teiglin!

Entonces Túrin se detuvo, frío. —¿Cómo lo sabes? —preguntó lentamente—. ¿De qué modo maquinaste la historia?

—Lo sé porque la vi saltar —respondió Brandir—. Pero la maquinación fue tuya. Huyó de ti, Túrin, hijo de Húrin, y al Cabed-en-Aras se arrojó, para no verte nunca más. ¡Níniel! ¿Níniel? No, Nienor, hija de Húrin.

Entonces Túrin lo aferró por los hombros y lo sacudió; porque en estas palabras oía que los pasos del destino lo alcanzaban, pero en su horror y su furia no quiso escucharlos, como una bestia herida de muerte que daña todo lo que tiene cerca.

—Sí, soy Túrin, hijo de Húrin —gritó—. De modo que ya lo habías adivinado desde mucho tiempo atrás. Pero nada sabes de Nienor, mi hermana. ¡Nada! Ella vive en el Reino Escondido, y está a salvo. Esa es una mentira pergeñada por tu mente vil, para enloquecerme y enloquecer a mi esposa. Malvado cojo... ¿quieres acosarnos a ambos hasta la muerte?

Pero Brandir se arrancó de sus manos. —¡No me toques! —dijo—. ¡Quédate con tus devaneos! La que llamas tu esposa fue hacia ti y te cuidó, y tú no respondiste a su llamada. Pero uno respondió por ti. Glaurung, el Dragón, que según creo os hechizó a ambos para que no escaparais a vuestro destino. Así habló antes de sucumbir: «Nienor, hija de Húrin, he aquí a tu

hermano: traidor con sus enemigos, infiel con sus amigos, maldición para su casa, Túrin, hijo de Húrin». —Entonces una risa aciaga asaltó a Brandir.— En su lecho de muerte los hombres hablan con verdad, según cuentan —apenas pudo decir, entrecortadamente—. ¡Y también los Dragones, parece! ¡Túrin, hijo de Húrin, una maldición sobre tu casa y sobre todos los que te acogen!

Entonces Túrin esgrimió a Gurthang y una luz fiera le fulguraba en los ojos. —¿qué se dirá de ti, Pata Coja? —dijo lentamente—. ¿Quién le dijo en secreto y a mis espaldas mi verdadero nombre? ¿Quién la llevó ante la malicia del Dragón? ¿Quién estaba a su lado y la dejó morir? ¿Quién vino aquí de prisa a hacer público este horror? ¿Quién se exulta a mis expensas? ¿Hablan los hombres con verdad antes de morir? Pues entonces habla ahora, rápido.

Entonces Brandir, viendo su propia muerte en los ojos de Túrin, se mantuvo inmóvil y no flaqueó, aunque no tenía otra arma que la muleta; y dijo:

—Todo lo que ha acaecido es historia larga de contar, y estoy cansado de ti. Pero me calumnias, hijo de Túrin. ¿Te calumnió Glaurung a ti? Si me matas, todos verán que no lo hizo. Pero no tengo miedo de morir, porque entonces iré al encuentro de Níniel, a quien amaba, y quizá la vuelva a encontrar más allá del Mar.

—¡Al encuentro de Níniel! —gritó Túrin—. ¡No, a Glaurung encontrarás, y juntos concebiréis mentiras! Dormirás con el Gusano, el compañero de tu alma, y os pudriréis en una misma oscuridad! —Y alzando a Gurthang, hendió con ella a Brandir, y lo hirió de muerte. Pero la gente apartó la mirada, y cuando Túrin se volvió y abandonó Nen Girth, todos huían aterrados.

Entonces Túrin avanzó como quien ha perdido el inicio por los bosques salvajes, ora maldiciendo la Tierra Media y la vida toda de los Hombres, ora llamando a Níniel. Pero cuando por fin la locura de su dolor lo abandonó, se sentó un momento y meditó en todas sus acciones, y se oyó a sí mismo que gritaba: —¡Vive en el Reino Escondido y está a salvo! —Y pensó que ahora, aunque toda su vida estaba en ruinas, tenía que ir allí; porque las mentiras de Glaurung siempre lo habían extraviado. Por tanto, se puso de pie y fue hacia los Cruces del Teiglin, y al pasar junto a Haudh-en-Elleth, exclamó.

—Amargamente he pagado, ¡oh, Finduilas!, haber hecho caso del Dragón. ¡Aconséjame ahora!

Pero mientras así gritaba vio a doce cazadores bien armados que vadeaban el Teiglin, y eran Elfos; y cuando se acercaron, reconoció a uno de ellos, porque era Mablung, cazador mayor de Thingol. Y Mablung lo saludó gritando: —¡Túrin! Nos encontramos por fin. Te estaba buscando y me alegro de encontrarte vivo, aunque los años han sido gravosos para ti.

—¡Gravosos! —dijo Túrin—. Sí, como los pies de Morgoth. Pero si te alegras de encontrarme vivo, eres el último de tu especie en la Tierra Media. ¿Por qué te alegras?

—Porque eras honrado entre nosotros —respondió Mablung—; y aunque escapaste de muchos peligros, temí por ti al final. Vi la salida de Glaurung y pensé que había cumplido su funesto propósito y volvía con su Amo. Pero se encaminó a Brethil y al mismo tiempo supe por viajeros que la Espada Negra de Nargothrond había aparecido allí otra vez, y que los Orcos evitaban la región como a la muerte. Entonces tuve miedo y me dije: «¡Ay! Glaurung se atreve a ir donde no se atreven los Orcos, en busca de Túrin». Por tanto vine aquí tan deprisa como me fue posible para advertirte y ayudarte.

—De prisa, pero no lo bastante —dijo Túrin—. Glaurung está muerto.

Entonces los Elfos lo miraron maravillados y dijeron: —¡Has dado muerte al Gran Gusano! ¡Alabado por siempre será tu nombre entre los Elfos y los Hombres!

—No me importa —dijo Túrin—. Porque también está muerto mi corazón. Pero como venís de Doriath, dadme noticias de mis parientes. Porque se me dijo en Dor-Lómin que habían huido al Reino Escondido.

Los Elfos no respondieron, pero por fin Mablung dijo: —Así lo hicieron, en verdad, en el año antes de la aparición del Dragón. Pero por desgracia, ya no están allí. —Entonces el corazón de Túrin se detuvo, escuchando los pasos del destino que lo perseguían hasta el fin.— ¡Sigue hablando! —gritó—. ¡Y no te demores!

—Fueron al descampado en tu busca —dijo Mablung—. Fue en oposición a todo consejo; pero insistieron en ir a Nargothrond cuando se supo que tú eras la Espada Negra; y Glaurung apareció, y todos los que las custodiaban se dispersaron. A Morwen nadie la ha visto desde ese día; pero un hechizo había enmudecido a Nienor, que huyó hacia el norte y se perdió. —Entonces, para asombro de los Elfos, Túrin rió con fuerte risa penetrante.— ¿No es acaso una broma? —gritó—. ¡Oh, la hermosa Nienor! De modo que huyó de Doriath al encuentro del Dragón, y del Dragón a mi encuentro. ¡Qué dulce gracia de la fortuna! Era parda como una baya, oscuros sus cabellos, pequeña y esbelta como una niña Elfo, nadie podía confundirla.

Entonces se desconcertó Mablung, y dijo: —Pero aquí hay un error. No era así tu hermana. Era alta, y de ojos azules y de oro fino los cabellos: la imagen misma de Húrin, su padre en forma femenina. ¡No pudiste haberla visto!

—¿No? No pude haberla visto, Mablung? —gritó Túrin—. Pero... ¡no! Porque, ¿sabes?, ¡soy ciego! ¿No lo sabías? ¡Ciego, ciego, y ando a tientas desde la infancia en las oscuras nieblas de Morgoth! Por tanto, ¡dejadme! ¡idos, idos! ¡Volved a Doriath, y ojalá el invierno la marchite! ¡Maldita sea Menegroth! ¡Y maldito sea tu cometido! Esto sólo faltaba. ¡Ahora llega la noche!

Entonces huyó de ellos como el viento, y todos quedaron pasmados de asombro y de temor. Pero Mablung dijo: —Algo extraño y espantoso ha sucedido de lo que nosotros nada sabemos. Sigámoslo y ayudémoslo si nos es posible: porque ahora corre desesperado y sin juicio.

Pero Túrin se les adelantó mucho, y llegó a Cabed-en-Aras, y se detuvo; y oyó el rugido del agua y vio que todos los árboles que crecían en las cercanías y a lo lejos se habían marchitado, y las hojas secas y luctuosas caían como si el invierno hubiera llegado en los primeros días del verano.

—¡Cabed-en-Aras, Cabed Naeramarth! —gritó—. No mancillaré tus aguas en las que se bañó Níniel. Porque todas mis acciones han sido malas, y la última la peor.

Entonces desenvainó la espada y dijo: —¡Salve, Gurthang, hierro de la muerte, sólo tú quedas ahora! Pero ¿qué señor o lealtad conoces salvo la mano que te esgrime? ¡Ante ninguna sangre te intimidas! ¿Recibirás a Túrin Turambar? ¿Me matarás de prisa?

Y en la hoja resonó una fría voz: —Sí, beberé tu sangre para olvidar así la sangre de Beleg, mi amo, y la sangre de Brandir, derramada injustamente. Te mataré deprisa.

Entonces Túrin aseguró la empuñadura en el suelo y se arrojó sobre la punta de Gurthang, y la hoja negra le arrebató la vida.

Pero Mablung llegó y miró la espantosa forma de Glaurung que yacía muerto y miró a Túrin y se sintió apenado pensando en Húrin, tal como lo había visto en la Nirnaeth Arnoediad, y en el terrible destino de la casa de Túrin. Y mientras los Elfos estaban allí, llegaron hombres desde Nen Girith a mirar el Dragón, y cuando vieron cuál había sido el fin de la vida de Túrin Turambar, se echaron a llorar; y los Elfos, enterándose por fin del sentido de las palabras de Túrin, se sintieron espantados. Entonces Mablung dijo amargamente: —También yo he sido atrapado en el destino de los Hijos de Húrin, y así, con palabras, he dado muerte a quien amaba.

Entonces levantaron a Túrin y vieron que la espada se había partido. Así acababa todo lo que había poseído en vida.

Con el trabajo de muchas manos recogieron leña, y la apilaron e hicieron una gran fogata, y destruyeron el cuerpo del Dragón, hasta que no fue sino unas negras cenizas, y golpearon sus huesos hasta que quedaron confundidos con el polvo, y el sitio de la cremación fue siempre en adelante desnudo y baldío. Pero a Túrin lo colocaron sobre un alto túmulo levantado en el

lugar donde había caído, y los fragmentos de Gurthang fueron puestos a su lado. Y cuando todo estuvo terminado y los cantores de los Elfos y de los Hombres hubieron compuesto un lamento en el que se hablaba del valor de Turambar y de la belleza de Níniel, trajeron una lápida gris que se colocó sobre el túmulo; y sobre ella los Elfos grabaron en las runas de Doriath:

TÚRIN TURAMBAR DAGNIR GLAURUNGA

y debajo escribieron también:

NIENOR NÍNIEL

Pero ella no estaba allí, ni nunca se supo dónde la habían llevado las frías aguas del Teiglin. Así termina la Historia de los Hijos de Húrin, la más larga de las baladas de Beleriand.

NOTAS

En una nota introductoria que se encuentra en diversas formas se dice que aunque escrita en lengua élfica y con abundantes referencias a las tradiciones de los Elfos, en especial de Doriath, la «Narn i Hîn Húrin» fue obra de un poeta del pueblo de los Hombres, Dírhaven, que vivió en los Puertos de Sirion en los días de Eärendil, y allí recogió todas las noticias que pudo sobre la Casa de Hador, provinieran de Hombres o de Elfos, sobrevivientes y fugitivos de Dor-Lómin, de Nargothrond, de Gondolin o de Doriath. En una versión de esa nota se dice que el mismo Dírhaven pertenecía a la Casa de Hador. Esta balada, la más larga de todas las de Beleriand, fue lo único que compuso, pero los Eldar le concedieron gran valor, pues Dírhaven empleó en ella la lengua de los Elfos Grises con suma habilidad. Utilizó el tipo de verso élfico llamado *Minlamed thent / estent*, antaño propio de la *narn* (historia contada en verso, pero para ser dicha y no cantada). Dírhaven pereció cuando los Hijos de Fëanor atacaron los Puertos de Sirion.

¹ En este punto del texto de la «Narn» hay un pasaje en que se describe la estadía de Húrin y Huor en Gondolin. Reproduce muy de cerca la historia que se cuenta en uno de los «textos constitutivos» de *El Silmarillion*, tanto, que no es sino una variante de ella, por lo que no la repito aquí. Puede leerse en *El Silmarillion*.

² Aquí en el texto de la «Narn» aparece un pasaje en el que se describe la Nirnaeth Arnoediad, que excluyo por la misma razón expuesta en la nota 1; véase *El Silmarillion*.

³ En otra versión del texto se dice explícitamente que Morwen tuvo trato con los Eldar, que moraban secretamente en las montañas, no muy lejos de su casa. «Pero no les era posible darle noticia alguna. Nadie había visto caer a Húrin. “No estaba cerca de Fingon —decían—; fue rechazado hacia el sur con Turgon, pero si alguno de los suyos escapó, estaba a la zaga del ejército de Gondolin. Pero ¿quién sabe? Porque los Orcos han apilado juntos a todos los muertos, y cualquier búsqueda sería vana, aun cuando alguien se atreviera a ir al Haudh-en-Nirnaeth.”»

⁴ Compárese esta descripción del Yelmo de Hador con las «grandes máscaras de espantoso aspecto» que llevaban los Enanos de Belegost en la Nirnaeth Arnoediad, que de tanto «les servían contra los dragones» (*El Silmarillion*). Túrin llevó una máscara de Enanos cuando salió a la batalla de Nargothrond, «y los enemigos huían delante de su cara». Véase además el Apéndice de la «Narn» más adelante.

⁵ En ningún otro sitio se menciona la incursión de los Orcos en Beleriand Este, en la que Maedhros salva a Azaghâl.

⁶ Mi padre observó en otra parte que el lenguaje de Doriath, tanto el de los Reyes como el de los súbditos, era en los días de Túrin más antiguo que el utilizado en otros sitios; y también que Mîm observó (aunque los escritos que se refieren a Mîm no lo mencionó) que lo único de lo que Túrin no pudo deshacerse, a pesar de su despecho en relación con Doriath, fue del lenguaje que había aprendido allí.

⁷ Una nota marginal en un texto dice aquí: «Siempre buscó en las caras de todas las mujeres, la cara de Lalaith».

⁸ En una variante de esta parte de la narración se dice que Saeros era pariente de Daeron, y en otra, su hermano; el texto impreso es probablemente el último.

⁹ *Woodwose*: «hombre salvaje de los bosques»; véase nota 14 de «Los Drúedain», *Cuentos inconclusos IV. La Tercera Edad*.

¹⁰ En una variante de esta parte de la historia Túrin declaró su verdadero nombre a los proscritos; y sostuvo que, siendo por derecho señor y juez del Pueblo de Hador, había matado a Forweg con justicia, dado que éste era un hombre de Dor-lómin. Entonces Algund, el viejo proscrito que había descendido por el Sirion huyendo de la Nirnaeth Arnoediad, dijo que desde hacía mucho los ojos de Túrin le recordaban los de otro del que no guardaba memoria, pero que ahora reconocía en él al hijo de Húrin. «—Pero era un hombre de menor talla, pequeño comparado con los de su pueblo, aunque ardía un fuego en él; y con cabellos de color de oro rojo. Tú eres moreno y alto. Veo a tu madre en ti, ahora que te miro más de cerca; ella pertenecía al pueblo de Bëor. Me pregunto cuál fue su suerte. —No lo sé —dijo Túrin—. No llegan nuevas desde el Norte.» En esta misma versión fue el conocimiento de que Neithan era Túrin, hijo de Húrin, lo que hizo que los proscritos, originarios de Dor-lómin, lo aceptaran como conductor de la banda.

¹¹ Las últimas versiones escritas de esta parte de la historia concuerdan en que cuando Túrin llegó a capitán de la banda de proscritos, los condujo lejos de las casas de los Hombres de los Bosques, al sur del Teiglin, y que Beleg llegó allí poco después que ellos hubieran partido; pero la geografía no resulta clara, y los movimientos de los proscritos son conflictivos. Parece necesario suponer, dado el desarrollo ulterior de la narración, que permanecieron en el Valle del Sirion, y que en verdad no estaban lejos del sitio en que solían merodear cuando los orcos atacaron los dominios de los Hombres de los Bosques. En una versión provisional, fueron hacia el sur y llegaron «al país por sobre el Aelinuial y los Marjales del Sirion» pero como los hombres no estaban satisfechos de esa «tierra desprotegida», Túrin se convenció de que debía conducirlos de vuelta a las tierras boscosas al sur del Teiglin, donde los había encontrado por primera vez. Esto se adecuaría a las exigencias de la narración.

¹² En *el Silmarillion* la historia continúa con el adiós de Beleg a Túrin, el extraño pronóstico de Túrin de que su suerte lo llevaría a Amon Rûdh, la llegada de Beleg a Menegroth (donde recibió la espada Anglachel de Thingol y el *lembas* de Melian), y su retorno a la guerra contra los orcos en Dimbar. Estos hechos no aparecen en ningún otro texto, y aquí se omite el pasaje.

¹³ Túrin huyó de Doriath en el verano; pasó el otoño y el invierno entre los proscritos, y mató a Forweg y se convirtió en capitán de la banda en la primavera del año siguiente. Los acontecimientos que se describen aquí ocurrieron durante el verano del mismo año.

¹⁴ Se dice que el *aeglos*, «espino de las nieves», era como el *árgoma* (tojo), sólo que más grande y con flores blancas. *Aeglos* era también el nombre de la lanza de Gil-galad. El *seregon*, «sangre de piedra», era una planta de la especie llamada en inglés «*stonecrop*» (uva cana), cuyas flores eran de un fuerte color rojo.

¹⁵ Así también las matas de aulaga de flores amarillas, que Frodo, Sam y Gollum encontraron en Ithilien, eran «delgadas y desgarradas abajo, pero espesas arriba», de modo que podían andar erguidos entre ellas «atravesando largos senderos secos», y tenían flores que «centellaban en la oscuridad y esparcían una fragancia suave y delicada» (véase *Las Dos Torres*, IV, 7).

¹⁶ En otros sitios el nombre sindarin con que se designa a los Enanos Pequeños es *Noegyth Nibin* (en *El Silmarillion*) y *Nibin-Nogrim*. Los «altos páramos que se alzaban entre los Valles del Sirion y el Narog», al nordeste de Nargothrond (pág. 177, más atrás) reciben más de una vez el nombre de los Páramos de los Nibin-noeg (o variantes del mismo).

¹⁷ El alto acantilado que Mím les hizo atravesar por la hendidura que él llamó «el portón del patio», era (según parece) el borde septentrional del saliente; los acantilados de los lados oriental y occidental eran mucho más escarpados.

¹⁸ La maldición de Andróg aparece también en esta forma: «Ojalá le falte un arco a la hora de la muerte». Tal como sucedieron las cosas, Mím encontró la muerte en manos de Húrin ante las Puertas de Nargothrond (véase *El Silmarillion*).

¹⁹ No se explica el misterio de las otras cosas que había en el saco de Mím. La única otra mención del tema es una nota garrapateada de prisa que sugiere que había lingotes de oro, disimulados como raíces, y se refiere al hecho de que Mím buscaba viejos tesoros en una casa de Enanos cerca de las «piedras planas». Sin duda eran las que en el texto (pág. 172) se mencionan como «grandes piedras erguidas unas contra otras, o derribadas», en el sitio donde Mím fue capturado. Pero en ninguna parte hay indicios del papel que desempeñaría este tesoro en la historia de Bar-en-Danwedh.

²⁰ Se dice en la pág. 125 que el paso sobre la estribación de Amon Dathir era el único «entre Serech y el lejano oeste donde Dor-lómin limitaba con Nevrast».

²¹ En la historia, tal como se cuenta en *El Silmarillion*, el mal presagio de Brandir ocurre después de haber escuchado «Las nuevas traídas por Dorlas», y por tanto (según parece), después de saber que el hombre transportado en la litera era la Espada Negra de Nargothrond, de quien se decía que era hijo de Húrin de Dor-lómin.

²² Véase pág. 270, donde se menciona que Orodreth intercambiaba mensajes con Thingol «por vías secretas».

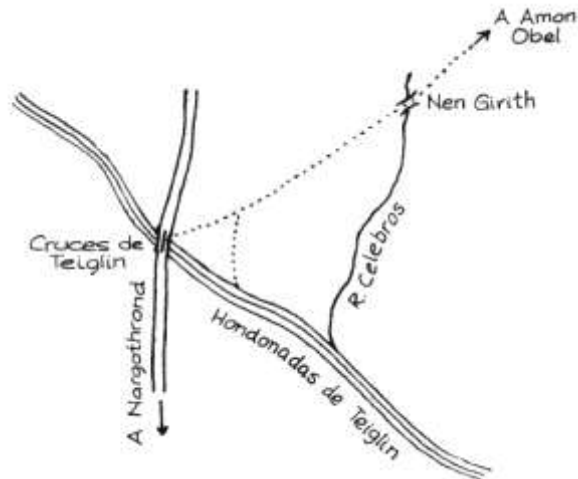
²³ En *El Silmarillion* se dice que Las Altas Faroth o Taur-en-Faroth «son extensas tierras altas cubiertas de bosques». La descripción que se da de ellas aquí como pardas y desoladas se refiere quizá a que empezaba la primavera, y los árboles estaban desprovistos de hojas.

²⁴ Podría suponerse que sólo cuando todo estuvo terminado, y Túrin y Nienor muertos, se recordaron los estremecimientos de Nienor, y se descubrió qué significaban, y se le dio a Dimrost el nuevo nombre de Nen Girith; pero Nen Girith es el nombre que se utiliza a todo lo largo de la leyenda.

²⁵ Si la intención de Glaurung hubiera sido en verdad volver a Angband, podría suponerse que hubiera tomado el viejo camino a los Cruces del Teiglin, no tan apartado del que lo llevó a Cabed-en-Aras. Quizá pueda conjeturarse que volvería a Angband por el mismo camino que tomó para ir al sur hacia Nargothrond, remontando el Narog hacia Ivrin. Cf. también las palabras de Mablung (pág. 255): «Vi la salida de Glaurung y pensé que ... volvía con su Amo. Pero se encaminó a Brethil ...».

Cuando Turambar dijo tener la esperanza de que Glaurung seguiría derecho y no se desviaría, se refería a que si el Dragón trepaba por el Teiglin hasta los cruces, podría entrar en Brethil sin necesidad de cruzar la garganta, donde sería vulnerable: ténganse en cuenta las palabras que dirige a los hombres en Nen Girith, págs. 231-232.

²⁶ No encontré mapa alguno que ilustre la idea de mi padre sobre la topografía de estos sitios, pero el esbozo que sigue corresponde al menos a las referencias mencionadas en la narración:



²⁷ Las frases «se alejó frenética de aquel sitio» y «siguió corriendo por delante de él» sugieren que había cierta distancia entre el lugar en que Túrin yacía junto al cadáver del Dragón y el borde de la garganta. Quizá el salto de muerte del Dragón lo arrastrara lejos del borde.

²⁸ Más adelante en la narración (pág. 257) el mismo Túrin, antes de morir, llamó al sitio Cabed Naera-marh, y puede suponerse que la tradición de sus últimas palabras se perpetuó en el nuevo nombre. Aquí, y también en *El Silmarillion*, Brandir aparece como el último hombre que contempla Cabed-en-Aras, y esto a pesar de la visita posterior de Túrin, y también la de los Elfos y de todos aquellos que erigieron el túmulo funerario sobre los despojos del héroe. Esta aparente discrepancia quizá se explique tomando las palabras de la «Narn» sobre Brandir en un sentido estrecho: en realidad fue el último hombre que «contempló su oscuridad». Era intención de mi padre alterar la narración de modo que Túrin se quitara la vida no en Cabed-en-Aras, sino sobre el montículo de Finduilas, junto a los Cruces del Teiglin; pero nunca llegó a darle forma escrita.

²⁹ De esto parece desprenderse que «El Salto del Ciervo» era el nombre original del sitio y, en realidad el significado de Cabed-en-Aras.

APÉNDICE

Desde el punto de la historia en que Túrin y sus hombres se establecen en la antigua morada de los Enanos Pequeños en Amon Rûdh, no hay ningún relato detallado hasta que la «Narn» retoma el viaje de Túrin hacia el norte después de la caída de Nargothrond. A partir de muchos esbozos provisionarios o exploratorios y notas, es posible sin embargo reconstruir algunos episodios que amplían la mera crónica resumida que se ofrece en *El Silmarillion*, y aun algunos pasajes completos, breves y coherentes que hubieran podido ser parte de la «Narn».

Un fragmento aislado cuenta la vida de los proscritos en Amon Rûdh, después de que se establecieron allí, e incluye una descripción de Bar-en-Danwedh.

Durante un buen tiempo la vida de los proscritos fue lo que ellos esperaban. Los alimentos no eran escasos y tenían buen abrigo, caliente y seco, con espacio suficiente y aun de sobra; porque descubrieron que las cavernas podían cobijar a un centenar de hombres, y más todavía si era necesario. Más adentro había otra estancia. Tenía un hogar a un lado, y el humo escapaba por una hendidura en la roca hasta una grieta astutamente oculta en la ladera de la colina. Había también otras muchas cámaras, a las que se llegaba desde las estancias o por un pasaje entre ellas, algunas destinadas a vivienda, y otras a talleres o almacenes. Mîm tenía en almacenaje más artes que ellos, y muchos vasos y cofres de piedra y madera que parecían muy antiguos. Pero la mayoría de esas cámaras estaban ahora vacías: en los armarios colgaban hachas y otras herramientas, polvorientas y oxidadas; las estanterías y las alacenas estaban vacías, y las herrerías ociosas. Salvo una: era un cuarto reducido al que se accedía desde la estancia interior de la caverna, y que tenía un hogar que compartía el escape de humo con el de la estancia. Allí trabajaba Mîm a veces, pero no permitía que nadie lo acompañase.

Durante el resto del año ya no hicieron incursiones, y si salían para cazar o recolectar alimentos, iban casi siempre en pequeños grupos. Pero durante mucho tiempo, con excepción de Túrin y no más de seis de sus hombres, les fue difícil encontrar el camino de regreso. No obstante, al ver que algunos eran capaces de llegar a la guarida sin ayuda de Mîm, apostaron un guardián de día y de noche cerca de la hendidura en el muro septentrional. Del sur no esperaban enemigos, pues no había por qué temer que nadie escalara Amon Rûdh por ese lado; pero de día había casi siempre un guardián sobre la cima, desde donde podía divisar los alrededores a gran distancia. Aunque la cima era escarpada, era fácil llegar a ella, pues al este de la boca de la caverna se habían tallado unos peldaños en la roca, por los que un hombre podía trepar sin ayuda.

Así avanzó el año sin daño ni alarma. Pero a medida que pasaban los días, y el estanque se volvió gris y frío, y los abedules quedaron desnudos, y volvieron las grandes lluvias, los hombres tuvieron que quedarse más tiempo al abrigo de las cavernas. Y pronto se cansaron de la oscuridad bajo la colina, o de la penumbra en las estancias; y a la mayoría les parecía que la vida sería mejor si no tuvieran que compartirla con Mîm. Con demasiada frecuencia surgía de algún rincón oscuro o una puerta cuando se lo creía en otro sitio; y cuando Mîm estaba cerca se sentían incómodos, y empezaron a hablarse entre ellos en voz baja.

No obstante, y a los hombres les parecía extraño, Túrin era distinto; se mostraba cada vez más amistoso con el Enano, y le prestaba cada vez más atención. Durante todo el invierno, permanecía durante horas sentado con Mîm, escuchando sus cuentos y la historia de su vida; y Túrin no lo reprendía si hablaba mal de los Eldar. Mîm parecía complacido y se mostraba muy amable con Túrin. Sólo a él le permitía que visitara la herrería de vez en cuando, y allí hablaban los dos en calma. Menos complacidos estaban los hombres; y Andróg miraba todo con ojos celosos.

El texto que sigue en *El Silmarillion* no indica cómo Beleg encontró el camino a Bar-en-Danwedh: «apareció de pronto entre ellos» «en el opaco crepúsculo de un día de invierno». En otros breves esbozos se dice que por la imprevisión de los proscritos, los alimentos escasearon en Bar-en-Danwedh durante el invierno, y Mîm les escatimaba las raíces comestibles que guardaba en los almacenes; por tanto, a comienzos del año salieron del refugio en una partida de caza. Beleg, que se aproximaba a Amon Rûdh, encontró sus huellas, y o bien las siguió hasta un campamento en el que se vieron obligados a refugiarse a causa de una súbita tormenta de nieve, o bien fue tras ellos cuando regresaban a Bar-en-Danwedh, donde entró sin ser visto.

Por ese tiempo, Andróg, que buscaba el almacén de alimentos secreto de Mîm, se perdió en las cavernas y encontró una escalera escondida que llevaba a la cima plana de Amon Rûdh (fue por esta escalera que algunos proscritos huyeron de Bar-en-Danwedh cuando fue atacada por los Orcos. (Véase *el Silmarillion*) Y ya durante la incursión que acaba de mencionarse, o en una ocasión posterior, Andróg, que llevaba arco y flechas en desafío de la maldición de Mîm, fue herido por una flecha envenenada: Sólo en una de las varias referencias a este hecho se dice que fue una flecha disparada por Orcos.

Beleg curó a Andróg de esta herida, pero sin embargo no por eso confió Andróg más en los Elfos; y el odio que experimentaba Mîm por Beleg se acrecentó más todavía, pues Beleg había «deshecho» la maldición. —Volverá a morder —dijo. Se le ocurrió a Mîm que si comía los *lembas* de Melian recobraría la juventud y las fuerzas; y como no podía llegar a apoderarse de ellos furtivamente, se fingió enfermo y rogó a su enemigo que se los diera. Cuando Beleg se negó, el odio de Mîm quedó sellado, tanto más porque Túrin amaba al Elfo.

Puede mencionarse aquí que cuando Beleg sacó los *lembas* de su saco (véase *El Silmarillion*), Túrin lo rechazó:

Las hojas de plata lucían rojas a la luz del fuego; y cuando Túrin vio el sello, se le oscurecieron los ojos.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó.

—El mayor don que alguien que aún te ama tiene para dar —respondió Beleg—. He aquí el *lembas*, el pan del camino de los Eldar, que ningún Hombre ha probado todavía.

—El yelmo de mis padres lo recibo de buen grado —dijo Túrin—, porque tú lo guardaste; pero nada quiero recibir de Doriath.

—Entonces envía allí tu espada y tus armas —dijo Beleg—. Y también los conocimientos y la comida que recibiste en tu juventud. Y que tus hombres mueran en el desierto para complacer tu talante. Sin embargo, este pan del camino fue un regalo para mí y no para ti, y puedo hacer de él lo que se me antoje. No lo comas si no te pasa de la garganta; pero otros puede haber más hambrientos y menos orgullosos.

Entonces Túrin se avergonzó, y en cuanto a los *lembas*, olvidó su orgullo.

Hay algunas otras noticias fragmentarias sobre Dor-Cúarthol, la Tierra del Arco y el Yelmo, donde Beleg y Túrin se convirtieron, desde el fuerte de Amon Rûdh, en los conductores de un gran ejército en las tierras al sur del Teiglin (véase *El Silmarillion*).

Túrin recibió de buen grado a todos los que acudieron a él, pero por consejo de Beleg no admitió a ningún recién llegado en su refugio de Amon Rûdh (que se llamaba ahora Echad i Sedryn, Campamento de los Fieles); el camino para llegar allí sólo los de la Vieja Compañía lo conocían, y nadie más era admitido. Pero otros campamentos y fuertes protegidos se establecieron en derredor: en el bosque del este, o en las tierras altas, o en los marjales del sur, desde Methed-en-Glad («el Fin del Bosque») hasta Bar-erib, a algunas leguas al sur de Amon Rûdh; y desde todos esos lugares los hombres podían divisar la cima de Amon Rûdh, y por señales recibían noticias y órdenes.

De ese modo, antes de terminar el verano, los secuaces de Túrin se convirtieron en una gran fuerza; y el poder de Angband fue rechazado. Pero esto llegó a saberse aun en Nargothrond, y muchos se impacientaron allí, diciendo que si un proscrito podía infligir tales daños al enemigo, qué no podría hacer entonces el señor de Narog. Pero Orodreth no alteró sus designios. En todo seguía a Thingol, con quien intercambiaba mensajes por vías secretas; y era él un señor sabio, de acuerdo con la sabiduría de los que se preocupan en primer término por su propio pueblo, y tratan de averiguar durante cuánto tiempo podrán preservar la vida y las propiedades de los suyos contra la codicia del norte. Por tanto, no permitió que nadie fuera al encuentro de Túrin, y envió mensajeros que le dijeran que en todos sus actos y planes de guerra, no debía poner el pie en tierra de Nargothrond, ni rechazar hacia allí a los Orcos. Pero ofrecía a los Dos Capitanes cualquier otra ayuda, que fuera en armas, y esto, se dice, de acuerdo con lo que sugerían Thingol y Melian.

Se subraya repetidamente que Beleg se opuso en todo momento al designio general de Túrin, aunque no dejó de apoyarlo; que le parecía que el Yelmo del Dragón había hecho en Túrin un efecto que no era el esperado; y que preveía con ánimo turbio lo que acarrearían los días por venir. Se conservan fragmentos de sus diálogos con Túrin acerca de estos asuntos. En uno de ellos los dos están sentados en la fortaleza de Echad i Sedryn, y Túrin le dice a Beleg:

—¿Por qué estás triste y pensativo? ¿No va todo bien desde que volviste a mí? ¿No ha resultado buena mi decisión?

—Todo va bien ahora —dijo Beleg—. Nuestros enemigos están aún sorprendidos y atemorizados. Y aún nos esperan días felices, por el momento.

—¿Y después?

—El invierno. Y después un año más para quienes estén todavía con vida.

—¿Y después?

—La ira de Angband. Hemos quemado la yema de los dedos de la Mano Negra... Sólo eso. No se retirará.

—Pero ¿no es la ira de Angband nuestro fin y deleite?—dijo Túrin—. ¿Qué más quieres que haga?

—Lo sabes perfectamente bien —dijo Beleg—. Pero de ese camino me has prohibido hablar. Pero escúchame ahora. El señor de un gran ejército tiene múltiples necesidades. Ha de contar con un refugio seguro; y ha de tener riquezas y mucha gente cuyo trabajo no sea la

guerra. Con el número crece la necesidad de alimentos, más que los que el desierto procura; y así el secreto ya no puede guardarse. Amon Rûdh es un buen sitio para unos pocos... Tiene ojos y oídos. Pero se levanta en un sitio solitario, y se divisa desde lejos; y no es necesaria una gran fuerza para rodearlo.

—No obstante, seré el capitán de mi propio ejército —dijo Túrin—, y si caigo, caigo. Aquí intercepto el camino de Morgoth, y mientras yo esté aquí él no podrá tomar la ruta del sur. Por ello Nargothrond me debe algún agradecimiento; y aun ayudar con cosas necesarias.

En otro breve pasaje, Túrin replica a las advertencias de Beleg sobre la fragilidad de su poder:

—Quiero regir una tierra; pero no ésta. Aquí sólo quiero reunir fuerzas. Hacia la tierra de mi padre en Dor-Lómin se vuelca mi corazón, y allí iré cuando pueda.

Se afirma también que por un tiempo Morgoth retiró su mano, y sólo llevó a cabo ataques fingidos, «de modo que por una fácil victoria la confianza de estos rebeldes se volviera presuntuosa; como sucedió en realidad».

Andróg vuelve a aparecer en un esbozo del ataque a Amon Rûdh. Sólo entonces le reveló a Túrin la existencia de la escalera interior; y fue uno de los que por esa vía llegó a la cima. Se dice que allí luchó con más valentía que nadie, pero cayó por fin mortalmente herido por una flecha; y así se cumplió la maldición de Mím.

A la historia que se cuenta en *El Silmarillion* sobre el viaje de Beleg en busca de Túrin, el encuentro con Gwindor en Taur-nu-Fuin, el rescate de Túrin y la muerte de Beleg a manos de Túrin, no hay nada de importancia que agregar. En cuanto a la «lámpara Fëanoriana» de resplandor azulino que poseía Gwindor, y el papel que ésta desempeñaba en una versión de la historia, véase página 94, Nota 2.

Es oportuno mencionar aquí que mi padre tenía intención de prolongar la historia del Yelmo del Dragón de Dor-Lómin hasta el período de la estada de Túrin en Nargothrond, y aún más; pero esto nunca se incorporó a las narraciones. En las versiones existentes, el Yelmo desaparece con el fin de Dor-Cúarthol, en la destrucción de la fortaleza de los proscritos en Amon Rûdh; pero de algún modo iría a reaparecer en posesión de Túrin en Nargothrond. Sólo podría haber ido a parar allí si los Orcos que llevaban a Túrin a Angband lo hubieran transportado.

Pero esta recuperación del Yelmo cuando Beleg y Gwindor rescataron a Túrin, habría exigido cierto desarrollo de la historia.

Un fragmento aislado cuenta que Túrin no quería llevar nuevamente el Yelmo en Nargothrond «temiendo que lo delatara»; pero lo llevó cuando fue a la Batalla de Tumhalad (*El Silmarillion* dice que tenía puesta la máscara de Enano que encontrara en las armerías de Nargothrond). He aquí la continuación de la nota:

Por temor al Yelmo todos los enemigos lo evitaban, y fue así que salió ileso de ese campo mortal, y regresó a Nargothrond llevando el Yelmo del Dragón. Glaurung, deseoso de arrebatarse a Túrin la ayuda y protección del Yelmo (puesto que él mismo lo temía), lo provocó diciendo que seguramente Túrin se declaraba vasallo y servidor de Morgoth, puesto que llevaba su imagen en la cimera del Yelmo.

Pero Túrin respondió: —Mientes y lo sabes. Porque esta imagen fue hecha para tu escarnio; y mientras haya quien la lleve, siempre te morderá la duda de que sea él quien ponga término a tu destino.

—Entonces he de aguardar a un poseedor de otro nombre —dijo Glaurung—; porque a Túrin, hijo de Húrin, no le tengo miedo. Muy distinta es la verdad. Porque no tiene el atrevimiento de mirarme cara a cara abiertamente.

Y en verdad tan grande era el terror que el Dragón provocaba, que Túrin no se atrevía a mirarlo directamente a los ojos, y había mantenido baja la visera del Yelmo, y durante el parlamento no había mirado más arriba de los pies de Glaurung. Pero así desafiado, con precipitación y orgullo, levantó la visera, y clavó la vista en los ojos del Dragón.

En otro sitio hay una nota en la que se dice que cuando Morwen oyó en Doriath que el Yelmo del Dragón había aparecido en la Batalla de Tumhalad, supo que el rumor no mentía, que la Mormegil era en realidad Túrin, su hijo.

Por último se sugiere que Túrin había de llevar el Yelmo cuando matara a Glaurung, y que en ese momento provocaría al Dragón con las palabras que éste le dirigiera en Nargothrond sobre «un poseedor de otro nombre» pero no hay indicio de cómo se hubiera desarrollado la historia para hacer esto posible.

Un fragmento precisa la naturaleza y la sustancia de la oposición de Gwindor a la política seguida por Túrin en Nargothrond, sobre la que hay sólo una ligera referencia en *El Silmarillion*. Este fragmento no es en verdad un relato completo, pero puede reconstruirse así:

Gwindor hablaba siempre contra Túrin en el consejo del Rey, diciendo que él había estado en Angband, y que algo conocía del poder de Morgoth y sus designios.

—Las pequeñas victorias de nada valdrán en definitiva —decía—, pues es así como Morgoth se entera en dónde se encuentran los más audaces de sus enemigos, y reúne fuerzas suficientes para aniquilarlos. Todo el poder de los Elfos y de los Edain sumados bastó justo para contenerlo, y para ganar el respiro del estado de sitio; un largo respiro en verdad, pero que duraría sólo lo que quisiera Morgoth, y nunca otra vez será posible obtener una unión semejante. Únicamente en el secreto hay ahora esperanzas; hasta que lleguen los Valar.

—¡Los Valar! —exclamó entonces Túrin—. Os han abandonado, y desprecian a los Hombres. ¿De qué sirve mirar al Oeste más allá del Mar infinito? Sólo hay un Valar que nos importa, y ése es Morgoth; y si en definitiva no podemos vencerlo, podemos cuando menos hacerle daño y estorbarlo. Porque una victoria es una victoria, aunque parezca pequeña, y no tiene valor tan sólo por lo que le sigue. Pero también es eficaz ahora; porque si no se hace nada por detenerlo, toda Beleriand estará bajo su sombra antes que transcurran muchos años, y uno por uno os hará salir de vuestros escondites. ¿Y entonces qué? Un resto lamentable huirá hacia el sur y hacia el oeste, acobardado a orillas del Mar, atrapado entre Morgoth y Ossë. Es mejor por tanto, vivir un tiempo de gloria, aunque sea efímero; porque no será peor el final. Habláis de secreto y decís que sólo en él hay esperanzas; pero si pudierais tender emboscadas y atacar a todo explorador y espía de Morgoth, hasta el último y el más pequeño, de modo que él nunca tuviera nuevas de Angband, por eso mismo se enteraría de que vivís y adivinaría dónde. Y esto digo también: aunque los Hombres tienen poca vida en comparación con los Elfos, de buen grado la perderían en la batalla antes que huir o someterse. El desafío de Húrin Thalion es una gran hazaña; y aunque Morgoth mate a su ejecutor, no puede hacer que la hazaña no haya ocurrido. Incluso los señores del Oeste lo honrarían. Y ¿no está acaso escrita en la historia de Arda de manera que ni Morgoth ni Manwë la pueden borrar?

—Hablas de elevados asuntos —respondió Gwindor—, y está claro que has vivido entre los Eldar. Pero una oscuridad hay en ti si mencionas juntos a Morgoth y Manwë, o si hablas de

los Valar como si fueran enemigos de los Elfos o de los Hombres; porque los Valar no menosprecian a nadie y menos todavía a los Hijos de Ilúvatar. Tampoco conoces todas las esperanzas de los Eldar. Según una profecía conocida entre nosotros un día llegará un mensajero de la Tierra Media, atravesará las sombras y vendrá a Valinor, y Manwë lo escuchará, y Mandos se aplacará. ¿No hemos de preservar la simiente de los Noldor y también la de los Edain hasta ese momento? Y Círdan vive ahora en el Sur, y allí construye barcos; pero ¿qué sabes tú de barcos o del mar? Piensas en ti mismo y en tu propia gloria; y nos pides que cada cual haga lo mismo; pero nosotros hemos de pensar en otros tanto como en nosotros, porque no todos pueden luchar y caer, y tenemos que protegerlos de la guerra y la ruina mientras podamos.

—Entonces envíalos a tus barcos mientras haya tiempo todavía —dijo Túrin.

—No se separarán de nosotros —dijo Gwindor—, aun cuando Círdan pudiera mantenerlos. Tenemos que vivir juntos tanto como podamos, y no cortejar a la muerte.

—A todo eso ya he contestado —dijo Túrin—. Valiente defensa de la frontera y duros golpes al enemigo antes que se rehaga: esas medidas son la única vía, no hay mejor esperanza si queréis vivir mucho tiempo juntos. Y esos de los que hablas, ¿aman más a los que se esconden en los bosques, de caza siempre como los lobos, que al que se pone el yelmo y se arma con el escudo decorado y rechaza al enemigo aunque sea mayor que todo su ejército? Al menos las mujeres de los Edain, no. No impidieron que sus hombres fueran a la Nirnaeth Arnoediad.

—Pero sufrieron mayores daños que si esa guerra no se hubiera librado.

El amor de Finduilas por Túrin también tenía que haberse tratado más acabadamente:

Finduilas, la hija de Orodreth, tenía los cabellos dorados como los miembros de la casa de Finarfin; y Túrin empezó a sentirse complacido cuando la veía, o ella lo acompañaba; porque le recordaba a las gentes de su familia y las mujeres de Dor-Lómin en casa de su padre. Al principio sólo se encontraba con ella en presencia de Gwindor; pero al cabo de un tiempo ella lo buscaba, y se encontraban a veces a solas, aunque esto parecía suceder por casualidad. Entonces ella le hacía preguntas acerca de los Edain, a quienes había visto poco y rara vez, y acerca de su país y su gente.

Entonces Túrin hablaba libremente con ella acerca de esos asuntos, aunque nunca mencionó el nombre de la tierra en que había nacido, ni el de ninguno de sus parientes; y en una ocasión le dijo:

—Tuve una hermana, Lalaith, o así al menos yo la llamaba; y tú hiciste que me acordara de ella. Pero Lalaith era una niña, una flor amarilla en la hierba verde de la primavera; y si hubiera vivido, quizá la pena la habría deslucido. Pero tú eras como una reina, y como un árbol dorado; me gustaría tener una hermana tan hermosa.

—Pero tú eres como un rey —dijo ella—, parecido a los señores del pueblo de Fingolfin; me gustaría tener un hermano tan valiente. Y no creo que Agarwaen sea tu verdadero nombre, y tampoco es adecuado para ti, Adanedhel. Yo te llamo Thurin el Secreto.

Túrin se sobresaltó, pero dijo: —Ése no es mi nombre; y no soy rey, pues todos nuestros reyes son de los Eldar, y yo no lo soy.

Ahora bien, Túrin observó que la amistad que le había mostrado Gwindor, empezaba a enfriarse; y le asombró también que aunque al principio había soportado bien el dolor y el horror de Angband, ahora parecía recaer otra vez en la preocupación y la pena. Y pensó:

quizá lo ofenda que me oponga a sus designios y lo haya derrotado; querría que no fuera así. Porque amaba a Gwindor, que le había servido de guía y lo había curado, y sentía mucha piedad por él. Pero en esos días se apagó también el esplendor de Finduilas, los pasos se le hicieron más lentos y la cara más grave, y Túrin, al darse cuenta, creyó que las palabras de Gwindor habían puesto en ella el temor al futuro.

En verdad la mente de Finduilas estaba desgarrada, porque respetaba a Gwindor y sentía lástima por él, y no deseaba añadir ni siquiera una lágrima a su sufrimiento; pero a pesar de ella el amor que tenía por Túrin crecía día a día, y pensaba en Beren y Lúthien. ¡Pero Túrin no era como Beren! Él no la despreciaba, y estaba siempre contento con ella. Sin embargo sabía que él no la amaba con la especie de amor que ella quería. Tenía la mente y el corazón en otro sitio, en ríos de lejanas primaveras.

Entonces Túrin le habló a Finduilas y le dijo: —No dejes que las palabras de Gwindor te atemorizen. Él ha sufrido en la oscuridad de Angband; y es triste para uno tan valiente estar así tullido y decaído. Necesita alegría alrededor y un tiempo más largo para curarse.

—Lo sé muy bien —dijo ella.

—Pero conquistaremos ese tiempo para él —dijo Túrin—. ¡Nargothrond resistirá! Nunca volverá Morgoth el Cobarde a salir de Angband, y ha de depender totalmente de sus siervos; así lo dice Melian de Doriath. Ellos son los dedos de sus manos; y nosotros los heriremos y se los cortaremos hasta que retire las garras. ¡Nargothrond resistirá!

—Quizá —dijo Finduilas—. Resistirá si tú consigues lo que quieres. Pero ten cuidado, Adanedhel, el corazón se me llena de pesadumbre cuando vas a la batalla, y temo la ruina de Nargothrond.

Y poco después Túrin fue al encuentro de Gwindor y le dijo: —Gwindor, querido amigo, otra vez te gana la tristeza; ¡evítalo! Porque tu corazón está en las casas de tus parientes y a la luz de Finduilas.

Entonces Gwindor se quedó mirando fijamente a Túrin, pero no habló, y se le oscureció la cara.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Túrin—. A menudo me has mirado de un modo extraño, últimamente. ¿En qué te he ofendido? Me he opuesto a tus designios; pero es preciso que el hombre dé voz a lo que concibe, y no disimular la verdad a causa de un asunto privado. Querría que opináramos a una; porque tengo contigo una gran deuda y no la olvidaré.

—¿No la olvidarás? —dijo Gwindor—. Sin embargo tus acciones y tus consejos han cambiado mi hogar y a los míos. Tu sombra se extiende sobre ellos. ¿Por qué he de estar contento cuando me has quitado todo?

Pero Túrin no comprendió estas palabras, y pensó sólo que Gwindor estaba celoso por el sitio que él ocupaba en el corazón y en los designios del Rey.

Sigue un pasaje en el que Gwindor previene a Finduilas contra el amor que ella siente por Túrin, diciéndole quién es en realidad; reproduce muy de cerca el texto de *El Silmarillion*. Pero luego de las palabras de Gwindor, la respuesta de Finduilas es más extensa que en la otra versión:

—Tienes los ojos velados, Gwindor —dijo ella—. No ves ni entiendes lo que aquí ocurre. ¿He de someterme a la doble vergüenza de revelarte la verdad? Porque te amo, Gwindor, y me avergüenza no amarte más todavía, pero hay para mí un amor más grande, del que no puedo escapar. No lo he buscado, y desearía apartarme de él. Pero si tengo lástima de tus heridas, ten tú lástima de las mías. Túrin no me ama; ni me amará.

—Dices eso —dijo Gwindor— para librar de culpa al que amas. ¿Por qué te busca y se pasa las horas sentado contigo, y siempre vuelve más feliz?

—Porque también él necesita consuelo —dijo Finduilas—, y está lejos de los suyos. Vosotros tenéis cada uno vuestras propias necesidades. Pero ¿Y Finduilas?

¿No basta que deba confesarte que no soy amada, sino que además dices que lo hago así por engaño?

—No, una mujer no se engaña fácilmente en tales casos —dijo Gwindor—. Ni tampoco hay muchos que nieguen que son amados, si eso es cierto.

—Si uno de nosotros tres es infiel, soy yo: pero no voluntariamente. Pero ¿qué es de tu suerte y de los rumores acerca de Angband? ¿Qué de la muerte y la destrucción? El Adanedhel es poderoso en la historia del Mundo, y alcanzará en estatura al mismo Morgoth, en un venidero día lejano.

—Es orgulloso —dijo Gwindor.

—Pero también es clemente —dijo Finduilas—. No está despierto todavía, pero la piedad puede tocarle el corazón, y no ha de negarlo nunca. Quizá la piedad sea la única vía de acceso al corazón de Túrin, pero no siente piedad por mí. Me reverencia, como si yo fuera a la vez su madre y una reina.

Tal vez Finduilas hablara con verdad, pues veía con los ojos agudos de los Eldar. Y Túrin, que no sabía lo sucedido entre Gwindor y Finduilas, se mostraba cada vez más gentil a medida que ella entrüstecía. Pero en una ocasión Finduilas le dijo: —Thurin Adanedhel, ¿por qué me ocultaste tu nombre? Si hubiera sabido quién eras, no te habría honrado menos, pero habría comprendido mejor tu pena.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él—. ¿Por quién me tomas?

—Eres Túrin, hijo de Húrin, capitán del Norte.

Entonces Túrin reprochó a Gwindor haber revelado su verdadero nombre, como se cuenta en *El Silmarillion*.

Otro pasaje, de esta misma parte de la narración, tiene una forma más acabada que la que se ofrece en *El Silmarillion* (de la batalla de Tumhalad y el saqueo de Nargothrond no hay ningún otro relato; mientras que los diálogos entre Túrin y el Dragón están tan desarrollados en *El Silmarillion*, que no parece probable que pudieran ampliarse). Este pasaje es relato mucho más extenso de la llegada de los Elfos Gelmir y Arminas a Nargothrond, en el año de su caída (*El Silmarillion*). Para el encuentro anterior con Tuor en Dor-Lómin, al que aquí se hace referencia, véanse págs. 42-44.

En la primavera llegaron dos Elfos, y dijeron llamarse Gelmir y Arminas, del pueblo de Finarfin, y que traían un mensaje al Señor de Nargothrond. Fueron llevados ante Túrin; pero Gelmir dijo:

—Es con Orodreth, hijo de Finarfin, con quien queremos hablar.

Y cuando Orodreth se presentó, Gelmir le dijo: —Señor, éramos del pueblo de Angrod, y hemos errado mucho desde la Dagor Bragollach; pero últimamente hemos vivido entre los compañeros de Círdan, junto a las Desembocaduras del Sirion. Y nos llamó un día, y nos envió a vos; porque se le apareció Ulmo mismo, el Señor de las Aguas, y le advirtió del gran peligro que acecha a Nargothrond.

Pero Orodreth era precavido y contestó: —¿Por qué entonces venís aquí desde el norte? ¿O quizá tenéis también otros cometidos entre manos?

Entonces Arminas dijo: —Señor, siempre desde la Nirnaeth he buscado el reino escondido de Turgon, y no lo he encontrado; y temo que esta búsqueda haya retrasado en exceso el mensaje que os traigo. Porque Círdan nos envió en barco a lo largo de la costa, para ganar en secreto y rapidez, y desembarcamos en Drengist. Pero entre la gente marinera había algunos que habían venido al sur en años pasados, como mensajeros de Turgon, y me pareció por la cautela con que hablaban que quizá Turgon viva todavía en el Norte, y no en el Sur, como muchos creen. Pero no hemos encontrado signo ni rumor de lo que buscábamos.

—¿Por qué buscáis a Turgon? —le preguntó Orodreth.

—Porque se dice que su reino será el que resistirá más tiempo a Morgoth —respondió Arminas. Y esas palabras le parecieron ominosas a Orodreth, y se sintió disgustado.

—Entonces no os demoréis en Nargothrond —dijo— porque aquí no oiréis noticias de Turgon. Y no necesito a nadie para saber que Nargothrond está en peligro.

—No os enfadéis, señor —dijo Gelmir—, si contestamos vuestras preguntas con verdad. Y habernos apartado del camino directo no ha sido sin fruto, porque hemos dejado atrás a vuestros más alejados exploradores; hemos atravesado Dor-Lómin, y todas las tierras bajo las estribaciones de Ered Wethrin, y hemos explorado el Paso del Sirion espiando los senderos del Enemigo. Hay una gran concentración de Orcos y criaturas malignas en esas regiones, y un ejército está reuniéndose en la Isla de Sauron.

—Lo sé —dijo Túrin—. Vuestras nuevas huelen a viejo. Si el mensaje de Círdan tenía algún objeto, debió haber llegado antes.

—Cuando menos, señor, escucharéis el mensaje ahora —dijo Gelmir a Orodreth—. ¡Escuchad las palabras del señor de las Aguas! Así le habló a Círdan el Carpintero de Barcos: «El Mal del Norte ha contaminado las fuentes de Sirion, y mi poder se retira de los dedos de las aguas fluyentes. Pero una cosa peor ha de acaecer todavía. Decid, por tanto, al Señor de Nargothrond: Cerrad las puertas de la fortaleza y no salgáis. Arrojad las piedras de vuestro orgullo al río sonoro, para que el mal reptante no encuentre las puertas».

Estas palabras le parecieron aciagas a Orodreth y como siempre hacía, se volvió a Túrin para oír su consejo. Pero Túrin desconfiaba de los mensajeros y dijo con desdén: —¿Qué sabe de nuestras guerras Círdan, que vive cerca del Enemigo? ¿Que el marinero cuide de sus barcos! Pero si en verdad el Señor de las Aguas nos da su consejo, que hable más claramente. Porque de otro modo nos parecerá más atinado reunir nuestras fuerzas e ir con nuestros cuerpos al encuentro del enemigo, antes que se acerque demasiado.

Entonces Gelmir se inclinó ante Orodreth y dijo:

—Hablé como se me ordenó que lo hiciera, señor —y se apartó. Pero Arminas dijo a Túrin—: ¿Eres en verdad de la casa de Hador, como oí decir?

—Aquí me llamo Agarwaen, la Espada Negra de Nargothrond —dijo Túrin—. Mucho te dedicas a lo que se habla en secreto, según parece, amigo Arminas; y no conviene que el secreto de Turgon te sea revelado; de lo contrario no tardaría en llegar a oídos de Angband. El nombre de un hombre es cosa que le pertenece, y si se entera el hijo de Húrin que lo has traicionado, cuando él prefiere ocultarse, ¡que Morgoth te atrape y te queme la lengua!

Entonces la negra cólera de Túrin consternó a Arminas; pero Gelmir dijo: —No lo traicionaremos, Agarwaen. ¿No estamos reunidos en consejo, y tras puertas cerradas, donde el lenguaje puede ser más directo? Y Arminas hizo esa pregunta, me parece, porque es sabido de todos los que viven junto al Mar que Ulmo siente gran amor por la Casa de Hador, y algunos dicen que Húrin y Huor, el hermano de Húrin, fueron una vez al Reino Escondido.

—Si fuera así, no habría hablado de eso con nadie, ni con los grandes ni con los pequeños, y menos aún con su hijo que era sólo un niño —respondió Túrin—. Por tanto, no creo que Arminas me haya hecho esa pregunta esperando saber algo de Turgon. Desconfío de los mensajeros de desdicha.

—¡Guárdate la desconfianza! —dijo Arminas con enfado—. Gelmir se equivoca. Te hice esa pregunta porque dudé de lo que aquí se cree; pues no pareces en verdad de la casa de Hador, sea cual fuere tu nombre.

—¿Qué sabes de ellos? —preguntó Túrin.

—A Húrin lo he visto —respondió Arminas—, y a sus padres antes que a él. Y en las ruinas de Dor-Lómin me encontré con Tuor, hijo de Huor, hermano de Húrin; y él es como sus padres, pero tú no.

—Quizá sea así —dijo Túrin—, aunque de Tuor nunca oí antes de ahora. Pero si mis cabellos son oscuros y no dorados, de eso no me avergüenzo. Porque no soy el primero de los hijos que se asemeja a su madre; y yo descendo a través de Morwen Eledhwen de la Casa de Bëor y los parientes de Beren Camlost.

—No me refería a la diferencia entre la oscuridad y el oro —dijo Arminas—. Pero otros de la Casa de Hador se conducen de otra manera, y Tuor entre ellos. Porque tienen maneras corteses, y escuchan los buenos consejos, y reverencian a los Señores del Oeste. Pero tú, según parece, sólo recibes consejo de ti mismo o de tu espada; y hablas con altivez. Y te digo, Agarwaen Mormegil, que si así lo haces, otro será tu destino que el que pueda pretender un descendiente de las Casas de Hador y de Bëor.

—Otro ha sido —respondió Túrin—. Y si, como parece, he de soportar el odio de Morgoth a causa del valor de mi padre, ¿he de soportar también las provocaciones de un agorero fugitivo, aunque pretenda ser pariente de reyes? Te lo aconsejo: vuelve a la seguridad de las costas del Mar.

Entonces Gelmir y Arminas partieron, y volvieron al Sur; y a pesar de los dicterios de Túrin, de buen grado habrían aguardado la batalla junto a sus parientes, y sólo partieron porque Círdan les había pedido, por orden de Ulmo, que le llevaran la respuesta de Nargothrond. Y Orodreth se sintió muy perturbado por las palabras de los mensajeros; y el ánimo de

Túrin se volvió todavía más fiero y de ningún modo quiso escuchar los consejos de Orodreth, y menos que nada consintió en que se derribara el puente. Porque eso, al menos, de las palabras de Ulmo, había sido leído con verdad.

En ningún sitio se explica por qué Gelmir y Arminas, que tenían un mensaje urgente que llevar a Nargothrond, fueron enviados por Círdan a lo largo de la costa hasta el Estuario de Drengist. Arminas dice que fue para ganar en secreto y rapidez; pero mayor habría sido el secreto sin duda si hubiera llevado el viaje a cabo remontando el Narog desde el sur. Es posible suponer que Círdan lo hizo obedeciendo la orden de Ulmo (para que así pudieran encontrarse con Tuor en Dor-Lómin, y guiarlo a través de la puerta de los Noldor), pero no hay sugerencias de esto en ninguna parte.

FIN